

The background of the book cover is a photograph of a church steeple with a dark, pointed roof and two clock faces on its white facade. The steeple is set against a clear blue sky. In the upper corners and on the right side, there are branches of trees with vibrant autumn leaves in shades of orange, red, and yellow. The author's name is printed in a large, white, serif font at the top, and the title is in a smaller, blue, cursive font in the center. A blue banner with white text is located in the bottom right corner.

BARBARA  
DELINSKY

*Regreso a  
Middle River*

Lectulandia

Para el visitante ocasional Middle River es un lugar idílico. El clásico pueblo de Nueva Inglaterra donde todos se conocen y solo se respira paz y sosiego. En apariencia...

Tras años de ausencia, Annie Barnes regresa a Middle River convertida en una novelista de éxito, y no es bien recibida. Tanto sus hermanas como sus antiguos vecinos temen que venga a hurgar en sus pequeños vicios y pecados, sus vidas borrascosas, para escribir su próximo libro. Después de todo, Middle River es el pueblo que inspiró *Peyton Place*, una novela que escandalizó a la sociedad de toda una época.

Pero Annie no ha vuelto para remover conciencias ni recuerdos. Quiere rehacer los lazos truncados con sus hermanas, recuperar viejos amigos, cerrar las heridas del primer amor... y sí, también destapar un secreto que está envenenando las vidas de todos ellos.

**Lectulandia**

Barbara Delinsky

# **Regreso a Middle River**

ePub r1.0

smonarde 14.05.14

Título original: *Looking for Peyton Place*

Barbara Delinsky, 2005

Traducción: Rosa Benavides Alonso

Editor digital: smonarde

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para mi familia, con todo mi cariño y mi agradecimiento

## Agradecimientos

Reunir datos sobre Grace Metalious supuso todo un reto, tantos años después de su muerte y con tan poco publicado sobre su vida. Me sirvieron de ayuda dos libros en concreto: *The Girl From Peyton Place*, de George Metalious y June O'Shea (Dell Publishing Company, 1965) e *Inside Peyton Place: The Life of Grace Metalious*, de Emily Toth (Doubleday & Company, Inc., 1981). Encontré más información sobre Grace y su época en la introducción de Ardis Cameron a la edición más reciente de *Peyton Place* (Northeastern University Press, 1999). Por último, quiero dar las gracias a Robert Perrault por las aclaraciones sobre la infancia de Grace en Manchester, New Hampshire.

Tras haberme empapado en estas fuentes, traté de imaginarme qué habría pensado, sentido y dicho Grace. Si esas imaginaciones difieren de las que ven quienes la conocieron, la culpa es única y exclusivamente mía.

Mi agradecimiento a Stephanie D'Agostino, vicepresidenta del Grupo de Trabajo para la Reducción del Mercurio del Departamento de Servicios Medioambientales de New Hampshire, y a Claire Marino por explicarme qué se experimenta con la intoxicación por mercurio. A instancias suyas, advierto a los lectores que el tratamiento para esta clase de intoxicación que se esboza en *Regreso a Middle River* sigue considerándose «medicina alternativa». Aunque algunos individuos tienen fe ciega en los resultados, de momento no existen estudios científicos que indiquen que sea el tratamiento adecuado.

Gracias igualmente al equipo editorial de Scribner, verdaderamente incansable. Y una vez más, y como siempre, gracias a mi agente, Amy Berkower.

## Prólogo

Soy escritora. Mi tercera y más reciente novela ha merecido el elogio de la crítica y una prolongada estancia en la lista de los libros más vendidos, hechos que, casi al cabo de un año, aún sigo intentando comprender. Raro es el día en el que no siento una profunda gratitud. Solo tengo treinta y tres años. No muchos escritores obtienen el éxito del que yo disfruto en toda su vida, y mucho menos a mi edad, y menos aún con los inicios tan adversos que yo tuve.

En vista de cómo fue ridiculizada mi primera obra, por lógica tendría que haber tirado la toalla. Que no lo hiciera, simplemente es expresión de un irreprimible impulso creativo o de terquedad. Yo sospecho que un poquito de ambas cosas.

Y además, estaba Grace.

Me explicaré. Soy de Middle River. Es una ciudad pequeña al norte de New Hampshire que, como su propio nombre indica, está situada junto a un río entre otros dos ríos, el Connecticut y el Androscoggin. Nací y crecí allí, lo cual significó no solo vivir a la sombra de las Montañas Blancas, sino también de Grace Metalious.

¿Grace qué?, se preguntarán.

De no haber nacido en Middle River, probablemente yo tampoco sabría quién fue. Soy demasiado joven. Su extraordinario éxito de ventas, *Peyton Place*, fue publicado en 1956, dieciséis años antes de que yo naciera. También me perdí la película y la serie de televisión que siguieron al libro. Cuando yo llegué al mundo, en 1972, la película había quedado en el olvido y la serie nocturna de televisión había sido archivada. Estaban preparando otra serie, pero Grace había muerto hacía siete años y casi nadie recordaba ya su nombre.

Me asombra lo rápidamente que decreció su fama. Según cuentan, cuando apareció *Peyton Place*, Grace Metalious fue noticia en todo el país. Era una desconocida que había creado una novela explosiva, la esposa de un maestro de escuela de New Hampshire que escribía sobre sexo, una joven que iba con pantalones vaqueros y zapatillas deportivas y que se atrevía a contar la verdad sobre la vida de una pequeña ciudad y, algo aún más insólito, sobre los deseos de las mujeres. Si bien según el criterio actual *Peyton Place* resulta insulso, en 1956 fue un auténtico bombazo. Se prohibió en varios condados y en bastantes más bibliotecas de Estados Unidos, así como en Canadá, Italia y Australia; Grace fue rechazada por sus vecinos y recibió cartas de amenaza; su marido perdió el trabajo, sus hijos fueron acosados por los compañeros de clase. Y mientras tanto, millones de personas, hombres y mujeres por igual, leían *Peyton Place* a escondidas. Hasta el día de hoy, cualquier ejemplar de este libro de una biblioteca se abre solamente por los pasajes más subidos de tono.

Pero, como dice Grace en la primera página de su libro, la memoria es tan

veleidosa como el veranillo de San Martín. A una década de su publicación y del consiguiente renombre de su autora, al hablar de *Peyton Place* es más probable que la gente piense en Mia Farrow y Ryan O'Neal en la televisión, o en Betty Anderson provocando a Rodney Harrington en el asiento trasero del coche de John Pillsbury, o en Constance MacKenzie y Tomas Makris sobándose por la noche a la orilla del lago, que en Grace Metalious. *Peyton Place* había adquirido vida propia; era sinónimo de secretos, escándalos y sexo en una ciudad pequeña. Grace era irrelevante.

Sin embargo, Grace no fue nunca irrelevante en Middle River. Mucho después de que *Peyton Place* quedara eclipsada por novelas más gráficas, se sucedieron la adoración y las injurias hacia su persona, porque Middle River sabía lo que no sabía el resto del mundo, y no importaba que la ciudad tuviera razón o no. Lo único que importaba era la profundidad de nuestra convicción. Sabíamos que *Peyton Place* no reflejaba Gilmanton ni Belmont, como creía la mayoría. «Somos nosotros», dijo Middle River cuando apareció la novela, y esa convicción siempre se mantuvo.

Todo esto yo lo sabía de primera mano. El pueblo continuó hablando de *Peyton Place* durante los años posteriores a su publicación, cuando yo ya era lo bastante mayor para leer, para pasar horas enteras en la biblioteca, para encerrarme en el cuarto de baño a escribir en mi diario y tener la sensación de que estaba siguiendo los pasos de alguien famoso. Existían demasiados paralelismos entre *Peyton Place* y Middle River como para no darse cuenta, empezando por el trazado físico del pueblo y siguiendo por los personajes, como el adinerado propietario de un periódico, el médico combativo y bondadoso, la adorada profesora soltera y el borrachín, y terminando, a lo grande, por la fábrica de papel. En *Peyton Place*, la fábrica era propiedad de Leslie Harrington quien, por consiguiente, controlaba la ciudad; en Middle River, los propietarios eran los Meade. Benjamin Meade era entonces el patriarca, y ejercía el poder con la misma arrogancia que Leslie Harrington. Y al igual que el hijo de Leslie, Rodney, el hijo de Benjamin, Sandy, era un hombre desafortunado y engreído.

Quienes tendían a restar importancia decían que tales paralelismos eran pura coincidencia. Al fin y al cabo, Middle River se encuentra más al norte que las ciudades en las que había vivido Grace Metalious. Además, no existen pruebas de que Grace hubiera realmente conducido por nuestra Oak Street, ni de que hubiera visto los ladrillos rojos de la fábrica Northwood de Benjamin Meade, ni de que se hubiera enterado de los cotilleos del pueblo en el restaurante de Omie. «Pura coincidencia», insistían.

Pero ¿de verdad era todo simple coincidencia?, se preguntaba Middle River.

Existen otras semejanzas entre el *Peyton Place* de la ficción y nuestro Middle River, muy real, sobre todo con sus escándalos, algunos de los cuales contaré más adelante. El único que debo mencionar ahora es uno de carácter personal. Dos de los



personajes principales de *Peyton Place* son Constance MacKenzie y su hija, Allison. Coinciden, con una exactitud aterradora, con Connie McCall y su hija Alyssa, de Middle River. Como sus equivalentes ficticios, Connie y Alyssa vivieron sin compañía masculina en la casa de la infancia de Connie. Esta llevaba una tienda de ropa, como Constance MacKenzie. Igualmente, Alyssa nació en Nueva York, se fue a vivir a Middle River con su madre y sin su padre, y creció siendo una niña introvertida que siempre se sintió diferente de los de su edad.

¿Lo personal? Que Connie McCall era mi abuela y Alyssa mi madre.

Me llamo Annie Barnes. Mejor dicho, Anne, pero Anne era un nombre demasiado serio para una niña demasiado seria, algo que al parecer fui desde el principio. Mi madre decía muchas veces que unos días después de que naciera, me habría puesto Joy, Daisy o Gaye si no me hubiera inscrito ya en el registro civil como Anne. Al llamarme Annie, intentaba suavizarlo un poco. Quedaba muy bien, porque la inicial de mi segundo nombre es E. Me llamo Anne E. Annie. La E era de Ellen, otro nombre serio, pero mis hermanas pensaban que tenía suerte. Ellas se llamaban Phoebe y Sabina, como dos personajes mitológicos, y les parecía pretencioso, si bien característico de nuestra madre, cuyas fantasías solían cimentarse en la mitología. Sin embargo, cuando yo nací nuestro padre estaba enfermo, andábamos mal de dinero, y mi madre tenía que tener los pies en el suelo.

Si parece una crítica, no es tal mi intención. Sentía un enorme respeto por mi madre. Era una mujer atrapada entre dos generaciones, desgarrada entre el deseo de hacerse un nombre y el de formar una familia. Tuvo que elegir. Middle River no le permitía ambos deseos.

Esa es una de las cosas que me molestan de Middle River. Otra es cómo trataron a mi madre y a mi abuela cuando se publicó *Peyton Place*. Hasta entonces, en Middle River se habían tragado la historia de que mi abuela estaba casada como es debido y vivía en Nueva York con su marido cuando mi madre fue concebida, pero que aquel hombre murió poco después. Como en *Peyton Place* se sugería otra situación, la gente empezó a fisgonear en las partidas de nacimiento y los certificados de defunción, y la verdad salió a la luz.

Si piensan que mi abuela podría haber demandado a Grace Metalious por difamación, deben meditarlo bien. Aun si hubiera podido probar intención dolosa por parte de Grace (algo que probablemente no hubiera podido hacer), en los años cincuenta la gente no se ponía a litigar a las primeras de cambio, como ocurre ahora. Además, lo último que hubiera deseado mi abuela habría sido llamar la atención. La Constance MacKenzie ficticia lo tenía fácil; la única persona que se enteraría de su secreto era Tomas Makris, que la quería lo suficiente como para aceptar lo que había hecho. Mi abuela en la vida real no tenía a ningún Tomas Makris. Expuesta ante la ciudad entera como una mujer soltera con una hija ilegítima, fue blanco de

comentarios maliciosos y miradas de desprecio durante los años siguientes; además, pagó un precio: no precisamente extrovertida, se encerró en sí misma aún más. De no haber sido por la tienda de ropa, de la que dependían sus únicos ingresos y que llevaba con tranquilidad, dignidad y habilidad suficientes para atraer incluso a las clientas más reacias, habría acabado siendo una reclusa.

De modo que yo guardaba rencor al pueblo. Middle River me parecía sofocante, estancado, cruel. En mis hermanas veía mujeres inteligentes cuyas vidas se desperdiciaban en una ciudad que rechazaba la libre expresión y el pensamiento honrado. En mi madre veía a una mujer que había muerto a los sesenta y cinco años, demasiado joven, siguiendo las normas de Middle River. Al mirarme a mí misma, veía a una persona tan herida por sus experiencias durante su infancia que tuvo que abandonar la ciudad.

Culpaba a Middle River de gran parte de estas cosas.

Del resto responsabilizaba a Grace Metalious. Su libro cambió nuestra vida, quizá más la mía que la de otros. Como Middle River consideraba a mi madre y a mi abuela parte del enredo de *Peyton Place*, cuando yo empecé a escribir las comparaciones con Grace eran inevitables. Aparte de una librera del pueblo, que me apoyó de una forma parecida a la de la profesora de Allison MacKenzie en *Peyton Place*, las comparaciones fueron desfavorables. Yo fui una niña feúcha, con la nariz siempre metida en los libros; después una adolescente solitaria que escribía lo que creía historias inventadas sobre la gente del pueblo, y más de uno se sintió ofendido. No tenía ni idea de que estuviera contando secretos, no tenía ni idea de que lo que decía fuera verdad. No sabía qué era la intuición, y mucho menos que yo la tuviera.

«No le va a ir nada bien siendo tan lista», decía un individuo, picado. «Esa niña lleva la maldad dentro», declaraba otro. «Como no se ande con cuidado, acabará metiéndose en el mismo lío que Grace», aseguraba un tercero.

Intrigada, me empeñé en averiguar cuanto pudiera sobre Grace. Al ir creciendo, me identifiqué con ella en muchos sentidos, desde el aislamiento que sentía de niña hasta la forma de enfocar el hecho de escribir novelas, pasando por valorar a los hombres fuertes. Pasó a formar parte de mi psique, a ser a veces mi álter ego. En mi soledad, hablaba con ella y lo hice hasta los días del instituto. En más de una ocasión soñé que éramos de la misma familia; la idea no estaba mal, porque me gustaba su espíritu. Ella solía decir que escribía por dinero, pero según mi interpretación, era algo mucho más profundo. Sentía el impulso de escribir, quería hacerlo bien y que se tomaran en serio su obra.

A mí me pasaba lo mismo. Solamente en ese sentido Grace me sirvió de inspiración, ya que *Peyton Place* era mucho más que puro sexo. Si llegas un poco más allá de la simple excitación, te encuentras con la historia de las mujeres siendo ellas mismas. Y sobre eso escribí yo.

Pero comprendí lo que le había ocurrido a Grace. Me atuve a mi percepción inicial: si empiezan a considerarte autora de novelas sobre sexo en el coche, así seguirán considerándote siempre. De modo que evité lo del sexo en el coche. Elegí cuidadosamente a mi editora. En lugar de dejarme manipular por la publicidad, como en el caso de Grace, fui yo quien manejó la publicidad. La imagen era una cuestión fundamental. En mi biografía no se mencionaba Middle River, sino que adopté una pose mucho más sofisticada. Sirvió de gran ayuda el hecho de que viviera en Washington, un toque de elegancia a pesar de la cargada atmósfera política, y también que Greg Steele, con quien compartía casa, fuera corresponsal de la televisión y que yo lo acompañara a numerosos acontecimientos sociales, que hubiera llegado a ser una adulta pasable, con cierto estilo, capaz de llevar un traje de Armani con una soltura que daba un aire exótico a mi pelo oscuro, mi tez pálida y los ojos bastante separados.

Por desgracia, en Middle River no comprendieron ninguna de estas cosas, porque, claro, también se aferraron a sus percepciones iniciales. El pueblo tenía la fijación de que yo era su Grace. Nada importaba que llevara fuera de él quince años, tiempo durante el cual me había hecho un nombre en todo el país. Cuando me presenté allí el pasado agosto, ya estaban convencidos de que había vuelto para escribir sobre ellos.

Naturalmente, lo irónico es que no me lo había planteado en serio hasta que ellos empezaron a hacer preguntas. Fueron ellos quienes me picaron. Pero no lo negué. Estaba lo suficientemente enfadada como para dejar que se preocuparan. Mi madre había muerto. Yo quería saber por qué. Mis hermanas se conformaban con decir que había muerto tras una caída por la escalera, causada a su vez por la pérdida de equilibrio. Yo coincidía en que la caída le había provocado la muerte, pero me preocupaba lo del equilibrio. Quería averiguar por qué tenía tan mal sentido del equilibrio.

Algo pasaba en Middle River. No había pruebas... ¡Válgame Dios! ¿Cómo iba a haber allí algo a las claras? Pero en *The Middle River Times*, periódico que yo recibía semanalmente, siempre aparecían noticias sobre alguien que estaba enfermo. De acuerdo; yo soy novelista; si no hubiera nacido con una imaginación fértil, la habría desarrollado con mi trabajo, lo que implica idear situaciones fácilmente. Pero ¿quién no pensaría que pasa algo raro en una ciudad pequeña, de cinco mil habitantes como máximo, cuando cada vez hay más enfermos crónicos?

Como si de la trama de una buena novela se tratara, tardé cierto tiempo en tejerla. Al principio estaba demasiado atontada para hacer gran cosa. Mis hermanas no me habían pintado un cuadro ni la mitad de sombrío, de modo que la muerte de mi madre me pilló prácticamente por sorpresa. Me gustaría pensar que Phoebe y Sabina querían evitarme preocupaciones, pero las tres sabíamos que no era así. Había un protocolo establecido. Si yo no preguntaba, ellas no me contaban nada. No estábamos muy

unidas.

El funeral fue en junio. Estuve en Middle River y cuando me marché no pensaba volver.

Después el aturdimiento pasó y empezó la inquietud. Era por mi hermana Phoebe, tan apenada por la muerte de mi madre que cuando me llamaba por teléfono no reconocía mi voz; tan trastornada cuando llegué a Middle River que resultaba difícil mantener una conversación con ella. Era natural que la muerte de mamá la afectara especialmente, explicó Sabina quitándole importancia cuando le pregunté sobre el asunto. No solo habían vivido y trabajado juntas, sino que era Phoebe quien había encontrado a mamá al pie de la escalera.

Sin embargo, durante aquellos tres días en Middle River vi cosas en Phoebe que, en retrospectiva y con las ideas más claras, me recordaron de una forma inquietante los temblores de mamá. Empecé a obsesionarme. ¿Cómo explicar la enfermedad de mamá? ¿Cómo explicar la enfermedad de Phoebe? Naturalmente, mi imaginación se disparó. Me dio por pensar en genes recesivos, en complicaciones farmacológicas, en incompetencia de los médicos. Pensé en el tricloroetileno que se utilizaba para limpiar las prensas, en la misma calle, cerca de la tienda. Pensé en intoxicación, pero no se me ocurrió nadie que pudiera tener motivos para envenenar a mi madre y a mi hermana. De todas las posibilidades que consideré, la que más me gustaba era la relacionada con un escape tóxico de la fábrica Northwood. Detestaba a los Meade. Eran los responsables de la mayor humillación de mi vida. Como villanos eran perfectos.

Dicho esto, había mantenido suficientes conversaciones con Greg y sus colegas sobre la importancia de la imparcialidad como para saber que no debía acusar directamente a Northwood. Durante aquellas cálidas semanas de julio, me dediqué a terminar la revisión de mi nuevo libro y a explorar esas otras posibilidades. Lo cierto es que dediqué más tiempo a lo último. No era una obsesión, pero cuanto más leía, más me metía en ello.

Descarté el tricloroetileno, porque produce cáncer, no los síntomas de Parkinson que tenía mamá. Descarté las complicaciones farmacológicas, porque ni mamá ni Phoebe tomaban nada más que vitaminas. La intoxicación por mercurio habría sido perfecta, y la papelera producía mercurio. O lo había producido. Por desgracia, los archivos del estado demostraban que Northwood había dejado de utilizar mercurio hacía varios años.

Por último me topé con el plomo. Habían restaurado la tienda de mamá, El Armario de la Señorita Lissy, hacía cuatro años, en gran parte por cuestiones de decoración, pero también para quitar las viejas capas de pintura que contenía plomo. Averigüé que la intoxicación por plomo puede provocar problemas neurológicos, así como lapsus de memoria y falta de concentración. Si mamá y Phoebe habían estado

en la tienda mientras se hacía la obra, con poca ventilación, podrían haber inhalado cantidades importantes de polvo cargado de plomo. Como mamá era mayor, enfermó antes.

La intoxicación por plomo parecía algo lógico. Para mí, el factor decisivo era que los propietarios del edificio eran los Meade, que ellos habían propuesto hacer la obra y habían contratado a quienes la habían llevado a cabo. Nada me habría gustado más que descubrir que los Meade eran los culpables de lo sucedido.

Por supuesto, necesitaba hechos. Intenté preguntarle a Phoebe si mamá y ella estaban en la tienda mientras se hacía la obra, qué precauciones habían tomado, si mamá había presentado algún síntoma antes, pero mis preguntas la desconcertaron.

Sabina no estaba desconcertada. Dijo, sin dejar lugar a dudas, que yo estaba empeorando las cosas.

Empeorar: esa era la palabra clave. Phoebe no se estaba recuperando de la muerte de mamá y mi imaginación no podía detenerse.

A finales de julio tomé la decisión. Agosto se presentaba bastante duro en la capital del país, con calor y humedad; además, estaba prácticamente desierta. La mayoría de mis amigos estaría fuera hasta el 1 de septiembre. A Greg le habían dado un mes de permiso en la cadena de televisión y se iba a Alaska, a escalar el McKinley, lo que suponía tres semanas, sin contar el viaje de ida y vuelta. Pocas razones había para que yo me quedara en Washington y muchas para que me marchara. Ya había hecho todo lo posible desde lejos. Tenía que estar otra vez con Phoebe para comprobar si los síntomas que me parecía ver en ella eran reales y hablar con la gente para saber la cantidad de plomo que contenía la pintura que se había quitado y cómo se había hecho. No lo solucionaría con una llamada de teléfono. Ni siquiera con una docena de llamadas de teléfono.

No había pasado más de un fin de semana en Middle River desde hacía quince años. Que estuviera dispuesta a hacerlo entonces da muestras de mi preocupación.

Por cierto: si piensan que no vi a mi madre y a mis hermanas durante todos aquellos años de exilio, se equivocan. Las vi. Nos reuníamos en algún sitio cálido todos los inviernos. El lugar variaba, pero no el acuerdo al que habíamos llegado. Yo pagaba los gastos de todos, incluyendo los del marido de Phoebe mientras estuvieron casados y los de Sabina, que aún seguía con ella, y sus hijos. Lo mismo ocurría cuando íbamos a Bar Harbor en verano. Yo tenía dinero y me gustaba gastarlo en nuestra reunión anual. No se mencionaba el asunto, pero sí se comprendía mi aversión a que la gente sacara la lengua a paseo si se me veía por el pueblo.

Tenía razones para esperar que ocurriera una cosa así. No cabía duda de que aquel agosto, aunque me presenté en la casa de Willow Street por la noche, ya se había corrido el rumor de mi llegada. Durante una breve parada en Correos, me abordaron seis personas, seis, para preguntarme si había vuelto para escribir sobre ellos.

No respondí; me limité a sonreír, pero la pregunta se repetía. Me la plantearon con tal frecuencia en el transcurso de los días siguientes que mi imaginación se puso a trabajar a toda máquina. Middle River estaba nervioso. Me pregunté qué sucios secretillos ocultarían sus habitantes.

Pero no me interesaban los secretillos sucios de tipo personal. No tenía ninguna intención de que me adjudicaran el papel de Grace Metalious. Llevábamos años sin hablar, si es que se puede «hablar» con una persona muerta. Yo me había hecho un nombre. Tenía mi propia vida, mis propios amigos, mi propia carrera literaria. La única razón por la que estaba en Middle River era buscar una explicación a la enfermedad de mi familia. Podía ser el plomo o podía no serlo. En cualquier caso, tenía que averiguarlo.

Entonces vi la foto. Varios días antes de marcharme de Washington, estaba sentada a la mesa de la cocina con el ordenador portátil, acabando de revisar mi último libro. El sol de la mañana abrasaba el suelo de madera con la promesa de otro día de calor infernal. El aire acondicionado estaba apagado y las ventanas, abiertas. Sabía que apenas me quedaba una hora para que aquello cambiara, pero me encantaba el sonido de los pájaros en el solitario árbol del jardín trasero.

Llevaba vaqueros cortos, la mínima expresión de camiseta y chancletas. Me había recogido el pelo en una cola de caballo y no me había maquillado. No llevaba ni quince minutos trabajando cuando me quité las chancletas. Incluso el vaso del café con leche frío sudaba.

Contemplando la pantalla del ordenador, me arrellané en la silla, puse los talones en el borde, me rodeé las rodillas con los brazos y apoyé la boca en los puños.

Clic.

—La escritora en pleno trabajo —dijo Greg con una sonrisa mientras entraba por la puerta.

Greg solía ser la cara amable de las noticias, no quien las filmaba, pero era adicto a todo lo digital. Había dedicado varios días a investigar qué cámara adquirir para el viaje.

—¿Es la nueva? —pregunté.

—Claro —contestó, jugueteando con varios botones—. Ocho megapíxeles, zoom de diez aumentos, cinco puntos de enfoque automático. Una auténtica joya.

Levantó la cámara para que viera el monitor y la fotografía que había hecho.

Lo primero que se me ocurrió fue que no parecía nada washingtoniana y sí muy ingenua, como la chica de pueblo que no quería ser. Lo segundo que se me ocurrió fue que me parecía mucho a Grace Metalious en su famosa fotografía.

Sí, había diferencias. Yo era delgada; ella, más robusta. Yo tenía el pelo liso y lo llevaba recogido en una cola de caballo, mientras que ella lo llevaba recogido en la nuca y era ondulado. En la fotografía, ella llevaba una camisa de franela de cuadros

escoceses, vaqueros arremangados hasta la pantorrilla y playeras; yo llevaba pantalones cortos y estaba descalza. Pero estaba sentada ante la máquina de escribir con los pies levantados, como yo, con los codos sobre las rodillas y la boca apoyada en las manos. De ojos oscuros como los míos, contemplaba las palabras que había escrito.

*Pandora en vaqueros*: así se titulaba la fotografía. Era la foto oficial de Grace, la que aparecía en la edición original de *Peyton Place* y había sido reproducida miles de veces desde entonces. Me estremeció que Greg me hubiera hecho sin querer una foto tan parecida poco antes de que volviera a casa.

Me lo quité de la cabeza en aquel mismo momento, pero lo recordaría unas semanas más tarde. Entonces, Grace me estaba volviendo loca.

Su historia no tenía final feliz. A pesar del éxito de *Peyton Place*, Grace apenas vio una pequeña cantidad del dinero que había ganado, y se la gastó sobre todo en gorriones que se aprovecharon de ella. Hundida por las críticas adversas que reducían *Peyton Place* a una porquería, puso el listón tan alto para su obra posterior que inevitablemente fracasó. Se dio a la bebida. Se casó tres veces —dos con el mismo hombre—, y tuvo numerosas aventuras amorosas. Se sentía fea, sin talento y sin amor; a los treinta y nueve de años de edad murió de tanto beber.

Yo no tenía la menor intención de seguir el mismo camino. Yo tenía casa, amigos, éxito, un libro que iba a salir la primavera siguiente y un contrato para varios más. No necesitaba ni dinero ni adulación, al contrario que Grace. No necesitaba desesperadamente una figura paterna, como ella, ni tenía un marido que pudiera perder su trabajo ni unos hijos a quienes sus compañeros de colegio pudieran acosar.

Lo único que yo necesitaba era la verdad, saber por qué mi hermana estaba enferma, y mi madre, muerta.

# 1

Llegué a Middle River a medianoche por pura cobardía. Podría haber salido de Washington a las siete de la mañana y haber llegado a tiempo para pasar por Oak Street a plena luz del día, pero entonces me hubieran visto. Mi pequeño BMW descapotable, que había comprado de segunda mano pero que me encantaba, habría destacado entre las camionetas y furgonetas; para remate, tenía matrícula de Washington. Middle River me esperaba en junio, para el funeral, pero ahora no. Por esa razón no me habrían quitado ojo.

No estaba yo para que me mirasen, y mucho menos para ser la comidilla de la noche. La seguridad que tenía con mi personalidad de Washington se fue desvaneciendo a medida que me aproximaba al norte. Bebí agua mineral, piqué un poquito de salmón a la parrilla de un Sutton Place y entre horas tomé Toblerone de chocolate con leche. Me arremangué los vaqueros blancos hasta las rodillas, me subí el cuello de la camisa de punto, que era de importación, me hice un moño con unos palillos de bambú... cualquier cosa con tal de parecer sofisticada, pero no sirvió de nada. Cuando estaba a punto de llegar a Middle River me sentía como la estúpida inadaptada que era cuando abandoné la ciudad quince años atrás.

Concéntrate, me dije por enésima vez desde que había salido de Washington. No eres ninguna estúpida. Has encontrado tu huequecito. Eres una mujer triunfadora, una escritora de talento. Lo dicen los críticos y lo dicen los lectores. La opinión de Middle River no tiene la menor importancia. Estás aquí por una razón y nada más que por esa razón.

Y así era. Solo con recordar que mamá no estaría en casa cuando yo llegara, me puse más furiosa. Arropada por esa rabia y el cálido aire nocturno, justo al llegar al sur de la ciudad, en un acto de rebeldía, bajé la capota del coche. Cuando Middle River apareció ante mi vista, pude controlar hasta el rincón más remoto.

Para un observador ingenuo, sobre todo bajo el claro de luna, el escenario resultaba pintoresco. En *Peyton Place*, la calle principal era Elm. En nuestro pueblo, era Oak. Al pasar por el centro era lo suficientemente ancha como para tener sus aceras, sus árboles e incluso estacionamiento en batería. Las tiendas que había a ambos lados de la calle estaban tenuemente iluminadas, de forma que ofrecían una ligera idea de lo que había en su interior: cortacéspedes en la ferretería Farnum, estanterías con revistas en Prensa y Chucherías, frascos de vitaminas en El Boticario. A la vuelta de la esquina estaba el bar del barrio, El Redil, a oscuras salvo por la jarra de cerveza con espuma colgada sobre la puerta.

En el cruce de las calles de Pine y Oak, a la izquierda, un poste de peluquería señalaba el lugar donde Jimmy Sacco había ejercido de peluquero durante años, antes de traspasarle las tijeras al otro Jimmy, el más joven. El poste relucía a la luz de los



faros de mi coche, rodeando con un halo los bancos a ambos lados de la esquina. Cuando hacía buen tiempo esos bancos estaban siempre llenos, cada centímetro era un centro de cotilleos como el de la manicura de Willow Street. Por la noche se quedaban vacíos.

O así era por lo general. Algo se movió en uno de ellos, algo pequeño y muy pegado al asiento, y al instante desapareció. ¿Sería Barnaby? Era un gatito muy pequeño cuando yo me marché de la ciudad. Muchos gatos viven más de quince años.

Incapaz de resistirme, me acerqué al bordillo y puse el freno de mano. Dejé la puerta del coche abierta, subí el escalón y crucé con precaución el paseo hasta el banco. Le tenía mucho cariño a Barnaby, o mejor dicho, él me tenía mucho cariño a mí.

Pero no era Barnaby. Me di cuenta cuando me aproximé. Aquel gato, que se había sentado, era atigrado. Era anaranjado, no gris, y tenía el pelo más encrespado que Barnaby. ¿Hijo suyo? Posiblemente. El muy bobo había engendrado una caterva de gatitos en el transcurso de los años. Mi madre, que sabía de mi cariño por Barnaby, me había mantenido al corriente.

Tranquilizada por el leve olorcillo a tónico capilar que impregnaba los listones detrás del banco, extendí una mano hacia el nuevo guardián. El gato la olisqueó por delante y por detrás y apretó la cabeza contra el pulgar. Sonriendo, le rasqué las orejas hasta que empezó a ronronear suavemente. No hay nada como el ronroneo de un gato. Lo echaba en falta.

Me estaba enderezando cuando oí un murmullo que pareció decir «Los gatos sacan las uñas», pero cuando miré a mi alrededor, no había ni sombras ni siluetas humanas.

El gato siguió ronroneando.

Presté atención unos momentos, pero el único ruido procedente de la puerta de la peluquería era el ronroneo. Volví a mirar a mi alrededor y tampoco vi nada.

Atribuyéndolo al cansancio, regresé al coche y continué. De nuevo me dejé atrapar por el encanto de la ciudad: al otro lado de la calle estaba el banco, y apartado de la acera, el ayuntamiento; tenía detrás de mí la iglesia católica y delante la iglesia congregacionista, con las agujas blancas delicadamente iluminadas. Cada una estaba rodeada por su rebaño boscoso, una generosa congregación de árboles que proyectaban sombras de luna sobre la tierra. Era como el sueño de un poeta.

Pero yo no soy poeta. Y tampoco ingenua. Conocía los terribles secretitos que ocultaba la oscuridad, mucho más allá de aquellos hombres que, al igual que Barnaby, sembraban su semilla por toda la ciudad. Sabía que en el letrero de la ferretería Farnum antes había un «e Hijo», hasta que ese hijo fue detenido por abusar de una vecina de nueve años y le impusieron una larga condena. Sabía que había estallado una terrible trifulca familiar tras la muerte de Harriman, que acabó en la

división de los Almacenes Harriman en una tienda de comestibles y una panadería, dos entidades distintas, cada una con puerta propia, su propio espacio y un sólido muro de ladrillo en medio. Sabía que había marcas de quemaduras, limpiadas y desvaídas pero aún visibles, en la fachada de piedra de la redacción del periódico, ante la que Gunnar Szlewitchenz, el que fuera el borracho oficial del pueblo, había encendido una hoguera, furioso con el director por haber escrito mal su apellido en un artículo. Sabía que había un tramo arreglado del bordillo frente al banco, recordatorio de la ocasión en que Karl Holt intentó usar su camión como arma mortífera contra su mujer, que trabajaba dentro y lo engañaba.

Todas estas cosas eran ya leyenda en Middle River, historias conocidas por todos los lugareños, que detestaban compartirlas con los forasteros. Middle River estaba encerrado en sí mismo, con la cara meticulosamente maquillada para ocultar sus defectos.

Aferrándome a esta idea, logré evitar la nostalgia hasta que pasé junto a las rosas del hostel de Road's End. Entonces me atacó de una forma visceral. Aunque no podía ver las flores en la oscuridad, el olor me resultaba tan familiar como cualquier recuerdo de la infancia, tan evocador del verano en Middle River como el roble maduro, el abeto blanco, la tierra húmeda.

Sucumbiendo unos instantes, volví a ser una niña que acababa de comprar monedas de chocolate en Prensa y Chucherías, que había ido a una tienda ella sola por primera vez, sirviéndose de los rosales como indicador del camino a casa. Reviví el sabor del chocolate, la emoción de estar sola, la sensación de ser mayor pero de estar un poco asustada, el olor de las rosas, increíblemente fragante y dulce, y el convencimiento de que no iba a perderme.

Como entonces, torcí a la izquierda en Cedar, pero acababa de tomar la curva cuando pisé el freno. A media manzana de distancia, destacando en la oscuridad, había un amasijo de carne desnuda, un cuerpo, no, dos cuerpos entrelazados unos segundos más de lo debido de una forma muy reveladora. Antes de que se levantaran y corrieran hacia los árboles entre estallidos de risa, yo había agachado la cabeza, con los ojos cerrados y las mejillas rojas. Cuando levanté la mirada, habían desaparecido. Seguía ruborizada.

«Hacerlo en un sitio público»: así lo llamaban los chavales del pueblo, y se consideró una travesura atrevida durante años. Respuesta de Middle River al «club de los superaltos», hacerlo en un sitio público conllevaba hacer el amor a medianoche en el centro del pueblo. A aquella pareja les quitarían puntos por estar en Cedar Street en lugar de en Oak, y también si el apareamiento no acababa en... esto... desahogo. Difícilmente dirían la verdad sobre ninguna de las dos cosas, pero la versión que dieran perpetuaría el rito.

Mientras crecía allí, pensaba que hacerlo en un sitio público era el colmo del mal.

En aquel momento, el ver a dos personas que evidentemente se lo estaban pasando bien, haciendo algo que de todos modos harían en otro sitio, me divirtió. A Grace le habría encantado. Lo habría reflejado en uno de sus libros. Qué demonios; lo habría hecho ella misma, probablemente con George, el griego alto y atractivo que fue su primer y tercer marido y, con frecuencia, su compañero en la rebelión.

Me acerqué al río, aún sonriendo. De repente, el aire era más cálido y húmedo, apenas me acariciaba el rostro ruborizado mientras seguía conduciendo. El sonido de las ranas y los grillos se superponía al zumbido del motor del coche, pero el río fluía en silencio; al parecer, aquella noche no quería competir. Y sin embargo, yo sabía que estaba allí. Siempre estaba allí, con su nombre y su realidad. Seguramente, el setenta por ciento de la población activa del pueblo obtenía su sueldo semanal de la fábrica Northwood, y el río era el alma de la fábrica.

En la manzana siguiente giré a la derecha y me interné en Willow. No era la calle más elegante; la más elegante era Birch, donde vivía la élite, en sus magníficas casas coloniales de ladrillo recubiertas de hiedra. Pero todo lo que le faltaba a Willow de magnificencia le sobraba de encanto. Aquí las casas eran victorianas, y no había dos iguales. La luna ponía de relieve una gran variedad de aguilones, travesaños y adornos; los faros del coche rebotaban sobre vallas de distintos estilos y alturas. Los jardines no estaban ni la mitad de bien cuidados que los de Birch, pero eran exuberantes. Los arcos se desplegaban a lo ancho y a lo largo de la calle; aunque ya había pasado la época de floración, los rododendros, las kalmias, los lilos y las forsitias rebosaban de hojas. ¿Y los homónimos de la calle, los sauces<sup>[1]</sup>? Se erguían a la orilla del río, con toda la altura y la arrogancia que puede tener un ser llorón; sus brazos de manantial eran lo suficientemente gráciles como para hacerse perdonar los problemas que causaban sus hojas en el césped de nuestros jardines.

El pintoresco centro, la quintaesencia de los hogares de Nueva Inglaterra, la histórica fábrica... Comprendí que un visitante se enamorase de Middle River. Tenía un atractivo visual muy fuerte; pero a mí no me engañaba: aquella rosa tenía una espina, y yo me había pinchado demasiadas veces para olvidarla. No había ido allí para dejarme embaucar, sino para encontrar respuestas a unas cuantas preguntas.

Naturalmente, en el mensaje de voz que había dejado a Phoebe fui más diplomática. Las pocas preguntas que había formulado la última vez que estuve allí no habían sido bien recibidas. Phoebe estaba alterada y Sabina a la defensiva. No quería volver a entrar con mal pie.

Tras la muerte de mamá, Phoebe, que era la mayor de las tres, vivía sola en la casa en la que nos habíamos criado. Si yo seguía teniendo un hogar en Middle River, era esa casa. No me planteaba alojarme en ningún otro sitio.

—Hola, Phoebe —había dicho tras el pitido—. Soy yo. Aunque no te lo creas, voy camino de casa. La muerte de mamá sigue preocupándome. Creo que necesito

pasar una temporada con vosotras. Sabina no sabe que voy. Mañana le daré la sorpresa, pero no quería darte un susto presentándome por las buenas en plena noche. No me esperes levantada. Nos veremos por la mañana.

La casa era la quinta a la izquierda, amarilla con molduras blancas que relucieron con la luz de los faros cuando me interné en la entrada. Rodeando la furgoneta de Phoebe, aparqué junto al garaje, donde mi coche no pudiera verse desde la calle. Miré al cielo: ni una nube. Me apeé y saqué el equipaje del maletero. Colgándome las bolsas de los hombros y haciendo malabarismos con las maletas, empecé a subir la escalera lateral y me detuve, no tanto por la carga del equipaje como por la de los recuerdos. No los acompañaba la rabia, sino la pena. Mamá no estaría allí. Nunca volvería a estar allí.

Sin embargo, me la imaginaba allí, al otro lado de la puerta de la cocina, sentada a la mesa, esperando a que yo volviera a casa. Sin maquillaje, con su pelo corto, rubio y ondulado detrás de las orejas, y sus ojos llenos de preocupación. Ah, y en pijama. Sonreí con el recuerdo. Ella aseguraba que era para estar abrigada, y quizá fuera cierto, pero la recuerdo con camión cuando yo era pequeña. El cambio sobrevino en mi adolescencia. Por entonces mi madre debía de tener cuarenta y tantos años y estaba más delgada que nunca. Con menos grasa para protegerla, a lo mejor sentía más el frío, así que posiblemente tenía buenas razones para abrigarse.

De todos modos, yo sospecho otra cosa. Mi abuela, que siempre llevaba pijama, murió cuando yo tenía catorce años. La transformación se produjo poco después. Mamá pasó a comportarse como su madre, y no solo en lo de los pijamas. Desaparecida Connie, se convirtió en la guardiana de la moral familiar, y se quedaba despierta hasta que llegaba la última de nosotras sin percances. Sin percances: esa era la clave, porque los incidentes traían la deshonra. Una borrachera en público, la conducta lasciva, un embarazo no deseado... esas eran las cosas sobre las que hablaba todo Middle River, sumergido en la nube con fragancia de tónico que flotaba sobre los bancos de la peluquería y que se superponía al olor a laca de la tienda de la manicura y al olor de la carne con verduras del restaurante de Omie.

Grace Metalious había dado en el clavo con aquello. Con tanto miedo de que se descubriese su secreto como la Constance MacKenzie de *Peyton Place*, le horrorizaba aún más que hablaran de ella.

Claro que, aparte de la decepción con Aidan Meade, yo nunca le di a mamá motivo de preocupación. No salía con nadie. Lo que hacía, desde poco después de empezar a conducir, era ir a Plymouth los sábados por la noche, sentarme a una mesa en una cafetería y leer. Estar sola en un sitio en el que no conocía a nadie era mejor que pasar sola la noche del sábado en Middle River. Y mamá me esperaba despierta hasta que llegaba, lo que aliviaba un poco la soledad.

Sintiendo todo el peso de esa soledad, subí la escalera, abrí la puerta y entré

sigilosamente. Mamá no estaba allí, pero tampoco la cocina que yo recordaba. La habían renovado por completo hacía dos años; mamá estaba ya enferma, pero se empeñó en hacerlo. Había visto los cambios cuando estuve allí para el funeral, pero al subir por la escalera lateral aún guardaba en la memoria la antigua, con la vetusta encimera de formica, los anticuados electrodomésticos y el suelo de linóleo.

La nueva cocina vibraba al cálido resplandor de los halógenos bajo los armarios. Las paredes estaban pintadas de color burdeos, las encimeras eran de granito beis y el suelo de gres rojizo. Los electrodomésticos eran de acero inoxidable, incluyendo el triturador de basura.

Yo no tenía triturador de basura, ni dispensador de cubitos de hielo en la puerta de la nevera. Aquella cocina era mucho más moderna que la mía de Washington. Me dejó impresionada, cosa que no había ocurrido en junio, dada mi preocupación.

La mesa era redonda, con tablero de madera de arce y patas de hierro forjado, y las sillas blancas de listones, de época. Dejé la bolsa del ordenador en una de ellas, apagué las luces, seguí por el pasillo y entré en la sala para apagar la lámpara. Allí estaba mi hermana Phoebe, en el sofá, tapada con una manta de punto, los ojos cerrados, inmóvil.

Era la que más se parecía a mamá de las tres. Tenía la misma frente despejada y los mismos ojos verdes, brillantes, el mismo pelo rubio y ondulado, la misma boca de labios finos de los McCall. Parecía mayor que cuando la había visto el mes anterior, y un poco pálida, por el esfuerzo de seguir adelante. Independientemente de los problemas físicos que pudiera sufrir, empecé a imaginar lo que habría sido para ella el mes anterior. Mi soledad al volver a una casa sin la presencia de mamá no era nada en comparación con la de Phoebe, que notaba su ausencia continuamente. No solo había vivido con mamá todo el tiempo, salvo el breve período de su matrimonio, sino que había trabajado con ella. Aquella pérdida debía de reflejarse en su rostro un día sí y otro también.

Dejé las maletas en el suelo, me acerqué al borde del sofá y toqué ligeramente la parte de debajo de la manta que debía de corresponder a un brazo.

—¿Phoebe? —murmuré.

Como no se movió, la sacudí con dulzura.

Abrió los ojos lentamente. Se quedó mirándome fijamente unos momentos, como sin comprender, y a continuación dijo, confusa:

—¿Annie?

Tenía una voz inusualmente nasal.

—Has oído mi recado, ¿no?

—El recado —repitió, hecha un lío.

Se me cayó el alma a los pies.

—Sí, en el buzón de voz. Te decía que iba a venir.

Yo pensaba que había dejado las luces encendidas por mí.

—No... ¿En el buzón de voz? Sí, supongo que sí... —. Se le iluminaron un poco los ojos—. Estoy atontada, por las medicinas. Estoy resfriada. —Eso explicaba la voz nasal—. ¿Qué hora es?

Miré mi reloj.

—Las doce y diez. —Llegué a la conclusión de que lo de las medicinas para el resfriado era algo razonable e intenté animar las cosas con una sonrisa—. Me he llevado una sorpresa con la cocina. Siempre espero ver la antigua.

No estoy segura de que oyera mi comentario. Tenía el ceño fruncido.

—¿Por qué has venido?

—Sentía necesidad de estar aquí.

Tras una brevísima pausa, añadió:

—¿Por qué ahora precisamente?

—Estamos en agosto. En Washington hace mucho calor. He terminado de revisar mi libro. Y mamá ha muerto.

Phoebe no se movió, pero se espabiló un poco.

—O sea que es por mamá. Eso dice Sabina.

—¿Le has dicho a Sabina que iba a venir? —pregunté, consternada. Habría preferido llamar a Sabina para contárselo yo misma.

—He ido a cenar allí. No podía dejar de contárselo.

Vale. No quería empezar a discutir. Sabina se habría enterado de todos modos, y enseguida.

—Echo de menos a mamá —dije—. No he tenido tiempo para llorarla, y quiero saber más cosas sobre sus últimos días, qué le pasaba... ¿comprendes?

—¿Y la casa?

Dije, frunciendo el ceño:

—¿Qué pasa con la casa?

—Sabina dice que querrás quedarte con ella.

—¿Esta casa? —pregunté con sorpresa—. ¿Y por qué iba a quererla? Tengo mi propia casa, y esta es tuya.

—Sabina dice que de todos modos la querrías. Dice que seguro que te conoces todos los trucos legales, y que es por el dinero.

—Perdona. ¿El dinero? Tengo suficiente dinero. —No me sorprendió que Sabina pensara que quería más. Siempre esperaba lo peor de mí, motivo por el que habría preferido telefonarla para informarle de que estaba allí. Así podría haber cortado sus sospechas de raíz—. ¿Acaso he pedido algo de la herencia de mamá? —añadí.

Phoebe no respondió. Me dio la impresión de que estaba intentando recordar.

—Mamá murió hace apenas seis semanas —añadí—. ¿Lleva Sabina dándole vueltas al asunto todo este tiempo?

—No. Solo... solo desde que se enteró de que ibas a venir, supongo.

Así de rápido había vuelto a las trifulcas de la infancia. Sabina era la mediana, con lo que debería haber adoptado el papel de conciliadora de la familia, pero nunca había sido así. Los once meses de diferencia entre Phoebe y ella la habían dejado con ansias de que le prestaran atención, situación que se agravó con mi llegada cuando Sabina apenas había cumplido dos años. Dije:

—Por eso te llamé a ti y no a ella. Sabía que no le haría ninguna gracia mi visita, y eso es muy triste, Phoebe. Middle River es donde yo crecí. Mi familia está aquí. ¿Por qué tiene que sentirse amenazada?

Phoebe no se había movido del sofá, pero su mirada era tan aguda como la de mamá cuando se preocupaba por si habíamos hecho algo malo.

—Ya no tiene nada que ver contigo. Y yo tampoco.

—Soy vuestra hermana.

—Eres escritora. Vives en una ciudad y no paras de viajar. Comes más veces fuera que en casa. Conoces a celebridades. —Sus ojos se abrieron de par en par al recordar algo más—. Y tu media naranja aparece constantemente en la televisión.

—No es mi media naranja —le recordé.

—Bueno, con quien compartes casa —admitió, y aspiró aire con dificultad—. Pero Middle River es totalmente diferente. Aquí las mujeres solteras no compran casas a medias con hombres solteros.

—Greg y yo nos protegemos mutuamente... pero eso no tiene nada que ver. Soy tu hermana, Phoebe —insistí, en tono suplicante, porque aquella discusión me estaba haciendo sentir incluso más sola que cuando entré en la cocina y no encontré a mamá—. He intentado ceder durante los últimos años. ¿Acaso nuestras vacaciones no eran para eso? ¿Y el dinero para la furgoneta nueva? Incluso la cocina nueva —añadí, aunque yo solo había pagado los electrodomésticos—. ¿Por qué iba a intentar llevarme lo que es tuyo?

Phoebe sacó un brazo de debajo de la manta, otra vez como atontada. Se apretó los ojos, se los frotó con el índice y el pulgar.

—No lo sé. Yo no hago listas.

—Phoebe... —dije en tono crítico.

—Supongo que no, pero Sabina dice que...

—No me hables de Sabina —la interrumpí—. Tú. ¿También tú desconfías de mí? Contestó con voz estentórea:

—A veces me siento confusa.

Dejó caer la mano. Abrió los ojos, con una expresión lastimera, y se me volvió a caer el alma a los pies. No cabía duda de que algo pasaba.

—Es por el resfriado —razoné, pero de repente algo me distrajo. Con la manta quitada, vi lo que llevaba Phoebe. Sonriendo, le dije en broma—: ¿Es un pijama?

Se puso inmediatamente a la defensiva.

—¿Qué tienen de malo los pijamas?

—Nada. Solo que eran cosas de mamá.

—Ella tenía frío y ahora yo tengo frío.

En la habitación no hacía frío; si acaso, más bien calor. Yo había entrado en el pueblo con la capota bajada, y Phoebe tenía las ventanas cerradas a cal y canto. En la casa no había aire acondicionado. Incluso el ligero calor de fuera habría agitado un poco el aire de la habitación, y la humedad de la noche habría contribuido a aliviar el resfriado de Phoebe. Volví a pensar que parecía muy pálida.

—¿Llevas mucho tiempo enferma? —le pregunté.

Suspiró y dijo:

—No estoy enferma. Es solo un resfriado. Son cosas de la vida. Los clientes me lo pegan constantemente en la tienda. Es tarde. Será mejor que me vaya a la cama.

Me levanté del sofá, me eché al hombro las bolsas y miré hacia atrás. Phoebe estaba sujetándose a un brazo del sofá con una mano mientras se apoyaba en la otra para levantarse. Me recordó a mamá la última vez que la había visto. Era mala señal.

—En serio, Phoebe, ¿te encuentras bien?

Ya de pie, levantó las dos manos.

—Sí. Estoy bien. Vamos. Yo apago la luz.

Yo estaba en el pasillo cuando la sala quedó a oscuras, con la escalera iluminada por una lámpara del piso de arriba. Subí y seguí por el pasillo hasta la habitación que siempre había sido la mía. Dejé el equipaje y me volví para esperar a Phoebe. Caminaba lentamente, y parecía un poco inestable. ¿El típico atontamiento de medianoche? Posiblemente. Pero la inquietud que yo había sentido después de la última vez que estuve allí ya no podía abandonarme.

Phoebe se acercó, con su estatura casi como la de mamá, unos centímetros menos que yo, y dijo:

—Tu habitación está igual. No he tocado nada.

—No me preocupaba lo más mínimo. ¿Y tu habitación? ¿Sigues durmiendo allí?

—¿Y dónde iba a dormir si no?

—En la habitación de mamá. Es la más grande. Ahora es tu casa, y tienes derecho a esa habitación. ¿No lo sugirió Sabina la última vez que yo estuve aquí?

—Supongo que sí —contestó Phoebe, de nuevo confusa—. Pero tendría que cambiar de sitio todas mis cosas, y llevo tanto tiempo en mi habitación que... —Sus ojos tenían una expresión lastimera—. Además ¿tengo fuerzas para todo eso?

Debería haberlas tenido. Contaba solo treinta y seis años, pero saltaba a la vista que estaba agotada física y emocionalmente. Pensé en cómo conseguiría llevar la tienda. En lugar de expresar dudas cuando parecía tan vulnerable, dije:

—Bueno, ¿a qué hora te vas a levantar mañana?



—A las siete. Abrimos a las nueve.

—Si te pones peor, ¿puedes quedarte en casa?

—No me voy a poner peor.

—Vale. ¿Nos vemos en el desayuno?

Asintió, frunció el ceño y añadió:

—A menos que duerma hasta más tarde. Estoy muy cansada. A lo mejor es por el resfriado, o a lo mejor porque echo de menos a mamá.

Con una sonrisa extrañamente compungida, se me adelantó por el pasillo.

—¿Quieres que apague la lámpara? —pregunté.

Miró hacia atrás.

—¿La lámpara?

Señalé la que estaba en lo alto de la escalera.

Se quedó mirándola con sorpresa.

—No. Déjala. Si hubiera estado encendida aquella noche, mamá no habría tropezado. Estaba oscuro. Si hubiera podido ver, no se habría caído, y si no se hubiera caído, aún estaría viva.

—Estaba enferma —le recordé—. No fue tanto por la oscuridad como por el equilibrio.

—Fue por la oscuridad —aseguró Phoebe, y desapareció en su habitación.

No dormí bien. Tras abrir las ventanas, retirar las mantas y quitarme toda la ropa, fui capaz de soportar el calor, pero la chica urbanita que había llegado a ser no estaba acostumbrada al ruido. Al tráfico, sí. A las sirenas, sí. A los camiones de la basura, también; pero a las ranas y a los grillos, no. Naturalmente, al estar despierta, pensé en mamá, en si Phoebe también estaría enferma y, en tal caso, si se debería al plomo o a algo peor, y cada vez que me despertaba volvía a pensar en lo mismo. Llegó el amanecer y se apagaron los ruidos nocturnos, con lo que resurgió el río. Nuestra casa estaba a la orilla. Las aguas pasaban raudas por allí, arrastrando seres acuáticos, hojas y hierbas de las orillas que se precipitaban por entre las piedras.

Dieron las siete, y presté oídos para saber si Phoebe se había levantado, pero no oí señales de vida en la casa hasta las siete y veinte. Llevaba un camisón corto y estaba sentada en el borde de la cama, a punto de ponerme de pie cuando entró Sabina.

Sabina y yo éramos Barnes, con el pelo negro como ala de cuervo, la piel pálida y la boca de labios gruesos de papá. Cuando éramos pequeñas, esos rasgos lucían mucho más en ella que en mí. Sabina era guapa y caía bien a todos. A mí me ocurría lo contrario. Las dos medíamos 1,68, aunque Sabina se empeñaba en que me sacaba un centímetro. Yo no me peleaba por eso. Ya había suficientes cosas por las que pelearse. Mientras se aproximaba a la cama, noté lo que iba a pasar.

Intenté difuminarlo con una sonrisa.

—Hola. Iba a llamarte. ¿Se ha despertado Phoebe?

—No —contestó Sabina en voz baja. Cruzó los brazos y los pegó al cuerpo—. Primero quería hablar contigo. Lo ha pasado muy mal, Annie. No quiero que la incordies.

Consternada por su brusquedad, dije amablemente:

—Yo estoy bien, gracias. ¿Y tú?

Ni pestañeó.

—Podemos dedicar cinco minutos a los cumplidos, pero esto es realmente importante. A Phoebe le cuesta trabajo aceptar que mamá ha muerto. No sé por qué has venido, pero si estás pensando en hacer algo para crear problemas, te ruego que no lo hagas.

Me molestó tanto que contraataqué.

—A Phoebe no solo le cuesta trabajo aceptar la muerte de mamá. Parece enferma. Dice que es un resfriado, pero yo creo que es algo más.

—Claro que es algo más, pero no se puede hacer nada —replicó Sabina—. Su forma de actuar... ¿como la de mamá? Es algo natural que pasa a veces cuando muere un ser querido. He hablado sobre ello con Marian Stein.

—¿Quién es Marian Stein?

—Una terapeuta de aquí. Yo lo estoy controlando todo, Annie.

—¿Está tratando a Phoebe?

—Por supuesto que no. Phoebe no necesita ninguna terapia; solo tiempo. Se le pasará.

—¿Ha ido al médico?

—No hace falta. Los resfriados se pasan y los síntomas también.

Sabía que no debía mencionar el plomo. A Sabina no le iba a gustar. Así que dije:

—A mamá le diagnosticaron Parkinson. Puede ser cosa de familia.

La mirada de Sabina se endureció.

—Y por eso no deberías estar tú aquí —replicó, aún en voz baja pero salpicada de malevolencia—. Necesita que la animen, y tú eres tan negativa que la hundirás más.

—Vamos, Sabina —dije en tono burlón—. Tengo suficiente sentido común como para no decir nada delante de ella. Pero averigüé cosas sobre el Parkinson en Google después de que se lo diagnosticaron a mamá. Si mamá lo tenía y también lo tiene Phoebe, tú o yo podemos correr el mismo riesgo. ¿Es que no te preocupa?

—¿Cómo que si mamá lo tenía? —arremetió Sabina, con los brazos cruzados sobre la cintura.

—Sus síntomas pueden deberse a otras causas —le espeté, e inmediatamente me arrepentí.

—¡Ya lo sabía yo! ¡Ya sabía yo que meterías las narices en esto! A ver, ¿dónde estabas tú el año pasado o el anterior? Muy bonito eso de venir a criticarnos ahora...

—No estoy criticando a nadie.

—... pero no estabas aquí. Nosotras sí, Annie. Phoebe y yo llevábamos a mamá al médico, le comprábamos las medicinas, nos asegurábamos de que las tomase porque a ella se le olvidaba. Phoebe lleva al frente de la tienda los últimos cinco años...

—¿Cinco?

—Sí, cinco. Hacía años que mamá no se sentía con fuerzas para trabajar.

Cinco años suponía un obstáculo para la teoría del plomo. Significaba que mamá había enfermado mucho antes de que la tienda se llenara del polvo de la pintura con plomo. Podía existir relación, sobre todo en el caso de Phoebe, pero habría que investigar.

Me enfadé.

—¿Por qué no me lo dijisteis en su momento?

—¡Porque no estabas aquí! —gritó Sabina, e inmediatamente bajó la voz—. Y porque los síntomas eran leves y al principio pensamos que era la edad, y porque Phoebe podía encargarse del trabajo, y porque a mamá le habría horrorizado que hablásemos a sus espaldas. Por eso no te lo contamos, ni se lo contamos a nadie hasta que los síntomas fueron evidentes; incluso entonces tú no viniste. Así que no nos critiques, Annie. No tienes ni idea de cómo ha sido. Hicimos lo que pudimos.

Guardé silencio. ¿Qué podía decir? Sí, me sentía culpable. Me sentía culpable desde el momento en que me enteré de que mamá había muerto. Me decía una y otra vez que había ido allí a cumplir una misión; esa era la premisa inicial. Pero quizá la misión iba a ser más amplia de lo que había calculado. De modo que corregí mentalmente esa premisa con la VERDAD N.º 1: sí, había ido a Middle River para averiguar si mamá había muerto de algo que estaba afectando a Phoebe, pero también estaba allí por mi sentimiento de culpa. Les debía algo a mis hermanas. Quería compensarlas por no haber ayudado cuando mamá estaba enferma. Pero no podía decírselo a Sabina. Se me habrían atragantado las palabras. En su lugar pregunté:

—¿Cómo están Lisa y Timmy?

Eran los hijos de Sabina, de doce y diez años, respectivamente. En realidad sabía cómo estaban; manteníamos una relación continua por correo electrónico y me había puesto muchas veces en contacto con ellos el mes anterior, aunque pensaba que Sabina no lo sabía. Sus hijos eran listos; sabían que había tensiones entre Sabina y yo. Mi relación con sus hijos era un pequeño secreto entre nosotros. Ninguno de los tres quería arriesgarse a provocar las iras de Sabina dejándola que metiera las narices en el asunto.

Al oír el nombre de los niños se relajó unos momentos.

—Están bien. Encantados de que hayas venido. A lo mejor vienen más tarde en bicicleta. Quieren saber cuánto tiempo te vas a quedar.

—¿Son ellos los que quieren saberlo o tú? —pregunté, imprudente.

Sabina no lo negó.

—Yo. Y también Phoebe. Esta es su casa.

Un recordatorio definitivo.

—Que conste que yo no quiero la casa —dije—. Ni quiero la tienda, ni el dinero de mamá. Lo único que quiero, y te lo dije en junio, es poder quedarme en esta habitación cuando venga aquí.

Sabina tenía una expresión desdeñosa, y saltaba a la vista que dudaba de que estuviera diciendo la verdad.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—Suponiendo que Phoebe no tenga ningún inconveniente, hasta el día de los Trabajadores.

—¿Un mes entero? —dijo, asustada—. ¿Y qué vas a hacer durante todo ese tiempo?

—Tengo trabajo, pero sobre todo quiero relajarme un poco, y echarle una mano a Phoebe. Ayudarla a recuperarse. Y hablar con la gente del pueblo.

—¿Con quién?

La brusquedad de la pregunta nos devolvió al cuadrilátero de boxeo.

—Pues todavía no lo he pensado.

—¿En serio? ¿Que Annie Barnes todavía no lo ha pensado? Yo sé para qué has venido, Annie: para crear problemas. Irás inocentemente por el pueblo como cuando éramos pequeñas, haciendo preguntas que no son asunto tuyo, fastidiando a la gente, y después volverás a Washington y nosotras tendremos que arreglar las cosas. Y además, lo de escribir. Dices que tienes trabajo. ¿Qué trabajo?

—Aparte de la revisión, mi editora quiere un adelanto del libro de la próxima primavera. Entrevistas por escrito que van a necesitar. Preparar otro libro...

Sabina apretó los labios.

—¿Tienes intención de escribir sobre nosotros ahora que mamá ha muerto?

—No.

—Pues yo creo que sí. Harás preguntas y nos fastidiarás a todos, y después, cuando estés en Washington y nosotros tengamos que arreglar el lío que hayas montado, escribirás algo y el lío será todavía peor. —Levantó las manos, con las palmas hacia fuera—. Te lo pido por favor, te lo ruego, Annie. No te metas donde no te llaman.

Apenas había pronunciado aquellas palabras cuando se dio la vuelta, se dirigió con decisión a la puerta y la abrió de un tirón.

Phoebe estaba allí. Al parecer totalmente ajena a la situación, solo sorprendida al ver a Sabina, dijo:

—No sabía que estuvieras aquí, pero estoy haciendo... esto... creo que... ¿qué estaba haciendo? Ah, sí, creo que voy a hacer unos huevos para desayunar. ¿Hago

para las tres?

## 2

La clínica de Middle River estaba en Cedar Street, a un kilómetro de Oak. Como el pueblo mismo, y con el mismo eufemismo, el edificio de la clínica tenía más profundidad de lo que parecía indicar la fachada, que ocupaba una manzana entera hasta School Street, con hondonadas y suaves lomas cubiertas de hierba y, por supuesto, generosamente plantada de cedros y robles. La entrada de School Street daba directamente a una pequeña sala de urgencias que durante años había sido escenario del tratamiento de innumerables heridas producidas en el parque, inflamaciones de garganta y accesos de alergia. La generación más antigua de Middle River había nacido y había dado a luz allí, cuando la clínica era un verdadero hospital. En la actualidad, salvo en casos de emergencia, los partos y demás se producían en Plymouth.

La primera planta albergaba las consultas de los médicos que atendían a los pacientes del pueblo como miembros del Grupo Médico de Middle River. La segunda planta estaba alquilada a médicos particulares, que en la actualidad formaban un amplio equipo de fisioterapeutas, dos quiroprácticos y un acupuntor. Los psicólogos estaban diseminados por todas partes (siempre los había en los pueblos), junto con los abogados, asesores de inversiones e informáticos. Sandy Meade no era quisquilloso; era el propietario del edificio y quería que todos los espacios estuvieran llenos. Quizá se hubiera mostrado reacio a alquilar un local para la distribución de vídeos para adultos (tenía sus principios), pero con casi todo lo demás se conformaba, siempre y cuando cada mes recibiera el alquiler.

El edificio era una bonita construcción de ladrillo, de dos plantas, con los postigos, los canalones y el pórtico blancos. La última vez que yo había estado allí fue para visitar la sala de urgencias el día de Acción de Gracias antes de marcharme del pueblo. Sam Winchell, propietario del periódico y cuya familia vivía en otro estado, cenaba con nosotros el día de Acción de Gracias desde la muerte de papá, y aquel último año se cortó al afilar el cuchillo para el pavo. Como yo era la persona con la que tenía más confianza, fui la encargada de conducir el coche, mientras los demás se quedaban en casa evitando que se enfriara la comida.

Cuando llegué allí aquel día de agosto, ya había dejado a Phoebe en su trabajo, había parado en Correos y me había topado con todas las personas que me preguntaron si iba a escribir sobre ellas; además estuve en la tienda de comestibles de Harriman y pasé por casa para dejar la comida en la nevera. Estaba desoladoramente vacía. ¿Huevos para tres? No había suficientes ni para una persona. Cuando se marchó Sabina (ninguna discusión por eso), las dos tomamos copos de salvado rancios. Sin leche.

Yo no soy tonta. Mientras estaba en el centro, también me había parado en Prensa

y Chucherías para comprar una bolsa de monedas de chocolate. Con una bolsa de M&M habría saciado mi deseo de chocolate, pero podía encontrar M&M en cualquier sitio y a cualquier hora. Las monedas de chocolate, servidas a mano por los Walker durante tres generaciones, eran otra cosa. Merecía la pena arriesgarme a que me viera más gente.

Pero ya se había corrido la voz. Sospechaba que mis hermanas se lo habían contado a sus amigos, que a su vez se lo habían contado a sus amigos y así sucesivamente. No tenía ganas de pasar con el descapotable por Oak (habría sido un espectáculo de mal gusto el primer día de mi estancia en el pueblo), pero no podía hacerme invisible en un sitio tan ávido de cotilleos.

Thomas Martin, el médico que había tratado a mi madre, era el director de la clínica de Middle River. Era un recién llegado según el criterio de Middle River, pues se había trasladado allí hacía tres años, cuando se jubiló el doctor Wessler. *The Middle River Times* describía al doctor Martin no solo como respetado médico de medicina general, sino como licenciado en Ciencias Empresariales, circunstancia que le resultaba muy útil para atender las necesidades de una clínica moderna.

No había llamado para pedir cita; la clínica de Middle River no era el hospital Memorial Sloan-Kettering. Tampoco les había contado a mis hermanas lo que pensaba hacer. No quería público, ni especulaciones de mentes ociosas. Que conste que lo único que quería era darle las gracias al médico por haber atendido a mi madre durante sus últimos días. Aunque lo había conocido en el funeral, no tuve entonces suficiente presencia de ánimo para cortesías. Desde luego, mi gratitud resultaría vana en el caso de que hubiera metido la pata con un diagnóstico erróneo. Pero era un extraño, como yo, y aunque fuera solo por eso, le concedí el beneficio de la duda.

Estaba con un paciente cuando llegué, pero su secretaria me conocía. Habíamos sido compañeras de clase, ella animadora y yo ratón de biblioteca. Abrió los ojos de par en par y sonrió, una respuesta mucho más agradable que la que solía darme cuando éramos adolescentes.

—Estás estupenda, Annie —dijo, sorprendida, e inmediatamente añadió, con afecto—: Siento lo de tu madre. Era una mujer buena, siempre tan amable, tanto si acababas comprando algo en su tienda como si no. Y cuando venía aquí siempre era muy respetuosa. Es que algunas personas no lo son. Detestan el papeleo y nos echan la culpa a nosotros. Y nosotros también detestamos el papeleo. De verdad, Annie, estás estupenda. Te sienta bien ser famosa.

—En realidad no soy tan famosa —repliqué, porque el éxito de los escritores es distinto. No reconocen tu cara, no tienes gente a tu alrededor, ni siquiera agente. Mi nombre era conocido por los lectores, pero nada más.

No dije nada de eso entonces. Estaba socialmente muda y a la defensiva, reflejos condicionados de mi relación con Middle River. Añadí, con cierta descortesía:

—Me gustaría ver al médico para darle las gracias por haber cuidado a mi madre. ¿No tiene un rato de descanso?

—Ahora mismo —contestó la secretaria alegremente, y se puso de pie—. Voy a decirle que estás aquí.

El médico apareció al cabo de cinco minutos. Llevaba la bata preceptiva, sobre una camisa azul con el cuello desabrochado y pantalones caqui. Tenía el pelo oscuro y corto, los ojos azul claro y era delgado. Cuando me levanté para saludarlo, vi que era más o menos de mi estatura, quizá con el centímetro que mi hermana insistía en que me sacaba.

¿Un matasanos incompetente? En tal caso, no parecía sentir culpa, porque se acercó con una sonrisa tranquila y me tendió amistosamente la mano.

—Eres la mujer del momento.

Su cordialidad me desarmó de inmediato, aunque, a decir verdad, es posible que me cayera bien por el simple hecho de que no fuera nativo de Middle River. Además, como no era del pueblo, no había nada emocional que pudiera interponerse en mi forma de expresarme. Con un desparpajo que había fomentado durante los últimos quince años le dije:

—Parece que alguien ha estado hablando demasiado, y no solamente la amiga Linda.

—Esta mañana, tres de cada cuatro pacientes —confirmó con los ojos brillantes.

—No te creas nada de lo que dicen, por favor. No me conocen bien.

—Eso nos pasa a todos —replicó y, sin más ceremonia, me tomó del brazo—. Te invito a café —añadió, sacándome de allí.

La cafetería era en realidad un pequeño restaurante que llevaban dos nietos de Omie. Más joven que el restaurante de Omie, con tantas generaciones de por medio, se llamaba Hamburguesas y Granos, y la última palabra se refería a los granos de café, a juzgar por el intenso aroma que nos recibió en la puerta. Además de hamburguesas, había bocadillos y ensaladas. Nosotros solo tomamos café.

—¿Nos arriesgamos a ir afuera? —preguntó Tom, lanzando una mirada al patio con sus mesas redondas de hierro forjado y sus sombrillas.

Sonreí agradecida. El hecho de que comprendiera mi aversión a ser vista contribuyó a que me cayera aún mejor. Pero ya se había descubierto el pastel. Habría sido inútil disimular.

—Vale —dije, como sin darle importancia.

Adoptando una expresión valerosa, me adelanté a él y pasé junto a varias personas que me resultaban conocidas y me miraban descaradamente, hasta llegar a un extremo del patio. Unos barriles de whisky rebosantes de balsaminas marcaban la línea divisoria entre la piedra y la hierba. Yo me senté al sol, justo al borde de la sombra que daba la sombrilla. Era todavía bastante temprano, y el calor resultaba



agradable.

Tras acomodarse, Tom dijo:

—Tenemos algo en común. Yo pasé diez años en Washington, entre la universidad, la facultad de medicina y la residencia.

—Ah, ¿sí? —le dije, pensando que cada vez compartíamos más cosas—. ¿Dónde?

—En Georgetown.

—Pues somos compañeros. ¿Vivías cerca de Wisconsin?

—Una temporada. Después me fui a Dupont Circle, un sitio estupendo. Mucho calor en verano, pero es estupendo.

—Sí, en verano hace mucho calor —confirmé, y tomé un sorbo de café. En Middle River podía hacer calor (esa misma tarde hacía calor), pero no con la temperatura abrasadora que asolaba Washington día tras día.

—¿Por eso has venido? ¿Huyendo del calor? —preguntó Tom.

Me hizo gracia.

—¿Qué te han dicho tus pacientes?

—Que estabas aquí para escribir. Que eres la versión Middle River de Grace Metalious y, por supuesto —de nuevo se le pusieron los ojos brillantes—, que si conozco la relación con *Peyton Place*.

—Y supongo que la conoces.

—¿Cómo no? En eso está basado el turismo de aquí. El hostel ofrece fines de semana de *Peyton Place*, el historiador oficial dirige las visitas por el «auténtico» *Peyton Place*, el periódico local saca un especial *Peyton Place Times* el día de los Inocentes todos los años. Y encima, la librería. Es imposible no verlo cuando entras allí. *Peyton Place* está por todas partes, junto a una guía del lector en la que se resaltan los paralelismos entre *Peyton Place* y nosotros.

—¿Te acuerdas de *Peyton Place*?

—Tengo cuarenta y dos años. Apareció antes de que yo naciera, pero mi madre lo tuvo en su mesilla de noche durante años, todo sobado. Lo leí cuando vine aquí.

—¿Y te cuestionaste la decisión de venir?

—Qué va. *Peyton Place* es ficción. Middle River tiene sus cosas, pero no es mal sitio.

Podría haberle rebatido, haberle dicho que Middle River era un sitio asqueroso para quien no se adaptaba a sus esquemas, pero habría parecido resentimiento por mi parte. Así que me limité a aclararme la garganta y dije:

—Sandy Meade ha tenido que hacerte una oferta muy tentadora para que vinieras aquí después de estar en Washington y donde estuvieras después.

—En Atlanta —dijo como sin darle importancia—. Y quería una vida más tranquila. He comprado una casa en East Meadow. Es tres veces más grande que la

que podría haber comprado en otro sitio, y además me quedó dinero para hacer reformas.

—¿Annie? —se oyó preguntar a alguien con curiosidad.

Al darme la vuelta reconocí inmediatamente a la mujer, a pesar de que hacía años que no la veía. Se llamaba Pamela Farrow. En el colegio iba un curso por detrás del mío, pero la fama de chica fácil y muy suelta que se ganó salvó la diferencia de edad con los de mi curso e incluso los mayores. En aquella época era una monada de pelo negro y brillante y cálidos ojos verdes que lucía unas curvas perfectas donde tenía que tenerlas mucho antes de que las demás tuviéramos ninguna curva. Ya no tenía el pelo tan brillante ni los ojos tan verdes, pero sí unas curvas más grandes. Los años no le sentaban tan bien como a mí.

Lo siento. No está bien pensar esas cosas.

Intenté repararlo con una sonrisa.

—Hola, Pamela. Cuánto tiempo.

—Sí, mucho. Ya nos hemos enterado de las cosas tan increíbles que te están pasando. ¿Es verdad que vives con Greg Steele?

No se me habría ocurrido que Pamela supiera quién era Greg Steele; no me parecía la clase de persona que viera las noticias, ni siquiera las de la noche.

Y tampoco estaba bien pensar esas cosas. Esa era otra de las razones por las que detestaba Middle River: sacaba a flote lo peor de mi carácter. Apenas llevaba allí doce horas y ya había empezado a pensar de forma insidiosa. Por supuesto, era porque estaba a la defensiva. Estaba arremetiendo con las palabras, en este caso con los pensamientos, por sentirme socialmente torpe. Y en aquella época no me sentía así. Al menos en Washington. En Middle River había retrocedido.

Por toda respuesta asentí con la cabeza y tomé otro sorbo de café.

—Pues a nosotros nos encanta tener noticias tuyas —soltó Pamela—. Eres nuestra nativa más famosa. —Se volvió hacia el hombre que estaba con ella. Con gafas, camisa y corbata, el pelo pulcramente peinado, irradiaba un aire conservador; no me resultaba conocido. Me quedé de piedra cuando Pamela dijo—: Annie, es mi marido, Hal Healy.

No me lo habría imaginado. Jamás. O Pamela había cambiado, o hacían mala pareja.

Le tendí una mano y me la estrechó con demasiada firmeza.

—Trajeron a Hal aquí para ser el director del instituto —añadió Pamela con orgullo; también eso me sorprendió. En mi época, el director era un tipo muy atractivo que se parecía al Tomas Makris de *Peyton Place*. Hal Healy tenía aspecto de idiota insignificante—. Llevamos seis años casados —dijo Pamela— y tenemos dos niñas. Greg y tú todavía no tenéis hijos, ¿no?

Como no quería explicar que Greg y yo no teníamos nada que ver sexualmente,

me limité a contestar:

—No, no. Supongo que conocéis a Tom, ¿verdad?

—Sí, claro —repuso Pamela sin apenas mirar al médico. Podría haberme sentido halagada porque me dedicara toda su atención de no haber considerado que era una grosería tremenda para con Tom—. Bueno, cuéntame —añadió en tono confidencial—. Estamos todos sobre ascuas. ¿Has venido con la intención de escribir sobre nosotros?

Sonreí, agaché la cabeza y me froté una sien. Aún sonriendo, alcé la mirada.

—No. No he venido a escribir.

Se le cambió la expresión.

—Pero ¿por qué? O sea, si todavía hay un montón de cosas sobre las que podrías escribir. Yo podría contarte historias que...

Se calló cuando su marido le apretó un hombro.

—Vamos, cariño. Están tomando café. No es el momento adecuado.

—Bueno, pero podría contártelo —insistió Pamela—. O sea que si cambias de opinión, llámame, Annie, por favor. Estás tan cambiada... Se nota que tienes éxito. Siempre supe que llegarías lejos.

Sonrió, se despidió con la mano y dejó que su marido la sacara de allí.

Abatida, me volví hacia Tom.

—Qué va a saber esa. Entonces yo era una imbécil, una niña desgarbada con ínfulas. Y encima escribía unos relatos espantosos.

—Pero ahora no —replicó el médico, y de repente me dio la impresión de que se avergonzaba un poco—. Leí *Al este de la soledad*; me gustó tanto que me compré tus dos libros anteriores y me los leí. Eres una escritora increíble. Eres capaz de reflejar las emociones con el mínimo de palabras. —Se sonrojó de verdad—. Pienso que mereces el éxito, o sea que cuando se trata de Middle River, quien ríe el último ríe mejor. Hay gente como Pamela que está realmente orgullosa de ti. Por si sirve de algo, yo nunca he oído nada malo.

—Llevas muy poco tiempo aquí —dije, moviendo la cabeza, pero sus palabras me sirvieron de consuelo. Me recordó a Greg, no por su aspecto físico, sino por su actitud. Los dos eran tranquilos y capaces de sonrojarse. «Honrado»: esa fue la palabra que me vino a la cabeza.

Sí, ya lo sé. Quería que me cayera bien porque necesitaba un amigo, y porque necesitaba un amigo no quería tener en cuenta la posibilidad de que Tom fuera un tipo con mucha labia y cualquier cosa menos honrado. Mi madre había muerto. Tenía que recordarlo. Pero entonces Tom dijo lo que más fácilmente podía hacerme olvidar. Preguntó:

—¿Qué sabes de Grace Metalious? —preguntó.

Sonreí.

—Casi todo. —De eso podía vanagloriarme, al contrario que de las demás cosas de mi vida—. ¿Qué quieres saber?

—¿De verdad la mató la bebida?

—Bebía mucho, bastante más de medio litro de vodka al día durante cinco años, según ciertas fuentes. Y murió de cirrosis hepática. Hepatitis A y B...

—Ya. ¿Era tan terrible su vida como para refugiarse en la bebida? ¿Fue por no poder escribir una continuación de *Peyton Place*?

—No; el libro tuvo continuación. Su editor se empeñó pero ella no quería; escribió el libro de prisa y corriendo, en un mes. Tuvieron que contratar a un «negro» para revisarlo y que resultara publicable. De todos modos, lo pusieron por los suelos. Después aparecieron otros dos libros, uno de los cuales era su preferido. Ninguno de los dos tuvo buena acogida.

Pasó de un tema a otro con facilidad.

—Y tú también has tenido un gran éxito, como Grace con *Peyton Place*. ¿Te preocupa no tener otro éxito como el de *Al este de la soledad*?

—Pues claro —contesté sin rodeos—. Son cosas del ego, del orgullo profesional e incluso de la supervivencia como escritora. Ese mundo es asqueroso, pero a mí me encanta el proceso de la escritura.

—¿Y a Grace no?

—Sí, pero yo no triunfé al primer intento, y ella sí. Cuando consigues con el bate un cuadrangular a la primera, te cuesta trabajo superarte. Además, hay otras cosas que la hundieron: su agente, por ejemplo. Le timó un montón de dinero, y lo poco que Grace ganaba se lo gastaba. Tenía gustos muy caros.

—¿Una chica de Manchester? —preguntó Tom con una sonrisa, y al ver mi mirada de sorpresa, añadió—: A ver, es que he hecho la ruta de *Peyton Place*. Se crio en Manchester, con su madre y su abuela.

—Exacto. Como yo, en una casa llena de mujeres.

—Su padre se marchó —dijo, a modo de advertencia—. El tuyo se murió. Existen ciertas diferencias.

—Pero las dos teníamos unos diez años cuando ocurrió, y el resultado fue el mismo. En la casa no había un padre que llevara las riendas. Las llevaban las mujeres. Eran fuertes porque no les quedaba más remedio; esa es la razón por la que estoy aquí. —Ya iba siendo hora, Annie—. Quiero hablar sobre mi madre.

El médico se puso serio.

—Lamento que muriese. Ojalá hubiera podido hacer más.

—Se murió por la caída. Lo sé. Se rompió el cuello y murió de asfixia. Pero antes... ¿tenía realmente Parkinson?

A Tom no pareció sorprenderle la pregunta.

—Resulta difícil saberlo —reconoció—. Tenía una gran variedad de síntomas. El

temblor de manos, el trastorno del equilibrio, los problemas de motricidad... todo eso coincide con el Parkinson. El problema de la memoria sugiere Alzheimer.

—Pero te decidiste por el Parkinson.

—No. Como los síntomas más tratables eran los asociados al Parkinson, me dediqué a ellos.

—¿Le recomendaste que viera a un especialista? —pregunté con cierta brusquedad, porque, al fin y al cabo, Tom Martin era solamente médico de medicina general, y aunque siento el mayor respeto por estos profesionales y por cómo hacen malabarismos con tantas cosas, no estábamos hablando de un resfriado común o de una gripe.

—Sí —contestó con calma—. Le di el nombre de un médico de Dartmouth-Hitchcock, pero no fue a verlo. Pensaba que le costaría demasiado esfuerzo. E hizo bien, porque consulté con colegas, aquí y en Boston. Estudiaron su historial por ordenador y coincidieron con mi diagnóstico. No se habría conseguido nada más si hubiera hecho el viaje hasta Dartmouth-Hitchcock. No existen pruebas que permitan diagnosticar de manera concluyente ni el Parkinson ni el Alzheimer. Es estrictamente un diagnóstico clínico, una opinión del médico. La medicación que le di la ayudó bastante.

—En nuestra familia no hay antecedentes de ninguna de las dos enfermedades.

—No tienen por qué ser hereditarias.

—¿Es posible que tuviera un poco de las dos?

—Es posible.

—¿Qué probabilidades de sobrevivir habría tenido a su edad?

—Escasas.

Aun siendo profana en la materia, asentí.

—¿No podrían derivarse sus síntomas de otra cosa?

Frunció el ceño.

—¿Qué se te ocurre?

—No lo sé —contesté vagamente, a propósito—. Algo del aire...

—¿Como lluvia ácida?

—Quizá —concedí—. Con las corrientes de aire, Nueva Inglaterra se ha convertido en receptáculo de toxinas de las fábricas del centro del país, pero en realidad pensaba en algo más local, como el plomo.

—¿El plomo?

—La pintura de plomo. Rasparon la pintura vieja cuando volvieron a pintar la tienda de mi madre. El aire debía de estar cargado de plomo.

Sí, ya lo sé. Sabina decía que mamá tenía los síntomas desde hacía cinco años, y la obra se había llevado a cabo hacía solo cuatro. Pero ¿y si mamá hubiera estado simplemente envejeciendo antes de eso? ¿Perdiendo el interés por las tareas

cotidianas? ¿Sufriendo una fuerte depresión posmenopáusica? ¿Y si la intoxicación por plomo hubiera empezado cuando acabó lo otro?

Tom sonrió con tristeza.

—No. Lo siento. Lo comprobé al principio. No tenía plomo en la sangre.

Sentí una punzada de aflicción. Estaba segura de que era por el plomo.

—¿No es posible que lo tuviera y desapareciera?

Tom negó con la cabeza.

—Me parece que mi hermana tiene algunos de esos síntomas.

El médico frunció el ceño.

—¿Sabina?

—No, Phoebe.

—Yo no he notado ningún síntoma. ¿En qué consisten?

—Falta de equilibrio y mala memoria. Son recientes. Yo los noté muy al principio, cuando estuve aquí en junio. Sabina dice que es el dolor por la muerte de nuestra madre, empatía. Pero ¿y si no es eso?

—Si no es eso, debería venir a verme —me aconsejó—. ¿Crees que podrás convencerla?

—No lo sé. A lo mejor me cuesta trabajo, con Sabina montando guardia. Si ves a Phoebe, ¿sabrás si el problema es real o psicossomático?

—Es posible. Tu madre no tenía control sobre los síntomas, pero tu hermana quizá sí. Eso sería importante. Y además, podría hacer pruebas para buscar plomo.

Terminé el café y dejé la taza en la mesa.

—Volviendo a lo otro, la lluvia ácida o lo que sea. ¿Crees que hay un porcentaje anormal de enfermedades en esta ciudad?

Tom tomó un sorbo de café y pareció perderse unos momentos en sus propios pensamientos. Después dejó la taza, parpadeando.

—Podría ser.

—¿Y cuál crees que es la causa?

—Intento averiguarlo desde que llegué.

—¿Cómo?

—Observando. Preguntando.

—¿Y qué piensas?

Guardó silencio, dándole vueltas a la taza, observando cómo giraba. La dejó quieta y alzó los ojos.

—Lluvia ácida o lo que sea. Pero yo no te he dicho nada.

—¿Por qué?

—Porque no tengo pruebas científicas.

—Diagnosticas Parkinson y Alzheimer sin pruebas científicas —repliqué.

—Lo otro es distinto. Supone un problema muy grave, de carácter político. Puedo

dar mi opinión, incluso deducir que existe cierta propensión, pero los hay que dirán que estoy loco, y quizá sean lo suficientemente poderosos como para destruir mi credibilidad en esta ciudad.

—¿Sacrificarías la salud de la gente por tu credibilidad? —pregunté, otra vez con brusquedad.

Se inclinó hacia delante, con más vehemencia.

—He vivido suficiente tiempo en Washington como para conocer gente de allí. Digo cosas, puedes creerme, de verdad, y quizá mis argumentos han caído en saco roto hasta la fecha, pero en cierto modo estoy atado de pies y manos. He tenido que tomar una decisión: ser político o ser médico. Sí, me preocupa mi credibilidad. Creo que soy el mejor médico de la ciudad, en parte porque hago todas las preguntas que sé hacer y trato a mis pacientes en consecuencia. Si dejo la consulta para dedicarme a la causa, ¿quién se ocupará de toda esta gente?

—Un sustituto —dije, comprendiendo adónde quería ir a parar, pero quizá fuera alguien que estuviera en deuda con los Meade hasta el punto de negar todo lo que intentarás hacer en Washington. ¿Has hablado con los Meade sobre esto?

—¿Sobre qué?

—Sobre la lluvia ácida o lo que sea.

Con suma cautela, Tom preguntó:

—¿Por qué tendría que hablar con los Meade?

—Porque son los dueños de la única industria de la ciudad.

—Yo pensaba que estábamos hablando de la contaminación del centro de Estados Unidos.

—Así es.

Tom guardó silencio. Al cabo de unos segundos, dijo:

—Dicen que por ahí no van los tiros.

—¿Con respecto a qué? ¿La lluvia ácida o lo que sea?

Me mantuvo la mirada.

—Lo que sea.

—¿Qué es lo que sea?

—No estoy seguro.

—¿Has hecho alguna investigación?

—Varias.

—¿No me puedes contar nada?

—Si lo hiciera y se enterasen ciertas personas, podría perder mi trabajo.

—¿Como lo de perder tu credibilidad?

—Haces demasiadas preguntas —replicó, irritado.

Tranquilizándome, e incluso sonriendo, dije:

—En Washington soy más diplomática. Aquí vuelvo a las andadas y no paro de

hacer preguntas. A nadie le gustaban cuando era pequeña.

—Pues ahora tampoco gustarán —me previno—. Algunos dirán que lo único que quieres es un chivo expiatorio por la muerte de tu madre.

—Pues sí. Casi quería que fueras tú.

—Y yo también. Cuando muere un paciente, me rompo la cabeza pensando si no podría haber hecho otra cosa, pero en este caso no tengo respuesta. Seguí con toda atención los síntomas de Alyssa, consulté con colegas, la animé a que pidiera una segunda opinión a otro médico, le hice todas las preguntas pertinentes para determinar si había estado expuesta a algún elemento maligno. Hice cuanto pude por aliviar sus síntomas salvo obligarla a hacer una tontería para curar una enfermedad indeterminada.

—Lo sé —dije. Y era cierto—. Pero ahora tengo que encontrar a otra persona.

Si pensaba que se había librado, no lo demostró.

—Ten cuidado, Annie. Los Meade son los dueños de esta ciudad, y tú lo sabes mejor que yo.

Tras una pausa, dije:

—O sea, que ya conoces la historia.

—¿La de Aidan Meade y tú?

Asintió con la cabeza.

—Vaya. —Tomé una profunda bocanada de aire—. En fin, lo que pasa es que ahora soy distinta de como era entonces. La influencia de Middle River no es la única que existe en el mundo. A lo mejor tú estás atado de pies y manos, pero yo no. Sé cómo se pueden hacer las cosas. Verás —añadí con calma—, es posible que los síntomas de mi madre fueran de Parkinson o de Alzheimer, pero lo que importa es que Phoebe presenta los mismos síntomas, y tú aseguras que no es por el plomo. Tengo un mes por delante, tengo energías y un aliciente para utilizar las dos cosas. Plantéatelo como si yo pudiera hacerte el trabajo más desagradable. No me importa nada mi credibilidad en Middle River y, desde luego, no tengo que preocuparme por mi trabajo. Tú cuidaste a mi madre y he venido a darte las gracias. Eso es lo que le he dicho a tu secretaria. Lo más probable es que ya lo sepa casi todo el mundo. —Me incliné sobre la mesa y susurré—: Dime por dónde tengo que ir, Tom. Te estaré eternamente agradecida.

Se terminó el café y se levantó; cogió mi taza, ya vacía, y depositó las dos en un contenedor que estaba al lado. Yo empezaba a pensar que hasta ahí había llegado todo cuando volvió, se sentó en la misma silla y dijo con tremenda seriedad:

—Yo había pensado en el mercurio.

Suspiré.

—No puede ser. En la fábrica dejó de utilizarse mercurio mucho antes de que mi madre se pusiera enferma.



—Pero el mercurio es especial —replicó Tom—. Entra en el cuerpo, se instala en un órgano y se queda esperando. Los síntomas a lo mejor no salen a la superficie hasta varios años después. Por eso resulta tan fascinante la posibilidad de la intoxicación por mercurio en Middle River.

Sentí una descarga de adrenalina.

—Decir que es fascinante me parece un eufemismo. ¿Estás seguro de que es así como actúa?

—¿Que permanece latente? Completamente seguro. El problema es que no he podido relacionar a ninguno de mis pacientes con una exposición directa a ese elemento. Demuéstralo y superarás a Grace, Annie.

### 3

Inmediatamente cambié de chip. No era plomo. Era mercurio, y no el planeta Mercurio ni el encantador dios alado de la mitología romana. Se trataba de esa resbaladiza sustancia plateada que contienen los termómetros, un metal. Yo no era experta en la cuestión, porque lo había investigado precipitadamente; quizá me había equivocado al rechazar esa posibilidad. Pero era prácticamente imposible vivir en Washington y no haberse enterado de la polémica. Raramente pasaba una semana sin que apareciera en el *Post* un artículo sobre el mercurio y el auténtico problema que significaba. Las emisiones de mercurio representaban un grave riesgo para la salud, según los ecologistas, pero la otra parte, cuyos beneficios dependían de la producción de las fábricas emisoras de mercurio, se oponía abiertamente a medidas reguladoras.

Como culpable, el mercurio sería perfecto, y si la fábrica de papel era la causa de la contaminación, tanto mejor para mí. Cierto que en Northwood ya no se utilizaba mercurio, y eso me despistó un poco, pero Tom volvió a ponerme sobre la pista al decirme que el mercurio puede permanecer latente en el cuerpo humano durante años hasta que se manifiestan los síntomas. ¿Y si había ocurrido algo entonces? Los Meade tenían que conocer los daños potenciales. Si la papelera había contaminado la ciudad sin que lo supieran los Meade era una lástima, pero si ellos lo sabían y no habían hecho nada o, Peor aún, lo habían ocultado, se les podía imputar un delito.

Refrené mis pensamientos no sin esfuerzo. El mercurio era un asunto más explosivo que el plomo. Aunque solo fuera por ese motivo, tenía que andarme con sumo cuidado, y no siempre lo había hecho. En épocas pasadas habría atacado con toda clase de acusaciones; pero era una mujer adulta y responsable... o eso quería pensar. La credibilidad se basa en la serenidad y la reflexión. Había aprendido a no sacar conclusiones antes de tener suficientes datos, porque inmediatamente se planteaban interrogantes. Si el problema era el mercurio y su origen la papelera, quedaba por ver por qué mi madre, y quizá mi hermana, habían sido afectadas. Ninguna de ellas había trabajado en la fábrica. Eso sí, un poco más allá, río abajo, pero no en un sitio donde estuvieran directamente expuestas a la contaminación. Además, ¿por qué mi madre y mi hermana, y no mi abuela? Tras una vida con una salud de hierro, Connie había muerto a causa de un aneurisma.

Desde luego, podía haber muchas respuestas. Yo no quería entusiasarme demasiado hasta que no atara ciertos cabos, lo que suponía volver a empezar: síntomas de intoxicación por mercurio, circunstancias de la exposición a él, clase de fábricas que lo emiten. Tom no había conseguido establecer ninguna relación entre sus pacientes y la exposición al metal. Yo tenía que intentarlo.

Pero lo primero que tenía que hacer era pasarme por la tienda para ver a Phoebe. Se lo había prometido, puesto que me había llevado su furgoneta y a lo mejor la

necesitaba. También le había prometido que llevaría la comida.

Pertrechada con ensaladas de Hamburguesas y Granos, volví por Cedar Street, atravesé Oak y seguí por Willow. En esta ocasión, en lugar de torcer a la derecha para ir hacia nuestra casa, me metí a la izquierda y pasé junto a otras casas victorianas; las residencias enseguida daban paso a las tiendas.

Si Oak Street cubría necesidades imprescindibles tales como comida, productos de salud y servicios urbanos, Willow ofrecía artículos más sofisticados. Allí había tiendas de libros, ordenadores y antigüedades, dos salones de belleza, un gimnasio y un salón de manicura; asimismo, dos establecimientos que vendían muebles usados, artículos de oficina y lámparas y velas, una tienda de marcos y un taller de reparación de automóviles. Y estaba El Armario de la Señorita Lissy.

La señorita Lissy era mi bisabuela, Elizabeth, quien había abierto la tienda. Mi abuela, que se encargó de ella después de la muerte de Lissy, podría haber cambiado el nombre y ponerle El Armario de Connie, que tenía cierta distinción, de no haber sido por su obsesión por no destacar. Cuando Connie falleció y tomó las riendas mi madre, la Señorita Lissy había llegado a ser una parte demasiado importante de la ciudad como para arriesgarse a cambiar el nombre. Además, como mi madre se llamaba Alyssa, El Armario de Lissy quedaba bien.

Lo mismo ocurrió, sorprendentemente, con su forma de administrar la tienda. Ella querría haber sido escritora, no comerciante. Que se dedicara a esto último comenzó después de que las hijas empezáramos a ir al colegio, cuando se puso de manifiesto que podía ganar más dinero trabajando para Connie que vendiendo relatos a las revistas locales. Y necesitábamos dinero. Como representante de ventas de la papelera —sí, la mismísima Papelera Northwood—, papá tenía unos ingresos decentes, pero no tanto como para sufragar nuestros estudios. Lo que ganaba mamá estaba destinado a eso. Después, cuando murió papá, únicamente contábamos con los ingresos de mamá.

La tienda ocupaba las dos plantas de una pequeña casa de madera de una hilera de casitas iguales, cada una de ellas con un minúsculo jardín delante, porche, y el suficiente espacio entre un edificio y otro para permitir el aparcamiento, la descarga y las medidas de seguridad contra incendios. La familia Meade, propietaria de todo ese extremo de la calle que arrendaba a las tiendas, se enorgullecía de su previsión. Tras haber perdido parte de la fábrica a causa de las llamas antes de que el ladrillo sustituyera a la madera en los años cincuenta, sabían qué podía ocurrir cuando en agosto la ciudad se moría de sed, reseca y calurosa. Aquel verano era más húmedo, pero Middle River no había olvidado el olor acre del humo que permaneció en el aire durante días tras el incendio.

La tienda estaba en la parte de Willow que daba al río. Los alquileres eran más elevados en esa zona, pero las ventajas compensaban el coste. Cada casa tenía una

terrazza trasera, perfecta para almuerzos, exposiciones de artículos en oferta y, en el caso de El Armario de la Señorita Lissy, mercadillo de objetos de segunda mano. Además, esas terrazas estaban conectadas con el malecón, escenario del legendario paseo de octubre, cuando el follaje otoñal alcanzaba su mejor momento y la gente empezaba a comprar regalos de Navidad. Los propietarios de las casas que no daban al río, como en la fábula de la zorra y las uvas, aseguraban que así no tenían que ver «el otro lado», como llamaban al barrio más pobre de Middle River. Los Meade también eran los propietarios de estas tierras, y adornaban la orilla del río con flores y árboles, pero en cuanto caían las hojas, nada podía ocultar la fealdad de las casas.

Aquel agosto, la tierra estaba húmeda; los sauces, espectaculares, y el mundo ribereño, verde. Con respecto a El Armario de la Señorita Lissy, estaba verde todos los meses del año, por dentro y por fuera, con todos los tonos de verde imaginables, que combinaban sorprendentemente bien. Antes de haberlo pintado, hacía cuatro años, era verde, pero monocromo. Ahora presentaba la variedad abigarrada de una cañada en el bosque. Los guijarros de las paredes de fuera estaban pintados de verde grisáceo, y los postigos y las puertas, de verde bosque. Por dentro las paredes de cada habitación estaban pintadas en un tono diferente: una de verde luminoso, otra del color del apio, otra de verde mar, otra de verde oliva. El papel de envolver era de color salvia; las bolsas, verde tornasolado; las bolsas para los vestidos y los trajes, de un verde manzana muy especial, y no se salía de la tienda con una compra que no llevara una cascada de cintas de diversos tonos de verde. El logotipo era omnipresente, también renovado durante la época en la que mi madre llevaba la tienda y la modernización y la mercadotecnia pasaron a ocupar un lugar fundamental. Era una puerta de armario a base de pinceladas, con el nombre de la tienda en vigorosos caracteres verde hierba.

Estacioné la furgoneta en el sendero y me dirigí hacia el frente de la casa. Tuve que reconocer que era muy bonita. Aunque temía que tantos tonos de verde resultaran excesivos, por fuera el verde grisáceo, el hierba y el bosque quedaban muy bien, y otro tanto pasaba con las hortensias, del verde más pálido imaginable, que cubrían profusamente la fachada.

Tras subir dos escalones, crucé el porche. La puerta ya estaba abierta. Con el repiqueteo de una campanilla, empujé la mampara y entré. Me quedé unos momentos mirando a mi alrededor. No recordaba cuándo había estado allí por última vez, pero seguro que no cuando el funeral, porque habían cerrado la tienda por respeto a mi madre. Estaba en el salón; la puerta de enfrente y la de la derecha daban a otras habitaciones. Una escalera más a la derecha llevaba a la segunda planta, donde había más habitaciones. Cada una de ellas era una sección, por decirlo así: ropa interior, ropa de calle, vestidos de fiesta, maquillaje, solo por citar unas cuantas cosas.

¿Mercadotecnia y modernización? Desde luego. El salón era un ejemplo perfecto.

Cuando yo era pequeña, aquella habitación estaba llena de percheros de los que colgaban los vestidos que llevaban las mujeres de Middle River en aquella época. Ahora había pantalones, vaqueros y de otro tipo, camisetas, polos y jerséis, todo de marcas conocidas. Francamente, era lo que me gustaba.

—Hola, Annie —dijo Phoebe saliendo de la habitación que estaba a la derecha.

Parecía menos atontada y congestionada que antes. Vestida de color marfil de pies a cabeza —blusa, pantalones y zapatillas—, con el pelo cepillado y recién maquillada, tenía un aspecto elegante y controlado. Se parecía tanto a mamá que se me puso un nudo en la garganta.

Se dirigió a la caja seguida de dos clientas que tenían que ser madre e hija. Aunque la madre era más baja y más delgada que la hija, sus rasgos eran casi idénticos, así como la forma en que se fijaron en mí, a pesar de que la hija no debía de tener más de quince años y, por consiguiente, no podía recordarme. Pero sabía quién era yo. No cabía duda. A pesar del largo flequillo que casi le cubría los ojos, vi que me reconocía.

Le guiñé un ojo a la chica —¿por qué no darle un poquito de emoción?— y saludé con la cabeza a su madre.

—¿Qué tal? —dije al pasar junto a ellas mientras entraba en la habitación que habían abandonado. En ella había zapatos. También en este caso, la diferencia entre aquellos zapatos y los que estaban a la venta la última vez que yo había estado allí era muy marcada. No había nada de piel. Había zapatillas de deporte y sandalias, zapatos ajos, zapatos de tacón con el talón al descubierto y calzado con tiras. Para la noche, aunque sin duda esas noches se pasaban en otros sitios, no en Middle River. No me imaginaba que allí nadie fuera medianamente arreglado. Celebraciones en la iglesia, bodas, bautizos y fiestas de aniversario... no eran para ir hecho un pincel, a menos que tuvieran lugar fuera del pueblo, cosa que ocurría un día sí y otro también. Por lo que había leído, incluso las fiestas de graduación del colegio se celebran en otros sitios.

—¿Qué desea? —me preguntó alguien con delicadeza.

Al darme la vuelta me vi frente a una mujer de veintitantos años. De pelo oscuro, alta y delgada, llevaba una blusa de seda, pantalones negros, estrechos, y sandalias negras. Serena y con estilo, no dio muestras de reconocerme.

Como yo tampoco la reconocí, pude sonreír tranquilamente.

—Soy Annie, la hermana de Phoebe.

Entonces se le agrandaron los ojos.

—Phoebe me había dicho que estabas aquí, pero no que fueras a venir a la tienda. —Me tendió una mano—. Soy Joanne. Trabajo aquí.

—¿A jornada completa? —le pregunté mientras nos estrechábamos la mano.

—Sí. Empecé a trabajar los fines de semana y los veranos cuando estaba en el

instituto, pero estoy a jornada completa desde que terminé la universidad. Phoebe me hizo encargada el año pasado.

—Pues tengo que darte las gracias. El mes pasado debió de ser muy duro.

Joanne asintió con la cabeza.

—Yo quería mucho a vuestra madre. Siempre se portó muy bien conmigo, y tenía un gran sentido del estilo. Te partía el alma verla bajar por la cuesta. Ella quería estar aquí, pero cada vez le costaba más trabajo.

—¿Por la escalera?

Yo estaba pensando en el problema del equilibrio.

—Y por las enfermedades. Cuando no era un resfriado era la gripe. Se pasaba en la cama la mitad del tiempo y siempre se sentía mal. También lo pasaba fatal cuando se le olvidaban los nombres de la gente, o cuando perdía el hilo en una conversación en medio de una frase. El ordenador era otra cuestión: teníamos que estar siempre con ella cuando introducía las ventas. Pobre Phoebe. La tensión se ha cobrado un precio.

Podría haberle preguntado por ese precio, a saber, el comportamiento y la salud de mi hermana, pero Joanne era una desconocida para mí, así que habría parecido una traición a Phoebe. De modo que asentí y dije:

—La tienda está preciosa. Tiene mucho estilo. Tú habrás contribuido, supongo.

—Bueno, no he hecho gran cosa —reconoció Joanne—. Phoebe se encarga de comprar. —Miró por encima de mi hombro cuando Phoebe llegó hasta nosotras y dijo con dulzura—: Querías que te recordara lo de Nueva York.

—Ya está todo —replicó Phoebe con soltura—. He hecho las reservas.

—¿Para un viaje de negocios? —pregunté.

—Sí. ¿Quieres que vayamos a comer a algún sitio?

A modo de recordatorio, levanté la bolsa con las ensaladas, y Phoebe, como burlándose de su mala memoria, se dio un golpecito en la cabeza, puso los ojos en blanco, se fue adentro, y yo la seguí.

En la terraza hacía calor, pero el sol se había movido lo suficiente como para dar sombra a los anchos tablones desgastados. Desde el río soplaba una brisa ligera, que arrastraba un aroma de flores silvestres: verbena, lavanda, espliego y muchas más. Me fijé en unas nomeolvides; llevaban allí toda la vida.

Nos sentamos a una mesita y abrimos las ensaladas y las botellas de té.

—¿Qué tal te encuentras? —pregunté.

—Bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Parece que estás mejor del resfriado.

—Era solo un resfriado. —Levantó el tenedor, que se quedó vacilante unos momentos sobre la ensalada (vacilante o tembloroso, no estoy segura), lo dejó sobre la mesa, se puso la mano en el regazo y preguntó—: ¿Adónde has ido después de dejarme aquí?

Llegué a la conclusión de que aquella mano había temblado. Phoebe estaba intentando disimularlo.

Enumeré despreocupadamente, entre bocado y bocado, las paradas que había hecho, hasta la última en casa para llenar la nevera.

—¿Y después?

Phoebe lo preguntó sin haberme dado siquiera las gracias.

—Estuve en la clínica. Quería hablar con Tom Martin.

—¿Para qué?

—Para darle las gracias por haber atendido a mamá. ¿No vas a comer?

—Sí. Ahora. —Miró la bolsa vacía—. ¿Hay servilletas?

Lo comprobé.

—No. ¿Hay dentro?

—En el despacho.

Empezó a levantarse, pero me dio la impresión de que forcejeaba con los brazos de la silla al tiempo que la corría hacia atrás.

—Ya voy yo —dije rápidamente para abreviar la situación—. Además, tengo que ir al cuarto de baño.

Me marché antes de que Phoebe empezara a discutir.

—¡Están encima de la nevera! —gritó.

El despacho estaba en la segunda planta. Entré en el cuarto de baño, que habían renovado desde la última vez que estuve allí, y eché un rápido vistazo al despacho al salir. También lo habían renovado. Estaba pulcramente organizado, con dos mesas ante dos paredes opuestas, armarios y estantes empotrados; había espacios para el ordenador, el fax y el teléfono. Una de las mesas, la de Joanne quizá, estaba vacía. La otra, con una fotografía enmarcada de nuestros padres, era la de Phoebe. Tenía un lío de papeles y estaba desordenada. Un tablón de anuncios de corcho cubría la pared, lleno de notas autoadhesivas. Algunas parecían estar duplicadas. Vi variaciones de HACER RESERVAS PARA NUEVA YORK en cuatro notas distintas. Al parecer, Nueva York era algo de lo que Phoebe no quería olvidarse, y también daba la impresión, a juzgar por las notas, de que no se fiaba de su memoria. Me pregunté cuántas notas tendrían el mismo objetivo y si servirían para compensar una memoria frágil.

Phoebe usaba notas autoadhesivas; mamá, cuadernos. Mucho antes de la enfermedad, anotaba ideas y cosas que debía recordar en un bloc, un diario al año. Y allí estaban, ordenados, en su sitio, en las estanterías a la derecha de la mesa de Phoebe.

Ya los leería enteros en otra ocasión. Al fin y al cabo, mamá era escritora. Seguro que de aquellos cuadernos podría aprender algo sobre ella.

Pero de momento, como sabía que Phoebe me estaba esperando, cogí un par de servilletas que había sobre la nevera, que llegaba a la altura de la cintura, y volví a la

terraza. Primero noté el calor, una sensación agradable, y después el olor a hierba recién cortada que venía de unas casas más arriba, donde zumbaba un cortacésped. Los pájaros estaban en un comedero junto al río: jilgueros, los machos de un amarillo vivo y las hembras de un verde amarillento apagado. En un continuo ir y venir, a veces desaparecían entre los sauces y volvían revoloteando, y otras cruzaban el río. En aquel día soleado, el otro lado presentaba su mejor aspecto, inofensivo. No distinguí casas entre los árboles, pero la orilla estaba llena de pescadores. De ambos sexos y todas las edades. Conté hasta doce, y eso solo en la parte de la ribera que se veía entre nuestros sauces. Mientras estaba observando, un joven delgado cogió algo, soltó el anzuelo y lo tiró a un cubo. No pescaban solo por deporte; era para cenar.

Aquel marco era como una vuelta al pasado, pero no exactamente... anticuado, pero muy real. El calor, los olores, los pájaros, los peces y el ocio... He de reconocer que era idílico.

«Un caballo de Troya», oí en un susurro. Volví rápidamente la cabeza, pensando que alguien se estaba haciendo el gracioso, pero el zumbido era de una mosca. Dándole un manotazo me volví hacia Phoebe. Había comido un poco de ensalada mientras yo estaba dentro, pero el tenedor estaba inmóvil, apoyado en el borde de la bandeja de plástico. Estaba repantigada en la silla, con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados. La dejé descansar mientras acababa de comer. Pero cuando arrastré mi silla hacia la sombra, el leve ruido la hizo erguirse bruscamente. Me clavó la mirada, al principio inexpresiva, después irritada.

—Debes de estar cansada —dije, y le pasé una servilleta por encima de la mesa.

Volviendo a relajarse en la silla, cogió la servilleta, la observó y la dejó sobre la mesa. Con las manos sobre los brazos de la silla, me miró con cautela.

—Dime dónde has estado esta mañana.

La miré con curiosidad.

—Pero ¿es que no te lo he dicho ya?

Se quedó callada unos momentos, como si estuviera procesando la pregunta y reagrupándola.

—Bueno, cuéntame qué tal. ¿Te dio vergüenza?

—¿Por qué vergüenza?

—Volver a Middle River siendo de aquí. Debe de parecerte una ridiculez en comparación con Washington.

—Yo no las comparo. Middle River es lo que es, y no me da vergüenza.

—Pero para ti es como si no existiera.

—Eso no es verdad. Es mi pueblo, nací aquí. Lo he dicho en muchas entrevistas, y no es ningún secreto.

Phoebe arrugó la frente.

—¿Dices que has ido a la clínica? —Asentí con la cabeza—. ¿Para ver a Tom? —



Volví a asentir—. ¿Y qué te ha dicho?

—Tenemos algo en común, que es Washington, o sea que hablamos de eso. Es un hombre digno de admiración, me parece increíble que los Meade pudieran convencerlo para que viniera aquí.

—Vino por su hermana —replicó Phoebe.

Volvió a coger el tenedor, lo dejó y cogió el té frío. Se llevó la botella a la boca con un pulso relativamente firme.

—No me dijo nada de su hermana ¿Vive aquí?

A Phoebe se le iluminaron los ojos. Saltaba a la vista que le encantaba poder dar información.

—La trajo Tom. Es retrasada mental y estuvo en un centro especial, hasta que Tom la sacó. Aquí puede cuidar de ella.

Aquello me emocionó.

—Qué generosidad.

—Así que no esperes nada.

No lo comprendí.

—¿Que no espere qué?

—Pues que vayáis a salir. A lo mejor tenéis un montón de cosas en común, pero no sale con nadie. Dedicar todo el tiempo libre que tiene a su hermana. Es su misión en esta vida. A algunas personas les extraña.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que a lo mejor hay algo entre ellos, ya me entiendes —contestó Phoebe con una sonrisa picara.

Tardé unos momentos en comprender a qué se refería, porque era una idea totalmente contraria a la impresión que me había dado Tom.

—Me parece asqueroso, Phoebe.

—No estoy diciendo que yo lo piense, pero hay gente que sí. Ya sabes cómo son, les encanta encontrar perversiones por todas partes. A mí Tom me cae bien y es muy atractivo, ¿no te parece?

—Pues sí, y vamos a ser amigos, pero ¿algo más?

Negué con la cabeza. No había química entre nosotros.

—¿Qué tal Greg? —preguntó Phoebe.

—Bien. Se va de viaje dentro de un par de días.

—¿Por qué no vas con él?

—Porque estoy aquí. —Pero eso no era lo que estaba preguntando Phoebe, de modo que, suspirando, añadí—: Ya te lo he dicho, que no somos pareja.

—¿Por qué? ¿A qué estás esperando?

—A nada —contesté con tranquilidad—. No tengo prisa.

—Pues deberías darte prisa. Fíjate en lo que me pasó a mí, un aborto detrás de

otro, porque esperé demasiado.

Era la primera noticia que tenía de que la edad de Phoebe hubiera influido en esos abortos, pero claro, era algo sobre lo que no solíamos hablar. No se trataban asuntos dolorosos durante los fines de semana que pasábamos juntas. Pero como ella sacó el asunto a colación, me picó la curiosidad.

—Yo no diría que a los treinta y pocos años se sea vieja —le comenté—. En Washington es la media.

Phoebe se enfadó de repente.

—Mira, Washington no es Middle River. A lo mejor esas mujeres son diferentes.

—¿Y el médico lo atribuyó a la edad?

—No le hizo falta. Era evidente.

A mí no me parecía tan evidente. Muy pocas amigas mías tenían hijos, porque estaban dedicadas a su trabajo, pero conocía a bastantes mujeres a punto de cumplir los cuarenta que habían tenido hijos sin problemas. Por el contrario, también había oído hablar de mujeres más jóvenes con un largo historial de abortos.

Empecé a pensar si la exposición al mercurio podría provocar abortos. Casi todo lo que había leído al respecto hablaba de la vulnerabilidad de los niños pequeños, y de que las mujeres embarazadas no debían comer pescado con alta concentración de mercurio, porque incluso una pequeña cantidad podía afectar al feto.

Me resultaba curioso que una washingtoniana como yo supiera más sobre la normativa del mercurio que sobre los efectos del mercurio sobre el organismo. Tenía que enterarme de más cosas.

Ya en casa, abrí el ordenador portátil y me conecté a la red con el código de Phoebe... pero ¿cómo no iba a ver primero el correo electrónico? Me dije que era por una cuestión de trabajo; esa era la premisa. Pero por supuesto, era algo más. Así que, he aquí la VERDAD N.º 2: el ego interviene: queremos que nos quieran. En mi caso, y dado el aislamiento de mi infancia, el correo electrónico es para mí como una fiesta. Desde luego, lo celebro yo sola, pero qué agradable me resulta entrar en mi pequeño ciberhogar desde dondequiera que esté y encontrar los saludos de los amigos.

No me decepcionó en esta ocasión, aunque no todas las notas recibidas eran de amigos. Eliminé rápidamente los spam y archivé unos cuantos mensajes relacionados con el trabajo que no requerían respuesta, como uno de mi editora, con acuse de recibo, sobre las revisiones del libro y otro de mi agente para desearme buen viaje. Un publicista quería saber si me interesaba dar una conferencia para recaudar fondos en Idaho en primavera, pero como aquella era la época en la que escribía en serio, rechacé cortésmente la invitación.

Había guardado lo mejor para el final, y leí los mensajes de mis tres mejores amigas —Amanda, la diseñadora gráfica; Jocelyn, la profesora universitaria, y Berri, que trabajaba en una organización de voluntarios—, tres versiones diferentes para las

preguntas de qué tal me había ido el viaje y cómo me habían recibido en Middle River.

Greg había enviado un mensaje rápido. Los suyos siempre eran rápidos, a veces solo una nota sobre el asunto. Este decía: «¿Has llegado?». Pulsé «responder», y escribí «Sí. ¿Has hecho las maletas?» y lo envié.

Una vez acabado el juego, entré en Google, pero apenas había escrito «intoxicación por mercurio» cuando oí algo en el sendero de piedra. Al reconocer el ruido, sonreí y me levanté de la mesa de la cocina. Estaba en la escalera a un lado de la casa cuando Lisa y Timmy mis sobrinos, dejaron las bicicletas y echaron a correr hacia mí.

Los abracé a los dos al tiempo. Esa era mi vuelta a casa. Si existía alguna razón para que pasara una temporada en Middle River, eran ellos dos.

Los aparté y me quedé mirando sus rostros sonrientes, morenos.

—Supongo que os habréis dado cuenta de que no he tenido que agacharme —dije—. Hay que ver lo altos que estáis. ¿Qué habéis hecho?

—Yo cumplo trece dentro de tres meses —advirtió Lisa.

—Y yo voy a ser tan alto como papá —dijo su hermano, para no ser menos.

—Estáis los dos guapísimos —concluí—. Sois justo lo que necesito para mi primer día aquí.

—Mamá dice que te vas a quedar todo el mes. ¿Es verdad? —preguntó Lisa.

Asentí con la cabeza y Timmy dijo, quejoso:

—Pues vaya. Tenemos que volver al colegio dentro de tres semanas.

—Podemos hacer muchas cosas en tres semanas —les dije—. Pero para empezar, voy a hacer zumo de lima con azúcar —sabía que les encantaba pero que su madre lo detestaba— y después —dirigiéndome a Lisa— quiero que me cuentes los detalles del campamento de guías y también quiero saber qué has estado haciendo para no contarme esos detalles por correo electrónico.

—Robert Volker —contestó Timmy con expresión de asco.

—¡Ya está aquí el listillo! —exclamó Lisa, insultante, pero se sonrojó.

—Robert Volker —repetí, un poco en broma, y de repente Timmy salió disparado—. ¡Y tú tienes que contarme lo del béisbol! —le grité—. ¿Ganaste la serie? —Iba corriendo por el sendero—. Vuelve aquí. Todavía no he acabado contigo.

Pero de pronto lo comprendí.

—¡Este coche es guay! —gritó el chico en tono respetuoso mientras daba la vuelta al BMW—. ¡Caray!

Rodeando con un brazo los hombros de Lisa (no estaba dispuesta a dejar que se marchara), nos acercamos al descapotable.

Timmy me miró desde el otro lado, con los ojos como platos.

—¿Nos das un paseo, tita Anne?

Era Lisa la que había empezado a llamarme tita Anne. Tenía dos años cuando de repente empezó a hablar, pero invariablemente decía e en lugar de Annie, y nadie la corregía. Yo tampoco. Me gustaba que me llamaran tita Anne. Hasta el día de hoy, me hace sentirme especial, querida, y quería disfrutar de esa sensación tan cálida unos momentos. Supuse que si podía distraerlos el tiempo suficiente, quizá con unas cuantas galletas para acompañar el zumo de lima, se les olvidaría. Aún no me sentía en condiciones para pasear en el descapotable por la ciudad.

—Más tarde —le dije—. Ahora vamos a charlar un rato.

Pero Lisa se desasíó y corrió hacia el coche.

—Me encanta, tita Anne. Debe de ser impresionante conducirlo. Dentro de tres años a partir de octubre, podré hacerlo. ¿Lo traerás entonces? —Y añadió sin apenas respirar, dirigiéndose a su hermano—: ¿No sería impresionante que tuviéramos un coche así?

—¿Vamos a dar una vuelta? Por favor, tita Anne —me suplicó Timmy.

Con el pelo rubio rojizo cortado al rape, los anchos hombros y la promesa de una buena estatura, era el vivo retrato de su padre. Por el contrario, Lisa era una Barnes, de pelo largo y negro, que llevaba recogido en una cola de caballo, y tipo esbelto. Los dos tenían la personalidad de su padre. Siempre me había caído bien Ron Mattain. Era un tipo decente, bondadoso, mucho más soportable que mi hermana.

Pero soy injusta. A la gente le cae bien Sabina. Puede ser amable, divertida y cariñosa, pero no conmigo. Pasa lo mismo con Phoebe, aunque a menor escala, y en parte sé que tengo merecida su hostilidad. Me porté fatal con ellas cuando éramos adolescentes. Además de seguirlas por la casa como si fuera tonta, fueron el blanco de más de uno de los mordaces editoriales que escribí cuando era la corresponsal del instituto para *The Middle River Times*.

Intenté desagruarlas con las vacaciones que organizaba yo, pero si los comentarios de Sabina aquella mañana significaban algo, yo no lo había pillado. Esa era definitivamente la VERDAD N.º 1: debería haber estado aquí cuando mamá estaba enferma. Ellas habían cargado con toda la responsabilidad, y en justicia he de reconocer que no me habían dado a entender hasta qué punto iban mal las cosas, ni que las tres hermanas no estuviéramos unidas, ni que no me quisieran allí. Alyssa era mi madre. Yo tendría que haber echado una mano.

Nuestra familia iba reduciéndose y la generación de los mayores ya había desaparecido. Sin duda, esa era la razón por la que tener hermanas me pareció de repente tan importante, y no me refiero solo al simple hecho de tener hermanas. Me refiero a estar unida a ellas. Nunca me había preocupado el rencor entre nosotras, pero ahora sí.

De las verdades que reconocería mientras estuve en Middle River, esa sería otra, pero aún no había llegado el momento.

—Por favor —me rogó Timmy, que estaba al otro extremo del coche.

Lisa también tenía una expresión suplicante.

—Podríamos ir a dar un paseo y hablar después.

—¿Y dónde vais a sentaros? —pregunté con pedantería—. En este coche solo caben dos personas.

—Pues los dos en el asiento del copiloto —dijo Timmy.

—Somos muy delgaditos —añadió Lisa.

—Si nos llevas a dar una vuelta, te lavo el coche.

—Y yo te hago la cena. Cocino estupendamente.

—¿De verdad? —le pregunté a Lisa, pensando que, para no haber cumplido ni siquiera trece años, tenía una extraordinaria confianza en sí misma—. ¿Y qué vas a hacer?

—Chile con carne.

—Ah, qué tentador.

—Ya verás cuando lo vean los chicos —dijo Timmy mientras pasaba una mano por la carrocería del coche, extasiado. Alzó los ojos, expectante.

Si me lo hubiera pedido cualquier otra persona, podría haber dicho que no, pero adoraba a aquellos niños, y me encantaba darles caprichos. Si me veía todo Middle River conduciendo mi BMW de época con la capota bajada, seguro que comprenderían que era por mis sobrinos. Desde luego, no iba a hacerlo para impresionar a los nativos, y no me importaba lo que Middle River pensara de mí. Además, e repente me apetecía dar una vuelta.

—Vale. Me rindo —dije.

Subimos al coche, los niños se pusieron el cinturón de seguridad y salimos. Era una tarde estupenda para dar un paseo: con calor pero con una brisa agradable. El calor y la brisa no eran ninguna novedad para mí; en Washington los experimentaba continuamente. La diferencia consistía en que no había prisas. Teníamos todo el tiempo del mundo. Íbamos a dar una vuelta, a ningún sitio en concreto. Oía el motor de mi coche (que iba como la seda, por cierto), un cortacésped aquí y allá, el silbido de un aspersor, los críos gritándoles a sus amigos. Era divertido, novedoso, relajante.

Bajé tranquilamente por Willow, hasta el final de la calle, y di vueltas por aquí y por allá, bajo el dosel moteado de las hojas, internándome en carreteras secundarias por el extrarradio de la ciudad, mientras los niños saludaban a cuantos veían. Pasamos por la orilla del río, después fuimos hacia el centro, y fue entonces cuando me di cuenta de que se me estaba acabando la gasolina. Torcí para ir a la gasolinera, justo al final de Oak. Fue un error táctico. Para empezar, en Middle River no había nada que fuera de autoservicio. Al fin y al cabo, los cotilleos no podían propagarse a menos que la gente tuviera oportunidades para hablar. No había acabado de sacar el surtidor cuando Normie Zwibble salió del taller. Normie había acabado el instituto a

duras penas, y desde entonces llevaba la gasolinera con su padre. El Normie que yo recordaba tenía más pelo, pero siempre había estado rechoncho. También había sido siempre muy amable y cariñoso, y en eso no había cambiado, por lo que tardó veinte minutos en llenarme el depósito. Antes de poner siquiera la manguera en su sitio, Normie tuvo que exclamar «¡oooh!» y «¡aaah!» dando vueltas al coche, como era su deber. Después, mientras llenaba el depósito, no paró de hacer comentarios sobre todas las personas del instituto de Middle River a las que yo podía recordar. Siguió hablando mucho después de que la manguera se hubiera parado por sí misma. Pagué en efectivo, simplemente para acelerar la huida.

Pero Timmy y Lisa ya estaban preguntando la hora, intercambiando miradas de preocupación, y dijeron que tenían que recoger un medicamento en El Boticario para su madre, pero que la farmacia cerraba a las cuatro y ya era casi esa hora.

No tenía elección. Pasando por Oak, aparqué en batería ante la farmacia y me quedé en el coche mientras los niños entraban. No llevaban allí más de un minuto cuando un monstruoso cuatro por cuatro negro con cristales ahumados dobló la esquina a toda velocidad. Pasó junto a mí y se detuvo bruscamente, después retrocedió y se puso detrás de mi coche, impidiéndome el paso. El conductor bajó la ventanilla. La mandíbula cuadrada, la nupia y la pelambarrera castaño rojiza eran inconfundibles.

Sabía que me toparía con Aidan Meade si pasaba un mes en la ciudad, pero deseaba que fuera más tarde que temprano.

Kaitlin DuPuis no podía más. Para empezar, detestaba ir de compras con su madre, detestaba la ropa que su madre la obligaba a comprar (una ropa que la hacía desear estar muerta antes de que sus amigos la vieran vestida así: «Esto te hace más delgada, eso te favorece más, esto te hace más baja, por lo que más quieras, quítate ese pelo de los ojos»). Su madre nunca le decía a la cara que fuera fea y gorda —era demasiado políticamente correcta para semejante cosa—, pero esas pequeñas indirectas cumplían la misma labor. A Kaitlin la desmoralizaba estar con Nicole, pero no le quedaba más remedio. Podía detestar la docilidad que tenía que mostrar, pero una cosa iba unida a la otra: la docilidad con la confianza, la confianza con los privilegios, los privilegios con la independencia y la independencia con Kevin Stark, aunque, por supuesto, su madre no sabía lo de Kevin. Kaitlin tenía que mantener las cosas así, pero no podía pensar como es debido con su madre encima. Además, después de El Armario de la Señorita Lissy, comida y partido de tenis entre madre e hija con el baboso vestido blanco que exigía el club e ir de acá para allá con su madre, que la acompañaba incluso hasta el baño, porque era miércoles y en verano Nicole DuPuis tenía los miércoles libres.

Nicole era la ayudante de dirección de Aidan Meade, es decir, su enlace con el mundo exterior. Atendía sus llamadas telefónicas y abría sus cartas, pero lo fundamental de su jornada lo dedicaba a los correos electrónicos. A Aidan le gustaba el correo electrónico. Le parecía que contrarrestaba eficazmente la imagen provinciana de New Hampshire, y aunque muy pocos de los correos que recibía eran importantes, puesto que era su padre quien lo controlaba todo, siempre tenía que enviar copia a varias direcciones, así que había una buena cantidad. El trabajo de Nicole consistía en transmitirle a Aidan la importancia de los correos contestando a cada uno de ellos de forma que pareciera que él estaba en su despacho, hasta las cejas de trabajo y al mando de todo.

Lo que Nicole sabía hacer (se lo había repetido tantas veces a sus amigos que Kaitlin ya lo sabía) era vender, precisamente su campo. Se le daba bien vender, la mercadotecnia, presentar productos. Se había buscado la vida, pasando de ser una chica pobre a una mujer espabilada que había conseguido un marido rico. El hecho de que Anton DuPuis no tuviera ni la mitad del dinero que Nicole creía que tenía fue solo un revés momentáneo. Significaba que no tendría un hogar cómodo para su vejez ni millones que dejar cuando muriera, pero a ella únicamente le interesaban el aquí y el ahora. Tenía suficiente dinero como para producir sensación de riqueza, y eso era lo que importaba. Los DuPuis vivían en Birch Street, tenían coches de último modelo, eran socios del club de campo y compraban cuanto se les antojaba.

Entonces, ¿cómo explicar que Nicole trabajase? Por el poder. No necesitaba

trabajar, les decía a sus amigos. Había decidido trabajar porque, al fin y al cabo, solo tenía una hija, que iba al colegio y no la necesitaba, y los almuerzos de caridad no eran precisamente lo que más le gustaba en el mundo. Necesitaba una salida intelectual (a Kaitlin le daban náuseas cuando oía esa frase, porque sabía que su madre no almorzaba en la mesa del despacho para trabajar más ni para leer a Jane Austen, sino para ver *Todos mis hijos* en el televisor portátil que tenía escondido en un cajón), y Aidan Meade había llegado a depender de ella, y ¿no era estupendo? ¿Qué haría con su tiempo y su cabeza si no tuviera eso? Y si el trabajo estaba bien remunerado (y lo estaba), tanto mejor. Además, le encantaba tener los miércoles libres. «Me dan tiempo de calidad con mi hija», decía (otra frasecita políticamente correcta), y planificaba todas las actividades del día para compensar el tiempo que pasaba en el trabajo, razón por la que, hasta al cabo de varias horas, Kaitlin no se quedó al fin a solas en su natación y pudo llamar por teléfono.

Kevin contestó casi inmediatamente.

—Hola, bonita.

—Lo sabe —dijo Kaitlin asustada pero tranquila. Tenía la cabeza gacha, con el pelo tapándole la cara de una forma que solía reconfortarla, aunque no en esa ocasión —. Estamos metidos en un lío.

—¿Tu madre?

—Annie Barnes. Nos vio anoche.

Un latido silencioso y a continuación, con incredulidad:

—Qué va. Estaba oscuro. Nos enfocó como cinco segundos. Ni siquiera sabe quiénes somos.

—Yo me digo lo mismo, pero entró en El Armario de la Señorita Lissy mientras estaba yo allí con mi madre, y me guiñó un ojo. O sea, lo hizo a propósito. Si hubieras visto la expresión que tenía, me darías la razón.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo puede saberlo?

—No lo sé —contestó Kaitlin—. A lo mejor por mi pelo.

O mi culo gordo, pensó, pero no lo dijo. Kevin le aseguraba que no le parecía que tuviera el culo gordo, pero porque sabía que le molestaría que le dijera la verdad.

—¿Es que ninguna de tus amigas tiene el pelo rubio y largo? —preguntó Kevin —. No puede saber quién eres. No vive aquí.

—Kevin, me guiñó un ojo. Te lo estoy diciendo; no sé cómo lo sabe, pero lo sabe. Kevin guardó silencio unos momentos.

—¿Te dijo algo?

—¡Claro que no! Si no hubo tiempo... o sea, entró en la otra habitación y ya no la volvimos a ver, pero estoy segura de que se lo contó a su hermana, y probablemente Phoebe se lo habrá contado a Joanne, y Joanne se lo contará a su madre, y resulta que su madre trabaja para James Meade y ve a mi madre en la oficina todos los días.



¿Qué vamos a hacer, Kevin? ¡Como se entere, la hemos liado! Se pondrá furiosa. Me dejará sin paga durante meses, me hará un interrogatorio cada vez que salga, hasta me mandara fuera. Amenazará a tus padres con Dios sabe qué. Te acusará de violación.

—Yo nunca te he violado.

—Es una cuestión legal, Kevin. ¡Soy menor de edad!

—¿Es que tu madre no hacía lo mismo que nosotros cuando tenía diecisiete años?

—Pues claro, y por eso no se fía de mí. Le espanta la idea de que yo haga lo mismo que ella.

—Pues no le ha ido tan mal.

—Odia a mi padre. Si casi ni se hablan... Ya ni siquiera hacen el amor.

—¿Cómo lo sabes?

—Oí a mi madre cuando se lo decía a una amiga por teléfono.

—Pero no es la misma situación entre tú y yo. Nosotros nos queremos. Y además, nos lo pasamos bien.

A Kaitlin le dieron ganas de degollarlo porque no se enteraba de nada.

—Piensa un poco, Kevin. Pasárselo bien es todavía peor, porque pasárselo bien lleva a tener niños, y así nací yo. Como se entere de que tomo la píldora se pondrá hecha un basilisco, y lo del amor le trae al fresco. Lo único que se le ocurrirá es que tu padre trabaja en la fábrica. —Kaitlin se frotó una sien. Debería haber sabido que la iban a pillar. Siempre la pillaban—. ¿En qué estaríamos pensando?

—En que era bonito.

Desde luego que había sido bonito, como siempre con Kevin, desde el principio. Kevin había sido el primero. ¿Y delicado? ¡Por Dios! Con qué dulzura le acarició los pechos, qué excitado estaba mientras le quitaba la ropa, tanto que le temblaban las manos, y cuánto cariño y cuántas excusas cuando Kaitlin sangró. Ella esperaba sentir agradecimiento porque él hubiera querido hacer el amor con ella; no esperaba sentir aquel fuego. Pero así era cada vez. No era la primera que lo hacía en un sitio público. Al no poder disfrutar de la intimidad de una habitación, habían hecho el amor en el bosque, detrás del colegio, incluso en el promontorio de Cooper. Habían hecho el amor en Oak Street, en Willow y la última vez en Cedar.

Kaitlin no iba a encontrar a otro chico como Kevin. Si lo suyo acababa, volvería a ser la única que no saliera con nadie. Si se acababa, se sentiría más fea que nunca. Si se acababa, dejaría de existir por completo.

—¡Annie Barnes lo va a contar! —exclamó asustada—. Y además, lo hará por rencor, porque ella nunca lo ha hecho en un sitio Público. O sea, ¿quién habría querido acostarse con ella? No tenía amigos. O sea, amigos, cero. Era fea, y encima, rara.

—Sí, eso dicen, pero yo la he visto hoy y no es nada fea. Entró en la tienda de Harriman mientras yo estaba ordenando las estanterías.

—¡Dios santo! Por eso lo sabe. Debías de tener pinta de culpable.

—No me vio.

—¿Ni una sola vez?

—Ni una sola vez.

Kaitlin se retiró el pelo de la cara.

—No puedo creer que Annie Barnes decidiera pasar precisamente en ese momento por la calle.

—A lo mejor no dice nada.

Kaitlin estaba desesperada.

—Sí, vale. Y tampoco va a escribir nada sobre el asunto, ¿verdad? ¿Sabes quién es, Kevin? Escribe libros, y ha venido aquí para escribir sobre Middle River, porque eso es lo que solía hacer, pero claro, ahora es rica y famosa, y todo el mundo lee sus libros. ¡Estamos metidos en un lío tremendo! —gritó—. ¿Qué vamos a hacer?

Con el corazón latiéndome con fuerza, observé por el retrovisor a Aidan Meade mientras examinaba mi coche y después a mí, pero aquellos fuertes latidos no tenían nada que ver con la atracción física. Ni siquiera estoy segura de haber sentido tal cosa por Aidan cuando tenía dieciocho años, cuando nos veíamos en el bosque, en el promontorio de Cooper. Yo entonces me sentía intimidada: Aidan era el hombre de veintiún años más solicitado de Middle River, y se interesaba por mí... o eso creía yo.

Ya había aprendido, y sabía que los latidos de mi corazón obedecían a la rabia. Intenté dominarla mientras él examinaba mi coche, pero no solo no disminuyó, sino que se avivó cuando abrió la puerta de su coche, bajó y se acercó al mío.

Quince años era suficiente tiempo para que se calmara la ira. Tranquila, Annie, me advertí a mí misma. Sé la misma mujer que en Washington, imperturbable, que no actúa por impulso y precisamente por eso tiene más poder.

—Vaya cochazo, Annie Barnes —dijo Aidan con tranquilidad, pero cuanto más se aproximaba, menos seguro parecía—. ¿Annie?

—Sí.

—Te pareces a ella, pero no. ¡Hay que ver cómo has cambiado!

Si hubiera sido un cumplido, a lo mejor me habría calmado, pero tal y como lo dijo me molestó aún más.

—Pues tú no, Aidan —repliqué—. Estás igual. Un poco más viejo, pero igual. Sonrió con aires de suficiencia.

—Esperaba que dijeras más viejo pero más formal.

—¿Más formal? —No lo pude evitar—. ¿Por qué boda vas ya? ¿La cuarta?

—La tercera. Cuatro sería de pena, ¿no crees? —Yo pensaba que tres, a su edad, ya era de pena, pero sin darme tiempo a decírselo, añadió—: Por lo que veo, estás al tanto de mi vida.

—No solo de la tuya. Me leo *The Middle River Times* de pe a pa todas las semanas. Es mejor que *People*, más jugoso. Siempre me sorprende. Informa de todas y cada una de tus bodas como si fuera la primera.

—¡Papá! —se oyó gritar desde el coche.

Aidan levantó una mano para acallar la voz.

Yo no vi nada por las ventanillas, pero no me hacía falta.

—Y también eres papá —comenté con cortesía—. ¿Cuántos hijos tienes?

—Cinco.

—¿En total?

—Tres con Judy y dos con Bev. Lindsey y yo no tuvimos hijos.

Fruncí el ceño, confundida.

—Lindsey fue la primera. ¿No te casaste con ella porque estaba embarazada?

Claro que sí. Fue el gran cotilleo del pueblo en su momento. Pero tuvo un aborto y el divorcio se produjo inmediatamente después. El matrimonio apenas duró seis meses.

—No —mintió Aidan, y miró hacia su coche en respuesta a otro grito.

—¡Papá, me está dando patadas! ¡Déjame en paz, Micah!

—¡Micah, cuidadito con esos pies! —vociferó Aidan. Se volvió hacia mí—. Qué sarcástica eres, Annie. Bueno, siempre lo has sido. Si mal no recuerdo, hubo algo entre nosotros, hasta que tú lo echaste todo a perder.

No merecía la pena devolver semejante pulla.

—Que yo recuerde —repliqué sonriendo—, nunca hubo nada entre nosotros, porque tú nunca estuviste allí. Me decías que nos íbamos a ver a las ocho, y yo esperaba sola en el bosque hasta que tú te presentabas a las diez o las once. Entonces me contabas cualquier cuento sobre el trabajo que tenías y que por eso llegabas tarde y estabas agotado y que me llamarías al cabo de un par de días, y claro, llamabas. Y de pronto Michael Corey te acusó de estar enrollado con su mujer, y dijiste que era imposible, porque en las fechas en cuestión estabas conmigo. Lo dijiste en una declaración jurada, y yo no lo negué.

—Pues no —replicó él con aires de suficiencia.

—Porque negarlo habría significado reconocer ante todo el mundo que no habíamos estado juntos, y tú sabías que yo no habría hecho semejante cosa —añadí, agradeciendo la catarsis—. Sabías que yo nunca había salido con nadie más y que pensaba que era tremendo que un Meade quisiera ligar conmigo. Sabías que no dejaría escapar la oportunidad de ser tuya.

Aidan sonrió.

—Y no la dejaste escapar.

—Y que mentiría y no diría que me habías dejado plantada todas aquellas veces.

—Sí, también hiciste eso.

—Sí, mentí, pero no bajo juramento, como tú; eso jamás. —Dejé de sonreír—. Yo era tu coartada hasta la noche de la fiesta del instituto. Te ofreciste a acompañarme.

—Por gratitud —dijo Aidan.

—Y me dejaste plantada.

Volvió a sonreír con displicencia.

—No me quedó más remedio. Estaba muy liado.

—Así que yo me quedé sola en casa aquella noche, toda arreglada con el vestido más bonito de la tienda de mi madre. Le había dicho a todo el mundo en el colegio que había quedado contigo. Como no aparecí, llegaron a la conclusión de que me lo había inventado.

—Y por eso diste marcha atrás y dijiste que habías mentido sobre lo otro —dijo

Aidan, continuando la historia—, pero nadie te creyó. Al fin y al cabo, era yo quien estaba bajo juramento. Tú dabas lastima, y la gente entendió por qué hice lo que hice.

—A pesar de que mentiste.

—Mentí por el bien de todos. A Mike Corey no le habría hecho ningún bien saber la verdad sobre Kiki y yo. Volvieron después de que ella y yo rompiéramos.

Le dediqué la más serena de mis sonrisas.

—¿Por el bien de todos? Ya. ¿Y qué harías si te dijera que llevo un micrófono oculto?

Vi un ligero destello de sorpresa en sus ojos, pero le distrajo un chillido espeluznante que salió del coche, más agudo pero menos fuerte.

—¡Dejad a la criatura en paz, o si no os vais a enterar cuando volvamos a casa!  
—rugió Aidan.

¿Así que también pegas a tus hijos?, me dieron ganas de preguntar, pero con eso habría cambiado de conversación, y todavía no habíamos acabado con la anterior.

Aidan estaba menos chulito.

—No llevas micrófono. No sabías que fuera a pasar por aquí.

—Pues no, pero me alegro de que hayas aparecido —dije, y lo dije en serio. Cuando lo pensaba, me espantaba aquel encuentro, pero había tenido lugar y yo no me había derrumbado, lo que venía a demostrar que no era la chica solitaria de antes, a la que Aidan Meade había dejado esperando en el bosque, a la que había dejado plantada en la fiesta de graduación del instituto, la que se sintió decepcionada, humillada y en una situación comprometida. Ya era una mujer dueña de sí misma, y añadí, con contundencia—: Siempre he tenido ganas de decirte que eres un auténtico cerdo. Me utilizaste, Aidan, y eso no lo voy a olvidar jamás.

Otro cuatro por cuatro enorme dobló la esquina, detrás del de Aidan. Eran idénticos, con cristales ahumados y todo, salvo que el último en llegar llevaba el logotipo de Northwood en la puerta. Se detuvo con tanta brusquedad como el de Aidan, y se quedó al ralentí mientras el conductor abría una puerta y se acercaba. De cuarenta y tantos años y aspecto inteligente, llevaba pantalones vaqueros y un jersey con el mismo logotipo de la fábrica en el bolsillo superior.

—Tu padre está en pie de guerra —le dijo a Aidan—. Acaban de presentarse los del anuncio, y no has contestado al móvil.

Aidan miró con furia hacia su coche y gritó:

—¿Ha sonado el teléfono, Micah?

Me volví un poco en el asiento para ver la sombra de un niño, pero primero me fijé en otra sombra, que estaba en el asiento del pasajero del vehículo de Northwood. A juzgar por el tamaño, era un hombre, y por el perfil, un Meade. Debía de ser James. Era el mayor, el heredero evidente, el cerebro que se escondía tras el reciente crecimiento, y la mano derecha del padre.

No sé si el niño había contestado a Aidan, pero él estaba discutiendo con el trabajador de la fábrica.

—No tenían que venir hasta las cuatro. —Cuando vio que el empleado me estaba mirando, dijo en tono malicioso—: Es Annie Barnes. Ha vuelto para crear problemas.

No me molestó el comentario. Estaba guapa, y lo sabía. Tendiéndole una mano al hombre, sonreí con simpatía.

—¿Y usted es...?

—Tony O’Roarke.

—Es el vicepresidente de operaciones —intervino Aidan—, lo que significa que es el listo de la fábrica al que recurre el viejo cuando tiene quejas de alguno de nosotros. —Y dirigiéndose a Tony, que me había estrechado la mano con amabilidad, añadió—: Esa gente dijo que vendría a las cuatro, y a esa hora estaré.

—Quiere que vayas ahora mismo.

Aidan replicó, en un tono tan frío como su mirada:

—Ahora estoy ocupado.

Notando la frialdad, Tony levantó una mano, retrocedió un paso y después se batió en retirada. Aidan los observó mientras se alejaban en el coche. Tenía los labios y las aletas de la nariz tensos cuando se volvió hacia mí, pero retomó la conversación donde la habíamos dejado.

—Así que has vuelto para vengarte. Lo siento, cielo, pero no hay nada que vengar.

—Entonces no tienes nada de que preocuparte, ¿no? —repliqué con rudeza, y eso le puso nervioso de verdad.

Preguntó con recelo:

—¿Has venido a escribir?

Miré hacia la farmacia justo en el momento en el que salían Lisa Y Timmy.

—Bueno, es a lo que me dedico.

—¿Cuánto sacas por cada libro?

—*Al este de la soledad* se vuelve a editar dentro de poco. Creo que en total se aproxima a los dos millones.

—¿Cuánto sacas?

Me hizo gracia.

—Lo siento, pero yo no hablo de dinero.

—Puedo averiguarlo.

—No lo creo. Los Meade controláis Middle River, pero no Nueva York ni Washington, si a eso vamos. —Sonreí—. No me das miedo, Aidan. —Dirigí la sonrisa a mis sobrinos—: ¿Tenéis lo que queráis?

A modo de respuesta, Lisa levantó una bolsa.

—Hola, señor Meade —dijo con una deferencia que repitió su hermano mientras

se ponían el cinturón de seguridad.

Le dije a Aidan cortésmente:

—Tendré que pedirte que muevas tu vehículo.

Probablemente se habría puesto a discutir (los Meade se preciaban de decir siempre la última palabra) de no haber sido porque uno de sus hijos chilló:

—¡Papá, tengo mucho pis!

Contrariado, soltó un gruñido, le dio un golpecito a mi BMW y se marchó.

Le vi por el espejo retrovisor mientras subía al enorme cuatro por cuatro, cerraba la puerta de golpe y se alejaba. Ya no me latía el corazón con fuerza. Había rogado para que mi enfrentamiento con Aidan tuviera lugar más adelante, pero Alguien ahí arriba debía de pensar otra cosa. No es que mi ruego no hubiera sido atendido, sino que había pedido lo que no debía. Tendría que haber pedido acabar con aquel asunto lo antes posible. Una vez acabado, me sentía serena y contenta. No podría haber esperado un encuentro más satisfactorio.

Al volver a casa, mientras Timmy lavaba mi coche con el cariño de sus diez años y Lisa, ya casi una mujer, preparaba el chili con carne, que venía mezclado en un paquete, entré en la red para informarme sobre la intoxicación por mercurio. Las hay de dos clases: aguda y crónica.

La intoxicación aguda es resultado de una exposición intensa durante un breve período de tiempo, sobre todo por ingestión de mercurio o por inhalación de sus vapores sin diluir. Los primeros síntomas consisten en tos u opresión en el pecho y evolucionan hasta llegar a problemas respiratorios y gástricos. La muerte se produce por neumonía. En los casos en los que se ingiere el mercurio, pueden darse fuertes náuseas, vómitos y diarrea, además de lesiones permanentes en los riñones.

No me parecía que ni mi madre ni mi hermana encajaran en esta categoría. Sin embargo, no podía rechazar tan fácilmente la intoxicación crónica. Consiste en la exposición continuada, en niveles bajos, a materiales contaminados; como los síntomas tardan en aparecer, es posible que la exposición haya tenido lugar mucho antes. Además, los síntomas varían enormemente de una víctima a otra. A una le pueden sangrar las encías, a otra se le duermen las manos y los pies. Otras arrastran las palabras al hablar y tienen dificultades para andar, o sufren cambios de humor, irritabilidad, apatía e hipersensibilidad. En las últimas fases de la intoxicación crónica puede verse afectado el sistema nervioso central, así como las funciones hepática y renal. Los problemas congénitos suponen un riesgo muy grave, y de ahí que se prevenga a las embarazadas de que no consuman los pescados que retienen concentraciones elevadas de ese metal. La relación entre intoxicación por mercurio y autismo en niños pequeños es capítulo aparte.

Entré en más sitios en busca de otros síntomas. Cuando acabé, había encontrado

la descripción de todos los que había observado en mi madre y los que empezaba a observar en mi hermana: el ligero temblor de las manos, pérdidas de equilibrio y memoria, la frecuente incapacidad de mantener una línea de pensamiento durante cierto tiempo.

Por desgracia, estas disfunciones también pueden atribuirse al Alzheimer, al Parkinson o a otras enfermedades. Aún peor; diagnosticar con certeza la intoxicación crónica por mercurio es punto menos que imposible. La intoxicación aguda sí puede probarse, ya que los análisis de sangre realizados al cabo de unos días tras la exposición a grandes dosis de mercurio muestran elevados niveles del metal. Sin embargo, tras esos días, se transfiere al sistema nervioso y deja de aparecer en la sangre, por lo que un análisis resulta inútil. Los análisis de orina son aún menos determinantes: como el mercurio no se expulsa del cuerpo a través de la orina, no aparece en la prueba.

De modo que lo esencial es que jamás se puede diagnosticar con toda certeza la intoxicación crónica por mercurio.

Por otra parte, si se pudiera demostrar que una persona con unos síntomas concretos ha estado expuesta al mercurio, podrían encontrarse pruebas circunstanciales; aquí es donde entraba en escena la Papelera Northwood. Desde luego, yo no era imparcial. Quería cargárselo a la fábrica. Porque ¿qué otra causa podía haber? Si los habitantes de Middle River estaban enfermando en los porcentajes que yo creía, la fuente del mercurio debía de ser grande, y la papelera también lo era.

—¿Qué haces, tita Anne? —preguntó Lisa.

—Nada, buscando unas cosas —contesté, sabiendo que supondría que eran para un libro. Marqué los últimos datos que había encontrado y los archivé en una carpeta junto con los demás—. En este punto es como rastrear. —Cerré la carpeta y me aparté del ordenador—. Ese chili huele estupendamente, cielo. ¿Te ha enseñado tu madre a hacerlo?

—No, papá. Es él quien cocina. Mamá solo llega a tiempo para comer. —Volvió rápidamente los ojos hacia la puerta y se le agrandaron con el entusiasmo—. Aquí está. Ha salido pronto de trabajar para verte a ti. —Corrió hacia la puerta y abrió la mampara—. Hola, mamá. Ven a ver. Estoy haciendo la cena para la tía Phoebe y la tita Anne.

Sabina entró con aire cansado y tenso.

—Eres la mejor niña del mundo —dijo, y besó a su hija en la frente—. ¿Quieres ayudar a Timmy con el coche, para que yo pueda estar un ratito a solas con la tita Anne?

—Primero tengo que remover el chili —contestó la niña, y volvió al fogón.

Con movimientos pausados (que sin duda le habían enseñado cuidadosamente) se



puso una manopla, levantó la tapa de la olla, removió la comida de forma que no salpicara, volvió a poner la tapa, se quitó la manopla y nos sonrió.

—Muy bien —dije, devolviéndole la sonrisa.

Salió con expresión de orgullo.

Apenas se había cerrado la mampara cuando Sabina se sentó en una silla en diagonal con la mía y dijo, a punto de estallar:

—Me ha llamado Aidan Meade. Quiere saber por qué has venido. ¿Qué le has dicho?

—Nada —repliqué. Me enfadó su enfado—. A mí no me preguntó por qué he venido. —Al menos, no con esas palabras—. ¿Por qué te lo pregunta a ti?

—Porque debes de haberle dicho algo que le ha molestado. Te pregunté si estabas escribiendo un libro, y me dijiste que no. Aidan piensa que sí. Piensa que sigues con la fijación de hacer lo mismo que Grace.

—Esto no tiene nada que ver con Grace.

—En tu caso, todo tiene que ver con Grace. Odiaba las ciudades pequeñas. Y tú también.

—No odiaba las ciudades pequeñas. Simplemente no encajaba.

—Las detestaba. Fíjate en *Peyton Place*.

—Hizo un retrato realista. En ese pueblo hay tanto para amar como para odiar.

—¿Lo ves? La defiendes.

—La comprendo. Sé qué se siente cuando no encajas. Tengo buenas razones para guardarle rencor a Middle River, pero ¿por qué iba a querer escribir un libro sobre eso? Tengo ideas de sobra para futuros libros que no tienen nada que ver con esta ciudad. Aidan Meade debe de tener mala conciencia si se le ocurre que estoy escribiendo un libro sobre él.

—O sobre nosotros. ¿Por qué, si no, estás aquí?

—Esta es mi casa.

—Ni hablar —replicó Sabina—. Tu casa está en Washington. Aquí te criaste, pero te marchaste. Nos rechazaste.

—De eso nada —le espeté—. Vosotros me rechazasteis a mí. Middle River me hizo la vida tan imposible que tuve que marcharme. Y no pienso venirme a vivir a aquí. Puedes estar segura. Me gusta la vida que llevo, pero aquí están mis raíces. Tengo necesidad de conectar.

—¿Por qué? Mamá ha muerto.

—Pero tú estás aquí, y Phoebe. Vosotras sois mi familia más próxima.

Ahí estaba la VERDAD N.º 3: la necesidad de la familia, que subía a borbotones a la superficie sin que pudiera controlarla... y créanme que me habría gustado. Compartir emociones era algo que no solíamos hacer. Darle a entender a Sabina mis intenciones me haría vulnerable.

Pero mis palabras parecieron tranquilizarla. Suspiró con cansancio y se arrellanó en la silla.

—Entonces intenta verlo desde mi punto de vista, Annie. Me encuentro en una situación difícil. Es mi jefe.

Sabina era la persona encargada de los ordenadores, una especie de manitas de la tecnología informática. Cuando fallaba un ordenador, allí estaba ella. Cuando había que enseñarle algo a un empleado, allí estaba ella. Allí estaba cuando conectaban más ordenadores a la red, cuando había que limpiar el sistema de virus, y también era quien decía la última palabra cuando se trataba de actualizar. Naturalmente, eso significaba que tenía que formar a todos y cada uno de los empleados cuando llegaba el momento de la actualización.

Como yo apenas rebasaba el nivel de analfabeta funcional en cuestión de informática, es decir, que sabía hacer lo que necesitaba, o sea, enviar correos electrónicos, escribir y buscar, pero poco más, sentía un enorme respeto por ella. Me daba la impresión de que trabajaba más horas que cualquiera de los Meade.

—Te necesitan más que tú a ellos —dije, fiándome de ese presentimiento.

—No es verdad —replicó Sabina—. Me pagan bien, y tengo el doble de ventajas que en ningún otro sitio. Tenemos dos críos que cuidar, pero claro, tú no sabes nada de eso.

No, desde luego. Cambiando de conversación, pregunté:

—Sabina, ¿sabes algo de las intoxicaciones por mercurio?

—¿Tendría que saberlo?

—Los síntomas que tenía mamá eran muy parecidos.

—Mamá tenía Parkinson. —Me miró con el ceño fruncido—. ¿Por qué no lo aceptas? ¿Tanto te asusta tenerlo tú también?

—No es eso. Es que esos síntomas me preocupan, lo mismo que los de Phoebe. Y por lo que he leído en *The Middle River Times*, parece que muchas personas padecen uno u otro de esos síntomas.

—Ah, ¿sí? —preguntó Sabina con recelo.

—Si lo que he leído es verdad, sí. Sabes a qué artículo me refiero...

—Sí, pero los achaques son algo general. Reconócelo, Annie: River Middle envejece, y la gente mayor tiene más achaques.

—¿Más abortos espontáneos en mujeres de veinte y pocos años? ¿Más niños autistas?

—¿Qué quieres decir? —preguntó mi hermana desabridamente.

—La fábrica. ¿Crees que podría estar contaminando?

—No.

—¿Has oído pronunciar allí la palabra «mercurio»?

—No.

—¿Eres consciente de que el mercurio es un asunto político candente?

—No. ¿Adónde quieres ir a parar?

Di marcha atrás.

—No lo sé. Simplemente me planteo todas estas cosas.

Sabina se levantó, cansada y triste.

—Te conozco, Annie. Plantearse cosas no sirve de nada. Por favor. Te lo pido por favor. No hagas nada que nos fastidie la vida. Mi marido trabaja en la fábrica. Yo trabajo en la fábrica. Es nuestro medio de vida, nuestro futuro, el futuro de nuestros hijos. No podemos permitir que te metas en esto.

Yo no me estaba metiendo en nada. Cuando volví a conectarme a la red aquella noche después de que Phoebe subiera al otro piso, llegué a la conclusión de que lo único que estaba haciendo era averiguar más cosas sobre un problema que, quizá, solo quizá, estuviera causando perjuicios.

Fundamentalmente, existen dos fuentes emisoras de mercurio: la natural y la artificial. Las emisiones de mercurio por causas naturales proceden de las erupciones volcánicas, la erosión de la tierra y las rocas y los vapores oceánicos. Han existido siempre y no se pueden evitar. Las fuentes artificiales de contaminación por mercurio son capítulo aparte. Son dos los grandes villanos de esta historia. El primero, las incineradoras de basura que se deshacen de objetos cargados de mercurio, tales como termómetros, tubos fluorescentes y empastes dentales. El segundo son las fábricas que funcionan con petróleo y carbón. Esas fábricas son las que más contaminación por mercurio producen en Estados Unidos: una vez emitidas, las toxinas permanecen en la atmósfera durante siglos. Además, cuando el mercurio que transporta el aire se amontona en la tierra y se mezcla con las bacterias del suelo, se transforma en metilmercurio, y el metilmercurio es sumamente tóxico. Es además bioacumulativo, es decir, que aumenta su potencia al introducirse en la cadena alimentaria. El mercurio que contiene una carpa no es tan perjudicial como el que contiene una trucha, que a su vez no lo es tanto como el de un atún o un pez espada, que tienen mayor tamaño. Al estar al final de la cadena alimentaria, el ser humano sufre las consecuencias más graves.

Aunque parte del mercurio transportado por el aire procede de las industrias de la región central de Estados Unidos, Nueva Inglaterra genera casi el cincuenta por ciento. New Hampshire aún no ha prohibido la contaminación por mercurio y, por consiguiente, es uno de los mayores infractores.

Algo había descubierto, pero todavía me faltaba un dato fundamental. Tenía que buscarlo; saltaba a la vista que la industria no quería que el pasado volviera a mostrar su feo rostro. Tras mucho remover vínculos, al final encontré lo que andaba buscando: efectivamente, las papeleras contaminaban con mercurio.

Si la Papelera Northwood emitía mercurio, la víctima más probable de la contaminación era el río. La tienda de mi madre estaba a la orilla del río, no lejos de la fábrica, corriente abajo. Había pasado allí gran parte de su vida laboral. Y ahora mi hermana ocupaba su lugar. Y había muchas más personas que trabajaban en otras tiendas en las orillas, y muchos clientes que pasaban horas en las terrazas tomando el sol e inhalando vapores potencialmente dañinos, y muchas personas del otro lado del río que pescaban y se comían lo que pescaban.

Las posibilidades eran infinitas.

No sabía si emocionarme u horrorizarme por el hallazgo. Necesitada de apoyo y, por supuesto, de ayuda, apagué el ordenador y llamé a Greg. Suponía que estaría en algún sitio, celebrando su última noche en Washington, pero tuve suerte. Estaba en casa.

—Hola —dije, sonriendo con alivio.

—Pues hola también —replicó, y en contestación a mi pregunta por correo electrónico, añadió—: El equipaje está hecho, gracias.

—Entonces, ¿por qué no estás de fiesta?

—Estoy de fiesta.

Ah, no estaba solo.

—Vaya. ¿Podemos hablar en otro momento?

Pero con la tranquilidad de siempre, dijo:

—Estamos esperando a que nos traigan la cena, así que ahora es un momento estupendo. ¿Qué pasa?

No hizo falta que me animara más.

—Puede que haya dado con algo importante —dije con ansiedad—. Los síntomas de mi madre son idénticos a los de la intoxicación crónica por mercurio.

—¿Mercurio? Ya. ¿Tienes idea de cómo pudo exponerse al metal?

—La fábrica de papel de aquí.

—¿Produce residuos de mercurio?

—Ya no, pero antes sí. Es bien sabido que las papeleras contaminan. Los residuos van directamente al río. Mi madre estuvo trabajando años y años a la orilla del río. Mi hermana lleva allí una temporada y no está bien.

—¿Con los mismos síntomas?

—Sí, algunos. Y está resfriada. Una de las consecuencias de la intoxicación crónica por mercurio es el debilitamiento del sistema inmunológico, y aparecen resfriados, gripes y hasta neumonía.

—No estoy seguro de que se pueda sufrir intoxicación por mercurio simplemente por trabajar junto a un río. Creo que tiene que existir un contacto directo con el metal, algo que comas o que toques.

—Es posible —admití—. Pero refréscame la memoria. ¿Cuál es la última

normativa sobre el mercurio?

Greg no vaciló ni un segundo; su punto fuerte era resumir las noticias en términos comprensibles para el gran público.

—Todo el mundo está de acuerdo en que hay que reducir las emisiones. En lo que no se ha llegado a un acuerdo es al cuánto y al cuándo. En la ley del Aire Limpio se apuntaban las normas y los planes pero el departamento de Protección del Medio Ambiente ha reducido las normas y ha prolongado los plazos.

—¿Por los grupos de presión?

—Pues claro. Y además, está lo del negocio de los créditos. Todas las fábricas contaminan. La cantidad de contaminación que se les permite producir se estipula mediante créditos. Una fábrica que limpia sus residuos y no tiene que utilizar los créditos se los vende a otra fábrica que no quiere limpiarlos. La fábrica limpia gana un dinero que la compensa por la limpieza, y la fábrica sucia paga para mantener la suciedad. Quienes se oponen a este sistema dicen que así se crearán zonas peligrosas donde la contaminación será peor que nunca. ¿Queremos vivir en una de esas zonas?

—No, pero seguramente mi madre vivió en una zona así, y mi hermana y gran parte de Middle River también.

—El contacto directo, Annie. Tenlo en cuenta. Además, yo no acusaría a nadie hasta saber algo más. La cuestión es deshacerse de los residuos. Si cumple la normativa, la papelera puede ser de fiar.

—¿Y cómo lo averiguo?

—Preguntando.

—No puedo preguntar a los de la papelera. Se pondrían hechos una furia.

—Entonces tendrás que llamar al departamento estatal de Medio Ambiente.

—¿Y sabrían si la papelera está incumpliendo la normativa? ¿No lo ocultarían en Northwood?

—Lo intentarían. Si los pillan, pagan una multa y eso sí lo ocultan, pero quedaría en los archivos del estado.

Era una buena idea, precisamente para lo que había llamado a Greg. Siempre sugería cosas inteligentes, con sentido, diplomáticamente. Yo, tan impulsiva, tenía que aprender especialmente esto último.

«Departamento estatal de Medio Ambiente», escribí, y dije:

—Voy a revisar los archivos del periódico local para averiguar quién está enfermo y por qué. La columna sobre salud es muy completa.

—Sería mejor hablar con los médicos locales.

—Pero entonces se descubriría el pastel.

—¿Y sería tan terrible?

—Sí. Los Meade son los dueños de la papelera, y son unos malvados. Como llegue a sus oídos que estoy investigando ese asunto, la pagarán con mis hermanas.

He hablado con el médico de mi madre, que dirige la clínica. Fue él quien me dio la idea del mercurio, pero se encuentra en una situación precaria. La fábrica de papel controla gran parte de la ciudad, incluyendo la clínica. —Hice una pausa—. Cuando se habla de Middle River, se habla de la papelera. Al final siempre se reduce a eso.

—Y a ti te encantaría desquitarte con los Meade —dijo Greg.

—Mi madre tenía algo y es posible que Phoebe también.

—Y a ti te encantaría desquitarte con los Meade —repitió Greg.

Me quedé en silencio. Me conocía demasiado bien.

—Sabes que sí —acabé por reconocer.

—¿Estás pensando en hacer lo mismo que Grace?

—Por supuesto que no. Grace escribió un libro y yo no voy a hacerlo.

—¿Ni siquiera si descubres que existe relación? ¿Ni siquiera si sigues adelante y consigues que cambien las cosas?

—Si las cosas cambian, no hará falta un libro.

—¿Y si descubres que lo han encubierto? Sería una historia tremenda.

—Ese es tu campo, Greg. Tú eres periodista. Yo escribo ficción.

—También Grace.

—Yo no soy Grace.

—Eso dices —replicó burlón, pero en cierto modo tenía razón—. Llevas diciéndolo desde que te conocí, hace doce años, pero ella es tu modelo. Echaste los dientes como escritora con su legado.

—Mi trayectoria es completamente distinta de la suya.

—Y ahora eres importante, lo cual significa que puedes escribir lo que quieras, a sabiendas de que tendrás muchos lectores.

—A mis lectores les horrorizaría.

—Pero tendrías una buena plataforma. —Preguntó, con auténtica curiosidad—: ¿Grace lo hizo a propósito, o sea, escribió *Peyton Place* para hacer la puñeta? ¿Lo hizo para provocar un escándalo?

—¿Con premeditación? —pregunté, sonriendo. Era una expresión que Neil, nuestro amigo abogado, empleaba continuamente—. No creo. Le encantaba escribir, y conocía las ciudades pequeñas. Se limitó a escribir sobre lo que conocía.

—Pero tuvo problemas.

—Sí. No era de las que se ajustaban a lo que tradicionalmente se esperaba de las mujeres, no podía limitarse a ser la esposa y la madre mona, sonriente y dócil que la gente quería. Llevaba pantalones vaqueros y camisas de hombre. No limpiaba la casa, salvo el rincón donde tenía su máquina de escribir, algo que dice mucho de ella —reflexioné en voz alta—. Despreciaba la imagen propia de los años cincuenta... No podía actuar como la típica esposa de un maestro de escuela, acompañar a los niños a las excursiones o participar en ventas benéficas de galletas caseras. Era una escritora

espléndida que fastidiaba a su casero con el constante traqueteo de las teclas de su máquina de escribir. Escribir, eso es lo que hacía, y lo demás le daba igual. Por eso le hicieron el vacío.

—Y ella devolvió el golpe.

—Contó la verdad.

—Y se vengó.

—Eso es más que discutible, si se tiene en cuenta que cayó en picado tras la publicación del libro.

—Pero demostró algo.

—Sí —tuve que admitir—. ¿Y tú? ¿Qué quieres demostrar?

—Te quiero. No me gustaría que te hicieran daño. Te admiro por estar ahí y por querer averiguar qué le pasa a Phoebe, y si sacas a la luz que hay una serie de enfermedades que apuntan a una intoxicación por mercurio a gran escala y que la papelera es responsable, te ayudaré a escribir el libro. Lo que pasa es que no quiero que lo pases mal mientras tanto.

—¿Por qué iba a pasarlo mal? En Middle River ya me odian. ¿Qué tengo que perder?

Greg tardó un buen rato en contestar, y entonces me habló con el cariño que yo deseaba desesperadamente.

—Has pasado por muchas cosas, Annie. Cuando te conocí, todavía estabas haciendo esfuerzos para distanciarte de Middle River, y lo has conseguido. Pero vuelves a lo mismo cuando hablas de ese sitio. Estás muy quisquillosa y a la defensiva. No tengo muy claro que ese pueblo te siente bien.

—Ni yo tampoco —repliqué, pero con otro sentido y con mayor decisión—. Yo también te quiero, Greg. Buen viaje.

## 6

Tom Martin volvió a salir tarde de la clínica. Había tenido que mediar en un enfrentamiento entre dos radiólogos por una cuestión de competencias, pero lo normal era que se quedara allí por los pacientes. Las urgencias siempre surgían a última hora, y Tom era un blandengue. No tenía valor para dejar que un paciente lo pasara mal toda una noche sin saber qué le pasaba cuando podía dedicarle treinta minutos para solucionar el problema. Por suerte, la mujer que tenía contratada para cuidar a su hermana lo comprendía.

Pero no le gustaba tentar a la suerte. Con la intención de irse derecho a casa, abrió una puerta lateral de la clínica y se dirigía al aparcamiento cuando oyó a alguien que lo llamaba. Miró a su alrededor, sin detenerse. Eliot Rollins había salido del edificio y se dirigía hacia él.

Eliot era ortopedista, con aspecto de oso de peluche grandote, barba recortada y enorme sonrisa de dientes blancos. Era un tipo agradable, simpático, con más habilidad social que curiosidad intelectual. A pesar de las múltiples fiestas universitarias, muchas de ellas en compañía de Aidan Meade, tuvo que hacer varias tentativas para entrar en la facultad de medicina hasta que por fin lo admitieron. Fue a Middle River justo al acabar el internado y llevaba tres años en la clínica cuando contrataron a Tom.

Tom podría haber atribuido a esa circunstancia el distanciamiento entre ellos; Eliot no debía de ser el único al que le molestara el nuevo jefe, pero había algo más. Tenían actitudes, gustos y amigos diferentes. Por lo general, cada uno iba por su lado.

Esa era una de las razones por las que a Tom le sorprendió ver a Eliot. Otra, que Eliot solía ser uno de los primeros en salir del trabajo, no el último. Tenía una vieja casona en el extremo sur de la ciudad, con una esposa, dos hijos y un refrigerador de cerveza junto a la piscina. Durante el verano normalmente abandonaba la clínica antes de las cuatro.

—Alto ahí —dijo con su jovialidad de costumbre—. Tengo que hacerte una pregunta.

Tom apenas aminoró el paso.

—Perdona, pero es que llego tarde. Tengo que ir a casa.

Eliot aceleró para alcanzarlo.

—¿Cómo está Ruth? —preguntó.

—Bien, gracias.

—O sea que estás contento con Marie Jenkins.

Marie era quien cuidaba a la hermana de Tom. Era enfermera de urgencias y estaba a punto de pedir la baja por agotamiento cuando la contrató Tom. Aquel trabajo le iba bien: Ruth estaba bajo la tutela del tribunal de menores, pero no vivía



ningún trauma, al contrario. Con Ruth todo funcionaba a cámara lenta. Había que ayudarla a lavarse y a vestirse, llevarla y traerla a las revisiones que le hacían tres veces a la semana en Plymouth. Necesitaba ayuda para poner el reproductor de DVD, pero si la dejaban, se pasaba horas enteras viendo *Buscando a Nemo*, *La Bella y la Bestia* y *El Rey León*. Le encantaba que le leyeran cosas, aunque no comprendiera el contenido, y muchas veces se quedaba dormida antes de que hubiera concluido el primer capítulo.

Marie se sentía tan agradecida por haber podido abandonar el servicio de urgencias que no le importaba el tedio de su nuevo trabajo. Cuando podía tener tranquilidad leía o cocinaba, y a Tom no le importaba.

—Sí, estoy muy contento con ella —le dijo Tom a Eliot. Al llegar a la furgoneta, abrió la puerta, tiró el maletín dentro y bajó la ventanilla—. Bueno, ¿qué pasa?

—Nada, que Julie y yo vamos a hacer una barbacoa el viernes por la noche. ¿Te apetece pasarte por casa?

Tom sonrió.

—Gracias, pero no puedo. Marie se va el fin de semana, y como Ruth últimamente se pone un poco nerviosa con los desconocidos, sería un problema.

Cerró la puerta.

—Vaya —dijo Eliot, apretando con una mano la ventanilla abierta—. Bueno, otra vez será—. Aspiró profundamente—. Oye, ¿no es la hija de Alyssa Barnes la que ha estado hoy aquí?

Esa era la pregunta que quería hacerle, pensó Tom, y debía de importarle mucho si el precio que tenía que pagar era invitarlo a su barbacoa. Le hizo gracia y le despertó tanta curiosidad que, por unos momentos, olvidó la premura por volver a casa y contestó:

—Pues sí, era ella. Quería darme las gracias por haberme ocupado de su madre.

—Qué amable. ¿No te las había dado ya en el funeral?

—No exactamente.

—Ya. Pero ahora sí que lo ha hecho. En fin, va a pasar aquí un mes. ¿No te ha contado qué va a hacer?

—Para mí que no lo tiene muy claro.

—O sea, ¿no te ha dicho que vaya a escribir algo?

—A mí no, desde luego —contestó Tom, quizá con una expresión más inocente de lo normal, pero se dio cuenta de adónde quería ir a parar Eliot—. ¿Qué, te preocupa que vaya a escribir sobre nosotros?

—Bueno, depende —replicó Eliot como sin darle importancia—. La gente dice que a lo mejor sí va a escribir algo. No sé tú, pero yo no llevaba ni diez minutos en el centro cuando empecé a oír cosas sobre *Peyton Place*, que si esto y lo otro. O sea, Aidan hablaba mucho sobre la relación entre las dos cosas, y desde luego existe. Es

una obsesión.

—*Peyton Place* es historia. Eso ocurrió hace casi cincuenta años.

—En Middle River se dice que podría volver a pasar, dicen que Annie Barnes podría hacerlo. Francamente, no creo que nos hiciera mucha gracia.

—¿Y por qué? —preguntó Tom, un tanto provocador—. Si somos buena gente.

—Desde luego, pero nos ayudamos mutuamente de una forma que no siempre queremos que conozcan los extraños. ¿Quieres que escriba sobre Nathan Yancy?

No. Tom no quería nada parecido. Nathan era hematólogo cuando él empezó a trabajar en la clínica. Pasó un año entero hasta que Tom descubrió que la titulación universitaria de Nathan era falsa. Le pidieron discretamente que se marchara, y se marchó sin carta de recomendación. Estaría bien decir que Tom no era responsable de un médico que había sido contratado por otra persona, pero el hecho era que si salía a la luz lo de Nathan se debilitaría la credibilidad de la clínica y su reputación sufriría.

Lo mismo pasaría si se corría la voz sobre Eliot Rollins. Por desgracia, Eliot Rollins pertenecía al círculo íntimo de los Meade y, en consecuencia, se sentía hasta cierto punto a salvo. Pero Tom no tenía intención de pagar por la caída de quienes ejercían el poder real cuando estallara el asunto, si es que llegaba a estallar.

—Qué puedo decirte, Eliot. Ya te lo advertí. Si estás dando demasiados medicamentos a ciertos pacientes...

—Yo no estoy dando demasiados medicamentos a nadie —lo interrumpió Eliot, menos jovial de repente—. Ya te lo he dicho, y te lo repito. El tratamiento del dolor es una parte vital de la medicina. Es lo fundamental.

—Sin duda, para los pacientes de geriatría, pero el jefe de policía no está incluido en esa categoría.

—¿Vas a decirle que tiene que sufrir?

—No tiene que sufrir —replicó Tom—. Puede adelgazar veinte kilos y empezar a hacer ejercicio. Con un poco de fisioterapia, se le pondría bien la espalda.

—¿Desde cuándo eres especialista en ortopedia?

—No lo soy, ni falta que me hace. Es puro sentido común. Le diste una muleta, Eliot, y se ha hecho adicto, o sea que el problema se ha agravado.

—No tienes ninguna prueba de que sea adicto.

—Cualquiera que tome la cantidad de calmantes que toma, y con esa frecuencia, es adicto.

Eliot se metió las manos en los bolsillos. Estaba mordiéndose una comisura de la boca.

—¿Te ha preguntado ella por eso?

—¿Quién?

Tom no pudo evitar preguntarlo.

—Annie Barnes. Hoy, cuando ha hablado contigo.

—No. Me ha dado las gracias por haber cuidado de su madre.

Ya lo había dicho, pero podía repetirlo.

—Eso le llevaría un par de minutos. Estuviste fuera bastante más.

—¿Nos has estado vigilando? —preguntó Tom, pero no esperó la respuesta. Eliot no necesitaba vigilarlos para saber que estaban allí. Middle River estaba lleno de espías. Sabía que se correría la voz de que había tomado café con Annie. De modo que añadió, como sin darle importancia—: Hemos hablado de Washington. Los dos nos licenciamos en Georgetown.

Eliot no parecía convencido.

—¿Habéis hablado de Washington todo el tiempo?

—La mayor parte. También hablamos un poco sobre su madre. Es lo que más preocupa a Annie. —Sacó la llave y encendió el motor—. Perdona, pero de verdad que tengo que ir a casa. Mira, una cosa. Si se me ocurre alguien que se quede con Ruth, intentaré pasarme por tu casa el viernes por la noche. ¿Te parece?

Eliot no contestó, pero tampoco le dio Tom la oportunidad. Salió marcha atrás, giró el volante, aceleró y dejó plantado a aquella especie de oso de peluche, tan contento. Al mirar por el retrovisor, vio que Eliot tenía las manos en las caderas. Y dos cosas sabía con toda certeza: la primera, que prefería pasar cualquier noche de viernes con su hermana en lugar de con Eliot, y la segunda, que Eliot no había acabado con el asunto de Annie Barnes.

Empecé a correr cuando tenía dieciocho años. Acababa de mudarme a Washington y estaba borrando el pasado, reinventándome: nueva actitud, nuevos amigos, nuevas aficiones. En Middle River se jugaba al béisbol, al baloncesto y al fútbol, pero ¿correr? No en nuestro pueblo. Esa habría sido razón suficiente para hacerlo, pero, por supuesto, había otras razones: la principal, Jay Riley, un estudiante de tercero que había ayudado a estudiantes de primero a trasladarse a mi residencia y que, claro, era corredor. Me chifló desde el primer día.

Cosas del destino, mi compañera de habitación, Tanya Frye, a quien sigo queriendo muchísimo, llevaba corriendo en competiciones desde los doce años, y aunque yo no tenía ni la mitad de la aptitud natural que ella, me inicié en ese deporte con gran facilidad. Desde luego, ella me enseñó poco a poco. Antes de que acabara el curso podía correr diez kilómetros en cuarenta y cinco minutos, lo que, para quien quiera saberlo, no es ninguna tontería.

Jay nunca se fijó en mí, pero mi nueva personalidad se desarrolló. Salía con otros chicos. Unos corrían, otros no. Todos alababan mis piernas en pantalones cortos. Supuso una nueva experiencia para mí.

Con el paso de los años he ido dejando la competición, y corro por puro placer. Siempre me siento mejor después de correr. Me han contado que es un proceso químico relacionado con las endorfinas, pero nunca he profundizado en el aspecto científico. Lo único que sé es que después de correr tengo la cabeza más despejada, el cuerpo más ágil y las tripas en mejor armonía con el resto de mi persona. Después de correr, me siento bien engrasada. Por el contrario, cuando paso varios días sin correr, me siento pesada.

Así me sentía al despertar el jueves. De modo que me puse una camiseta pantalones cortos y zapatillas de deporte, me estiré allí mismo, en la cocina, y salí mientras Phoebe emergía lentamente de su letargo con café y huevos.

Normalmente corro a las seis de la mañana para evitar el calor y vuelvo a casa para aprovechar las mejores horas de trabajo, pero en Middle River hace más fresco que en Washington, y no estaba trabajando. Pero correr a las ocho allí suponía un problema distinto: Middle River ya estaría en pleno movimiento.

De modo que, como había hecho con el descapotable el día anterior, me ceñí a las calles más apartadas, y fue muy agradable. No circulaban coches; la zona era estrictamente residencial, con las casas muy distanciadas, y aunque vi a algún que otro vecino regando el césped o limpiando hierbajos, nos separaba suficiente distancia como para que ellos apenas me vieran a mí.

Corrí por Willow, hasta el final, torcí hacia el este y tomé un atajo, sobre un pavimento cuarteado y combado, pero tan indulgente como podría serlo una arpía

furibunda. Aquellas calles no tenían nombres de árboles; cuando a los fundadores de la ciudad se les acabaron, ¿a qué podían recurrir sino a sus propios apellidos? Así que las calles se llamaban Harriman, Farnum y Rye. Y también Coolidge, Clapper, Haynes... y, por supuesto, Meade. Ninguna de las familias homónimas vivía en aquel barrio; estaban más cerca del centro, en casas más grandes e imponentes. Allí las casas eran incluso más modestas que las de Willow, nuestra calle. Eran pequeñas, y si las habían ampliado había sido como añadirles una especie de furgón. De todos modos, estaban cuidadas, con bonitos senderos y arriates, y postigos y puertas pintados del mismo color.

A mí me gustaba una casa en especial. Era una casita de una planta al final de Hyde, escondida entre abetos blancos, como la casita de la bruja de Hansel y Gretel, de color chocolate y rosa.

Allí vivía Omie, pero hablaré de Omie más adelante.

Me sentía estupendamente, y seguí corriendo a paso ligero. Al final de la calle torcí a la derecha y estaba a punto de dirigirme hacia el Centro cuando vi a alguien que también iba corriendo.

¿Alguien más que corría? Pero ¿adónde iba a parar Middle River?, pensé con ironía.

Podría haberle dicho algo... bueno, sí, era un tío, si hubiera estado más cerca, pero cruzó a una manzana de distancia. Me miró al pasar y desapareció.

«Madre mía, qué bueno está», dijo una vocecita obscena en mi cabeza.

Incapaz de juzgar desde tan lejos, me olvidé inmediatamente de aquel comentario, pero quien lo había hecho no me dejó en paz. No se oía ni el zumbido de una mosca, y aquellas palabras eran más claras que el agua.

«Es alto. A mí me gustan los altos —me recordó—. ¿Quién crees que es?».

No tengo ni idea, pensé.

«Nada como un hombre desnudo de cintura para arriba para que se te remueva todo».

Está corriendo, razoné. No es lo mismo. Seguramente estará todo sudado y asqueroso.

«Pero si el sudor es de lo más erótico... Venga, nena, síguelo».

Ni hablar.

«¡Venga! ¿De qué vas ahora?».

—¡Eh! ¿No eres Annie Barnes? —preguntó un hombre que había salido del sendero de su casa durante mi breve distracción. Era bajo y más que de mediana edad, justo lo contrario del corredor (sí, bueno, es solo una impresión general), y parecía esperar que me parase a hablar.

Eso es lo que hacían los del pueblo, pararse a hablar. Yo no, y mucho menos cuando estaba corriendo.

Levanté una mano mientras pasaba a su lado, pero no aminoré el paso. Había cogido el ritmo y me sentía bien. ¿Una grosería? Probablemente. A donde fueres, haz lo que vieres, como se suele decir. Pero mi sentimiento de culpa no llegó más allá. El pueblo entero ya pensaba lo peor de mí. ¿Qué significaba una pequeña grosería más?

Quizá piensen que todo el mundo me odiaba en Middle River los primeros años en los que viví allí. No es así. Tenía algunos amigos. Desde luego, no eran precisamente de mi edad, pero me apoyaban.

Entre mis amigos estaba Marsha Klausson. Desde tiempo inmemorial era la dueña de La Librería, que estaba en Willow, muy cerca de El Armario de la Señorita Lissy, y era una especie de segunda casa mía. Cuando era pequeña me pasaba horas enteras sentada en el suelo de madera todo lleno de rajaduras, frente a las estanterías, curioseando las cosas adecuadas para mi edad, hasta que me decidía a comprar algo. Nuestro padre nos había dicho que cada una de nosotras podía comprar un libro al mes. A pesar de que entonces no nos sobraba el dinero, quería que fuéramos haciendo nuestras pequeñas bibliotecas. Según él, con un libro al mes tendríamos un buen comienzo.

Y se murió. Yo tenía diez años por entonces, y mi madre siguió con la costumbre, pero nunca se alegraba tanto al ver lo que yo había comprado como mi padre. Además, me recomendaba los libros «adecuados» para mí, y empecé a pasar más tiempo en la biblioteca pública. Tenía gustos más maduros. Ya estaba con J. D. Salinger, Jack London y Ursula K. Le Guin cuando la mayoría de las niñas seguían con Louisa May Alcott. No sé si a mi madre le habría gustado que leyera *El señor de las moscas* y *El gran Gatsby*, pero aquellos libros me fascinaban. Eran mi válvula de escape.

Creo que la señora Klausson lo comprendía. Me consideraba su «crítica literaria», mucho antes de que eso empezara a ser algo normal y corriente. De mutuo acuerdo, mis reseñas no iban firmadas. Era una especie de secreto. Yo leía los libros sin comprarlos, y la señora Klausson tenía que hablar sobre libros que no había leído. Seguí enviándole reseñas incluso cuando me marché de Middle River. Y seguí haciéndolo después, de vez en cuando. Nos comunicábamos por el correo tradicional. Aunque la librería se había informatizado, no era muy aficionada al correo electrónico, y a mí no me salía llamarla Marsha. Rondando ya los ochenta, para mí siempre sería la señora Klausson, y no solo por respeto a su edad. Ya tenía estilo antes de que la idea del estilo llegara a Middle River, y sospecho que me atrajo tanto esta diferencia suya como sus libros.

También me atraía su aroma. Olía a madreSelva, toda ella, dese el aceite que se ponía detrás de las orejas hasta el jabón con el que se lavaba las manos, pasando por las bolsitas que guardaba entre la ropa del armario. Creaba una nubecilla de aroma

que la seguía por toda la librería. No es que la madreselva fuera mi aroma favorito, no más que el de las rosas, pero al igual que el olor de las rosas me recordaba el hostel de Road's End, indicándome que volvía bien a casa, la madreselva me recordaba el refugio de La Librería. Como un perro de Pavlov, ya no me hacía falta el olor para experimentar la sensación; nada más entrar en aquella tienda, sentí que era bienvenida.

El paso de quince años apenas había dejado huella en el aspecto de la señora Klausson: seguía llevando una blusa ceñida y pantalones de lino. Eso sí; vi que era más baja que cuando yo me marché del pueblo, y que tenía más arrugas, pero yo no estaba de humor para notar ninguna de las dos cosas cuando fue a casa a darnos el pésame en junio, y se le iluminaron los ojos cuando me vio entrar y, dejando a un par de clientas nada menos que ante el mostrador de Grace, vino hacia mí en un segundo.

—Vaya, vaya —dijo con una sonrisa radiante, mirándome de arriba abajo con cariño—. Aquí tenemos a nuestra escritora más famosa.

—Después de ya sabe quién —le recordé.

Era una broma entre nosotras desde hacía tiempo.

—Ella está muerta, pero tú estás viva —replicó. Para no forzar el cuello, porque tenía artrosis, giró todo el cuerpo y, aferrándome la mano, me llevó hacia las clientas que había dejado abandonadas—. Es Annie Barnes. Annie, te acordarás de mi vieja amiga Carolee Haynes. Y esta mujer estupenda es la hija de una vieja amiga suya. Es Tyra Ann Moore; vive en Tucson y ha venido a vernos, con su mando y sus dos hijas.

Carolee sonrió amablemente. Podría ser amiga de la señora Klausson, pero nunca había sido amiga mía. Y, pensándolo bien, tampoco había sido amiga de mi madre. Los Haynes vivían en una mansión georgiana en Birch Street. Carolee siempre nos había considerado a los que vivíamos en las casas victorianas de Willow Street muy por debajo de su clase. Era alta, enjuta y estirada. Incluso las arrugas alrededor de la boca parecían almidonadas, sin duda por la continua expresión de desprecio de los labios fruncidos.

Tyra Ann Moore era otra cosa. Rubia y de apenas uno sesenta de estatura irradiaba afecto y generosidad, y su voz lo reflejaba.

—¿Que eres Annie Barnes? ¡No me lo puedo creer! Eres una de mis escritoras preferidas.

—Pues ya tenemos algo en común —repliqué con media sonrisa—. Tucson es uno de mis sitios preferidos.

—Annie se crio aquí —intervino la señora Klausson—, que es lo que estaba a punto de decirnos cuando ha llegado. Fue parte del mobiliario de esta tienda durante más años de los que puedo recordar. Por eso tengo sus libros en la estantería más cercana a este mostrador.

—A la sombra de Grace —entonó Carolee con dramatismo.

—*Al este de la soledad* es el mejor de tus libros —dijo Tyra con la mano en el pecho—. ¡Es que no puedo creer que seas tú de verdad! Pareces tan normal... o sea, con los pies sobre la tierra y tal. ¿Pasas el verano aquí? ¿Vienes para escribir? ¿Estás trabajando en un libro nuevo?

—A mí también me gustaría saberlo —espetó Carolee.

—Ya he terminado mi próximo libro —le dije a Tyra—. Se publicará en primavera.

—Eso no contesta a la pregunta —replicó Carolee.

—Vamos, Carolee, haz el favor —la reconvinó la señora Klausson—. Acaba de perder a su madre, y ha venido para estar con sus hermanas, ¿verdad, cielo?

Apenas tuve tiempo de asentir con la cabeza cuando entró otra clienta. Era más o menos de mi edad, de pelo oscuro y piel aceitunada. Tenía una voz intensa.

—Este sitio debe de ser lo mejor para una escritora. Detrás de cada esquina hay un secreto.

—Juanita... —le dijo Carolee con mal humor.

La señora Klausson nos presentó.

—Annie, te presento a Juanita Haynes. Está casada con Seth, el hijo menor de Carolee.

Nunca había tenido motivo para interesarme por Seth, quien tampoco había tenido motivo para interesarse por mí, pero mis sentimientos cambiaron inmediatamente. Saber que se había enamorado de una latinoamericana y que se había atrevido a llevarla a Middle River hizo que sintiera cierto aprecio por él. Del mismo modo, saber que aquella pobre chica tenía que enfrentarse con una suegra como Carolee en un pueblo como Middle River hizo que sintiera cierto aprecio por ella.

—Encantada de conocerte, Juanita. ¿Vivís aquí Seth y tú, o estáis de visita?

—De visita —contestó Carolee por su nuera—. Viven en Nueva York. Raramente los vemos. Unos días aquí, otros allí. Desde luego, no lo suficiente como para enterarse de secretos.

Juanita sonrió con picardía.

—Pero me he enterado de lo del padre William.

Carolee la hizo callar, pero a Tyra le llamó mucho la atención.

—¿Qué pasa?

—Pues que tiene novia.

—Mary Barrett es el ama de llaves —la corrigió Carolee—. Vive en la misma casa porque da la casualidad de que hay una habitación libre en la parroquia, y al padre William le viene bien el dinero del alquiler.

—No le cobra alquiler —dijo la señora Klausson.

—Ya lo sé, Marsha, pero es como un juego de palabras. Él le deja la habitación a



cambio de que limpie la casa y la iglesia. Es un acuerdo económico, el equivalente de un alquiler. Y no hay nada entre ellos.

—Pues no es eso lo que dice Peter, el amigo de Seth —replicó Juanita, provocadora—. Peter es carpintero y trabaja para el padre William, y los ha visto juntos en la cama.

Carolee puso unos morros tremendos.

—Peter Doohutton es un borracho, como su padre, y no es amigo de Seth. Dio la casualidad de que estuvieron en la misma clase en el colegio. De verdad, Juanita, yo no me fiaría de lo que dice Peter. El padre William es sacerdote, y lleva aquí mucho más tiempo que tú.

Yo habría defendido a Juanita de no haberme dado cuenta de que le gustaba lo que hacía. Era muy guapa e irradiaba confianza en sí misma e inteligencia. Pensé que Carolee había dado con la horma de su zapato.

—Pero si a mí me parece bien lo que haga el padre William —dijo Juanita—. Es un tipo estupendo.

—Pues entonces, basta de cotilleos.

—¿Cotilleos? —repitió Juanita, sin poder disimular una sonrisa—. Pero si ya se sabe, o al menos esa impresión me dio cuando fuimos a la iglesia.

—Nosotros somos congregacionalistas —observó Carolee—. El padre William es católico. A nosotros no puede darnos ninguna impresión, porque no estuvimos en su iglesia.

—Pero hubo mucha gente —dijo Juanita—. Nos lo contó en el almuerzo John, otro amigo de Seth, y ni él ni su padre son borrachos. Son concejales, los dos, aquí, en Middle River. John dice que asiste tanta gente a Nuestra Señora como siempre, y que a la mayoría no le importa lo que haga el padre Williams por las noches, siempre y cuando sea con una mujer.

Carolee miró furibunda a la señora Klausson.

—¿Te das cuenta de lo que está pasando? Lo consienten.

La señora Klausson intentó calmar a su amiga.

—Que no, Carolee. Simplemente lo dejan en paz.

—Pero los cotilleos...

—Los cotilleos no van a ninguna parte. No pasan del pueblo.

—A menos que a alguien le dé por escribir un libro sobre el asunto —replicó Carolee, y me miró con los labios fruncidos.

Ya me tenía suficientemente harta aquella señora como para devolverle la pelota, y seguramente habría quedado en peor lugar si hubiera dicho algo como: «¿Conque escribir un libro? Pues no sería mala idea, porque el padre William no es el único que está liado con su ama de llaves, y además, es posible que la idea se la diera su marido, que durante años y años entraba en su casita mientras a usted le hacían las uñas para

arreglarle las cuentas al ama de llaves de toda la vida... ¿cómo se llamaba?», de no haber sido porque Tyra Ann Moore, todavía fascinada por mi presencia, salvó la situación con sus preguntas.

—Annie, cuéntanos cómo es tu próximo libro. ¿Qué título le vas a poner? ¿Van a aparecer personajes de *Al este de la soledad*? ¿Cuándo va a salir, o sea, qué mes? — Sin darme tiempo a contestar, añadió: Es que no puedo creer que estés aquí. Voy a comprar un ejemplar de todas tus obras para que me las firmes. ¿Lo harás? No, mejor voy a comprar dos ejemplares, uno para mí y otro para una amiga a la que le encanta tu obra, tanto como a mí...

Sam Winchell era otra de las pocas personas a las que consideraba amigo durante los años que viví en Middle River. Sam era más joven que la señora Klausson; a lo mejor tenía sesenta y cinco años, lo que significa que debía de tener cuarenta y tantos cuando trabajábamos juntos y unos cincuenta cuando yo me marché. Como Seth Bushwell en *Peyton Place*, Sam era hijo de un hombre influyente, en este caso senador. Como el Seth de Grace, Sam había heredado suficiente dinero para ser el dueño y director del semanario local y poder permitirse una casa en Birch Street. Como el Seth de la ficción, Sam despreciaba a los intolerantes y no aguantaba a quienes ejercían su poder en todos lados, es decir, que no aguantaba demasiado a personas como Carolee Haynes, por no hablar de Sandy Meade.

Sin embargo, era golfista entusiasta, uno de los cuatro que jugaban dieciocho hoyos en un club a cuarenta minutos de distancia todos los jueves salvo que lloviera a cántaros. Ya lo hacía cuando yo trabajaba para él durante las vacaciones de verano, y a juzgar por la veneración con que hablaba del golf en el periódico, no había cambiado.

En el grupo de cuatro de Sam estaba Sandy Meade. Las historias sobre sus peleas en los *greens* eran legendarias, al igual que las pocas ocasiones en las que jugaban una partida con un jugador de menos y entonces apuntaba una disputa que apenas duraba.

A propósito: sentía el mismo respeto por Sam que por la señora Klausson, pero a Sam siempre se le llamaba así, Sam. Los únicos que le llamaban señor Winchell eran desconocidos, y solo lo hacían hasta que él, con un gesto de la mano, decía bruscamente: «Llámame Sam».

Llegué a la redacción de *The Middle River Times* un jueves a las once, a propósito. Sí, quería saludar a Sam, pero aún más revisar los archivos para hacer una lista de los enfermos del pueblo. Por supuesto, no sería exacta. Greg tenía razón: los médicos podían ofrecerme mejores datos, pero solo si querían, y ese «si» era muy importante. Fácilmente podían salirse con evasivas y, nada más darme la vuelta, contarle a los Meade que andaba haciendo preguntas. ¿Valía la pena arriesgarse?

Todavía no. Pensé que podía pasar un rato con Sam hasta que se fuera a jugar al golf y después examinar los archivos a mis anchas. Los ayudantes de Sam no andarían por allí. La revista salía el jueves por la mañana, y aquel día era jueves. Al cabo de una hora la redacción estaría vacía.

La fachada daba a Oak Street, con las molduras y los ladrillos recién pintados y los parteluces lavados. Sam siempre había sido muy maniático con esas cosas, y saltaba a la vista que no había cambiado.

Apenas había entrado por la puerta cuando el olor a puro me dio una bofetada en la nariz. Las exigencias de Sam nunca habían llegado hasta el extremo de sus pulmones. El puro en la boca siempre había sido parte integrante de su persona, tanto como los pantalones grises o la pajarita. Nadie que trabajara para Sam se había quejado jamás del olor; eso habría supuesto el despido inmediato. Pensé que cuando llegara el día en que Sam se hubiera ido, tendrían que fumigar la redacción para que desapareciera el olor.

En la mesa del despacho central no había nadie, y las sillas de cuero a su alrededor estaban vacías. Había otros dos despachos. Fui al de la derecha, guiándome tanto por el olor como por la fuerza de la costumbre.

Sam, que estaba arrellanado en su silla leyendo *The Middle River Times* con las últimas noticias, miró por encima del periódico y me dirigió una sonrisa de oreja a oreja. La silla chirrió al enderezarse; la revista aterrizó sobre la mesa con un leve crujido. Sam se levantó, vino hacia mí y me rodeó los hombros con un brazo, apretándolos con cariño paternal.

—Ya era hora de que vinieras —se quejó con voz áspera—. Has ido a todas partes menos aquí.

—No he estado en ninguna parte —repliqué—. A lo mejor se te ha olvidado, pero no hay muchos sitios a los que pueda ir en este pueblo.

Sam hizo una especie de pedorreta.

—Eso ha pasado a la historia. Ahora eres una escritora famosa, y puedes ir adonde te dé la gana. Me siento muy orgulloso de ti, Annie.

Sonreí.

—Gracias. Significa mucho para mí. Los demás... en fin, ya sabes, los que se suben al carro, pues a mí me da igual.

—Pues por eso vas a seguir triunfando. No se te ha subido a la cabeza, y esa es otra de las cosas que te diferencian de nuestra Grace —dijo, al hilo de una conversación que habíamos mantenido con frecuencia años atrás.

Como la señora Klausson, Sam también estaba fascinado por Grace.

Yo la defendí, como siempre.

—No creo que el éxito se le subiera a la cabeza. Es que no estaba preparada, y no tenía ni idea de lo que debía hacer. Y yo tampoco sé si habría sabido qué hacer, en

aquella época. *Peyton Place* supuso el comienzo de un nuevo género, y nadie tenía ni idea de lo que podía pasar.

—Pues ahora sí lo sabemos —dijo Sam, dando el asunto por concluido—. Así que quiero que me prometas una cosa: que lo que escribas mientras estés aquí, se publique en el *Times*.

Me eché a reír.

—Pero si no he venido aquí para escribir...

—Pues Sandy dice que sí. Me ha llamado hace un rato y me ha ordenado que te sonsaque lo que pueda—. Miró el reloj de la pared—. Voy a verlo dentro de cuarenta minutos, y como bien puedes suponer, sabrá que has estado aquí y querrá enterarse de qué hemos hablado.

—Vaya. ¿Está nerviosillo? —pregunté, divertida.

Al haberme criado en aquel pueblo con una sensación de absoluta impotencia, me encantaba ver aquellas reacciones. Lo había sentido con Aidan, de una forma muy personal. Con Sandy era algo más general, más extenso y, dado el poder que ejercía, más satisfactorio.

—En fin, ya sabes... —dijo Sam en tono displicente, pero yo no estaba dispuesta a dejarlo pasar.

—No. No sé nada. ¿Qué han hecho los Meade?

Sam soltó un gruñido.

—Querrás decir qué no han hecho. Pero será mejor que no empecemos con eso. Sandy y yo nos andamos con pies de plomo. Podría contarte un montón de cosas que me ponen de los nervios.

—Pues cuéntame una —repliqué.

Sam se apartó de mi asiento, fue hasta la mesa y dobló cuidadosamente la revista.

—¿Conque una? Si te la contara y te pusieras a escribir sobre eso, a lo mejor no me funcionaban los ordenadores el próximo martes y no saldría la revista el próximo jueves. No es que mi sustento dependa de una semana de la revista, pero sería una verdadera faena, por no hablar del lío que se montaría con los anunciantes que pagan semanalmente.

—Sandy no sabotearía tus ordenadores. Mi hermana es la encargada de la informática y no haría una cosa así.

—¿Ni siquiera si estuviera en juego su trabajo? ¿Y también el de su marido? Los dos trabajan para Meade y él se aprovecharía. Si perdieran su trabajo, puedes estar segura de que no encontrarían otro en este pueblo, ¿y cómo mantendrían a sus hijos?

—Podrían presentar cargos contra Sandy.

—¿Y quién testificaría? —Sam sonrió con tristeza—. Eso es lo que me pone furioso. No es nada nuevo, Annie. Nada ha cambiado.

Yo estaba pensando que debía cambiar, que los Meade eran realmente malvados,

que si lograba demostrar que la papelera estaba contaminando el pueblo con residuos de mercurio y violando las leyes con ello, aquella familia recibiría al fin su merecido, cuando Sam dijo:

—Tengo que irme corriendo si no quiero perder mi salida. Vamos. Te acompaño al coche. Cuando se entere el viejo Sandy...

—Es que me encantaría quedarme aquí un rato a leer la revista. Para ponerme un poco al día.

—¡Pero si te la mando todas las semanas!

Le dirigí una mirada de disculpa. Él suspiró.

—Y no la lees.

—Le echo un vistazo —dije, sin faltar del todo a la verdad. A veces echaba un vistazo a un par de artículos, pero por lo general, la leía con rigor. Sin embargo, mi memoria no era tan rigurosa y tenía que refrescarla.

Inocente, Sam se sintió halagado y me dejó con mi tarea.

Empecé por el último número, el que estaba leyendo Sam. Explicaba con todo detalle que la biblioteca había recibido otra subvención de los Meade para comprar libros; que se había incorporado un oftalmólogo a la clínica de Middle River; que un incendio al otro o del río había destruido dos casas, dejando a once personas sin hogar; que el estado estaba recortando de nuevo el presupuesto de las escuelas y que se requería una reunión ciudadana urgente, en septiembre, para discutir qué hacer; que un fontanero de la localidad había sido detenido por conducir borracho; que por tercer fin de semana consecutivo una pandilla de gamberros habían destrozado con bates de béisbol los buzones del correo de Birch y Pine; que los Hepplewaite, propietarios del hostel de Road's End que patrocinaban los viajes de *Peyton Place*, celebraban sus bodas de oro el sábado, y que Omie se estaba recuperando de una neumonía.

La noticia sobre Omie me interesó. Omie me caía bien. Era mayor desde que yo tenía uso de razón, la abuela de todos y muchas veces bisabuela en su propia familia. No muy habladora, pero sumamente amable. Cuando yo me sentaba sola a una de las mesas con bancos de respaldo alto de su restaurante, ella se traía su té y me hacía compañía. A veces eso empeoraba las cosas, como ir al cine con tu madre un sábado por la noche y ver a todas tus amigas con chicos. Otras veces lo agradecía.

Omie tenía un corazón de oro. Me prometí que pasaría a verla.

Dejé el último número del *Times*, me fui al despacho central, donde estaban los números de los últimos meses, impecablemente colocados en estantes de madera, y me puse a examinar los archivos. El artículo de «El rincón de la salud» siempre estaba en la cuarta página, arriba y a la izquierda. Sam también era muy maniático con eso. Su idea era que la gente debía saber dónde encontrar su sección favorita, y no le hacía ninguna gracia que le llamaran por teléfono los lectores cuando no

encontraban lo que querían.

Leí un artículo tras otro, por orden cronológicamente inverso. No tardé mucho en recorrer todo lo impreso, y entonces me fui al despacho de dentro para examinar las microfichas. Tomé notas en un cuaderno: fechas, nombres y enfermedades.

La mayoría de los periódicos seguramente no enumeraban suficientes enfermos como para que valiera la pena investigar, pero Sam sabía vender. Sabía que a la gente le encantaba ver su nombre en letra impresa. Middle River era suficientemente pequeño y *The Middle River Times* tenía suficiente necesidad de temas como para que los detalles no solo fueran posibles, sino aconsejables. Se incluía lo que en otra ciudad podría considerarse irrelevante: un brote de varicela en la serie local de los exploradores más jóvenes, con los nombres de los niños afectados, o casos aislados de asma o de la enfermedad de Lyme. Se informaba de extremidades fracturadas, caso por caso la causa de la fractura (accidente de tráfico, caída de bicicleta, partido de fútbol), e incluso a veces el color de la escayola y quién la había puesto. También se consignaba qué médicos del pueblo asistían a qué congresos fuera de Middle River. Nuestro Tom Martin iba a la cabeza en la asistencia y realización de seminarios. Su especialidad era medicina general, o la aplicación de la misma, lo cual no me decía gran cosa sobre la posibilidad de intoxicación por mercurio.

Pero otras cosas sí. Anoté todas las referencias al Alzheimer y el Parkinson. Anoté referencias al autismo (el hijo de Alice Le Claire, de tres años, había empezado a asistir a un centro especial para niños autistas), referencias a dificultades respiratorias y problemas digestivos, y puse asteriscos junto a los casos en los que se mencionaba un historial (por ejemplo, Susannah Alban se estaba recuperando de otro aborto espontáneo). Anoté cuando nacían niños o demasiado pronto o con enfermedades que requerían hospitalización.

Al echar una ojeada a las microfichas, encontré el anuncio de la boda de Seth y Juanita Haynes. Aparecía en primera plana en la edición de junio de hacía dos años. El acontecimiento había tenido lugar en Nueva York, y a juzgar por la complicada descripción, había sido muy elegante. Curiosamente, no aparecía ninguna fotografía, aunque no me cabía duda de que habían hecho fotos. Carolee Haynes no era solo intolerante, sino cobarde.

Revisé cinco años de *The Middle River Times*, no porque tuviera planeado remontarme tanto ni dedicar tanto tiempo a la tarea, sino porque seguí mordisqueando monedas de chocolate mientras pensaba que iba a leer solo un número más y ese «solo uno más» fue aumentando. Cuando terminé, tenía un montón de notas.

Las hojeé lentamente, con la esperanza de encontrar una línea que seguir. El potencial estaba allí. Había montones de personas enfermas, muchas con síntomas como los de mi madre; pero ¿era intoxicación por mercurio? No tenía ni idea.

Me dije que necesitaba más datos, que tenía que coger un mapa d pueblo y poner

puntos en los lugares donde vivía cada uno de los afectados para ver si había bolsas de enfermedad, que tenía que averiguar si Northwood producía realmente residuos de mercurio y, en tal caso, dar el siguiente paso, fuera cual fuese. Me dije que no debía preocuparme por la falta de respuestas inmediatas, que no era sino el principio.

Pero me desanimé. Y encima, tenía hambre porque se me había agotado la provisión de monedas de chocolate. Era media tarde, y tenía ansias de proteínas. Podría haber vuelto a casa, con Phoebe, pero el pueblo entero ya sabía que estaba allí, y era innecesario mantener un perfil bajo. Además, no dejaba de pensar en Omie. Era la tercera y última de mis amigos en el pueblo. La había visto brevemente en el funeral pero no había tenido valor para hablar con ella, como tampoco con la señora Klausson ni Sam. El periódico de aquel día decía que había estado enferma, y de verdad quería saludarla.

Así que guardé las microfichas en sus cajones, cuidadosamente y ordenadas, para que nadie supiera que había estado allí, y salí de la redacción. Aunque Middle River no era precisamente una metrópoli bullente de actividad en una calurosa tarde de jueves de agosto, el centro no estaba ni mucho menos desierto. Mi coche era uno de los doce o trece aparcados en batería en los espacios reservados en la calle. Desde luego, el mío era el único descapotable. Los descapotables no resultaban prácticos en sitios como Middle River, donde en invierno se necesitaban vehículos de tracción a cuatro ruedas para llevar grandes cargas y con suficiente espacio para las familias.

Tiré el bolso dentro del coche y entré. Por suerte, llevaba pantalones vaqueros, y aun a través del grueso tejido noté el calor del asiento achicharrado por el sol. Igualmente achicharrada, me puse las gafas de sol, arranqué el motor y miré hacia atrás para sacar el coche. No vi ningún coche en la carretera, pero me estaban vigilando. Justo enfrente, varias personas miraban desde la acera, delante de la ferretería Farnum, y un poco más allá, varias más junto a la tienda de comestibles Harriman. Una furgoneta estaba al ralentí con el morro hacia el bordillo enfrente de Prensa y Chucherías, con el conductor esperando (también me observaba), hasta que salieron tres niños con bolsitas marrones de caramelos y se subieron a la cabina.

No saludé a nadie. Mi personalidad de Middle River no estaba acostumbrada a los cumplidos. Cambiando de marcha, seguí por Oak, crucé Pine y Cedar, donde las rosas del hostel Road's End eran estallido de aroma al sol de la tarde. En School Street torcí a la izquierda y pasé Junto a varias casas con tigridias, amarillas y anaranjadas y volví a torcer a la izquierda para entrar en el aparcamiento de Omie. Afortunadamente, solo había unos cuantos vehículos. Por mucho que deseara ver a Omie, no estaba de humor para esperar una mesa, y no era solo que me molestara que me mirasen; me rugían las tripas y el fuerte olor a comida llegaba hasta el aparcamiento.

El restaurante era de lo más auténtico. Construido en sus orígenes por el padre de

Omie a principios del siglo xx como vagón restaurante con mostradores de madera que se doblaban hacia fuera entre las ventanas (algo nuevo para la época), lo había modificado, ampliado y renovado muchas veces. A pesar de todo, mantenía el aspecto y la idea del auténtico restaurante norteamericano.

En cierto modo, Omie se le parecía. Bajita, de pelo blanco recogido en un moño, rostro surcado de arrugas y ojos eternamente azules, era viejísima o no, dependiendo de lo que se quisiera pensar. Su verdadera edad era irrelevante. Lo mismo ocurría con su apellido. Los pocos que lo conocíamos no podíamos leerlo ni pronunciarlo, y no importaba. Sus hijas lo habían americanizado y después se habían casado con hombres del pueblo de ascendencia francocanadiense, de modo que prácticamente había desaparecido. Aunque Omie tenía bisnietos, y posiblemente también tataranietos, seguía siendo una abuela para cuantos abrían la puerta de su establecimiento y entraban en él. Aunque seguía teniendo el aspecto de una tradicional abuela armenia, por dentro era muy distinta. Para empezar, tenía un exquisito sentido comercial. Además, le sentaba estupendamente el trabajo. Mucho después de que otras bisabuelas del pueblo se hubieran retirado al porche de sus casas para pasar el tiempo entre la mecedora y el ganchillo, ella seguía en el restaurante supervisando las contrataciones, los despidos, la decoración y los cambios del menú. Oficialmente, había dejado el negocio en manos de su hija mayor hacía ya muchos años, pero la transferencia solo contaba en el papel. El restaurante era de Omie.

Donde había ruedas, en los albores del edificio, ahora había una base de ladrillo. La nave tenía los lados de acero inoxidable con círculos bruñidos y paneles de ladrillo vidriado entre las anchas ventanas. Los ladrillos vidriados eran verdes, azules y blancos, como el letrero del tejado. «OMIE», decía, en reconocimiento a la fuerza de aquella mujer. Era un regalo que le había hecho su familia hacía varias décadas; antes no había ningún letrero.

Oí un susurro, pero no era Grace. Era mi propio no sé quién interior que me decía que aquel sitio era especial, y no necesité más empuje. Cogí el bolso, salté del coche y entré en el restaurante.



Estaban cocinando algo —fajitas de pollo, supuse, a juzgar por el olor y el chisporroteo—, pero con Omie nunca se sabía. Aunque estaba americanizada, aunque era sensible a las necesidades de los habitantes de Middle River, se enorgullecía de su herencia armenia. Eso significaba que cocinaba cordero con la misma frecuencia que vaca, hacía pasteles con hojaldre o con harina y lo mismo condimentaba con canela, cardamomo, nuez moscada y clavo que con sal, pimienta, perejil y tomillo. Los platos nuevos, como las fajitas, las pastas y las ensaladas César se incorporaban a la carta para mantener el restaurante al día, pero los viejos recursos siempre estaban presentes: hojaldre de pollo y verduras, macarrones con queso, y la carne con verduras de Omie, todo ello al estilo armenio. Por ese motivo, cualquier olor que escapara del restaurante llevaba la impronta de Omie.

Además, los aromas eran persistentes, porque Omie detestaba el aire acondicionado. Le gustaba tener las ventanas abiertas, y los clientes se sentían a gusto con unos ventiladores anticuados. Como nunca llegaban a eliminar la humedad, los olores permanecían en el aire.

Los ventiladores runruneaban, agitando el aire. Simon y Garfunkel cantaban en voz baja por los altavoces del techo mientras la caja de las bebidas frías entonaba una cantinela aún más baja. Lo oí todo con claridad, porque todas las conversaciones se detuvieron de golpe en cuanto entré por la puerta.

Sintiéndome incómoda, me refugié en mi mantra de Washington. En Washington triunfaba. En Washington tenía amigos. Podía entrar en Galileo, Kinhead's o Cashion y ser como los demás. Eso era lo que más deseaba cuando me marché de Middle River: no lo de entrar en restaurantes, sino ser como los demás. ¿No es eso lo que desea la mayoría, formar parte de algo? He ahí la VERDAD N.º 4: podemos burlarnos cuanto queramos de quienes son diferentes de nosotros pero en el fondo nos morimos de ganas por formar parte del grupo.

Con el ventilador más cercano alborotándome el pelo y todas las miradas clavadas en mí, también me moría de ganas por formar parte del pueblo. Yo había nacido en Middle River. Había pasado allí los dieciocho años más importantes de mi vida, muchos de ellos deseando, rogando, anhelando formar parte de todo aquello. Naturalmente, entonces no lo habría reconocido. Entonces no me daba cuenta. Fue entonces, en aquel mismo instante, cuando comprendí cuán cierto era.

Necesitaba a Omie.

Irguiéndome, hice caso omiso de las miradas y miré a mi alrededor. Con los años, el restaurante tenía más fondo. A la derecha de la cocina, al otro lado de un arco, había mesas con capacidad para sesenta comensales, pero estaban vacías. A esa hora del día, el movimiento estaba en la parte delantera, el núcleo del establecimiento.

Había cinco hombres sentados a la barra: tres delante y dos al final de la barra. De las doce mesas con bancos corridos pegadas a la parte delantera y a la derecha, había tres ocupadas.

No vi a Omie, pero ella me encontraría. Siempre lo hacía.

Mi mesa favorita estaba cinco más allá de la puerta, la del rincón antes de que la hilera de mesas con bancos formara ángulo recto y, como la barra, continuara hacia la parte trasera. Allí siempre me había sentido protegida y, por consiguiente, más segura. Estaba libre, y me sentí atraída hacia ella.

Al dirigirme hacia allí pasé junto a una mesa con dos mujeres a las que reconocí. Eran vecinas de Sabina. Su mirada se encontró con la mía. No sonrieron. Otro tanto ocurrió con la familia de cuatro miembros de la siguiente mesa.

La tercera mesa ocupada estaba a medio camino entre las que, a partir de mi esquina, se sucedían a lo largo de un lateral. Estaban allí Pamela Farrow y su marido, muy juntos, tomados de la mano. Hal estaba completamente absorto en su esposa. Los ojos de Pamela destellaron brevemente, me miró, y los clavó de inmediato en los de Hal. Ni una sonrisa, ni un hola, solo una mirada, algo muy distinto a su actitud aduladora conmigo el día anterior.

Quizá estuviera tan enamorada de su marido que no podía pensar en nada más, pero era más probable que alguien le hubiera dado un toque.

O quizá, sencillamente era muy consciente de que uno de los dos hombres sentados al extremo de la barra era James Meade. Era inconfundible, con su espalda erguida y aquella mirada oscura, inquietante, por no hablar del impresionante pelo entrecano. Vi este último detalle como no lo había visto cuando estaba a la sombra de su coche, y me habría sorprendido (James aún no había cumplido los cuarenta) de no haber sido porque su padre siempre había tenido el pelo plateado.

James no me intimidaba. Yo no trabajaba para él y no le debía nada. Naturalmente, Pamela debía de estar pensando que si era demasiado amable conmigo, James se lo diría a su padre, que presidía el Comité Escolar, que decidía la titularidad de su marido como director del instituto.

Y me parecía bien. No necesitaba que me hiciera la pelota. Yo no había ido allí para hacer amigos ni para influir en nadie. Las reuniones de ex alumnos nunca me habían fascinado. Tenía amigos, montones de amigos.

Me senté en mi banco, pensando en ellos. Mientras James Taylor invadía la radio, dejé el bolso en el banco de madera, junto a mi cadera, y apoyé los codos en la formica verde oscuro. Al menos en aquel momento, me sentía segura de mí misma.

Había una carta apretada entre el servilletero y un frasco de salsa de tomate. La saqué, la abrí y me puse a examinarla. Poco a poco se fueron reanudando las conversaciones que habían quedado interrumpidas con mi llegada.

—Precisamente cuando me hacía falta una taza de té —se oyó decir a una voz

encantadora, familiar y grata.

Alcé la mirada cuando Omie se estaba sentando en el banco de enfrente. Aquellos ojos infinitamente azules se habían apagado un Poco, y sus mejillas tenían la textura del crepé lavado. Parecía más Pálida de lo que yo la recordaba, pero su sonrisa era tan sincera como siempre. Impulsivamente, me incliné sobre la mesa y le di un beso en la mejilla.

—Tienes mejor aspecto que la última vez —comentó con su voz de abuelita que conservaba un levísimo acento. Era muy pequeña cuando sus padres llegaron a Estados Unidos, y se crio hablando inglés con los demás niños. Si tenía un poco de acento era porque quería. Confería a su voz un timbre característico.

—Ha pasado el tiempo, y también el disgusto —repliqué—. Me han contado que has estado enferma.

—No es nada.

—Una neumonía es algo.

—Bueno, se me ha pasado —dijo, con un gesto desdeñoso de la mano—. A mi edad, estas cosas pasan. Dos o tres veces al año, un resfriado o algo parecido. Aquí viene demasiada gente con sus gérmenes, y no puedo quitarme las cosas tan fácilmente como antes. Me estoy haciendo vieja.

Pensé si sería eso o si su sistema inmunológico se estaba debilitando por otro motivo. Desde luego, había que plantearse, pero más adelante. Señalé la carta.

—Si fuera por esto, podrías tener cuarenta años. Hay un montón de cosas nuevas mezcladas con las viejas.

Omie sonrió.

—Tengo que complacer a todo el mundo si quiero mantener el negocio.

Bajé la voz.

—Si el objetivo es mantener el negocio, no deberías estar tomando té conmigo. Me da la sensación de que los demás clientes preferirían que no estuviera aquí.

Las mujeres que vivían cerca de la casa de Sabina ya habían abandonado la mesa y estaban ante la caja.

Omie también respondió en voz más baja.

—Ni caso. Te tienen miedo.

—¿Miedo?

—Tú dices la verdad.

—¿Y ellas no?

Omie no contestó. Las dos sabíamos que la hipocresía se intensificaba en sitios como Middle River. Bajo la fachada de belleza había un estrato de porquería. Grace también lo sabía. Era un tema fundamental en *Peyton Place*, un tema fundamental en su propia vida. Tenía sueños e ideales que con demasiada frecuencia habían sido traicionados.

—¿Qué ocultan? —pregunté, ya en un susurro.

—¿Qué no ocultan? —dijo Omie, también en un murmullo.

—Ponme al corriente.

Omie parecía encantada.

—Esos tres de la barra. Doug Hartz es el que está en el medio, el que parece incómodo. ¿Ves como no para de mirarte de reojo?

Me había dado cuenta.

—¿Qué le pasa?

—Se enorgullece de no pagar impuestos. Se lo cuenta a tanta gente que lo sabe todo el pueblo. Se cree que como en su negocio le pagan en efectivo, puede escaparse de los controles.

—Entonces, ¿por qué le pongo tan nervioso?

—Tú vives en Washington. Hacienda está en Washington. Cree que lo vas contar.

—Qué curioso —dije, porque la relación era absurda—. ¿Y las dos mujeres que acaban de marcharse? ¿Qué las ha echado de aquí?

—Tu éxito. Vienen aquí todos los días a las dos de la tarde para trabajar en un libro que están escribiendo. Llevan así tres años, y no hay señales de ningún libro. Y tú te presentas aquí. Para mucha gente de este pueblo, eres todo lo que ellos nunca podrán ser.

—¿Incluso James? —pregunté, porque su presencia en la barra junto a su amigo destacaba.

—Incluso James —contestó Omie, y soltó un pequeño suspiro, abatida—. Vamos, que estar en la fábrica, dominado por su padre... Una lástima. James es el más listo de esa panda.

—No lo suficiente como para marcharse de Middle River —repliqué.

Pero Omie no me dejó seguir.

—¿Por qué tendría que marcharse? —preguntó con una dulzura muy suya—. Aquí se vive mucho mejor que en ningún otro sitio. La vida aquí es mejor que en la mayoría de los sitios. Él ya sabe lo que es vivir fuera de aquí. Estuvo fuera, en la universidad y haciendo el posgrado. En cierta época se pasaba cuatro días a la semana de acá para allá, trabajando para la fábrica. Sabe lo que es eso, y decidió volver.

—¿Lo decidió él o lo obligaron? —Podía imaginarme perfectamente a Sandy diciéndole que era libre de marcharse, pero sin un centavo de los Meade—. La extorsión puede adoptar diversas formas.

Omie no replicó. Hizo señas a su nieto y me preguntó:

—¿Qué vas a comer?

Pedí la reconfortante ensalada de pollo y té frío. La bebida llegó antes de que pudiéramos reanudar la conversación. Para entonces, la familia de cuatro miembros había puesto pies en polvorosa, estaba cantando Van Morrison y yo estaba

observando al hombre que acompañaba a James. Estaba sentado con los hombros caídos, la mirada clavada en sus manos y estas aferradas a una botella de cerveza. Daba la impresión de estar hundido. Yo podría haber comprendido que ni siquiera sabía que yo estuviera allí.

De repente lo reconocí.

—¿No es Alfie Monroe? —susurré.

Omie asintió con la cabeza y yo lo miré; aparté la mirada, tomé un sorbo de té y lo observé por encima del borde del vaso. Alfie Monroe llevaba toda la vida en la fábrica. Trabajador y honrado, había subido a fuerza de trabajo hasta llegar un escalón por debajo de los hijos de Meade, que lo respetaban. El hombre que yo recordaba era guapo y altivo. Ahora debía de tener poco más de cincuenta años, pero parecía mayor y ya no parecía ni guapo ni altivo.

¿Había leído algo sobre él en el periódico? No me parecía.

—¿No se encuentra bien? —pregunté, pero mi imaginación ya se había disparado. Si la papelera desprendía residuos tóxicos, alguien que trabajara en su interior corría un riesgo aún mayor de ponerse enfermo. Los Meade trabajaban en despachos, alejados del meollo, pero no así el director de la fábrica.

—Está bien físicamente, pero no mentalmente —contesto Omie—. Pasaron por encima de él cuando Sandy contrató a Tony O’Roarke para dirigir la fábrica.

No. Eso no lo había leído. No había nada al respecto en el periódico, y sabía por qué. A Sam Winchell no le habría parecido bien que un desconocido desplazara a Alfie, pero Sam era pragmático. Sabía que nada de lo que dijera en su periódico cambiaría lo que Sandy había hecho ni ayudaría a Alfie. Su forma de protestar era no decir nada.

Me imaginé a Tony O’Roarke al volante del enorme vehículo negro junto con James Meade y sentí rabia.

—¿Por qué no le dieron el trabajo a Alfie?

—Los Meade querían a alguien con más experiencia.

—¿Y quién con más experiencia que Alfie? Lleva en la empresa toda la vida.

Omie reflexionó mientras tomaba unos sorbos de té. Con mirada triste, dejó la taza sobre la mesa.

—Sandy pensaba que necesitaban un nuevo enfoque.

—¿Un nuevo enfoque para qué?

—Para racionalizar las cosas.

Mi interpretación: abaratarlas.

—Sandy quiere mayor productividad por menos dinero.

Omie no me lo rebatió. Mientras tomaba otro sorbo de té, Pamela y Hal abandonaron su mesa y pasaron a nuestro lado sin dirigirnos ni una mirada. Llegó mi ensalada y me puse a comer. Doug Hartz y sus amigos se bajaron de los taburetes, se

metieron las manos en los bolsillos, dejaron dinero junto a los platos y salieron detrás de Pamela y Hal. A continuación entró un grupo de adolescentes, todas ellas idénticas, con pantalones vaqueros de cintura baja, camisetas minúsculas y pelo liso. Dos de las cinco llevaban el móvil pegado a la oreja. Algunas miraron de pasada hacia mi mesa. Una miró dos veces.

Su cara me sonaba. Tardé unos segundos en situarla: estaba con su madre en El Armario de la Señorita Lissy el día anterior. Entonces pensé que no tendría más de quince años. Ahora, con sus amigas, todas ellas de pelo largo y con rímel, podía pasar por dieciocho. Levanté unos dedos para saludarla disimuladamente, una simple señal de reconocimiento, de que ya nos habíamos visto. Al fin y al cabo, era cuenta de Phoebe, y yo no quería ser grosera.

La pobre parecía aterrorizada. A saber qué estupideces le habrían metido en la cabeza. Apretando el paso, siguió a sus amigas hasta la última mesa, ante la que se habían amontonado todas. Empezó a cantar Shania Twain.

—Así que, según dicen, has venido a escribir —dijo Omie con dulce sonrisa—. ¿Sigues siendo la discípula de Grace?

—No. He seguido mi propio camino.

—¿Seguís hablando?

Si me lo hubiera preguntado otra persona, me habría dado mucha vergüenza. Oír voces, mantener conversaciones con personas que ya no existían... eran cosas que la gente en su sano juicio normalmente no hacía.

Pero Omie estaba enterada de lo de aquellas conversaciones. Se lo confié en una ocasión, cuando creía que me estaba volviendo loca. Entonces yo tenía quince años. Mi cuerpo al fin había empezado a cambiar, si bien poco y a destiempo, y a mi familia, toda de mujeres, les alivió saber que yo era «normal», al menos en ese sentido, porque bastante tenían ellas con lo de los períodos, los pechos y las emociones como para prestar atención a mis dudas, suponiendo que yo hubiera sido capaz de expresarlas, que no era el caso. Me sentía como una extraña dentro de mi cuerpo. Además de los cambios físicos, me aterrorizaba la relación con Grace.

—Necesitas una amiga —me explicó Omie en aquellos días—. Y Grace te comprende.

—Pero Grace está muerta —repliqué, un poco asustada.

—Bueno, sí, pero eso no significa que no esté aquí, con nosotros.

—¿Como un fantasma? —pregunté con escepticismo.

—Depende. ¿Tú la has visto?

—No. Solo la oigo, pero ¿cómo es posible? Nunca he oído su voz en la vida real. ¿Cómo puedo saber cómo suena?

—Sabes lo suficiente sobre ella como para imaginártelo.

—Grace está muerta —insistí.

—Es su espíritu.

—Vamos, Omie. No me lo creo.

—Pues yo sí. Tú has venido a preguntármelo y lo que yo te digo es esto. Grace Metalious no fue una mujer feliz. Murió sola y frustrada. Tú podrías ser el medio de cumplir sus deseos. —Sin darme tiempo a replicar, Omie me preguntó—: Cuando habla contigo, ¿qué dice?

¿Qué decía Grace? Me había dado ánimos, incluso me había provocado en ocasiones. Podíamos discutir (yo decía cosas terribles), pero siempre volvía. Me decía que tenía madera de escritora, y en aquella época era lo que mi maltratado ego de quince años necesitaba oír.

Grace y yo seguimos hablando hasta que me marché de Middle River. Ya en Washington, me convertí en otra persona. Como no necesitaba a Grace, cesaron nuestras conversaciones.

¿Seguíamos hablando Grace y yo?, me había preguntado Omie.

Oía susurros, pero no estaba segura de que no fueran el ronroneo de un gato o el zumbido de una mosca. ¿Y la mujer que me había provocado aquella mañana cuando se me cruzó un hombre apuesto en pantalones cortos y zapatillas? Desde luego que era Grace pero solo para divertirse... mi álter ego más que otra cosa.

—No —le dije a Omie, dándole cierta versión de la verdad—. A Grace no le gustaba Washington. Estuvo allí una vez para promocionar la continuación de *Peyton Place*. La prensa no fue amable con ella.

—En el fondo era muy provinciana, creo.

—Sí y no. Detestaba el control social de las pequeñas ciudades, las expectativas de la gente de miras estrechas. Le fascinaban las grandes ciudades, París, Los Ángeles, Nueva York, Las Vegas... pero no sabía cómo actuar en esos lugares. No sabía qué ropa ponerse ni qué decir. No tenía mucho sentido común y siempre metía la pata; sus propias palabras la perdían.

Omie me dirigió una sonrisa radiante.

—Pero a ti no te pasa eso. ¿No ves lo lejos que has llegado? —Se inclinó hacia delante—. Y lo de escribir, ¿es verdad?

Una vez saciada el hambre, dejé el tenedor.

—Ya estoy metida en otro libro. Se publicará el año que viene. —Hice una pausa—. Oye, Omie.

—Dime, cielo.

—¿Crees que aquí hay demasiados enfermos?

Reflexionó unos momentos.

—No sé cuántos hay en otros sitios.

—El médico dice que mi madre tenía Parkinson. No es la única en el pueblo.

Omie me miró más fijamente.

—No.

—¿Crees que existe alguna razón para que haya tantos?

—¿Qué razón?

—No lo sé. ¿No ha habido rumores... no sé, sobre algo del aire que causa enfermedades?

—Siempre corren rumores. En cuanto alguien se resfría, lo atribuyen a los gérmenes que circulan por el aire.

—No me refiero a eso.

—Ya lo sé.

—El hijo de Alice LeClaire, de tres años, es autista —dije—. ¿Crees que ella querría hablar conmigo?

—Lo dudo. Además de ese niño, tiene otros cuatro a su cuidado y ningún hombre la ayuda.

—¿Ninguno? Yo pensaba que había al menos dos.

Mi madre aseguraba, con verdadero desprecio, que emparejar a los padres con los hijos de Alice era un juego muy popular en Middle River. Al parecer, Alice nunca rompía definitivamente con sus ex.

—Según el último recuento, son tres —me confirmó Omie—, pero desde que diagnosticaron lo del pequeño, todos se han largado. No quieren que les echen la culpa. Están convencidos de que es por los genes.

Se oyó el sonido amortiguado de un teléfono. Abrí instintivamente el bolso, pero venía de la cocina. Unos segundos más tarde se oyó otro teléfono y James Meade abrió de golpe un móvil.

—El autismo también puede ser consecuencia de la exposición a elementos tóxicos —le dije a Omie—. ¿No querría saberlo Alice?

Omie sonrió con tristeza.

—¿Y pensar que ha dejado que su hijo se expusiera a algo malo? —El teléfono más lejano volvió a sonar—. Además, los Meade pagan el seguro médico de sus trabajadores.

Ya. Y Alice trabajaba en la papelería. Teniendo en cuenta las necesidades especiales de un niño autista, estaría perdida sin un seguro, por no hablar del trabajo.

James Meade se guardó el móvil en un bolsillo. Alfie Monroe se bajó del taburete y echó a andar.

—¿Y los Dahill? —le pregunté a Omie cuando Alfie ya no podía oírme—. ¿Cuántos hay en esa casa con problemas de riñón?

Según lo que había leído, era ya la tercera generación de afectados. Las tres generaciones trabajaban en la papelería, aunque no recordaba en qué puestos.

—Los problemas de riñón son hereditarios —dijo Omie.

—Es posible. Vale. Es probable, pero ¿y si guardaran relación con el trabajo?



Me pareció que Omie estaba a punto de advertirme de algo cuando la llamó su nieto desde el pasillo de la cocina.

—Omie, la prima Ara al teléfono.

A Omie se le iluminaron los ojos.

—Tengo que contestar —dijo. Se levantó, se inclinó hacia mí, me dio un beso en la mejilla y susurró—: Inténtalo con los McCreeedy. Han tenido una mala racha, y están buscando un porqué.

Apenas había digerido sus palabras cuando Omie desapareció y me llamó la atención otro movimiento. James Meade se había levantado. Dejó dinero en la barra y se dirigió hacia donde yo estaba. No siguió ese camino por casualidad. Sabía que yo estaba allí y tenía intención de detenerse.

James era impresionante. No solo era el más alto de los Meade, sino también el más guapo, y no lo digo por meterme con Aidan. Sencillamente era la verdad. Como Sabina y yo, James y Aidan tenían rasgos parecidos: pelo abundante, profundos ojos castaños, nariz puntiaguda y mandíbula cuadrada. Pero en James, al igual que en Sabina, el todo era algo más que la suma de las partes. De Aidan podía llamar la atención el pelo, los ojos o la boca. Lo que llamaba la atención en James era su autoridad. Era tranquilo, pero cuando hablaba, escuchabas.

Se paró delante de mí con ojos sombríos. Llevaba pantalones vaqueros y una camisa azul bien planchada, con el cuello desabrochado y arremangada hasta el antebrazo. Las hebras plateadas del pelo le conferían aún más prestancia.

—Acaba de llamar mi hermano —dijo con voz tranquila, autoritaria—. Está hundido. Ha visto tu coche y piensa que no estás aquí para nada bueno.

Había algo en James que me alteraba. No debería ser tan alto, ni unos ojos tan penetrantes. Sintiendo la necesidad de guardar las distancias, me eché hacia atrás en el asiento.

—Tenía hambre y he venido a comer —dije.

—Lo pones nervioso.

—¿Por qué?

James dio la impresión de reflexionar sobre la pregunta, pero sus ojos no perdieron intensidad. A lo mejor eran imaginaciones mías pero pensé que intentaban penetrar en mis pensamientos. Por fin contestó con absoluta calma:

—Yo diría que Aidan se siente culpable por lo que ocurrió hace años, pero dudo que sea eso. Lo más probable es que tenga miedo de tu pluma. No sabe qué vas a escribir.

Sonreí.

—Si tiene miedo de mi pluma, será porque tiene algo que ocultar. Me pregunto qué.

James estuvo a punto de devolverme la sonrisa.

—Yo que tú no lo haría.

—¿Qué?

—Preguntarme. Podría causar problemas, y Aidan no quiere problemas.

—¿Y debería importarme lo que quiera Aidan?

—Sí —contestó James, como si la cosa no fuera con él—. Damos trabajo a Sabina y a su marido, arrendamos el local a Phoebe. Hay mucho en juego.

Sentí un amago de ira.

—¿Es una amenaza?

—No mía. Solo transmito lo que ha dicho mi hermano. También quería recordarte que nos portamos bien con tu padre cuando estaba enfermo. Northwood siguió pagándole mucho después de que dejara de ser productivo. Lo hicimos por lealtad.

Naturalmente, la implicación era que les debíamos lealtad a cambio, o más bien que la debía yo, puesto que era quien estaba poniendo en peligro el *statu quo*. Eso me enfureció aún más; yo no les debía nada a los Meade.

—¿Fue por lealtad? —le espeté, quizá precipitadamente, pero es que no me caía bien James Meade—. ¿O fue por miedo? Mi padre trabajó en vuestra fábrica toda la vida, y quizá supiera cosas que hubierais preferido que no supiera. Tratáis a vuestros empleados demasiado bien. ¿Es para inspirar lealtad, de modo que no den la voz alarma si ven algo que no va bien?

No debería haberlo dicho. Lo comprendí en el momento mismo en que aquellas palabras salieron de mi boca... y si no lo hubiera comprendido por mí misma, me lo habría indicado la expresión de James. De repente pareció ponerse en guardia, como si de pronto se sintiera personalmente implicado en la discusión.

Sin apenas apartar sus ojos de los míos, se sentó en el banco que había ocupado Omie. Apoyó los antebrazos en la mesa, con las grandes manos irritantemente relajadas.

—¿Es que algo anda mal en la papelera? —preguntó con una calma crispante.

Estuve a punto de echarme atrás, pero me contuve. Se me puede llamar impulsiva por haber soltado todo aquello, pero echarse atrás era una estupidez cuando había algo más importante en juego. De modo que dije:

—Eso pregunto yo. ¿Algo anda mal en la papelera?

Se recostó en el asiento. No contestó; se limitó a mirarme. En cierto momento vi que movía un poco la mandíbula, pero por lo demás permaneció inmóvil. Parecía muy inteligente, y eso era lo que más me molestaba.

Siguió mirándome fijamente. Cantaba Elton John. Me gustaba Elton John, pero en aquel momento no me interesaba.

—¿Qué? —pregunté al fin.

—¿Estás escribiendo algo sobre la papelera? —preguntó él a su vez.

—¿Debería hacerlo?

—¿Lo estás haciendo?

—Es increíble —dije pensativamente—. Parece que aquí la gente no quiere hablar conmigo de otra cosa que de si estoy escribiendo un libro. Cuanto más me preguntan, más me pica la curiosidad. Como me pregunte alguien más, a lo mejor lo hago.

Sin decir nada, James siguió mirándome.

—¿Qué? —insistí, más furiosa.

Tardó bastante en responder, y parecía realmente intrigado. Frunció el ceño. Preguntó en voz aún más baja:

—¿Me odias?

La pregunta me sorprendió.

—No a ti, sino lo que representas.

—Mi familia.

—Lo que representa.

—El poder.

—Ninguna familia debería tener tanto. La gente no debería tener que temer por su vida si abre la boca.

—¿Por su vida?

—Por su forma de ganarse la vida —corregí—. Acabas de amenazar a mis hermanas y a mi cuñado.

—Yo no. Aidan. Yo solo soy el mensajero.

—Es lo mismo.

—No —replicó con tranquilidad y convicción—. No es lo mismo. Yo no soy mi hermano. Ni mi padre.

Lo miré directamente a los ojos.

—Entonces, ¿no cometerías perjurio como Aidan, ni sobornarías a suficientes funcionarios, como hizo tu padre, para que no pase nada?

James ni parpadeó.

—Jamás he cometido perjurio.

—¿Y sobornar a funcionarios? Ah, claro, a ti no te hace falta. Papá se encarga de eso.

Estaba metiendo el dedo en la llaga. Lo veía en sus ojos oscuros y en la mandíbula apretada.

—No me conoces —replicó—. Yo que tú, no quemaría las naves.

—¿Eso quiere decir que si escribiera un libro sobre la papelera colaborarías?

—Depende de lo que quieras decir en el libro. Si es la simple diatriba de una mujer que detesta este pueblo...

—Yo no detesto Middle River. Si hiciera el esfuerzo de escribir un libro, sería porque me importa este pueblo.

—¿De verdad te importa?

—Me crie aquí. Mi familia vive aquí.

—Contesta a la pregunta.

—Jamás escribiría un libro por rencor. No me considero capaz de una cosa así.

La pregunta de James seguía en el aire. Me miró fijamente, desafiándome a confesar. Y al fin y al cabo, lo que había preguntado no era tan terrible. Ya era una mujer hecha y derecha. El rencor no debía desempeñar ningún papel en mi respuesta. Podía sobreponerme al pasado.

—Sí, me importa —admití—. Aquí hay muchas cosas positivas.

—¿Como por ejemplo?

—Cuatro estaciones. Árboles y flores. Buenos colegios. Marsha Klausson y Sam Winchell. Este restaurante. Omie. —Como no dijo nada, añadí—: La barbería. La manicura. La tienda de la Señorita Lissy, El almuerzo en el hostel de Road's End. Las monedas de chocolate. —Continuó en silencio—. El paseo de octubre —agregué, porque era una tradición preciosa, y había más—. Nochebuena en el cruce de Pine y Oak. Los fuegos artificiales en el estadio el Cuatro de Julio. Incluso el club de los que lo hacen en sitios públicos. —Sonreí—. Parece mentira que los chavales sigan haciéndolo, pero pillé a dos la otra noche cuando venía hacia aquí.

—¿Tú lo hiciste alguna vez?

Aquello me indignó. Me estaba dejando en ridículo. Sabía que yo no había salido con nadie. Lo sabía el pueblo entero. Pero más que de suficiencia, su expresión era de curiosidad.

—No —respondí con voz cansada—. Pasé la mayor parte del último curso en el promontorio de Cooper esperando a que apareciese tu hermano.

—Por si sirve de algo, a mí me parece que hizo mal —dijo James.

—¿A qué te refieres? ¿A enrollarse con la mujer de otro o a utilizarme para salir tan campante del asunto?

—A las dos cosas.

Como excusa, era un tanto indirecta, pero parecía sincera. Y me extrañó. Recordando que James era un Meade, apoyé los codos en la mesa y me incliné un poco.

—Si estás intentando ablandarme, no te molestes. Estoy aquí para ver cómo va mi hermana. Me parece que no está bien.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé.

—¿Y Tom? ¿Tiene alguna idea?

—¿Tom? —pregunté, sorprendida, pero me recuperé inmediatamente—. Tom no está tratando a Phoebe. He ido a verlo para darle gracias por haberse ocupado de mi madre.

—¿Y Sam? ¿Tampoco tiene ninguna idea?

Saltaba a la vista que allí había algo. James me estaba dando un toque, una continuación del mensaje que había empezado a transmitirme antes, a saber, que me estaban vigilando.

—Sam es un amigo —dije—. He pasado por allí para saludarlo.

—Y te has quedado tres horas después de que él se marchara —dijo James a modo de información.

—Y esa es una de las cosas que detesto de Middle River —proclamé—. ¿Por qué tiene que meterse nadie en dónde voy y lo que hago? ¿Es que los Meade tenéis un espía en cada esquina?

—No hay ninguna necesidad de espías y no somos esquineras. Ese coche tuyo se ve a mil leguas. Déjalo en casa la próxima vez —gruñó James.

—Lo dejaré, la próxima vez —dije, resentida, y añadí secamente—: ¿Alguna advertencia más? ¿Algún consejo? ¿Más recados?

James se levantó del banco y se alzó en toda su estatura.

—Solo una pregunta. Aidan quiere saber por qué no estás en Washington con tu Don Juan.

La alusión a Greg me dio fuerzas.

—¿Mi Don Juan? Qué gracioso.

—El corresponsal.

—Sé a quién te refieres. No estoy allí con él porque estoy aquí —repliqué con toda lógica, y levanté la barbilla—. ¿Más preguntas de Aidan?

Kaitlin DuPuis no tuvo mucha elección a la hora de sentarse a la mesa. Distraída al ver a Annie Barnes, se dejó llevar por las demás. Cuando hubo acabado el revuelo y estuvieron todas sentadas, se vio en el banco que daba a la fachada del restaurante, y fue una suerte. Si se hubiera sentado al otro lado, no habría visto a Annie hablando con James Meade, y eso era importante. Era mala cosa que Annie hablara con James.

A Kaitlin no le importaba lo que pensara Kevin; Annie la había reconocido. Primero un guiño en El Armario de la Señorita Lissy, y después el saludo con la mano. No había saludado a ninguna de las otras chicas. Sabía lo de Kaitlin y Kevin. Vaya si lo sabía. ¿Y si se lo estaba contando a James en aquel mismo momento, como parte de la conversación?, algo así como «¿A que no adivinas qué vi haciendo a la hija de los DuPuis anoche?» James se lo contaría a su hermano, que a su vez se lo contaría a la madre de Kaitlin, que entonces se habría enterado por dos fuentes, si se lo contaba a la madre del jefe de Phoebe, que era la secretaria de James, en cuyo caso Kaitlin no podría convencer a su madre de lo contrario. No es que tuviera muchas oportunidades aun con una sola fuente, porque Nicole estaba realmente obsesionada con la virginidad de su hija, todavía más que con su peso.

¿Qué hacer? En los sueños de Kaitlin, Kevin ya habría tomado la delantera, habría ido en busca de Annie y le habría hecho jurar que guardaría el secreto. Pero Kevin seguía creyendo que eran imaginaciones suyas. Además, Kevin se sentiría totalmente intimidado por una persona como Annie. Y al fin y al cabo, ¿por qué iba a tomarse tantas molestias? A sus padres no les importaba que estuviera con Kaitlin. Su padre le animaría y se tomaría otra cerveza. ¿Y su madre? Su madre adoraba a Kaitlin. Se cumpliría su sueño, que su hijo se casara con alguien con dinero.

Kaitlin no se casaría con Kevin hasta que fuera mayor, pero desde luego, no quería verlo en la cárcel.

—Kaitlin ¿Se puede saber dónde estás?

La chica parpadeó y se dio cuenta de que sus amigas la estaban mirando. Avergonzada, replicó cortante, sin dirigirse a nadie en concreto:

—¿Es que no puedo pensar en mis cosas?

—¿En qué pensabas?

—En Kevin. Siempre está pensando en Kevin.

—No siempre —dijo Kaitlin, pero con orgullo. Era la última de su pandilla en estar con un chico. Durante mucho tiempo creyó que no llegaría jamás. Con miedo de que algo lo fastidiara de repente, se le ocurrió una idea—. En realidad, estaba pensando en Annie Barnes. ¿Sabéis que está ahí mismo?

—La he visto —dijo Bethany.

Kristal asintió con la cabeza.

—Y yo.

—¿Que Annie Barnes está aquí? —preguntó Shawna, dándose la vuelta para mirar, y al momento siguiente también se dio la vuelta Jen.

—No, no —les advirtió Kaitlin con preocupación—. No os volváis. Se va a dar cuenta de que estamos mirando.

—¿Por qué está aquí?

—Eso me gustaría saber a mí —aseguró Kaitlin—. ¿Se os ocurre algo?

—Mirad, está con James Meade. ¡Vaya!

—¿Estarán saliendo, Kristal? No puede ser. Él es demasiado viejo.

—No es tan viejo. Mi madre dice que lo del pelo gris es porque sufre por culpa de su padre.

—Yo creo que se parece a Richard Gere.

—Ese sí que es viejo.

—Annie Barnes tampoco es tan joven. A lo mejor están saliendo.

—A él no le interesa. Tiene un bebé.

—¿Y eso que tiene que ver?

—¿De verdad creen que no sabemos nada de ese bebé?

—Vamos, si lo sabe todo el mundo. Sam Winchell no dijo nada en el periódico porque Sandy Meade le dijo que no lo hiciera. A Sandy le fastidia que James adoptara un bebé. No entiende por qué no tuvo un hijo como todo el mundo.

—A lo mejor no puede.

—¿Cómo que no puede?

—O sea, ¿que es estéril?

—Eso es.

—¿Alguien ha visto al bebé?

—No lo sé, pero es una niña. Mi madre vio a James en la tienda de Harriman comprando pañales especiales. La niña estaba en casa con la niñera.

—Es increíble. La niñera es de East Windham. ¿No podía contratar a alguien de Middle River?

—Seguramente Sandy le dijo que no. No quiere que la gente la vea y se ponga a cotillear. La niña es de China.

—De Vietnam.

—Lo mismo da.

—Vamos, que criar un hijo sin nada de su herencia... ¿Sabrá James lo que hace?

—James Meade siempre sabe lo que hace —proclamó Bethany.

Kaitlin le dio la razón, desde luego. James lo sabía todo. De modo que a lo mejor lo que debía hacer ella era hablar con James. A lo mejor lo convencía para que no contara nada. Como él también era padre, quizá comprendiera su situación.

Vale, Kaitlin. Y también hay elefantes que vuelan. Volvió a la primera idea. A

quien había que abordar era a Annie.

—¿Está Annie Barnes en casa de su hermana?

—Sí.

—No es muy amable que digamos —se quejó Bethany—. Esta mañana iba corriendo y pasó por delante de Buzz Madigan sin pararse y él la había saludado.

—¿Tú te habrías parado a hablar con Buzz Madigan? —preguntó Shawna—. O sea, se enrolla como una persiana. Si quieres hacer una sesión de entrenamiento y te paras a hablar con él, adiós sesión.

—¿Y pasará mucho tiempo en la tienda? —preguntó Kaitlin como sin darle importancia.

—¿En El Armario de la Señorita Lissy? No. Va a escribir.

—¿Dónde? ¿En casa de su hermana? —preguntó Kaitlin.

—¿Quién sabe?

—¿Y qué más da?

Kaitlin se encogió de hombros.

—No, es que estaba pensando que si todo el mundo dice que ha venido a escribir, a lo mejor se ha alquilado una casa para ella sola.

—No. Está en casa de Phoebe.

Bethany se inclinó hacia delante, con los ojos abiertos de par en par.

—¿Y si viene Greg Steele a hacerle una visita?

—Sería estupendo.

—Dios. Es tan guay...

—Podría haber líos si Annie se está enrollando con James.

—¿Tiene amigos aquí? —siguió preguntando Kaitlin.

—No.

—Ninguno.

—Seguro que no.

—¿Y el gimnasio? Tu madre va allí, Jen. ¿Crees que Annie Barnes podría entrenarse allí? —insistió Kaitlin.

—Mamá no me ha dicho nada —contestó Jen y le lanzó una mirada de recelo—. ¿Por qué preguntas todo eso?

—Por curiosidad.

—No me irás a decir que has leído su libro.

—No, pero tengo curiosidad. ¿O es que hay alguna ley que lo prohíba?

Eliot Rollins salió de la clínica temprano, pero no para ir a casa. Con el coche en el aparcamiento, recorrió una manzana, cruzó la calle, entró en el edificio bajo de ladrillo que albergaba la comisaría.

La comisaría. Aún se le atragantaba esa palabra cuando la pronunciaba. Desde



luego, en aquel sitio había un calabozo; bueno, dos pero era cuestionable que se pudiera retener en ninguno de los dos a una persona que quisiera escapar. Eliot se había criado en Nueva York, donde hay comisarías de verdad. Aquella era sobre todo para la galería, igual que el jefe de policía. El comisario Greenwood hacía lo que podía para dar la impresión de que Middle River respetaba las leyes. La verdad era que pocos delitos se producían allí que no fueran cometidos por personas directa o indirectamente relacionadas con la papelera, y la papelera se ocupaba de sí misma.

El jefe de policía hacía la ronda tres veces al día, en el coche patrulla. Se paraba a hablar con cuantos veía, de modo que una tarea que debería haberle llevado media hora a veces se prolongaba dos horas. Pasaba el resto del tiempo sentado a su mesa.

Allí estaba cuando entró Eliot y, sí, desde luego estaba demasiado gordo. Tom Martin tenía razón en eso, pero claro, era algo que el pobre no podía ocultar. En invierno, llevaba una chaqueta que le disimulaba la barriga que le colgaba por encima del cinturón. En verano, la barriga tensaba la camisa, y los botones casi se saltaban. La camisa era azul, a juego con los pantalones vaqueros. Decía que era su uniforme, lo que significaba que así no tenía que perder tiempo por las mañanas en elegir ropa. Camisa azul, vaqueros, Demerol, Oxycontin y Xanax.

Estaba sentado muy erguido en su silla de amplios brazos y respaldo alto. Era una silla ergonómica que le había comprado su amigo y benefactor Sandy Meade, y probablemente había costado más que el resto del mobiliario del despacho. Estaba haciendo un crucigrama de un grueso cuaderno lleno de estos pasatiempos. Había un montón apoyado contra el archivador, detrás de la mesa. El jefe de policía también era adicto a los crucigramas.

Vio a Eliot.

—Llega justo a tiempo, doctor Rollins —dijo con voz ronca—. A ver, una palabra de seis letras, la tercera una zeta. Es una enfermedad de la piel.

A Eliot le fastidió. No quería estar allí. No era su problema. Él simplemente estaba en medio, y no se dedicaba a los granos.

—Yo soy ortopedista, no dermatólogo.

—Venga —dijo el comisario en tono persuasivo—. Usted estudió de todo en la facultad de medicina. No puede ser muy difícil si aparece en este crucigrama.

—Deje ese crucigrama, comisario. Tenemos que hablar. —Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones—. Annie Barnes anda figoneando por ahí. Estuvo ayer en la clínica, hablando con Tom, y él dice que no sacó a colación este asunto, pero es solo cuestión de tiempo. Usted y yo podemos tener problemas como se huelan lo de las recetas.

El comisario frunció el ceño.

—¿Y por qué demonios iba a olérselo?

—Porque anda a la caza de chismorreos y este chismorreo en concreto es de tres

pares de narices. Piénselo. «El jefe de policía de Middle River, adicto a los calmantes». Buen titular, ¿no?

El comisario dejó el lápiz sobre la mesa.

—Tomo calmantes porque tengo un problema de espalda, pero no soy adicto.

—¿Quiere comprobarlo teniendo un buen mono?

La expresión del comisario dio a entender que no quería semejante cosa. Volvió a fruncir el ceño.

—Actúa como si fuera responsabilidad mía. Yo no pedí que Jebby McGinnis condujera borracho y se estrellara contra mi coche. Fui herido en cumplimiento de mi deber, y usted fue el ortopedista que dirigió mi caso. Yo me limito a cumplir las órdenes del médico. Es usted quien me manda las recetas.

—Es usted quien las pide —le espetó Eliot, porque no estaba dispuesto a cargar con las culpas—. Fue usted quien me dio la idea de extender las recetas a nombre de su mujer para que el seguro pague por los medicamentos que usted toma en cantidades superiores a lo normal. Eso se llama fraude a la asistencia sanitaria. Y ahí tenemos otro tema interesante. ¿Quiere ir a por él?

—Yo no quiero ir a por nada —replicó el comisario en tono bronco, de representante de la ley, que le dio a entender a Eliot que lo había comprendido—. ¿Tiene sentido esta conversación?

—Claro que lo tiene —dijo Eliot con satisfacción, y se dirigió a la puerta—. Me parece que ha entendido el problema, y doy por sentado que hará todo lo posible para que no pase nada.

—¿Y qué demonios tengo que hacer? —gritó el comisario, pero Eliot ya estaba en el umbral.

—Ya se le ocurrirá algo —contestó—. Ah. Es eczema. E-c-z-e-m-a. Ojalá fuera ese su único problema, ¿no le parece?

Tenía una lista de personas de Middle River que estaban enfermas, y sabía que las papeleras producían residuos de mercurio. Me quedaba por establecer la relación entre ambas cosas. Concretamente, tenía que saber si Northwood era una de las papeleras que se había limpiado o si seguía contaminando.

¿Cómo averiguarlo? Ese era el dilema con el que me enfrentaba mirando por la ventana de la cocina con una taza de café a primera hora de la mañana del viernes. Era una ventana en saliente con vistas a tres lados del jardín. Vi una pequeña extensión de césped mullido, rodeado por las flores de mi madre: el púrpura, naranja y blanco de los asteres, tigridias y hostas. Más al fondo, las desgarradas jovinovas se balanceaban con la brisa junto con las ramas colgantes de los sauces, un poco más atrás. Y aún más allá fluía el río, una franja ondulante de un azul grisáceo.

Era un día nublado que parecía debatirse entre la lluvia y el sol, indecisión que reflejaba mi estado de ánimo. Sí, el departamento estatal de Medio Ambiente tendría información sobre la situación de la limpieza en la Papelera Northwood, pero no me gustaba especialmente la idea. Lo único que conseguiría sería que alguien vinculado a los Meade me llamara por teléfono y me contara unos cuantos cuentos, con el consabido las cosas son así.

Una alternativa consistía en hablar tranquilamente con alguien de dentro de la fábrica, pero mis posibilidades eran limitadas. Quienquiera que fuese tenía que ocupar una posición lo suficientemente elevada como para que su testimonio tuviera validez y al mismo tiempo para que supiera la verdad sobre lo que hacía la papelera. No me habría extrañado que Sandy les dijera a los empleados de categoría inferior que la fábrica estaba limpia cuando podía ser justo lo contrario.

Como posibles candidatos de topos, se me ocurrieron cuatro. Uno era Alfie Monroe. Si tenía algo personal contra los Meade después de que lo hubieran rechazado para el puesto por el que había trabajado toda su vida, quizá me ayudaría. Otro era Tony O'Roarke. Conocería desde dentro el funcionamiento de la papelera, sin vínculos con Middle River que lo ataran a los Meade. Supongamos, por ejemplo, que hubiera descubierto algo raro, que se hubiera quejado a Sandy Meade y este lo hubiera censurado. Podría ser mi aliado simplemente para salvar el pellejo.

Otra posibilidad era Aidan Meade. Sí, Aidan Meade. Tenía un ego enorme, siempre lo había tenido y siempre lo tendría, y era sabido por todos que le preocupaba su posición en la fábrica. Si estaba harto de vivir a la sombra de James, quizá pudiera incitarlo a dar un golpe con el asunto del mercurio. ¿Me haría caso? Cosa rara, pensaba que sí. Me había dado una impresión muy clara: que le intrigaba dónde vivía yo y lo que había llegado a ser, que incluso lo excitaba. Quizá me engañara a mí misma, o fuera simple vanidad o pensara demasiado al estilo de

Washington, pero casi sospechaba que podía seducirlo si se me antojaba.

No lo haría, por supuesto. Aparte de la razón ética de que estaba casado, lo despreciaba demasiado como para desear el contacto de su piel con la mía. Pero podía engatusarlo, llevarlo hasta el límite. Podía sacarle lo que quisiera y dejarlo plantado cuando me hubiera enterado de los trapos sucios de la fábrica. Podía utilizarlo como él me había utilizado a mí. Habría sido muy poético.

Y por último, James. Me había dado a entender que estaba de parte de la justicia, pero si era cierto y el mercurio constituía un problema, ya tendría que haber tomado medidas. Era el primero en la línea de sucesión al trono. ¿Iba yo a creer que arriesgaría su posición oponiéndose a su padre? No.

Se oyó un ruido sordo en el pasillo y acto seguido otros dos. Asustada, dejé la taza sobre la mesa y corrí hacia allí. Encontré a Phoebe sentada en medio de la escalera, frotándose un codo. Aliviada al ver que no se había caído, subí rápidamente. Le levante una manga del pijama para ver el codo. No había nada fuera de su sitio.

—Creo que no está roto —dije—. ¿Te duele en otra parte?

Phoebe tenía un aspecto horrible, despeinada y más pálida que nunca. Se quedó mirándome con ojos vidriosos y preguntó con voz débil:

—¿Por qué se me olvida continuamente que estás aquí?

—¿Puedes doblar el codo?

Sí podía, pero con cuidado.

—Me he dado un golpe contra la barandilla. No sé qué ha pasado. Se me resbaló el pie.

Si hubiera llevado zapatillas de suela lisa, podría haberme tragado esa explicación, pero iba descalza, y la escalera estaba enmoquetada.

—Has perdido el equilibrio. ¿Estabas mareada?

—No. Es que soy muy lenta para despertarme.

—Cuando éramos pequeñas no te pasaba eso.

—Es por el resfriado.

—Parece que estás mejor del resfriado —rebatí. Tenía la voz mucho menos nasal que antes—. ¿Qué tal has dormido?

—Como un tronco.

No era verdad. Me había despertado con el crujido del suelo no una, sino dos veces durante la noche. No pensaba que estuviera mintiendo. Sencillamente, no se acordaba.

—Vamos —dije, tomándola por el otro brazo—. Deja que te ayude.

Empezamos a bajar lentamente; Phoebe temblaba. Sin embargo, cuando llegamos a la cocina, saltaba a la vista que no se había hecho nada. Le puse una taza de café y me senté con ella.

Le pregunté con delicadeza:

—¿Te preocupa tener algunos síntomas como los de mamá?

—¿Los síntomas de mamá? Pero si no los tengo. Lo que tengo es un resfriado.

—Con síntomas iguales que los de mamá. Mira, Phoebe, ¿y si resulta que mamá no tenía Parkinson? ¿Y si se puso enferma por otra cosa... algo ambiental, como el mercurio, por ejemplo?

Phoebe me miró como si yo estuviera loca.

—¿Y de dónde demonios pudo haber salido una cosa así?

—De la fábrica de papel.

—¿Nuestra fábrica de papel?

Asentí con la cabeza.

—A nuestra fábrica no le pasa nada. Además, mamá y yo ni nos acercábamos por allí.

—No hace falta acercarse. Si la fábrica contamina el río y comes pescado...

—No del río. Compramos el pescado en la tienda de Harriman. Además, Sabina trabaja allí, y está bien. Todos están bien. Pasé a recogerla hace unas semanas y estuve en su despacho. Fuimos a poner flores en la tumba de mamá.

La tumba de mamá. El corazón me dio un vuelco al oír aquellas palabras. Una cosa era pensar en mamá enferma o cayéndose por las escaleras o yendo a la fábrica, y otra pensar en ella enterrada en el cementerio de la colina detrás de la iglesia. Sentí un enorme vacío por dentro.

Fue peor cuando Phoebe desvió la mirada hacia la ventana.

—A ver si llueve. Ha sido un verano terriblemente seco —dijo con una voz tan asombrosamente parecida a la de mamá que incluso miró rápidamente hacia el fogón, donde habría estado ella. Como no estaba, se echó a llorar. Inclino la cabeza y se tapó los ojos, y por Dios que yo no sabía qué hacer. No éramos una familia de mucho contacto físico, y yo también sentía pena. Pero Phoebe necesitaba algo.

Pañuelos de papel, decidí, y corrí al cuarto de baño. Volví con varios, y ella los aceptó inmediatamente. Mientras se los apretaba contra los ojos, acerqué una silla, me senté y le froté un brazo. Pobre consuelo me pareció. Cuando amainó el llanto, dije:

—Lo siento, Phoebe. Las últimas semanas tienen que haber sido mucho más difíciles para ti.

—¡Es que no sé qué me pasa! —exclamó con la voz quebrada, sujetando el pañuelo contra los ojos—. Tropiezo constantemente, pierdo el hilo de las conversaciones y hago las mismas cosas que hacía mamá, pero soy demasiado joven para tener lo mismo que ella, ¿no?

—Sí —dije. De repente pensé que quizá no fuera una intoxicación por mercurio ni nada, sino que mi hermana estaba deprimida—. Creo que deberías ir a ver al doctor Martin.

Phoebe negó con la cabeza. Destapándose la cara, se enderezó.

—No, de verdad, estoy bien —dijo mientras se secaba los ojos—. Es natural que me preocupe a veces. Los catarros de verano no hay quien se los quite de encima.

—A lo mejor deberías tomarte un descanso con el trabajo.

Pareció asustarse.

—¿Y hacer qué?

—Descansar.

—No. Me pasaría aquí todo el día, preocupándome más. Y además, en la tienda me necesitan. —Se sonó la nariz y esbozó una sonrisa temblorosa—. Ya está. Me siento mejor.

Volví a sentirme impotente.

—¿Quieres que te prepare algo? ¿Unos huevos? ¿Cereales? ¿Pizza?

Phoebe sonrió con más naturalidad.

—A mamá no le gustaba nada que desayunáramos pizza, ¿no es cierto?

Le devolví la sonrisa.

—Nada.

—Tú no eras tan aficionada como Sabina y yo. Nosotras dejábamos unos trozos de la cena a propósito para desayunar al día siguiente.

—No he visto nada de eso en la nevera.

—No, pizza no hay. Pero es igual. La comida me sabe fatal últimamente. —Nuestras miradas se encontraron—. Ni el café me sabe como antes. ¿Eso qué significa?

—No lo sé. A lo mejor el doctor Martin sí lo sabe.

—No pienso ir a ver al doctor Martin.

—Si tienes miedo de lo que pueda encontrarte, es contraproducente.

—Para ti es muy fácil decirlo. No eres tú quien se siente fatal.

No, fatal no, pero necesitaba tomar el aire. Miré el reloj de la pared. Eran casi las ocho.

—¿Vas a quedarte aquí un ratito?

Phoebe asintió con la cabeza.

—¿Te importa si voy a correr un poco?

—¿Y por qué iba a importarme? —replicó con brusquedad.

No contesté; apuré lo que me quedaba de café y subí a cambiar me. Cuando volví a la cocina, Phoebe no se había movido. Miraba fijamente su taza, tal y como yo la había dejado.

—¿Quieres que te traiga algo antes de marcharme? —le pregunté.

Levantó la mirada y frunció el ceño.

—¿Adónde vas?

—A correr —contesté, aunque ya se lo había dicho—. Volveré dentro de cuarenta

minutos. No desayunes. Ya prepararé yo algo después.

Salí de la cocina, sin querer preocuparme más, me estiré rápidamente y me marché.

El cielo se había oscurecido aún más y el aire estaba cargado. Empecé lentamente, con esfuerzo, y en cuanto se me calentaron las piernas me lancé a buen paso. Seguí la misma ruta que el día anterior, sí, y a la misma hora; me di cuenta de eso, y me puse al acecho. No sé por qué. Desde luego, no estaba allí con intenciones amorosas. ¿Quizá encontrar a alguien con quien hablar de mi afición a correr?

«Sí, y yo soy Caperucita Roja. Acéptalo, bonita. Te gusta».

No sé cómo es, rebatí. Estaba demasiado lejos.

«Viste lo suficiente. ¿Por qué si no andas detrás de él ahora? Oye, ¿es ese?».

No. Es un hombre cortando el césped junto al bordillo.

«Vaya, qué lástima. Yo también quiero ver a nuestro chico. ¿Quién es?».

¿Y cómo lo voy a saber?, repliqué, respirando más fuerte a medida que volvía a apretar el paso. No vivo aquí desde hace quince años. No conozco ni a la mitad de la gente.

«Pero ellos sí te conocen a ti. Ahora comprendes cómo se siente una cuando no paran de mirarte, ¿eh? Ya te decía yo que era horrible, pero tú no me creías».

No es tan terrible si aprendes a esperarlo.

«Ah, ¿no? ¿Que la gente te mire como si tuvieras cuernos y después te pregunte que por qué no te pareces a Harriet Nelson?».

Con eso demuestras que eres mayor, Grace. Además, en tu caso era peor, porque bebías, soltabas palabrotas y llevabas ropa de hombre.

«Por Dios, estaba en mi derecho».

Es verdad, pero ciertas conductas tienen sus consecuencias. Hacías todo lo posible para espantar a la gente.

«¿Y tú no?».

Antes sí, pero era muy joven. Tú ya tenías veintitantos, treinta y tantos años. ¿Por qué le llevabas la contraria a todo el mundo?

«¿Y cómo iba a saber si no quiénes eran los amigos y quiénes los enemigos? La gente es muy falsa, bonita. Todo va a las mil maravillas cuando quieren algo de ti, y cuando lo consiguen te dan una puñalada trapera. Creía que lo habías aprendido con Aidan Meade».

Estaba pensando que no todo el mundo es falso —por lo menos no Greg ni mis amigos de Washington— cuando de repente algo me distrajo, y no precisamente la ligera lluvia que empezaba a caer.

«¡Mira! ¡Madre mía! Es él».

Efectivamente. Yo acababa de doblar una esquina, y allí estaba él, corriendo una manzana más adelante. Me dio la impresión de que mi respiración se hacía más

ruidosa de repente. Me sorprendió que él no lo oyera, pero supongo que el tamborileo de las gotas de lluvia sobre las hojas lo disimulaba. No se detuvo, ni se dio la vuelta. Me ofreció una visión maravillosa de sus anchas espaldas que se iban estrechando hasta la cintura. Iba otra vez sin camisa; los pantalones eran ceñidos y se pegaban a los muslos.

«Un trasero impresionante».

Sí.

«Corre más deprisa».

No puedo. No funcionaría la sesión de entrenamiento. Además, me gusta mirarlo... aunque no sea el mejor corredor que he visto. No es muy garboso que digamos. Creo que tiene los pies planos.

«Pero es alto y de hombros anchos. Y moreno. Me gustan los morenos. Mi George tenía el pelo oscuro y rizado. Era griego. ¿No te lo había contado?».

Sí. Muchas veces.

«No veas cómo lo detestaba mi madre. Ella quería que me casara con un norteamericano de pura raza. Nosotros éramos francocanadienses, como muchos otros que vinieron a Manchester a trabajar en las fábricas. Mi madre quería ser mejor que ellos. Nada de lo que hacía mi padre le parecía suficiente. Ella lo echó de allí. ¡Leches! ¡Está doblando la esquina! ¡No lo dejes escapar!».

¿Qué quieres que haga?, pensé, casi soltando una carcajada. Iba corriendo más deprisa de lo normal e iba acortando distancias, pero respiraba peligrosamente fuerte. Aunque tuviera los pies planos, era rápido.

«¡Llámalo! —me ordenó Grace—. Haz que se pare. Podría ser el auténtico».

¿El auténtico qué?, pregunté.

«El auténtico hombre perfecto».

No estoy buscando al hombre perfecto.

«Claro que sí, cielo. Como todas».

El hombre perfecto no existe. ¿No es lo que subrayas en tus libros? Todos tus hombres eran unos canallas.

«No todos. Me gustaban Armand Bergeron y Étienne de Montigny. Estaban locamente enamorados de sus mujeres en *Sin Adán en el Edén*».

Étienne era un maltratador.

«Su mujer lo empujó a ello. Se convirtió en una auténtica arpía. Pero ¿y Gino Donati? No podía ser mejor. Yo habría querido a un hombre como Gino. Tenía potencial para ser perfecto, lo mismo que el tipo ese que va delante. Venga, bonita. Corre más rápido. Ya ha doblado la esquina».

No tenía intención de hacerlo. Aliviada por el frescor de la lluvia sobre mi piel, adopté un ritmo más comedido y seguí en línea recta. Quizá no hubiera llegado a saber quién era aquel corredor de no haber sido por la vocecita que me pinchó para



que mirase a la derecha sin dejar de correr.

«¡Vaya, vaya! ¿Será posible?».

El corredor se había parado en medio de la calle y estaba bajo la lluvia, mirándome con las manos en las caderas. Vi que respiraba fuerte y que, como estaba empapado, el pelo parecía más oscuro de lo que realmente era. En unos segundos, antes de que un roble enorme se interpusiera entre nosotros, vi los cabellos grises. Después, en la siguiente manzana, desapareció.

Acabé yendo al trabajo con Phoebe, quiero decir, trabajando en la tienda con ella. Normalmente no lo hubiera hecho; de pequeña, El armario de la Señorita Lissy era precisamente el sitio que menos me gustaba. Representaba todo lo que yo no era. Al comprenderlo en cierto sentido, mi madre me dejaba en la parte trasera. Naturalmente a mí me daba la impresión de que me tenía escondida para que no perjudicara las ventas.

De pronto se me ocurrió que a lo mejor todavía podría perjudicar las ventas, si bien por motivos totalmente distintos. Pero me preocupaba tanto Phoebe que olvidé mis celos. Me había advertido de que las mañanas eran malas, y aquella mañana lo confirmó. No encontraba el bolso, a pesar de que estaba a plena vista al pie de la estantería del pasillo, y cuando encontró el bolso, no encontraba las llaves de la furgoneta, a pesar de que estaban dentro del bolso. Buscó las dos cosas mientras estaba en sujetador, porque no encontraba la blusa que quería ponerse, y cuando al fin localizó la blusa, estaba en el suelo del lavadero, porque se había caído de la percha.

Entonces perdió por completo los nervios.

—¡Mira esto! —gritó, tendiéndome la blusa—. ¡Con lo bien que la planché el otro día, y mira! No me la puedo poner.

—Está perfectamente.

—Está arrugada. No puedo ponerme una blusa arrugada.

—Pues ponte otra —le sugerí.

—Pero esta blusa pega con esta falda, y mira cómo está. La colgué con tanto cuidado... No sé por qué se habrá caído, pero no puedo presentarme a trabajar así. ¿Qué hago yo ahora?

Preparé la tabla de planchar, enchufé la plancha y planché la blusa. Phoebe se la llevó a su habitación y bajó sujetándose a la barandilla. Estaba preciosa, pero saltaba a la vista que se sentía mal. Dijo que era por la lluvia y después murmuró algo sobre comprar las cosas que no debía.

—¿Qué cosas? —pregunté.

Hizo un gesto desdenoso con la mano.

—¿Qué cosas no deberías comprar? —insistí, y ella replicó de mal genio:

—¿De qué me estás hablando?

Comprendiendo que era una batalla perdida, la senté a la mesa y le puse delante un vaso de zumo, huevos, tostadas y una taza de café y mientras ella picoteaba un poco de aquí y de allá con mano temblorosa, me duché y me vestí. Cuando acabó, cogí las llaves, fuimos hasta la furgoneta protegidas por un paraguas y la llevé hasta el final de Willow Street.

Hacía años que no llegaba a la tienda tan temprano, y aunque la informatización había racionalizado las cosas, ciertas tareas seguían siendo las mismas. Había que revisar las cuentas del día anterior, entrar en los mensajes que habían dejado los proveedores de la costa Oeste después de la hora de cierre y preparar los ingresos bancarios. Había que comprobar, etiquetar y colocar los nuevos envíos y llamar a las clientas que estaban esperando aquellas prendas. Había que tirar los restos de café y preparar otra cafetera.

Como mamá, Phoebe tenía contratadas a varias personas que hacían la limpieza una vez a la semana, pero se pasaba la aspiradora a diario. Había que ordenar los estantes y enderezar las perchas; se volvían a doblar y a organizar por tallas las prendas que habían quedado revueltas el día anterior. Había que descorrer las cortinas de los probadores para inspeccionarlos y retirar las prendas que habían quedado desperdigadas.

Como la tienda se había creado la fama de vender líneas de ropa que pocos establecimientos del centro y el norte de New Hampshire vendían, los pedidos por teléfono eran constantes; la mayoría se enviaban durante los momentos tranquilos del día, pero otros se despachaban antes de abrir, con el correo de la mañana. Aquel día solo había que embalar un pedido.

Phoebe me lo encargó a mí. Dejó bien claro que Joanne (quien, según comprobé con alivio, ya estaba ante el ordenador cuando nosotras llegamos) y ella eran las únicas que sabían lo suficiente como para ocuparse de las cosas «complicadas» (Phoebe hizo hincapié en esta palabra); no me sentí ofendida, ni entonces ni cuando me indicó que volviera a doblar las camisetas y los pantalones vaqueros y que ordenara por números las cajas de zapatos que andaban por ahí sueltas. Aquella tarea (no agotadora, pero sí monótona), me sirvió para ayudar y me permitió observar el toma y daca entre Joanne y ella.

No me sorprendió nada de lo que vi. Como ya intuía que Joan era eficiente, me imaginaba que haría la mayor parte del trabajo pero sí, me descorazonó; era otra prueba de la discapacidad de Phoebe. Dicho esto, Joanne era sumamente delicada, comprensiva y amable. Trabajaba con Phoebe de tal forma que mi hermana se convencía de que hacía su parte.

Joanne era una asistente discreta, como lo había sido yo aquella mañana al ayudar a Phoebe a prepararse para el trabajo. Le facilitábamos que culpara de su problema a un resfriado mal curado o, algo peor, a que no le hiciera caso. Pero hacemos estas

cosas por las personas a las que queremos, ¿no? Y también por nosotros mismos. Queríamos que Phoebe se sintiera bien.

Y eso parecía una vez abierta la tienda; pero yo sospechaba que era el triunfo de la fuerza de voluntad de Phoebe. Vi la máscara de amable eficacia que le cubría el rostro cuando aparecía una clienta y que se caía en cuanto el tilín de la puerta anunciaba que la tienda se había marchado. Y sonaban muchos tilines. Si bien El Armario de la Señorita Lissy nunca sería una zona de intenso tráfico al estilo de Neiman Marcus la víspera de Navidad, la clientela entraba ininterrumpidamente. Claro, era viernes, y si había un día en que se desataba el impulso de comprar pantalones cortos, camisetas o sandalias para un fin de semana que anunciaba sol a pesar de la continua lluvia, era precisamente ese. El cartero entró y salió con el tilín de la puerta y dejó huellas de pisadas húmedas en el suelo. Otro tanto ocurrió con el repartidor de paquetes, que entregó tres grandes cajas.

—En agosto hay mucho trabajo —me explicó Joanne mientras la ayudaba a revisar las cajas, que contenían vaqueros, camisetas de manga larga y chándales—. Aunque hace calor, la gente ya empieza a pensar en el otoño. Hay que poner a la vista la ropa del colegio, y lo mismo pasa con los jerséis y los pantalones de entretiempo. Esto lo pedimos en marzo.

—¿Estuviste en la muestra con Phoebe? —pregunté. Sabía que mamá estaba ya demasiado enferma y no había ido.

—No. Lo hizo ella sola.

Me sentí mejor. A juzgar por lo que contenían las cajas, lo que había hecho Phoebe estaba bien. Colores, estilos y tejidos eran convenientes y elegantes.

Pero eso había sido en marzo. Estábamos en agosto.

—¿Está como para ir a Nueva York?

Nuestras miradas se encontraron y Joanne respondió en voz queda:

—Me he ofrecido a acompañarla, pero ella insiste en que me necesita más aquí. ¿Tú qué opinas?

Pensé que no, que no estaba como para ir a Nueva York, y me convencí aún más durante el almuerzo. Yo había salido un momento a por ensaladas, y como seguía lloviendo, pensamos comer en el despacho... ¡Qué caos! Al parecer, mientras yo estuve fuera, Phoebe llegó a la conclusión de que, como no era capaz de encontrar nada, había que reorganizarlo todo. En el transcurso de aquellos pocos minutos, se había dedicado a vaciar frenéticamente estanterías y cajones. Espantada ante aquel caos, me ofrecí a ayudarla a poner las cosas en su sitio, pero se empeñó en hacerlo ella sola. Propuse que comiéramos en otro sitio, pero también rechazó aquella idea.

De modo que nos quedamos allí, pero Phoebe apenas probó bocado. Parecía perdida: cogía el tenedor; lo dejaba; hurgaba entre el revoltijo que tenía sobre la mesa para sacar una nota; sin apenas leerla, la dejaba; volvía a coger el tenedor y, cuando

estaba a punto de empezar a comer, desenterraba otra nota. Pasó un buen rato así, de acá para allá, sin terminar nada, y pensé en lo bien que sabía controlarse cuando había clientes en la tienda, lo pausadamente que hablaba, lo despreocupadamente que tocaba cualquier cosa —la pared, la jamba de una puerta, el mostrador— para mantener el equilibrio, lo desesperada que estaba por crear una sensación de bienestar, cuando no estaba en absoluto bien.

Cuando sonó el teléfono, fue aún peor. A juzgar por el monólogo que oí, se trataba de un proveedor, pero Phoebe estaba desconcertada, incapaz de recordar quién era el proveedor ni de ordenar sus palabras. Arreglándoselas como pudo, estaba al borde del llanto cuando colgó.

Al parecer olvidándose de que yo estaba allí, se llevó una mano a la cabeza y murmuró:

—Dios mío... Estoy perdiendo la cabeza... ¿Qué me pasa? No puedo estar enferma... soy demasiado joven... Tengo la tienda, y sin mí la tienda no... no puede funcionar... y no tengo a nadie que se pueda hacer cargo si me pongo peor... Ya estoy mal aquí, y encima, Nueva York.

Sintiendo una terrible lastima por ella, le pregunte:

—¿Qué significa lo de Nueva York?

—La semana que viene... ¿estaré mejor? Es que no lo sé... y si no estoy mejor, no podré encargarme de ello... O sea, una cosa es atender a los clientes aquí... Llevo tanto tiempo en esto que podría hacerlo incluso dormida, pero lo otro es difícil... Hay que pensar como es debido y a veces soy tan incapaz... Estoy muy asustada.

—¡Phoebe! —grité para que me hiciera caso. Cuando sus ojos se volvieron hacia mí, repetí—: ¿Qué significa lo de Nueva York?

Parpadeó, tragó un bocado, desvió la mirada y volvió a mirarme.

—La muestra dura un par de días. Hay muchos puestos. Todos los vendedores estarán allí para mostrar la línea de vacaciones.

—¿Tienes que hacer encargos allí mismo?

—No. Puedo esperar hasta más tarde, pero hay un montón de papeleo y es difícil acordarse de todo... quién vende cada cosa y eso... y ver las tendencias y decidir qué funcionará aquí. —Se pasó una mano por el pelo y añadió en tono lastimero—: Tengo que estar mejor como sea.

Si tenía Parkinson, la medicación podría ayudar. Por supuesto, si sufría esa enfermedad, el pronóstico a largo plazo no era bueno, en cuyo caso resultaría completamente inútil aquel viaje de negocios, puesto que al final la tienda tendría que cerrar.

Pero yo no creía que tuviera Parkinson, y si los síntomas eran psicossomáticos e iban unidos a la depresión, empeorarían si no hacía el viaje. Además, si yo la llevaba a Nueva York, podíamos ver a un especialista. No se lo diría con antelación.

Seguramente se pondría furiosa conmigo, pero ya estaría hecho, y sin que nadie se enterase en Middle River.

—Yo podría ir contigo —dije.

Phoebe se sobresaltó.

—¿Tú? Pero si tú no sabes nada de comprar ropa.

—Compro ropa constantemente —repliqué riéndome.

—No es lo mismo.

—Ya lo sé. —Me puse seria porque ella lo estaba, y mucho—. Pero yo podría ocuparme de los detalles y del papeleo. Sería tu ayudante. Yo me haría cargo de lo secundario, como los vuelos y los hoteles y de averiguar dónde está cada vendedor. Así tú solo tendrías que ver la ropa y elegir la que te guste. Sería divertido, Phoebe. Nunca hemos hecho una cosa así, solas tú y yo.

Parecía interesada, pero cautelosa.

—No. Es verdad.

—Conozco unos restaurantes estupendos. Podrían ser unas minivacaciones, un verdadero descanso para ti. No has desconectado del trabajo desde la muerte de mamá.

Se le iluminaron los ojos.

—A lo mejor me libro por fin de este... bueno, de lo que tengo.

—Claro.

—Bueno, entonces... —Su voz se fue apagando. Frunció la frente. En medio del silencio, al principio pensé que había perdido el hilo, pero no era así. Por el contrario; estaba en un prolongado momento de lucidez, como demostraba la claridad de sus ojos. Pero esa claridad iba acompañada de preocupación, y de repente caí en la cuenta de que quizá no quisiera verse atrapada en Nueva York a solas conmigo. Resultó que se preocupaba por otra cosa—. ¿Y Sabina? —preguntó al fin.

Sabina y Ron vivían en Randolph Road, una de esas calles tranquilas bautizadas con los nombres de los primeros habitantes de Middle River. Tenían una casita más antigua que otras, pero que parecía casi nueva, gracias a la habilidad de Ron con el martillo y los clavos, pintada de azul pálido con molduras blancas. No había césped, ni arbustos complicados, ni flores cultivadas. El jardín era totalmente natural: pinos, con las agujas que alfombraban el suelo, y helechos silvestres.

Tras parar un momento en la tienda de Harriman, llegué a media tarde con los ingredientes de una magnífica cena. Sabina y Ron estaban trabajando y a Timmy no se le veía por ninguna parte. A Lisa, que estaba leyendo un libro en la hamaca del jardín de atrás, encantó verme. Husmeó impaciente en la bolsa que le puse en los brazos.

—¿Qué llevas ahí, tita Annie?

—Un solomillo de vaca —contesté, cogiendo la otra bolsa y dirigiéndome a la casa—. Y judías verdes frescas, patatitas rojas e ingredientes para una ensalada de espinacas, queso de Brie y galletas saladas, arándanos, frambuesas y una receta de tarta de frutas. ¿Me ayudas a darle una sorpresa a tus padres?

Lo pasamos estupendamente. La puse a lavar las cosas y después | enseñé a cortar los extremos de las judías y a trocear las patatas. Mezclamos lo primero con láminas de almendra y lo último con orégano fresco picado. Hicimos la masa de la tarta, la extendimos en una bandeja y la metimos en el horno. Preparamos el aliño para el solomillo, lo aplicamos y reservamos la carne. Lavamos la fruta y las espinacas. Preparamos la mesa.

Yo no cocinaba con frecuencia, pero cuando lo hacía, ninguna receta me resultaba demasiado complicada, al menos con una amiga como la que yo tenía. Berri Barry sabía mucho de cocina, y lo único que yo tenía que hacer era decirle lo que quería — como había hecho con un correo electrónico que le había enviado desde la tienda— y ella me daba un menú completo con recetas, además de posibles sustitutos para el caso de no poder encontrar los ingredientes necesarios.

En esta ocasión quería preparar algo sencillo, porque Ron era muy de carne y patatas. Sin embargo, cuando Timmy subió por el sendero en su bicicleta, en la cocina olía divinamente.

Phoebe llegó poco más tarde, y después Sabina. Les di una copa de vino a cada una. Cansada, Phoebe se retiró al porche, a sentarse en una silla. Sabina estaba más atenta a todo; saltaba a la vista que desconfiaba de mí por estar allí.

¿Y por qué estaba yo allí? En teoría, quería ganarme su confianza para que no se opusiera a que llevara a Phoebe a Nueva York. Pero había una razón más profunda, que iba unida a la última. Estaba tendiéndole una mano a Sabina, reconociendo que sabía lo mucho que trabajaba e intentando hacerle la vida más agradable, al menos una noche. Era mi forma de darle las gracias por haber cuidado a mamá cuando yo no lo había hecho. Estaba celebrando que tuviera aquellos dos hijos tan increíbles y aquella casa.

Pero con solo mirar a Ron, que llegó tarde, deprisa y corriendo me olvidé de todo. No sé por qué no se me había ocurrido antes. Tenía delante de las narices a la mejor fuente de información. Ron trabajaba en la sección de mantenimiento de la papelera. Si había alguien que supiera algo sobre el mercurio, tenía que ser él, ¿no?

Pues no, y por dos motivos, pero tuve que esperar casi hasta el final de la cena para saberlo, porque no podía preguntarle a bocajarro nada más entrar por la puerta, como tampoco podía preguntarle durante la cena, delante de todos. Sabina se habría puesto como una hidra. Así que me mantuve a la expectativa mientras comíamos, esforzándome por ser simpática. Contesté a las preguntas de los niños sobre

Washington, a las de Ron sobre Greg, a las de Sabina sobre las especias que había puesto en el solomillo. Vi la oportunidad cuando pasamos al postre. Se me había olvidado la nata para la tarta. Sabina se ofreció a salir a comprarla.

Fue en mi coche, con los niños. Phoebe volvió al porche, mientras Ron y yo nos disponíamos a fregar los cacharros, y no me mordí la lengua. En cuanto nos quedamos solos, le conté mis sospechas y le pregunté a las claras qué sabía del asunto.

—No mucho —respondió, con los largos brazos metidos hasta el codo en la pila llena de agua jabonosa—. Yo trabajo sobre todo en embalaje y transporte, en el garaje y la zona de carga. Eso está al otro lado de la fábrica.

—¿Habéis hablado de algo?

—Hablamos de coches, barcos y deporte.

—¿Y nadie pronuncia las palabras «mercurio», «contaminación» o «normativa»? No contestó; se limitó a enjuagar una fuente y a pasármela.

—¿Hay una tendencia de mala salud en la fábrica? —probé a preguntar.

Cuando empezó a restregar la fuente del horno con un estropajo, al parecer dispuesto a dejarlo correr, le pregunté si me lo contaría si se enteraba de algo.

Entonces me miró, con los ojos llenos de afecto, pero muy serio.

—Me caes bien, chata. A veces te he defendido, cuando pensaba que Sabina era demasiado dura contigo, pero esto es distinto. Esto es nuestra vida. Incluso si supiera algo, que no lo sé, hay demasiado en juego.

—¿Más que la vida y la muerte? —pregunté atónita. Habría pendo que nada es más importante que la vida y la muerte, pero no era sino otra premisa mía, para refutar, la cual Ron me ofreció con toda calma, la VERDAD N.º 5:

—¿Más que la vida y la muerte? Pues claro. Mi trabajo y mi mujer. Sin ellos, de todos modos estaría muerto. Tú no comprendes el poder que tienen los Meade. Pueden hundirnos.

—Claro que lo comprendo. Lo comprobé en su momento.

—Cuando tenías dieciocho años. Para mí es diferente, Annie.

—Pero ¿y el mercurio? —le pregunté, porque me parecía lo esencial—. Sí, tienes una familia, pero ¿y su salud?

—Míralos. Están bien. Tengo mucha suerte —dijo, y volvió con la fuente del horno.

Al volver a casa aquella noche, me sentía tan confundida y perdida como aquella misma mañana. Desanimada y con necesidad de que alguien me subiera la moral, me conecté a la red para consolarme con los amigos, pero primero tuve que tragarme el *spam* de costumbre. Señalé los más sospechosos... y me detuve. Había uno que

destacaba entre todos. El nombre de usuario era «Azul Azul», y el dominio, tino muy corriente. Yo no conocía a ningún «Azul Azul», pero el asunto me dejó de piedra: «Sé lo de la fábrica».

A lo mejor era un anuncio de una fábrica de cualquier cosa; podía ser un aserradero, una fundición de acero, o algo enfermizo, como una fundición de personas. Podía llevar un virus, me dije.

Pero si alguien tenía información sobre *nuestra* fábrica, yo quería esa información.

Lo abrí, más decidida que nunca en mi vida.



Para: Annie Barnes  
De: Azul Azul  
Asunto: Sé lo de la fábrica

Estás fisgoneando. Tengo información. Pregunta.

No había firma electrónica, ni ningún dato que pudiera desvelar la identidad de Azul Azul. Pinché en todos los puntos posibles, pero no encontré nada, salvo lo que aparecía en la pantalla. Por el lado positivo, mi ordenador no lo borró, lo que significaba que Azul Azul; no era letal, al menos inmediatamente.

Di a «responder», pero tampoco me enteré de nada nuevo con dirección de Azul Azul. Entonces, ¿qué datos tenía? Sabía que Azul Azul tenía mi nombre y mi dirección de correo electrónico, que quienquiera que fuese, hombre o mujer, sabía que me interesaba la fábrica y que aquel correo había sido enviado a las nueve y media aquella noche, hacía aproximadamente una hora.

Para: Azul Azul  
De: Annie Barnes  
Asunto: Re: Sé lo de la fábrica

¿Quién eres?

Mi dedo revoloteó sobre «enviar». Sabía que si contestaba confirmaría mi existencia, lo peor que se puede hacer para combatir el *spam*. Pero no era *spam*, como en un envío masivo de correos que anunciaran algo que yo no quería. Azul Azul sabía que yo sentía curiosidad, hablaba de la fábrica. Pero ¿de nuestra fábrica? No necesariamente. El mensaje podía ser de un ecologista aficionado respondiendo a mis investigaciones sobre el mercurio. Había visitado un montón de sitios, y cualquiera de ellos podía haberme localizado y respondido si le hubiera venido en gana. ¿Suponía eso mala intención? No veía por qué. Además, los voluntarios no se agolpaban precisamente ante mi puerta.

Envié el correo y me quedé allí diez minutos, pinchando en «enviar/recibir» cada treinta segundos, hasta que me di cuenta de lo absurdo que era suponer que Azul Azul estaba frente a un ordenador esperando respuesta y que diera la casualidad de que yo estuviera ante mi ordenador a aquella hora concreta.

Así, cuanto más se prolongaban los minutos, más deseaba saber quién era Azul Azul. Descolgué el teléfono impulsivamente para llamar a mi hermana, la experta en

informática.

Mientras sonaba, me pregunté si, dadas las características del asunto, sería buena idea llamar a Sabina. Pero ya era demasiado tarde; tenía pantalla identificadora de llamadas y sabría que era yo, o Phoebe, y en cualquier caso, llamaría. Entonces contestó, y mi duda quedó en el aire.

—Hola —dije—. No estarías durmiendo, ¿verdad?

—No —contestó, con una cautela audible.

—Tengo que hacerte una pregunta. Acabo de recibir un correo electrónico de alguien con un nombre de usuario que no conozco. ¿Cómo puedo averiguar quién es?

—¿Es *spam*? —preguntó, como si se relajara un poco.

—No. Es sobre mi trabajo. —Volví a pinchar en «enviar/recibir». Nada.

—¿Algún admirador?

—No.

—¿Es amenazador?

—No. Creo que es sobre unas investigaciones que estoy haciendo. Quiero comprobar la legitimidad de la fuente.

—¿No reconoces el nombre del dominio?

—Eso sí.

Le dije cuál era.

—No sirve de nada —me advirtió—. Es un servicio de correo electrónico basado en la red, por lo que es prácticamente imposible encontrarlo. ¿Has intentado una búsqueda inversa?

—No. Acabo de recibirlo.

—Pues inténtalo. También escribir la dirección en Google. A lo mejor sale algo.

—¿En Google? ¿Alguien que desea el anonimato?

Sabina no me hizo caso. Estaba tranquila; era evidente que sabía de lo que hablaba.

—Sea quien sea, puede haber utilizado la dirección en un *chat* o en un tablón de anuncios. Si lo ha recogido un buscador, podría aparecer. No es que con eso fueras a encontrar necesariamente el nombre real, pero sí tendrás otro sitio donde mirar. Inténtalo. Si no te funciona nada, yo podría indagar por ahí. A lo mejor encuentro un código que te dice algo.

Habría aceptado de buena gana la oferta en circunstancias distintas, pero empecé a sentirme culpable por utilizar a Sabina para obtener información que podría llevarme hasta la noticia sensacional contra la que me había prevenido. Si se enteraba, se pondría furiosa.

—Primero voy a intentar eso —dije—. Gracias, Sabina. Ha sido una gran ayuda.

—Gracias a ti por la cena —replicó—. Estamos en paz.

Colgué pensando que era muy triste el ojo por ojo entre hermanas, pero enseguida

me distraje, al volver a pinchar en «enviar/recibir».

Para: Annie Barnes  
De: Azul Azul  
Asunto: Re: Sé lo de la fábrica

No importa quién sea. Sé cosas de la Papelera Northwood.

Respondí inmediatamente:

Importa, y mucho, quién seas. ¿Cómo puedo confiar en nada de lo que me digas si no quieres decirme tu nombre? Seguro que eres un antiguo empleado resentido capaz de contar cualquier cosa con tal de crear problemas. Solo los cobardes se esconden tras el anonimato. Además, ¿quién dice que estoy husmeando? ¿Y de dónde has sacado mi dirección de correo?

Y si andas detrás de dinero, olvídate.

En cuanto envié esta nota, me imaginé la consternación de Greg. «Tienes un posible informante y lo insultas. Eso está fatal, Annie. Azul Azul tiene algo que tú quieres. Hasta que lo tengas, trátalo con guantes de seda. Como se te escape, vas de culo y cuesta arriba».

Por mucho que hice clic en «enviar/recibir», no llegó respuesta. Empezaba a pensar que, efectivamente, iba en esa posición por la cuesta, cuando contestó Azul Azul.

Lo siento, chata, pero conmigo no funcionan las provocaciones. Ya sé que soy un cobarde. Y no soy un antiguo empleado. Llevo bastante en Northwood y tengo intención de seguir, así que no necesito tu dinero. Sé que andas husmeando, porque lo sabe todo el pueblo. Y es mucho más fácil encontrar las direcciones de correo electrónico que rastrearlas.

El mensaje de aquel hombre era elocuente. Sí, tenía que ser un hombre. Una mujer no me habría llamado «chata». Ni siquiera Grace usaba esa palabra, y ella sí que podía ser ordinaria.

Ron, mi cuñado, la había empleado hacía apenas dos horas, pero si están pensando que Ron era Azul Azul, es mejor que lo piensen dos veces. Ron hablaba en serio mientras fregábamos los platos. No iba a poner en peligro su trabajo ni a su mujer contándome secretos de la fábrica. Además, Ron no tenía ordenador, lo que

significaba que si era Azul Azul, estaría utilizando el de Sabina, y era demasiado listo para semejante cosa. Y quería demasiado a mi hermana como para estar fuera de casa frente al ordenador de otra persona a esas horas de la noche.

No, Azul Azul no era Ron. Podía ser cualquiera de los cuatro hombres que ya había catalogado como posibles topos. O podría ser uno entre centenares. La fábrica tenía todos esos empleados, en diversos puestos.

Siguiendo el consejo de Sabina, escribí la dirección de correo en Google. No había correspondencia. Lo mismo ocurrió con un directorio inverso. *Es mucho más fácil encontrar las direcciones de correo electrónico que rastrearlas.* Azul Azul tenía razón. Entonces ¿de dónde había sacado la mía? Posiblemente, si estaba enganchado a la red de Northwood y sabía de informática, del ordenador de Sabina. Posiblemente, del ordenador de Phoebe, ajeno a Northwood pero vulnerable a un pirata. O del de Sam. Por desgracia, preguntarle a cualquiera de ellos habría supuesto descubrir mis intenciones.

Y descubrir mis intenciones también era un problema con Azul Azul. Me daba la impresión de que no tenía la menor intención de ofrecerme respuestas, sino que sencillamente estaba intentando averiguar detrás de qué andaba yo. Desde luego, Aidan Meade no dudaría en abordarme con fingimientos; Dios sabe que ya lo había hecho. En cuanto averiguase que andaba tras el mercurio, sería imposible que me enterase de nada.

En esta ocasión redacté la respuesta con más cuidado.

Husmear suena terriblemente negativo en mi caso. Lo único que hago es intentar averiguar la verdad sobre la muerte de mi madre. No acuso de nada a nadie. Sencillamente estoy dedicando las vacaciones de verano a intentar explicar su muerte.

No creo que tuviera Parkinson. En esto no hay ningún malo de la película. Prefiero pensar que estuvo expuesta a alguna sustancia tóxica. Como no trabajaba en la fábrica, es una posibilidad muy remota.

Dices que tienes información. ¿Sobre qué?

Eran casi las once y media. Claro, era viernes por la noche, de modo que Azul Azul no tendría necesariamente que madrugar para ir a trabajar. De todos modos, me pregunté por qué estaría solo ante el ordenador, así que añadí una pregunta:

*¿Y por qué estás enviando correos electrónicos a estas horas? ¿Demasiada cafeína? ¿Miedo? ¿Mala conciencia?*

Mientras enviaba el mensaje, comprendí que seguramente había olvidado la razón

más probable: la confidencialidad. Azul Azul no querría que nadie supiera lo que hacía, como una esposa, pareja o lo que fuera.

Al cabo de unos minutos recibí respuesta.

Llamémoslo dedicación a la causa. Debería estar durmiendo. Tengo que estar en pie dentro de un par de horas. ¿Y tú? ¿Vas siempre de noctámbula?

Escribí a toda prisa el primero de varios intercambios rápidos.

Solo cuando recibo mensajes de personas desconocidas que dicen tener información para mí. ¿Por qué te llamas Azul Azul?

Si te lo dijera, revelaría algo. Y tú, ¿por qué escribes con este tipo de letra?

Es prerrogativa de artista. ¿Compartes el ordenador con alguien?

No. ¿Y tú? ¿Es el ordenador de tu hermana?

Por supuesto que no. Por si te interesa, no está de acuerdo con esta investigación, ni tampoco mi otra hermana, Sabina. Así que si estás pensando en chivarte de ella, no te molestes. Se pondría furiosa si supiera que tú y yo mantenemos correspondencia. ¿Es que aquí tenéis que prestar juramento de lealtad o qué?

No hay que prestar juramento de lealtad, por lo menos de momento ¿Qué has encontrado sobre las toxinas que pudieron haber matado a tu madre?

Si te lo dijera, revelaría algo, por utilizar tu misma frase. Pero me has ofrecido tus servicios. Nadie más me ha hecho semejante oferta. ¿Por qué tú sí? ¿Qué papel desempeñas en esto? ¿Qué significa para ti?

Pasó un rato sin que me respondiera, pero no lamentaba haberla hecho esas preguntas. Para empezar, pensaba que eran importantes y además, la pausa me dio tiempo para enviar un correo a Greg. Debía de haber ido de San Francisco a Anchorage unas horas antes. Se había llevado su Blackberry.

Le expliqué lo que ocurría y le pedí consejo. Confiar o no confiar... Esa era la

cuestión.

Azul Azul tardó casi treinta minutos en enviar una respuesta. No contestaba a ninguna de mis preguntas, pero sí me hacía una a mí.

¿Estás escribiendo un libro?

Siempre estoy escribiendo un libro. Pero no es sobre Middle River. Se desarrolla en Arizona, y habla de una familia de urracas.

¿De urracas? ¿Es un libro para niños?

No. Me refiero a urracas humanas. No se dicen nada realmente importante unas a otras, pero acumulan todas las pequeñas claves de sus vidas. El personaje principal es la hija mayor, que lucha por comprender quién es y qué quiere. Cuando sus padres mueren repentinamente, emplea todas esas cositas que han acumulado sus padres para entender su pasado. Como lo explica mi publicista, las cosas que habían ocultado se convierten en las claves de un viaje personal de autodescubrimiento.

¿Trapos sucios? Qué idea tan original.

Para tu información, te diré que las únicas ideas verdaderamente originales son las relacionadas con los avances en el campo de la tecnología y de la medicina, yo escribo sobre las relaciones humanas. Se trata de pintar un cuadro emocional que dé que pensar al lector.

Conque somos susceptibles, ¿eh? Pero ahora que me has contado la trama, ¿no tienes miedo de que te la robe?

Lo dirás en broma, ¿no? Con la misma idea de una trama, seis personas distintas escribirán seis libros completamente distintos. ¿Estás pensando en intentar escribir?

No, pero si lo pensara, no sería tan displicente como tú. ¿No te molestaría que alguien se aprovechara de esa trama y escribiera algo?

Solo si lo hiciera mejor que yo.

Ja, ja. ¿Qué haces mientras esperas mis respuestas?

Pues parece que tramar. Ayuda mucho hablar sobre la trama de un libro, o en este caso escribirla para un amigo. No es tu caso, pero sabes qué quiero decir. Las mejores ideas se me ocurren por la noche. Y hablando de ideas, ahí va una. ¿Quieres llamarme por teléfono? Podría darte el número de mi móvil, y así nadie se enteraría de que has llamado. O tú podrías darme el tuyo. Esto de escribir unas cuantas frases y vuelta a empezar es una tontería. ¿Tienes mensajería instantánea?

No. No tengo tiempo para esas cosas. Y nada de llamadas telefónicas. Esto es más seguro.

Pero tú mantienes el anonimato y yo no. No le veo la gracia.

A mí me parece muy divertido. Me gusta librarme de quién soy y de lo que hago. ¿Tienes ordenador de sobremesa o portátil?

Intenté decidir cuál de los sospechosos podría desear huir de sí mismo. Aidan Meade no, seguro. Era demasiado narcisista para necesitar distanciarse. Supuse que cualquiera de los otros sí podría desearlo. ¿Acaso no deseamos la mayoría de nosotros escapar de nuestra identidad de vez en cuando?

Portátil. ¿Y tú?

También. ¿Estás en la cama?

No. En la cocina. Necesito un enchufe para el teléfono. ¿Y tú?

En la cama. Es inalámbrico.

¿Inalámbrico en Middle River? Impresionante.

No bien había enviado estas palabras cuando me di cuenta de dos cosas. La primera, que si estaba con el ordenador en la cama, dormía solo. Y la segunda, que estábamos coqueteando.

Eso también eliminaba a Aidan Meade. Aidan no coqueteaba; él iba a saco. Y eliminé a su hermano, James: no tenía sentido del humor. Azul Azul escribía bien —

ni un solo error, de momento—, y sabía expresarse mejor de lo que me imaginaba, lo que me hacía pensar que tampoco era Alfie Monroe. Alfie era como un motor grande, como una máquina grande.

Tony O’Roarke era una posibilidad. No sabía nada de él, y mucho menos si dormía solo o acompañado.

Y también habría incluido a Tom Martin, de no haber sido porque no trabajaba en la fábrica, sino en la clínica.

Conque ligado. Interesante. Jamás había ciberligado. A Greg podría parecerle fatal, pero ¿qué daño podría hacer explotar el asunto hasta el final? Con esa actitud añadí unas palabras antes de enviar el correo.

¿Eres un hombre?

Eso parecía la última vez.

Ja, ja. ¿Qué haces en la fábrica?

Lo suficiente para saber de lo que hablo. ¿Qué estás buscando?

Algo que me convenza de que eres un tipo legal.

A ver qué te parece esto. Las papeleras como Northwood transforman la madera en papel. Una parte del proceso comporta la utilización de blanqueador. El blanqueador o cloro, como se suele llamar, se produce en una instalación especial. Northwood tiene una pequeña que cubre sus necesidades. ¿Lo sabías?

No. ¿Qué más?

En las instalaciones para el proceso de blanqueo se produce cloro con sal y electricidad. Tradicionalmente se empleaba mercurio para estabilizar el producto cuando la electricidad pasaba por la sal. Digo «tradicionalmente» porque ahora sabemos que el mercurio es sumamente tóxico. Cuando se libera en las instalaciones de blanqueo en forma de residuos, contamina el aire, la tierra y el agua cercanos a la instalación. Si le añadimos las corrientes del agua y del viento, nos encontramos con una contaminación muy grave.



¿Aquí hay contaminación grave?

Northwood ha cumplido todas las normativas del estado. Ya no utilizamos mercurio.

Entonces, ¿cuál es el problema?

Te toca a ti. Tú me dirás.

Quizá fuera lo suficientemente fuerte como para resistir las provocaciones, pero yo soy muy humana, y además estaba impaciente. Coquetear era estupendo —la cautela era algo estupendo—, pero era él quien había mencionado la palabra «mercurio». Si tenía información, yo quería esa información.

Mercurio. O seguís utilizándolo ilegalmente o queda contaminación de otras épocas. ¿Qué tal voy?

No está mal. Olvida lo primero. Ya no utilizamos mercurio. Pero el pasado sigue siendo un problema.

¿En qué sentido?

Si te lo digo, ¿qué harás con la información?

Depende de si llego a la conclusión de que puedo confiar en ti. Aún no me has dicho por qué haces esto. ¿Qué importancia tiene para ti? ¿Qué esperas que haga yo? ¿Y por qué no lo haces tú mismo?

¿Que por qué no lo hago yo mismo? Lo he intentado. He hablado con la gente, pero se niegan a hacerme caso. Y estoy en una situación difícil. Si voy demasiado lejos, me arriesgo a perder los vínculos con Northwood, y esos vínculos significan mucho para mí. ¿Qué espero que hagas? Hay cierta información que yo no tengo. Tendrás que ser mis piernas para eso. Para lo demás, necesito que seas mi voz.

Pensé en Tom. ¿No había hablado él también con la gente? ¿No se encontraba también en una situación difícil? No, no pensaba que Tom fuera Azul Azul. Azul

Azul decía que llevaba bastante tiempo en Northwood. Tom no solo había llegado hacía relativamente poco a Middle River, sino que no tenía nada que ver con la papelera.

Sin embargo, me estaba utilizando. Los dos tenían eso en común. Así que contesté a Azul Azul.

Quieres decir que me necesitas como chivo expiatorio.

Pulsé «enviar» con más fuerza de lo necesario, pero es que me tenía atónita la caradura de aquel tipo. Quería que le hiciera el trabajo sucio. Nada de coqueteos. Me estaba utilizando.

Sentí la tentación de apagar el ordenador, de cortar a aquel tipo, por así decirlo: dar media vuelta y largarme. Eso es lo que me impulsaba a hacer mi máscara, apasionadamente defensiva, de Middle River. Pero también era lo suficientemente adulta como para pararme a pensar, a comprender que si aquel hombre tenía información que pudiera resultarme beneficiosa, la utilización era recíproca. Si tenía información que pudiera explicar la enfermedad de mi madre, y si esa información implicaba a la Papelera Northwood, ¿no mataría dos pájaros de un tiro?

¿Cómo ibas a ser un chivo expiatorio? Repararías un daño. Averiguarías por qué murió tu madre. Harías algo bueno por todas las personas que viven en Middle River. Si no en otra cosa, piensa en los niños. El mercurio tiene consecuencias devastadoras para los niños. ¿Cómo puedes volverle la espalda a algo así?

Es lo que tú haces.

No. Si no accedes a ayudarme, buscaré a otra persona. Llevo en esto bastante tiempo, y tengo a quién recurrir. Quizá no esté dispuesto a mostrarme a las claras. Quizá no esté dispuesto a sacrificar mi nombre y mi puesto, pero me siento comprometido. Es posible que no te hagan una oferta mejor. Piénsalo. Voy a cerrar.

Lo estuve pensando durante un buen rato y, naturalmente, a la mañana siguiente me desperté tarde, lo que significó que, como le había prometido a Phoebe que la ayudaría en la tienda, no tuve tiempo para ir a correr. Eso me puso de mal humor, lo que probablemente explique mi paranoia. Estaba convencida de que Phoebe no quería que anduviera por allí, porque no bien habíamos llegado a la tienda cuando me encargó una larga serie de recados sin importancia —estaba segura de que lo hizo a

propósito—, como tirar la basura, comprar productos de limpieza y entregar en mano un par de medias a una clienta.

Adondequiera que iba, se me quedaban mirando; también estaba convencida de eso. Me daba la impresión de que sabían que estaba en contacto con Azul Azul, de que sabían que estábamos conchabados.

La verdad es que no había vuelto a saber nada de Azul Azul. Sí había tenido noticias de Greg, un mensaje truncado enviado por su Blackberry poco antes de que el helicóptero que lo llevaba aterrizara en un campamento base en el glaciar Kahiltna. Decía que estaba muerto de frío pero lleno de energía, que sería el último correo que me enviaba hasta que cubrieran los 3600 metros de la meta, en el plazo de cuatro días, si el tiempo lo permitía, y que debía verificar lo que me dijera cualquier informante. Hasta eso me sentó mal. Naturalmente que pensaba comprobarlo todo. ¿Qué se creía Greg? ¿Que soy tan ingenua?

En el transcurso del día tuve que hacer más recados. Envié facturas, fui a buscar algo para comer, llené de gasolina la furgoneta (esto último tras esperar diez minutos detrás del minibús con su carga de domingueros que hacían la ruta de *Peyton Place* desde el hostel de Road's End).

Phoebe tuvo sus buenos momentos: arregló el lío que había montado en el despacho el día anterior. Pero no conforme con encargarme recados sin importancia, me pidió cosas absurdas. Por ejemplo: en un momento dado me envió con una lista de sitios en busca del carpintero que había prometido pasar el domingo reconstruyendo los expositores de una habitación de la tienda. Quería confirmación de que iba a ir. Lo que yo quería saber era por qué aquel tipo no tenía teléfono móvil para poder llamarlo. Por Dios, si en aquella ciudad todo el mundo tenía móvil.

No lo localicé, lo que me hizo pensar que Phoebe sabía que no lo encontraría, y sí, estaba de mal humor. Ella no me había pedido ayuda; se la había ofrecido yo. ¿Acaso esperaba que me pusiera al frente de la tienda? A lo mejor tenía miedo de eso, de que yo intentara hacerme dueña de la situación, lo que era absolutamente ridículo. Soy escritora, no comerciante. Y lo digo con el mayor respeto por lo que hacía Phoebe. Yo me habría vuelto loca con la indecisión de algunas de sus clientas: la falda negra es la mejor... no, la azul marino quedará mejor con los zapatos... pero la negra me hace más delgada... claro que la beis sería perfecta para septiembre...

Escribir es una profesión solitaria, y eso significa que hago lo que quiero y cuando quiero. Sí, tengo que ajustarme a los plazos de las editoriales, pero mi libro es mi libro, y controlo por completo su contenido. Mi *modus operandi* no supone esperar a que alguien decida comprar mocasines o sandalias, un jersey de cuello de pico o redondo de cachemira o de lana. No tengo paciencia para esas cosas. No querría haberme quedado con la tienda por nada del mundo.

Quizá Sabina le había metido esa idea en la cabeza.

Más paranoias.

Y eso era culpa de Phoebe. Si me hubiera encomendado tareas que hubieran requerido pensar, no habría tenido tiempo para hacerme mala sangre. Pero solo me encargaba cosas para que estuviera entretenida, nada más. ¿Ir por todo Middle River haciendo recaditos estúpidos? Mi peor pesadilla. Y lo violenta que me sentía. No solo me miraba la gente adondequiera que fuese, sino que cuando había algún motivo para que intercambiáramos unas palabras, se ponían a la defensiva.

Y por si fuera poco, mi sombra. Alguien me seguía. Estaba convencida. No sé cuántas veces sentí una especie de picor en la nuca y me volví rápidamente a mirar. Por supuesto, nunca había nadie. Pero había habido alguien. No descubrí quién era hasta que fui a la tumba de mi madre, al día siguiente. Hasta entonces, simplemente estaba de un humor de perros, algo que podía ser un tanto infantil pero también real. El sábado por la noche estaba tan indignada con Middle River que accedí a ayudar a Azul Azul a cualquier cosa que deseara su corazoncito.

Para: Azul Azul

De: Annie Barnes

Asunto: Tu oferta

Tienes razón. ¿Qué hacemos ahora?

El jefe de policía Greenwood tenía los nervios de punta. Sabía que si Annie Barnes estaba indagando en su caso, podría haber problemas. Una solución consistía en jubilarse. Como tenía sesenta y seis años, le faltaba poco. Para jefe de policía, ya era viejo. Pero Middle River no le exigía demasiado y necesitaba el dinero. Además, su mujer no quería que anduviera por la casa. No se lo había dicho así exactamente, pero lo había dado a entender.

Aparte de la jubilación, la otra solución evidente era dejar todas las pastillas. Si no tomaba nada, no era adicto, y podría negar las acusaciones. Dicho y hecho.

Aguantó tres horas, al cabo de las cuales tenía tanto dolor de espalda y estaba tan asustado que cambió de idea. Además, aunque fuera capaz de abandonar el hábito, resultaría difícil negar el pasado. Entre su médico, su seguro y la farmacia había una tira de papel de más de un kilómetro. No; tenía que haber otra respuesta.

Pasó casi todo el viernes intentando encontrarla, pero nunca se le había dado bien encontrar respuestas. Hacía cosas que eran evidentes. Cuando alguien estaba borracho, lo llevaba a casa o lo encerraba que durmiera la mona. Cuando un coche chocaba contra un árbol, primero llamaba a la ambulancia y después a la grúa. Cuando un hombre le pegaba una paliza a su mujer, llevaba a la mujer a casa de su madre, y si el hombre volvía a hacerlo, llamaba al sheriff del condado.

Las únicas claves con las que bregaba el comisario Greenwood eran las de los crucigramas. El viernes por la noche se estaba rompiendo la cabeza con una que decía «el que apadrina». Era una palabra siete letras, la segunda una *e* y la última una *ese*. Estuvo dándole vuelta a todas las posibilidades relacionadas con el bautismo hasta que al final se frotó los ojos, sacudió la cabeza con fuerza y enfocó el asunto de forma distinta. Y acertó. La respuesta era «mecenas».

Se lo tomó como una especie de mensaje; cogió el teléfono a primera hora de la mañana del sábado y llamó a Sandy Meade. Sandy era su amigo más respetado en Middle River. Habían ido al mismo colegio, y aunque el comisario iba dos años por detrás, habían sido compañeros de equipo en todos los deportes. Sandy era inevitablemente la estrella, pero el comisario era mejor deportista. Hizo quedar bien a Sandy en tantas ocasiones que se ganó su eterna lealtad. Sandy fue el responsable de que lo contrataran para el equipo de seguridad de la fábrica, hacía muchos años, y cuando ganó una plaza en la jefatura de Policía de Middle River, también Sandy fue el responsable.

—¿Tienes un momentito? —preguntó.

Estaba en el camino de acceso a su casa, llamando desde el coche para que no lo oyera Edna, pero la llamada no fue inoportuna. Era sábado por la mañana y Sandy estaría a aquellas horas en el patio de piedra de su enorme casa de Birch Street,

leyendo el periódico con la tercera o cuarta taza de café solo que su ama de llaves hacía muy fuerte y mantenía caliente en la cafetera de cristal.

—No podías haberme llamado en mejor momento —respondió Sandy. Como telón de fondo se oyó el crujido del papel, y en primer plano aquella voz Meade, como el acero—. Eres justo la persona con quien quería hablar. Annie Barnes ha vuelto. ¿Lo sabías?

—Sí —contestó el comisario, encantado de que Sandy hubiera sacado el tema a colación.

—Pues Aidan está atacado. Piensa que ha venido para desenterrar viejas historias. ¿Tú qué crees?

Al comisario no se le había ocurrido lo del perjurio, pero también estaba implicado en aquel asunto.

—Dios santo, esperemos que no. Tiene que existir una ley de Prescripción. ¿Qué dice Lowell?

Lowell Bunker era el abogado de Sandy.

—Pues lo mismo que tú, que ya ha prescrito y no se puede interponer una acción judicial. Otra cosa es el asesinato. Podría escribir un libro con todo eso, disimulándolo un poco.

—Pero ¿por qué tendría que haber vuelto para eso? Conoce todos los hechos.

—Quiere saber más. No puede escribir un libro solo con ese incidente, así que ha vuelto para rebuscar en la porquería.

—¿En cuál? —preguntó el comisario. No era estúpido; no pensaba hablar de las pastillas a menos que se viera obligado a hacerlo.

—Supongo que es la fábrica. Nos acusará de todo, y no será capaz de demostrar nada, pero aparecerá en televisión soltando cosas como que el arte es reflejo de la vida, y la palabrería bastará para que se nos eche encima el departamento de Protección del Medio Ambiente. Es peligrosa. Hay buenas razones para compararla con Grace.

El jefe de policía se animó con la posición fuerte de Sandy.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó con aspereza y mal humor, como el jefe de policía inflexible que muchas veces imaginaba ser. Inflexible, «duro como el hierro», una palabra que le había salido en un crucigrama no hacía mucho. Le gustaba mucho esa palabra.

—Jorobarla —dijo Sandy—. Desde mi punto de vista, cuanto antes le demos a entender que no la queremos por aquí, antes se marchará. Si sigue insistiendo, tengo un par de ideas, pero antes vamos a ver qué puedes hacer.

El jefe de policía no era mala persona. Consideraba su trabajo más reactivo que proactivo (otras dos palabras estupendas), pero Sandy Meade le había dado una orden, y a Sandy había que complacerlo.

Le resultó fácil encontrar a Annie. La furgoneta verde claro con el logotipo de la tienda en la puerta era inconfundible, casi tanto como el descapotable. Además, Annie entraba y salía sin cesar de las tiendas, e iba de un extremo del pueblo al otro... (Sandy tenía razón. Saltaba a la vista que andaba en busca de algo). Le echó el ojo enseguida.

La siguió un rato, manteniéndose a una distancia prudencial, pero observando todos sus movimientos. A la menor provocación, la habría parado y le habría puesto una multa, pero en ningún momento sobrepasó los límites de velocidad, puso el intermitente al tomar cada curva e incluso se detuvo para que cruzaran dos niños en d paso de cebra del centro del pueblo. El jefe de policía estaba seguro de que podría pillarla cuando girase a la derecha en la esquina de Oak y School: la mitad del pueblo pasaba por esa esquina sin detenerse por completo, a pesar de la señal que así lo ordenaba. Pero ella sí se detuvo.

Incapaz de fastidiarla con ese método, probó otro. Era más enrevesado (o «solapado», que es palabra más sutil), pero dada la orden de Sandy, se sentía justificado. Se puso a investigar, visitando los sitios en los que Annie se había parado e intentando averiguar lo que ella estaba averiguando.

—Bueno, bueno. He visto aquí a Annie Barnes hace un rato —le dijo a Jim Howard, que se dedicaba a clasificar las botellas en el vertedero—. ¿Qué se cuenta?

—Poca cosa —contestó Jim. Era un hombre de ojos tristes, silencioso, nada afable, razón por la que se dedicaba a clasificar botellas en lugar de a policía, reflexionó Greenwood.

—¿No ha preguntado nada?

—No.

—¿Ni ha dicho nada?

—Ha dicho «hola».

Volvió a su trabajo.

—¿Ha hablado con alguien más?

Jim negó con la cabeza. Entonces vio una botella marrón entre las verdes que había en el gran contenedor y la sacó.

—Bueno, si vuelve y pregunta algo, me lo dices, ¿de acuerdo? Es muy lista, esa chica. Piensa que si le pregunta cosas a gente como tú, se lo contaréis para haceros famosos. Es que está escribiendo un libro, o intentando escribirlo.

El jefe de policía repitió la misma canción en la gasolinera, donde trabajaba Normie Zwibble, tan inocentón como Jim Howard.

—¿Que está escribiendo un libro? —preguntó el mecánico, incrédulo—. Qué guay.

El jefe de policía sabía reconocer la admiración. Como tenía que cortar aquello de raíz, fue deliberadamente cruel.

—No si escribe sobre un ayudante de mecánico gordo que se gasta la mitad del sueldo en lotería. ¿A quién crees que señalará la suerte con el dedo?

Señalarían a Normie, y eso le traería problemas. Todo el mundo sabía que jugaba a la lotería, todos menos sus padres, que estaban convencidos de que las apuestas eran malas y que además creían que el dinero que Normie no tenía en el bolsillo el fin de semana había ido a parar al cepillo de la iglesia. Daba igual que Normie tuviera más de treinta años. Aún vivía en casa de sus padres, aún iba a todos los bailes del pueblo con el pelo peinado hacia atrás y la cara rebosante de esperanza.

Aquella cara palideció.

—No haría una cosa así —protestó.

—Claro que sí —replicó el jefe de policía—. Yo en tu lugar, ni me acercaría a Annie Barnes. Y pienso decirle lo mismo a mis amigos —añadió, sintiéndose satisfecho de sí mismo. Que otras personas le hicieran el trabajo sucio era una idea muy brillante.

Así que intentó el truco con Marylou Walker en Prensa y Chucherías, pero no hasta haber comprado unas tortugas de almendra mientras esperaba a que abandonara la tienda una pareja de turistas que hacía la ruta de *Peyton Place*. Marylou tenía cuarenta y tantos años, y representaba la segunda generación de las tres que llevaban la tienda.

—He visto a Annie Barnes aquí hace un rato —comentó cuando terminó de comerse la tercera tortuga de almendra—. ¿Qué ha comprado?

—Monedas de chocolate —contestó Marylou con orgullo—. Viene casi todos los días. Dice que echa de menos nuestras monedas, que en Washington no hay nada parecido.

—Salió con algo más que una bolsa de monedas de chocolate.

—Pues sí. También compró el periódico, varias postales y un mapa del pueblo.

—¿Postales? ¿Y un mapa? ¿Por qué un mapa?

—Supongo que para ver las calles nuevas.

—Yo diría que está investigando algo —le previno el jefe de policía—. Sabrás que está escribiendo un libro. ¿Qué pensarías si aparecieras tú?

—¿Y por qué iba yo a aparecer en un libro?

—Porque eres miembro de una familia con una historia... digamos que interesante.

Marylou tardó unos momentos en reaccionar. Entonces frunció el ceño.

—Si se refiere a mis primos, eso es agua pasada.

—Fue incesto —le recordó el jefe de policía—. ¿Quieres que la historia vuelva a salir a la luz en un libro?

—No.

—Entonces ya me encargaré yo de que no hagas demasiadas buenas migas con



Annie Barnes. Eso es lo que hacen los escritores, ¿comprendes? Camelarte para que les cuentes cosas que normalmente no contarías. Voy a advertir a tu familia. Ten cuidado, Marylou. Tus padres estaban aquí cuando salió *Peyton Place*. Pregúntales a ellos. Recuerdan lo que pasó en este pueblo. Entonces fue Grace Metalious, y ahora Annie Barnes tiene la oportunidad de vengarse.

Al ver que Marylou lo escuchaba con atención, comprendió que había dado en el clavo.

Salió de la tienda sacando otra tortuga de la bolsita y pensando en las demás personas a las que tenía que avisar. Además de los turistas de la ruta de *Peyton Place*, habían pasado por la tienda varios niños. Todos estaban pendientes de Annie Barnes. ¿Acaso no había visto a la hija de los DuPuis varias veces aquel día, haciendo casi el mismo recorrido que Annie?

Naturalmente, cuando se le ocurrió hablar con Kaitlin, no apareció por ninguna parte. Así que se dirigió al restaurante de Omie para comer, ya un poco tarde, y allí, saliendo en aquel preciso momento con su mujer, estaba Hal Healy. Fue una suerte. Hal era aún mejor. Podía llegar a más gente en el plazo de una hora que Kaitlin DuPuis en dos semanas.

—¿Tiene un momentito? —preguntó. Siempre empezaba así.

Hal sonrió a Pamela.

—¿Me esperas en el coche, cielo?

La besó en la frente y la contempló mientras se alejaba.

También la observó el jefe de policía. Pamela era una mujer guapa. Jamás la habría emparejado con un tipo tan formal como Hal. ¿Lo de la zorra y las uvas? Quizá. Pero no porque él deseara a Pamela. El caso es que recordaba cuando Edna y él estaban como Pamela y Hal. Era muy bonito.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —preguntó Hal con su tono de voz tranquilo, sensato.

Greenwood acometió el interrogatorio de otra manera.

—Annie Barnes. ¿Le suena ese nombre?

—Claro. Pam y ella eran amigas en el colegio.

—¿Conoce la historia de Annie y Grace?

—Sí. Me lo ha contado Marsha Klausson. He leído *Peyton Place* varias veces.

—Entonces sabe lo que hay dentro. Tremendo, ¿eh?

Hal se puso colorado. Se encogió ligeramente de hombros, evidentemente incómodo por hablar de eso.

—Sí —añadió el jefe de policía, para sacarlo del atolladero—. Tremendo de verdad. Según tengo entendido, Annie Barnes es del mismo estilo y, francamente, me preocupa. Ha estado por todas partes. Veo que los chavales la miran como si fuera su nuevo ídolo. Podría ser una mala influencia. Las clases no empiezan hasta dentro de

dos semanas, pero ustedes ya están con reuniones de profesores. ¿Cree que debería avisarles de lo que está pasando?

Hal lo pensó unos momentos. Se encontraba realmente ante un dilema.

—Me horrorizaría remover un asunto que debería descansar en paz.

—¿Descansar en paz? —repitió el jefe de policía y se aclaró la garganta para contener la carraspera—. El pueblo entero está preocupado. Annie Barnes tiene público en todo el país, y los medios de comunicación son como buitres. Como se le ocurra decir algo en el sitio oportuno, nos pondrán verdes en todas las noticias. ¿Es eso lo que quiere?

—¿Y cree que lo evitaría hablando con los profesores?

—Así no hablarían con Annie Barnes. Ese es el factor clave, ¿comprende? Si nos mantenemos unidos e impasibles, no nos sacará nada.

Impasibles. Esa palabra le gustaba de verdad.

Al parecer a Hal también, porque asintió con la cabeza.

—Sí, parece muy sensato. Buena idea, comisario.

Enarcando maliciosamente las cejas, ladeó la cabeza hacia el coche, señaló con el pulgar en la misma dirección y se largó.

Kaitlin DuPuis siguió a Annie por el pueblo casi todo el sábado pero no se le presentó una oportunidad hasta el domingo por la mañana, y de pura chiripa. Raramente iba a la iglesia; detestaba sentarse entre sus padres escuchando aquella palabrería sobre el amor, cuando no existía ni a derecha ni a izquierda. Se le antojaba la hipocresía de las hipocresías en su propia casa.

Pero para sus padres era importante que la gente los viera juntos en la iglesia, y como Kaitlin no sabía en qué acabaría lo de Annie Barnes, pensó que aquella semana le convenía ir allí.

Entonces vio a Annie en el aparcamiento, saltando de su coche descapotable y yendo hasta el otro lado para ayudar a bajar a su hermana Phoebe. Cuando se reunieron con Sabina Mattain y su familia, Phoebe subió los escalones de piedra y entró con ellos. Annie se separó del grupo y fue hasta la parte trasera de la iglesia.

Kaitlin siguió a sus padres hasta el interior de la iglesia y dijo precisamente lo que le garantizaba un poco de tiempo.

—Quiero ver a la abuela. Vuelvo enseguida.

Bajó por la escalera lateral, salió por la puerta baja, se internó en el sendero, atravesó una pequeña extensión de césped bien cortado y llegó a la valla blanca del cementerio.

Entró a toda prisa por la puertecita de la valla, y siguió por el sendero empedrado que llevaba hasta la tumba de su abuela, pero no se detuvo allí. Siguió andando por la cuesta y bajó hasta una hondonada rodeada de árboles. Aunque técnicamente allí

acababa el cementerio, a Kaitlin siempre le había parecido la parte más bonita.

Annie estaba ante la tumba de sus padres, y eso le dio a Kaitlin tiempo para pensar. La lápida con el apellido BARNES no era nueva, pero sí la tierra en la parte de Alyssa. Aquella muerte era reciente. Si Kaitlin irrumpía en la privacidad de Annie, no contribuiría a su causa.

Que ella supiera, Annie ya había estado allí. Kaitlin iba con frecuencia a estar con su abuela, como hacía en la residencia de ancianos durante los meses anteriores a su muerte. Su abuela la quería, la quería de verdad. Cuando el resto del mundo le resultaba insoportable a Kaitlin la ayudaba ir al cementerio.

Así que a lo mejor Alyssa Barnes estaba ayudando a Annie, en cuyo caso Annie estaría más amable, más relajada y más receptiva a las suplicas. O eso esperaba. De todos modos, no tenía más opciones. Pillar a Annie a solas en un sitio en que no las viera todo Middle River resultaba prácticamente imposible.

Aflojó al paso al aproximarse. Annie estaba sentada en la hierba con las piernas dobladas hacia un lado. Llevaba gafas de sol. Sin embargo, saltaba a la vista que estaba mirando aquella lápida con el grabado reciente.

Kaitlin se quedó esperando pacientemente, deseando que Annie alzara los ojos y sonriera. Como no fue así, dio un paso hacia delante. Esperó un poco más, y dio otro paso. Estaba a punto de aclarar se la garganta cuando Annie levantó al fin la mirada. Tras unos segundos sin nada, Kaitlin creyó ver que enarcaba las cejas. ¿Sorpresa? ¿Reconocimiento?

—Hola —dijo Annie, en un tono que no revelaba nada.

—Hola —replicó Kaitlin en un tono tembloroso que lo revelaba todo. Estaba muy nerviosa. A la mínima provocación, se habría dado la vuelta y habría echado a correr. Para evitarlo, soltó de un tirón lo que tenía que decir—. Tengo que pedirle un gran favor. Es por lo de la otra noche. Sé que sabe que éramos nosotros, pero o sea, quiero que sepa que sería terrible, pero terrible, si se lo contara a alguien, y todavía peor si lo pusiera en su libro. Verá, es que mis padres no saben lo de Kevin. Se pondrían hechos unos basiliscos si se enterasen, porque no es la clase de chico que quieren para mí, y no me serviría de nada decirles que estamos enamorados, porque para mis padres el amor no significa nada. —Se apretó el pecho a la altura del corazón, donde sentía un dolor—. Kevin es muy especial para mí. Es el primer chico que se ha interesado por mí, y no es solo por el sexo, porque si fuera solo por eso ya me habría dejado, porque creo que tampoco soy buena en eso. No le importa que no sea guapa. O sea, me quiere... ¿no es impresionante? Me quiere como nadie me ha querido jamás, excepto mi abuela, y ella también está muerta.

—¿La otra noche? —preguntó Annie. Tenía el ceño fruncido.

Kaitlin notó que se sonrojaba.

—Sí, ya sabe. La otra noche. —Como Annie no decía nada, y seguía allí, sentada

y confusa, a Kaitlin empezó a asaltarle la duda—. Nos vio. Sé que nos vio. Supo que era yo en cuanto entré en la tienda de su hermana. —La duda se acrecentó—. ¿No? —Annie parecía desconcertada. Se le notaba, a pesar de las gafas de sol—. O sea, si no lo sabía, ¿por qué me guiñó un ojo?

—Porque te quedaste mirándome.

—Pero también pasó en el restaurante de Omie... o sea, me saludó con la mano.

—Te reconocí porque habías estado en la tienda.

Annie Barnes hablaba completamente en serio. Y Kaitlin DuPuis sintió como una perfecta imbécil.

—Ay, Dios mío —murmuró, y lo repitió, porque no sabía qué hacer ¿Quedarse? ¿Salir corriendo? ¿Cavar un agujero y meterse en él junto a su abuela?

Miró hacia delante, hacia atrás, otra vez hacia delante y oyó vagamente un «¡Oye!» que salía de alguna parte. Al oírlo por segunda vez, más alto, sus ojos se dirigieron al lugar de donde procedía. Annie se había quitado las gafas de sol y le hacía señas para que se acercara.

Kaitlin no se movió.

—No me lo puedo creer —dijo angustiada, y se llevó una mano a la cabeza—. ¡No lo sabía!

—¿Cómo iba a verlo? Estaba oscuro.

—Eso es lo que dice Kevin, pero estábamos delante de los faros, y yo estaba segura de que nos había visto. —Se rodeó la cintura con los brazos, pero eso no impidió que se le llenaran los ojos de lágrimas—. Qué horror. O sea, soy una imbécil.

—No eres ninguna imbécil.

—¡Qué sabrá usted! —replicó, sin importarle ser grosera. Annie Barnes haría lo que quisiera, independientemente de la conducta de Kaitlin.

—Yo he pasado por eso —dijo Annie—. ¿Quieres sentarte aquí?

—Lo que quiero es que olvide lo que acabo de decir, pero claro, no lo olvidará.

No era una pregunta. Kaitlin se apartó las lágrimas con la mano y volvió a mirar hacia la tumba de su abuela. Ella sí sabría qué debía hacer. Sin embargo, Kaitlin no sintió vibraciones.

—No se lo voy a contar a nadie —insistió Annie.

Kaitlin debería haberle hecho caso a Kevin. Tenía razón. Y ella lo había echado todo a perder.

—Estoy perdida. Menuda la que he liado. Mis padres lo acusarán de violación. ¿Sabe lo espantoso que es eso?

—He dicho que no lo voy a contar.

A Kaitlin le daba vergüenza solo de pensarlo. Volvió a llevar una mano a la cabeza, como si con ese gesto pudiera mantenerse de algún modo conectada a la tierra. Hasta entonces no había oído las palabras de Annie. La miró. Annie parecía

muy seria.

En realidad, parecía como si hubiera llorado. No tenía los ojos exactamente rojos, pero estaban brillantes, como húmedos. Sin embargo, dijo:

—¿Por qué iba a contarlo? ¿Por qué motivo?

A Kaitlin se le ocurrieron varios, pero solo mencionó el más evidente.

—Pues... por su libro.

Su voz se elevó al final de la frase. Menuda tontería.

—No estoy escribiendo un libro.

—Pues todo el mundo dice que sí.

—Se equivocan.

—De todos modos, podría contárselo a mis padres.

—¿Y por qué iba a hacer semejante cosa? Yo no les debo nada a tus padres. Lo que tú hagas no es asunto mío. ¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

—¿No te parece que eres un poco joven para el sexo en medio de la calle?

Kaitlin se puso tensa.

—¿Lo ve? Piensa como ellos.

—No. —Annie le dirigió una especie de sonrisa, muy rara—. Pero soy una persona adulta, y se supone que eso es lo que tengo que decir.

Kaitlin intentó interpretar aquella sonrisa.

—Claro, y se supone que también tiene que contarlo, ¿no?

—¿Y para qué me iba a molestar? Nadie me creería. Dirían que soy una envidiosa, porque yo nunca lo hice. Y en realidad tienen razón. No tenía muchas amistades, y mucho menos de la variedad masculina. Como ya te he dicho, yo también he pasado por eso. —Dio unos golpecitos en el suelo—. ¿Seguro que no quieres sentarte?

Kaitlin sí quería sentarse, no porque lo necesitara, sino porque había algo en Annie que la empujaba hacia ella, algo en aquella sonrisa o lo que fuera. Le daba a entender que Annie no era una de ellos. Pero Kaitlin ya lo sabía. No debería estar hablando con ella. En todo el pueblo decían que era un peligro.

A Kaitlin no le parecía peligrosa, al menos no allí, sentada junto la rumba de su madre. Parecía... triste.

Podía estar fingiendo, por supuesto. A lo mejor en cuanto se alejara de allí le contaba a la primera persona que pasara que eran Kaitlin DuPuis y Kevin Stark los que estaban haciendo el amor en medio de Cedar Street la noche que ella apareció en el pueblo. Pero Annie no parecía dispuesta a salir corriendo para contarlo. Y ya que estaba allí, Kaitlin no veía por qué iba a perjudicarla quedarse un rato. Era mejor que estar con sus padres. A lo mejor incluso le servía de ayuda. Si se hacían amigas, quizá podría convencer a Annie de que no contara nada. ¿No era una de las ideas favoritas

de su madre, gánatelos y después contrólalos?

Dio un paso adelante pero se detuvo.

—¿Seguro que quiere que me quede? ¿No está... o sea, hablando con su madre?

—No, solo pasando aquí el rato. Me siento un poco sola. En este pueblo no es que me adoren precisamente.

Kaitlin sabía lo que era pasar por eso. Hasta hacía dos o tres años no había tenido amigos, al menos amigos que le importaran. Acortando distancias, se sentó en la hierba.

Annie le dedicó una ínfima sonrisa antes de volver a mirar la lápida.

—¿Seguro que no molesto? —preguntó Kaitlin.

Annie negó con la cabeza, como si se conformara con el silencio. Como Kaitlin, de momento. Los pájaros hacían ruido entre los árboles, pero no tan fuerte como para sofocar los lejanos sonos de los himnos de la iglesia. A Kaitlin le gustaban esos himnos. La ayudaban a aclarar las ideas, a concentrarse.

—¿De verdad no lo va a contar? —preguntó.

—No lo voy a contar.

—¿No se lo ha contado ya a su hermana Phoebe? ¿Ni a James Meade? La vi hablando con él en el restaurante de Omie.

—¿Cómo iba a contárselo a ninguno de los dos? No sabía que fueras tú.

—Y ahora que lo sabe, ¿se lo contará? —insistió Kaitlin, maldiciéndose por su estupidez.

Annie la miró.

—Hay cosas más importantes. Ni siquiera sé cómo te llamas.

Por desgracia, en Middle River lo sabía todo el mundo, lo que significaba que incluso si Kaitlin se negaba a decírselo, Annie lo averiguaría fácilmente.

—Kaitlin DuPuis.

—Kaitlin. Bonito nombre.

—Ya. Es bonito, delicado y alegre... todo lo que mi madre esperaba que yo fuera, pero resulta que no soy nada de eso.

—¿Por qué te gustas tan poco?

—Porque es la verdad. Soy la mayor decepción de mi madre. Bueno, después de mi padre.

—No me voy a meter en eso, pero con las madres quizá estemos todos destinados a decepcionarlas. No podemos ser lo que ellas quieren.

—¿Usted no lo era? —preguntó Kaitlin, sorprendida—. ¿Por qué? O sea, fíjese. Usted tiene un éxito tremendo.

—Mis libros se venden, pero eso no lo es todo.

Kaitlin reflexionó. No, vender libros no lo es todo. Sin embargo...

—No parece usted tan mala.

Annie hizo un ruido ronco con la garganta.

—¿No tan mala como dicen?

—Seguro que se refieren a cuando era pequeña —apuntó Kaitlin—. O sea, antes de que se marchara de aquí. Yo pensaba que además era fea.

—Yo también lo pensaba.

—Pero no lo es, en absoluto. Quiero decir, es usted muy guapa. Daría cualquier cosa por ser como usted. He sacado todo lo malo de mi padre: la nariz, el nacimiento del pelo, la piel... —Hizo un movimiento para indicar sus ojos—. Llevo lentillas y estoy operada de la nariz, también me han arreglado los dientes y la mandíbula. Tenía la barbilla hundida, espantosa, pero también la han arreglado con un aparato. Hemos hecho todo lo posible para que parezca un poco más atractiva.

—Yo creo que eres muy atractiva.

—Jamás seré muy atractiva. O sea, lo único que podemos hacer es poner remiendos, para que luego todo lo malo aparezca en mis hijos.

—¿Eso quién lo dice?

—Mi madre. Me dice que debería casarme con alguien rico que pueda pagar las operaciones de cirugía plástica de mis hijos.

—¿En serio?

—Sí. Mi madre está obsesionada con la belleza. Ha hecho todo lo que estaba en su mano por mí. Ahora me está machacando con la dieta baja en hidratos de carbono, pero está a punto de darse por vencida con el rollo de los kilos, porque es como con mi padre, que los acumula. No sé si funcionará la dieta South Beach. Otra cosa, no creo. O sea, si estamos en el restaurante de Omie y todo el mundo pide cosas con patatas fritas, ¿no voy a pedir las yo también? Es como si llevara una letra escarlata en la frente: *G* de gorda.

—No eres gorda.

—Sí que lo soy. Pregúnteselo a cualquiera.

—A mí no me pareciste más gorda que ninguna de tus amigas. No te rebajes. Además, no querrás ser tan escuálida como algunas, ¿no?

—¿Lo ve? —Kaitlin la había pillado—. Lo ha notado. Soy más grandona.

—No más grandona. Eres normal. Y por eso precisamente, mucho más guapa y agradable.

Kaitlin no se lo creyó, pero le gustó oírlo en boca de Annie. ¿Más guapa y más agradable? Desde luego, eso le gustaría ser.

Annie andaba detrás de algo. Seguro. Si no, ¿a qué tantos halagos? A Kaitlin se le ocurrió una idea: que podían hacer un trato. Kaitlin podía ofrecerle algo más para su libro, a cambio de que Annie mantuviera la boca cerrada sobre lo de Kevin y ella.

—Yo sé cosas de este pueblo que a lo mejor querría usted saber —dijo con calma—. Estoy dispuesta a hacer un intercambio.

Pero apenas había acabado de pronunciar aquellas palabras cuando Annie ya estaba negando con la cabeza.

—Voy a guardar tu secreto, y no tienes que darme nada a cambio.

—¿Seguro? O sea, es que de verdad que no quiero que se enteren de lo de Kevin, y yo puedo ayudarla. Sé un montón de cosas.

Annie volvió a negar con la cabeza.

—Gracias, pero no hace falta.

Miró la tumba.

—Siento mucho lo de su madre. —Annie se limitó a asentir con la cabeza, y Kaitlin se puso de pie—. Tengo que volver. No quiero que mis padres vengan a buscarme. Les daría algo si supieran que he estado hablando con usted.

Se oyó un susurro entre los árboles. Kaitlin miró hacia allí justo en el momento en el que un hombre salía de la espesura. Era el señor Healy, el director del instituto. Pareció sobresaltarse tanto al verlas como ellas. En realidad, Kaitlin se quedó algo más que sorprendida. Se quedó horrorizada.

—Dios mío —murmuró—. Dios mío, tengo que marcharme de aquí. —Apartándose de Annie, dijo, elevando la voz—: Hola, señor Healy. Ya me iba. Había venido a visitar la tumba de mi abuela y he oído ruido ahí abajo, o sea que he ido corriendo, y ya me iba. Tengo que volver. Adiós.

Hal Healy observó a Kaitlin mientras se alejaba. Cuando la chica desapareció tras la cuesta, se alisó el pelo con una mano. Llevaba la corbata bien puesta; ya lo había comprobado. Pasándose un pulgar y un índice por ambas comisuras de la boca, se volvió hacia Annie, que estaba sentada en la hierba mirándolo abierta, provocadoramente. No dudó ni un segundo que estaba a punto de producirse un escándalo.

—¿Por qué estaba aquí Kaitlin? —preguntó.

—Ha venido a la tumba de su abuela.

—Sí, eso ha dicho, pero no sé si creerla. —Suspiró—. No quería hablarle sobre este asunto, pero el encontrarla aquí significa que debo hacerlo. Estoy preocupado, señorita Barnes.

—Annie.

—Sabe en qué consiste mi trabajo. Gran parte de la responsabilidad de lo que hacen los chavales de este pueblo depende de mí. Y de repente, después de quince años, vuelve usted, y tiene aproximadamente la misma edad que Grace Metalious cuando se dedicaba a ponerle los pelos de punta a la gente que vivía aquí.

—No hace falta que me hable de Grace. Yo noté las consecuencias de su libro más que la mayoría.

—Entonces comprenderá lo que quiero decir. Los chicos son impresionables y su



fama puede deslumbrarlos. Si la ven fisgoneando por ahí, buscando historias excitantes, se las ofrecerán sin más ni más. Suficientes problemas tenemos para controlarlos como para que encima se les dé más pie.

Tenía que soltárselo, pero Annie no cedió. Lo miró con ojos fríos duros, sí, ante la tumba nueva de su madre. También su voz era fría cuando replicó:

—Yo no me pongo a la venta por sexo y excitación.

—Bueno es saberlo —dijo Healy—. Me alegro de que lo diga. Esos chicos son nuestro futuro, y tenemos que garantizar que estén preparados. No me gustaría que nuestro trabajo fuera más difícil de lo que ya es.

Annie siguió mirándolo, en silencio. Haley pensó que había dicho cuanto tenía que decir.

—Eso es todo lo que quería decirle. Gracias por escucharme. Estoy seguro de que lo tendrá en cuenta. Estamos de acuerdo en que solo queremos lo mejor para nuestros hijos, ¿no?

—Por supuesto.

Healy asintió con la cabeza. Levantando una mano a modo de saludo, rodeó las tumbas de los Barnes y subió la cuesta camino de la iglesia. Una vez dentro, ocupó un asiento vacío en la última fila. Vio la cabeza de Pamela, con su inconfundible pelo negro, en la primera fila. También vio a Nicole DuPuis al otro lado del pasillo, junto a Kaitlin, que había vuelto como una buena hija.

No quería ir más allá con aquel asunto. Pero a medida que avanzaba el oficio religioso empezó a preocuparse por si Kaitlin le contaba a su madre que lo había visto salir del bosque. Prefería que Nicole conociera su versión en lugar de la de Kaitlin. De modo que esperó hasta que terminase la ceremonia y los feligreses empezasen a arremolinarse fuera. Kaitlin se marchó con sus amigas, y su padre con los suyos. Hal se situó no lejos del coche de Nicole, pero por desgracia, antes de que ella llegara a donde estaba apareció Pamela y ya no tuvo ocasión.

Algo me ocurrió aquel domingo en el cementerio, y no tuvo nada que ver con lo que supe sobre Kaitlin DuPuis ni con lo que sabría más adelante sobre Hal Healy. Para empezar, se debió a la buena llantina que me eché y a aceptar que mi madre había muerto y que no volvería por mucho que yo lo quisiera. Podía luchar. Podía despotricar y maldecir cuanto quisiera por lo que la había intoxicado. Podía arder en deseos de venganza, pero mamá había perdido el equilibrio, se había caído por la escalera y había muerto porque se rompió el cuello. ¿De qué serviría la venganza? ¿La devolvería a la cocina, a esperar a que yo volviera a casa?

Entonces apareció Kaitlin con sus temores, y yo me puse a pensar en cómo decepcionamos a nuestros padres. Hal Healy me dio a entender después que yo era una mala influencia para los jóvenes de Middle River, y me puse a pensar en eso.

Aún seguía pensando en el asunto cuando terminó el oficio religioso y me encontré Phoebe. La vi venir hacia mí, con seguridad al principio, después no tanto, buscando apoyo preventivo en cada lápida. En ese momento sentí algo —una toma de conciencia—, pero no adquirió forma hasta que ella y yo pasamos unos minutos más en silencio junto a la tumba de nuestros padres. Cristalizó cuando llegó Sabina.

—Estaba preocupada —se quejó, mirándome a la cara—. Pensaba que a lo mejor había pasado algo. No has entrado.

¿Entrar? ¿Qué necesidad tenía de ver a los Haynes, a los Clapper, a los Harriman o a los Rye? ¿Qué necesidad tenía de ver a los *Meade*?

—No —repliqué con tranquilidad—. Me hacía más falta estar aquí.

—Eso es muy discutible. El sermón del pastor ha sido sobre el respeto en las familias.

—Sabina... —le advirtió Phoebe.

—Ha sido sobre comprender las necesidades de los demás —añadió Sabina. Saltaba a la vista que se iba a ensañar conmigo—. Incluso cuando no coinciden con las tuyas. Te habíamos guardado un asiento, y ha estado vacío y bien a la vista durante todo el oficio. Sí ya sé que no te convence la religión. Todo lo que signifique acatar algo va en contra de tus principios, pero aparte del mensaje del pastor, que ha sido muy bueno, la familia es clave. Que te hubieras sentado con tu familia en la iglesia habría contribuido enormemente a demostrar a ciertas personas de este pueblo que puedes encajar, de vez en cuando. Si les demostraras eso, quizá no estaríamos en la línea de fuego, o no tanto. Mis amigos hacen preguntas. Mis vecinos hacen preguntas. Y también mi jefe hace preguntas. Pero a ti te da igual. Es como si la cosa no fuera contigo. —Se volvió hacia Phoebe con expresión indignada—. Me está esperando mi familia. ¿Quieres que te deje en casa?

Phoebe sonrió. Quizá no tuviera los medios para reñir a Sabina, pero no se

arredró.

—Voy a quedarme otro rato.

Sabina se alejó a paso vivo. Y no hablamos sobre aquello, Phoebe y yo. Mi hermana había hecho un pequeño manifiesto, y yo me sentía agradecida.

Sin embargo, no hizo que me sintiera engréida. El engrimiento era un lujo que no podía permitirme con mis hermanas.

Yo había avanzado —o retrocedido, según se mirase—, y mientras estábamos allí mis pensamientos fueron solidificándose. Buscar una venganza podía ser algo noble si había actividades ilícitas por parte de los Meade, pero también sería agotador. Tendría que nutrirme de la rabia, algo que podría haber funcionado cuando tenía dieciocho años. Pero ¿a los treinta y tres? Imposible.

Pero tampoco podía dejarlo pasar como si tal cosa. Nada podía volverme a mi madre, pero ahí estaba la VERDAD N.º 6: ella no era la única implicada. Yo podía librar aquella lucha por Phoebe, cuya enfermedad era evidente. Podía librarla por Sabina, que tanto hablaba de respeto pero no tenía ni idea de ciertas amenazas. Podía librar la batalla por Hal Healy, cuya preocupación por la moral de los chavales del pueblo era poco menos que para echarse a reír si se tenían en cuenta factores como la contaminación del aire que respiraban el agua que bebían y el pescado que comían.

No puedo decir con certeza que oyera la voz de mi madre. Ni siquiera sé con certeza que ella hubiera querido que yo hiciera lo que iba a hacer. Al igual que Sabina, a ella le daba miedo que la gente hablara.

Sí que oí a Grace, pero desde muy lejos. A Grace no le gustaban las tumbas. Pero eso sí, le gustaba desenterrar cosas que estaban enterradas. Desde luego que sí; esas cosas le encantaban.

Para resumir: mamá estaba muerta. Phoebe estaba enferma. Y aparte de la necesidad de Grace de escandalizar a la gente, sabía qué era lo que debía hacer.

Para: Annie Barnes

De: Azul Azul

Asunto: ¿Qué hacemos ahora?

Depende. ¿Qué planes tienes tú?

Para: Azul Azul

De: Annie Barnes

Asunto: Re: ¿Qué hacemos ahora?

No he pensado en nada, salvo averiguar si mi madre enfermó por algo de Middle River. No, no estoy planeando ningún libro. ¿No es eso lo que vuelves a preguntar? Y si no tú, es lo que hace todo el mundo, y la pregunta se está poniendo

rancia. ¿Estás dispuesto a ayudarme? ¿Sí o no?

Depende. Hay otros medios además de los libros para dar a conocer un error. Podrías publicar la información que yo te dé en The Washington Post, que sería lo mismo que escribir un libro. Y otro tanto si se la das a tu amigo Greg Steele.

¿He de entender que no te gustan esas opciones? ¿Te estás echando atrás?

¿Echarme atrás? De ninguna manera. Recuerda que yo vivo aquí. Tengo incluso más razones que tú para querer que se solucionen las cosas. Pero mi problema es el siguiente: si haces lo que no debes con lo que averigües, este pueblo se transformará de una forma que tu querida Grace no podría comprender. Un libro, un periódico, las noticias de la noche... no importa cómo salga la historia a la luz, pero si vas a por algo espectacular, Middle River será invadido no solo por los medios de comunicación, sino por los abogados. ¿Y sabes qué ocurre entonces?

Que atacan como fieras.

Eso es quedarse corto. Vienen auténticas hordas de abogados especializados en casos de daños corporales y les hacen promesas delirantes a todas las posibles víctimas. Organizan sus pleitos colectivos, filman las historias, que aparecen en portada en el césped del ayuntamiento, y consiguen titulares, un gran juicio y una jugosa resolución judicial. Por desgracia, ellos son los únicos que sacan algo en limpio. Northwood pierde un dineral por el pago de daños y perjuicios y costas, incluso quiebra, en cuyo caso la economía del pueblo se va al garete junto con los puestos de trabajo de los que viven aquí. ¿Y las víctimas que supuestamente están recibiendo dinero por su sufrimiento y su dolor? Una vez que los abogados recojan su parte, se paguen las costas del juicio y se reparta el resto entre todos los interesados, la víctima individual se lleva una miseria.

Parece que no te gustan los abogados.

No es cierto. Mi compañero de habitación en la universidad es abogado, y haría cualquier cosa por él, pero es el primero en aconsejarme que evite los litigios. Y eso es lo que estoy haciendo. Quiero que las cosas se solucionen, si no por mí, al menos por los chavales del pueblo. No quiero que lo destruyan, y eso es lo que ocurrirá si vas a por titulares escandalosos.

No tengo ninguna necesidad de titulares. Lo que necesito son respuestas. Si las respuestas lo justifican, quiero un cambio.

Si eso es todo, estamos en la misma situación. El problema es que una vez que te dé la información, en realidad puedes hacer lo quieras con ella. ¿Puedo confiar en que me estás diciendo la verdad?

Y yo te pregunto: ¿puedo confiar en que me dirás la verdad? ¿Cómo sé yo que no eres un instrumento de los Meade y que me darás pistas falsas para tenerme entretenida mientras estoy aquí?

A ver qué te parece esto. Las normas del gobierno permiten cierta cantidad de contaminación. Cuando una fábrica como Northwood supera esa cantidad, se le exige que la cargue en bidones de unos 210 litros y que la lleve a una zona autorizada para depositar residuos tóxicos. Cuesta mucho dinero y reduce los beneficios. A veces, en Northwood se emplearon otros métodos.

¿Qué métodos?

Ahora te toca a ti. Ofréceme algo. Estamos intentando establecer una confianza mutua. Aporta algo o cierra.

Acabo de terminar de señalar con puntos un mapa del pueblo. Cada punto representa a alguien que ha sufrido una enfermedad grave durante los últimos cinco años. En algunos casos, no hay ninguna pauta. En otros casos, hay grupos claros. En la orilla del río, por ejemplo. Hiperactividad, distrofia muscular, autismo... montones de problemas en los niños del otro lado. Podría ser genético, coincidencia o toxicidad. ¿Qué crees tú?

Azul Azul no respondió, pero no me preocupé. Cuando envié el último mensaje era muy tarde. Me fui a la cama y volví a dormir más de lo debido. Pero estaba de vacaciones, ¿no? ¿Para qué son las vacaciones sino para dormir hasta tarde?

Por eso empecé a correr a las ocho. Grace no podría haberse puesto más contenta.

«Buena chica. Conque jugando con fuego, ¿eh? En cuestión de hombres eres muy aburrida».

Perdona, objeté. Tú no me ves en Washington. He salido con varios hombres nada corrientes.

«¿Nada corrientes?».

Impresionantes.

«James Meade es otra cosa. Y con drama. Es el archienemigo número uno».

Más bien el archienemigo número dos. Aidan es el número uno, a juzgar por su conducta en el pasado, que aún no he perdonado. Pero no te entusiasmes. Nada de dramas. Me lo encuentro corriendo. ¿Y qué?

«Sabes qué. Te gusta su físico».

De eso nada. Me gusta cómo corre.

«Es lo mismo. ¿Dónde está?».

Todavía no hemos llegado. Sigue una ruta.

«¿Y por qué sigue esa ruta? ¿Está cerca de donde vive?».

No sé dónde vive.

«¿No has preguntado?».

No, no he preguntado. Eso daría a entender que quiero saberlo, y no quiero.

«¿Está casado?».

No que yo sepa. En el periódico no ha aparecido ningún anuncio, ni han hablado de una esposa, ni ha aparecido ninguna fotografía de los dos juntos en un acontecimiento social. Y punto Si hubiera ocurrido algo, Sam lo habría sacado. Le encanta lo visual.

«¿A qué espera James? ¿Qué le pasa?».

Ni lo sé ni me importa. Ya te lo he dicho: me gusta cómo corre. Nada más.

Apenas había llegado a esa conclusión cuando lo vi salir de la cae transversal que tenía delante. Estaba segura de que continuaría como otras veces, pero no. Me miró y aflojó el paso. Siguió corriendo, describiendo un óvalo, hasta que llegué a su altura y, sin pronunciar palabra, empezó otra vez en línea recta.

Yo cogí el ritmo detrás de él. Eso era lo que debía de querer porque si no, no habría aflojado el paso, y a caballo regalado no le mira el diente. ¿Pies planos? Sí, pero era bueno. Cuando corres con alguien mejor que tú, corres mejor. Lo mismo ocurre con la mayor parte de los deportes, ¿no?

No me defraudó. Corría a una velocidad que no sé si sería la habitual en él, pero

suponía un desafío para mí y seguí su ritmo. No estaba lo suficientemente cerca como para beneficiarme del tirón que supone un corredor más rápido, pero me marcó de un modo que no había hecho nadie desde la época en que pertenecía a un club de atletismo, hacía varios años. Vale, de acuerdo. Había un elemento de orgullo en aquello. Él había lanzado un reto y yo estaba dispuesta a aceptarlo. Pero también tenía algo de poético. Yo lo estaba utilizando, y la idea me gustaba.

A unos tres metros detrás de él, lo seguí por las carreteras secundarias del pueblo, y aunque había pocas casas, pasaron a nuestro lado varios coches. ¿Me preocupaba que me vieran corriendo con James? En absoluto. Mi imagen en Middle River estaba por los suelos; no tenía nada que perder. La imagen de James era otra historia. Podía empañarse si lo veían corriendo conmigo. Pero era idea suya, ¿no? Podría haber acelerado en cualquier momento y haberme dejado en la estacada.

Casi esperaba que lo hiciera, aunque solo fuera para ponerme en mi lugar. Habría sido algo típicamente Meade. Pero era corredor, y yo había llegado a considerar a los corredores un poco por encima de los demás.

Se quedó conmigo, o dejó que me quedara con él, hasta que llegamos al cruce de las calles Coolidge y Rye, donde nos habíamos encontrado la primera vez. Entonces se dirigió hacia Willow, levantó la mano para saludar y continuó sin mirar hacia atrás.

El martes corrimos codo con codo. No hablamos. Él hacía un gesto cuando quería torcer, siguiendo una ruta ligeramente diferente de la del día anterior, y a mí no me importaba dejarlo elegir. Conocía mejor que yo las mejores calles para correr, y eso me permitía concentrarme en apoyar en el suelo la parte exterior del talón, en mantener las rodillas bien flexionadas, en modular la respiración y mantenerme al ritmo de James. Y lo conseguí. Al separarnos en el cruce de Coolidge y Rye, me sentía orgullosa.

Llamó a casa aquella noche. No sé qué habría hecho si Phoebe hubiera contestado el teléfono. No se lo pregunté. La conversación fue breve.

—¿Vas a correr mañana? —preguntó.

—Sí.

—¿Quieres probar por el campo?

Estaba dispuesta. Me molestaba un poco una rodilla, y un sendero de tierra sería más indulgente que el pavimento.

—Claro.

—¿En la pista estudiantil a las ocho?

—Allí estaré.

Éramos los únicos, observé mientras atravesaba el aparcamiento hasta la parte

posterior de este y doblaba una esquina para llegar a la franja en la linde del bosque, pero no me sorprendió. Los corredores no hacían la ruta a campo traviesa a las ocho de la mañana, al menos durante el curso o en pretemporada. Llegarían más tarde. De momento, estaba todo tan desierto como prometía estarlo el sendero que atravesaba el bosque.

No es que James hubiera podido pasarme inadvertido, incluso si el aparcamiento hubiera estado lleno. Había llevado el gran todoterreno negro en el que lo había visto una vez. Entonces iba al volante Tony O’Roarke, pero en esta ocasión no había nadie. Las ventanillas estaban bajadas —ya hacía calor a las ocho—, y James estaba haciendo ejercicios de estiramiento en la hierba, no lejos de donde comenzaba el sendero.

Aparqué y me acerqué a él, y he de reconocer que sentí ciertos reparos. ¿Timidez? No lo sé. Anteriormente siempre había ido con Pecho al descubierto, pero aquel día llevaba una camiseta sin mangas. En cierto modo parecía más personal, como si, puesto que sabía con seguridad que íbamos a correr juntos, hubiera pensado mejor lo de la desnudez.

Sí, lo sé. No quería que nadie, es decir, yo, pensara lo que no era. Pero cubrirse esa pequeña parte no influía para nada en el decoro al menos no para mí. Llevaba al descubierto brazos y piernas, largos y firmes, de muñecas y tobillos delgados, y la camiseta no ocultaba los mechones de vello del pecho, ni la sombra más oscura bajo los brazos, ni la sombra de la barba. Ni la nuez. James Meade era muy viril.

Sin embargo, quizá resultara más impresionante por estar allí estirándose, sin correr. Desde luego, parecía una especie de garza, con una pierna doblada y el pie en el trasero y apoyado sobre la otra. Pero incluso con una sola pierna resultaba impresionante.

Sea como fuere, me sentí ligeramente intimidada. Greg y yo habíamos estado en una cena ofrecida a los medios de comunicación y me presentaron a George Clooney. Vale, es posible que George Clooney no sea santo de su devoción, pero despierta algo en mí. James tuvo el mismo efecto en ese momento, y posiblemente por una razón similar. Era una especie de celebridad, sin duda la atracción estelar de Middle River. Dada la sinergia entre el pueblo y la papelera, él dirigiría ambos cuando Sandy se jubilara. En ese sentido era un hombre poderoso.

El poder seduce, decía la intelectual que hay en mí. La visceral vio de repente química pura y dura. No sentía nada de carácter físico por Tom Martin, y con Aidan Meade quizá era demasiado joven e ingenua para superar lo que él era. No me pasaba lo mismo con James. Él era peligroso.

¿Tímida? ¿Intimidada? Me sentía atraída hacia él, y era la mayor estupidez del mundo. ¿Acaso era masoquista? James era un Meade, de la misma calaña que Aidan. Sentirme atraída por él era sencillamente una tontería.



Y yo era tonta, y estaba cohibida.

Así que empecé a estirarme. Eso es lo que hicimos: ejercicios de estiramiento. Yo seguí mi rutina de siempre, pura costumbre, y me vino bien, porque no tenía que pensar en ello. No tenía que mirar a James para saber qué estaba haciendo su cuerpo. Las largas piernas estirándose, el torso inclinado sobre los muslos extendidos, el pecho elevado por las manos entrelazadas mucho más arriba de lo que yo podría llegar jamás, la cabeza moviéndose lentamente de un lado a otro.

¿Estimulación? Madre mía, si cuando empezamos a correr yo tenía tal carga de energía que habría batido mi propia marca sin necesidad de que James me marcara el ritmo.

El sendero era estrecho. Él iba delante, y yo me centré en la carrera. Correr por el campo es distinto a correr por la calle. Se necesita mayor concentración, sencillamente porque el terreno es menos llano.

Por cierto; la ruta estudiantil está en la colina de Cooper. La colina de Cooper. ¿Les suena? En ese caso, son astutos. La colina de Cooper alberga el promontorio de Cooper, escenario de mi humillación a manos de Aidan Meade. Al contrario que la colina, el promontorio es una atalaya sobre el pueblo, al que se llega por un sendero que asciende por el bosque. Es un recorrido fácil, incluso por la noche a la luz de una linterna, de diez minutos como máximo. Con respecto a la colina, la única atracción que ofrece es una pista para trineos en invierno.

Por otra parte, la pista para correr es el lugar favorito para el esquí de fondo. Ondula suavemente alrededor de la falda de la colina a lo largo de unos tres kilómetros. Y si piensan que tres kilómetros no es gran cosa, tengan en cuenta que esa distancia a campo a traviesa equivale a casi cinco sobre una superficie llana en cuanto a tiempo y esfuerzo físico.

Pero lo cierto es que estaba dispuesta a dar otra vuelta cuando acabamos la primera, y le hice un gesto a James cuando me miró con expresión interrogativa. Sí, me molestaba un poco la rodilla, pero por lo demás estaba dispuesta a continuar. Tras haber superado el asunto de la atracción —fue suficiente para curarme pasar una vez por el sendero del promontorio de Cooper—, aquella ruta era la ideal para correr en un día caluroso y soleado como aquel. Aparte era hierba que cubría la pista de trineos, el sendero tenía sombra de sobra. Allí corrimos por un lecho de hojas, agujas de pino y tierra. Sí, había que sortear las raíces de los árboles al descubierto. Yo tropecé con una al principio, y apenas pude enderezarme antes de que James mirara hacia atrás. No volví a tropezar.

La segunda vuelta resultó más agotadora. Seguí el ritmo, pero me sentí agradecida cuando llegamos al punto de partida. James estaba empapado en sudor; le caían goterones por la cara, que se apartó con un brazo, un brazo también brillante, y el vello pegado a la piel, pero yo no estaba mucho mejor. Los mechones de pelo que

se me habían escapado de la cola de caballo estaban adheridos al cuello, la cara resplandeciente, la camiseta y los pantalones cortos empapados. Los dos respirábamos con dificultad, pero en ese momento yo no estaba pensando en su cuerpo. Estaba pensando en que la carrera había sido divertida.

Eso debía de pensar él también, porque su cara húmeda tenía una expresión sorprendentemente plácida. Nos quedamos allí jadeando unos momentos, mirándonos y nada más. Y yo sonreí. ¿Por qué no, qué demonios? Si volver a las inmediaciones del promontorio de Cooper era una prueba, la había pasado. Me había mantenido a la altura de James. Me miraba fijamente, y yo me negué a desviar la mirada.

Al cabo de unos momentos sacudió la cabeza y se dirigió a su coche. Sacó dos botellas de agua de una nevera que había en el asiento de atrás y me ofreció una. Me la bebí de un tirón, y acepté agradecida otra de las dos que cogió. Me la apoyé en la cara, y me encantó sentirla contra la piel sudorosa y colorada. Después cerré los ojos, eché la cabeza hacia atrás y me puse la botella fría en el cuello.

Cuando enderecé la cabeza y abrí los ojos, James estaba mirándome.

En realidad, estaba mirándome los pechos.

Me aclaré la garganta. Sus ojos se encontraron con los míos. ¿Se sentía avergonzado? No. Pero eso es lo que tiene el poder. Los Meade rezumaban poderío. No sentían vergüenza a la hora de utilizar a la gente... y de eso se trataba en aquel momento. De ninguna manera iba a desear realmente James Meade a Annie Barnes, a no ser para frustrar la misión que yo tenía allí. Pero yo no iba a picar. No tenía intención de que me tomaran el pelo, de tropezar dos veces en la misma piedra.

Y no iban a tomarme el pelo. Si alguien utilizaba a alguien, en esta ocasión iba a ser yo. Una vez tomada la decisión, seguí mirándolo mientras hacía ejercicios de estiramiento. Sí, vale, era un hombre, pero si yo me sentía atraída, ¿qué daño podría hacerme jugar un rato? Si James podía hacerlo, yo también. Correr era una cosa mía de Washington; siempre y cuando mi contacto con él se limitara a eso, yo mantendría una posición de fuerza.

¿Me sentía como una lagarta? Pues no. Si acaso, me gustaba saber que mientras corría con James Meade, estaba planeando joderlo.

Bueno, no he elegido bien la expresión. Evidentemente, es una forma de hablar.

Pero supongo que me entienden. Quizá no estuviera ya por la labor de la venganza, pero si, como se deducía de las palabras de Azul Azul, resultaba que se habían retirado residuos tóxicos de una forma imprudente, James Meade y su familia tendrían algo de lo que responder.

No hablamos gran cosa aquella mañana. James no volvió a mirarme los pechos. Me miró la boca, los ojos, las piernas... y me pareció que se quedaba perplejo, como si no esperase que yo tuviera ninguno de esos elementos o que no funcionaran como las mismas partes del cuerpo en otras mujeres. Parecía confuso, como si no creyera

que yo pudiera correr, y mucho menos mantener su ritmo.

Naturalmente, con un Meade nunca se sabía qué podía significar una mirada.

Pero yo no era ni virginal ni inocentona, no trabajaba en la papelera y no le tenía miedo a James. Le di las gracias por el agua. Fueron las únicas palabras que pronuncié antes de dirigirme a mi coche.

Era Grace quien tenía necesidad de hablar. Apenas había salido del aparcamiento cuando empezó a arremeter.

«Pero ¿qué estás haciendo? —preguntó. Evidentemente, estaba enfadada—. O sea... no se juega con un hombre así. Ve a por él como es debido. Podrías haberlo conquistado. Podrías haberle dicho algo bonito. Podrías haberle dicho que es un corredor fantástico. Podrías haberle hecho ojitos, por Dios».

¿Hacerle ojitos? Pero si eso ya no lo hace nadie hoy en día.

«Si quieres jugar, adelante. Sácale todo lo que puedas, cielo. Podría ser la parte fundamental de tu libro».

¿Qué libro? No estoy escribiendo ningún libro.

«Pues yo creo que deberías hacerlo, pero tienes que meter algo de sexo. El sexo vende bien. El sexo de verdad. El sexo explícito, directo».

Mis libros se venden bien sin necesidad de eso.

«Pues se venderían mejor si lo incluyeras. ¿Te acuerdas de lo pasó cuando al fin vendí *Peyton Place*? Que mi editora me obligó añadir una escena de sexo entre Constance y Tomás. Lo escribí en su despacho, en una hora, y a mí no me gustó, pero a mis lectores les encantó. Vendí doce millones de ejemplares de *Peyton Place*. ¿Has conseguido algo parecido con alguno de tus libros?».

No, reflexioné, acelerando mientras torcía a la izquierda, desde School hasta Oak, porque los tiempos han cambiado. Prácticamente ningún título vende doce millones de ejemplares en la actualidad. Hay demasiada competencia, demasiados libros de otros escritores, demasiadas formas de diversión, como el cine, los DVD y la televisión por cable. Además, en su día *Peyton Place* fue algo único con su contenido de sexo. El sexo en los libros actuales es algo de lo más corriente.

«Pero ¿qué te pasa? Seduce a James Meade y tendrás un argumento estupendo para un libro».

Me paré en el cruce de Cedar y Oak, dejé pasar un coche y volví a acelerar. Grace estaba empezando a fastidiarme. No voy a seducir a James Meade, insistí. Solo conseguiría quemarme. Y no voy a escribir un libro.

«Vaya chasco contigo».

Pues vaya pesadez contigo.

«Me voy».

Muy bien. Vete. De todos modos voy a parar dentro de nada. Quiero *The New York Times* y monedas de chocolate.

«Vale. Olvidemos lo del libro, pero seduce a James Meade y encontrarás toda la porquería que necesitas sobre la fábrica».

Eso es repugnante, pensé.

«Es la mejor forma de obtener información. En mi época se hacía continuamente. Vosotros sois todavía más promiscuos, así que no veo el problema por ninguna parte».

Vete.

«Desde luego. Pero cuando tus investigaciones no lleguen a ninguna parte, acuérdate de lo que te he dicho».

¡Que te vayas!

Oí una sirena y al principio pensé que era un aviso, para mí, para Grace o para las dos. Después me di cuenta de que era el coche que estaba detrás de mí. ¿Un coche? Más bien un coche patrulla de la policía, a juzgar por los destellos que despedía la barra del techo.

En nuestra ciudad raramente se oían sirenas ni se veían destellos de luz. Pensando que había ocurrido algo grave, me hice a un lado y paré junto a la barbería para dejarlo pasar. Para mi desgracia, se paró justo detrás de mí y apagó la sirena. Pero las luces siguieron encendidas.

Estaba intentando dilucidar a qué venía todo aquello cuando el jefe de policía Greenwood se aproximó hacia mí, con toda la tranquilidad del mundo, con la barriga por delante pero más tieso que una vela. Lo miré y le dije hola.

—Carnet de conducir y documentación del coche, por favor —dijo con una voz que se había hecho más áspera durante los años que yo no había estado allí.

Parpadeé.

—¿He hecho algo mal?

—Iba a demasiada velocidad. El carnet y la matrícula, por favor.

Enganchó los pulgares en el cinturón, a la espera.

—¿A demasiada velocidad? —repetí—. ¿Aquí? Si acabo de parar. ¿Cómo podía ir a demasiada velocidad?

—El límite es treinta. La señal está ahí mismo. Usted iba a más de treinta.

Miré a mi alrededor. Antes había un coche delante de mí, y venían otros a la misma velocidad que yo había ido antes de parar.

No. No es verdad. No iban a la misma velocidad. Todos habían reducido para mirarme. Me aclaré la garganta.

—Quizá fuera a cuarenta, como muchísimo.

—Cuarenta sobrepasa el límite.

—¿Lleva radar?

—No me hace falta. Sé cuando alguien lleva exceso de velocidad. Carnet y documentación del coche, por favor.

No me habían puesto una multa por exceso de velocidad en mi vida, y no sabía de nadie a quien se la hubieran puesto en aquella calle.

—¿Es una nueva campaña o algo así? —Volví a mirar a mi alrededor. Había varios hombres en la barbería, otros en las mecedoras a entrada de la tienda de Harriman, varios hombres y mujeres en las sillas repartidas por el césped del ayuntamiento. Todos estaban pendientes de lo que pasaba (y los destellos chillones llaman mucho la atención) pero nadie cruzó la calle—. ¿He puesto a alguien en peligro?

El jefe de policía suspiró.

—No se trata de eso, señorita Barnes. La gente que vive aquí pues bueno, están al tanto de lo que pasa aquí. Pero ustedes, los de fuera, vienen aquí e intentan hacer las cosas a su manera, sin importarles el bien común. Y cuando se está en este pueblo, hay que respetar nuestras leyes.

Tendió una mano y esperó.

Para no montar un número, saqué el carnet y la documentación de la guantera.

Tardó diez minutos en rellenar la multa. Estoy segura de que la mayoría de la gente del pueblo sabía que me estaban poniendo una multa antes de que yo tuviera el papel en mi poder. Pasaban coches y camiones, y sus conductores volvían la cabeza para mirarme. La gente entraba y salía de los edificios, estirando el cuello para cotillear. Y seguían las luces destellantes.

Empecé a sudar: estaba allí sentada, a pleno sol, encima teniendo que soportar el ardor de las docenas de pares de ojos clavados en mí.

Desde luego, Greenwood, el jefe de policía, lo estaba haciendo a propósito. Era un títere de Sandy Meade. Pero si lo que Sandy tenía pensado era intimidarme, su táctica me daba risa. Allí parada, esperando la multa por exceso de velocidad, expuesta a la mirada de cuantos habitantes del pueblo pasaban a mi lado, tuve una súbita inspiración.

Paré un momento para comprar el *Times* y unas monedas de chocolate, pero si bien Marylou Walker estuvo conmigo mucho más fría que en los días anteriores, no me importó. Salí de la tienda en un pispas, metí las cosas en el coche y me fui a casa.

Dio la casualidad de que Phoebe ya se había ido a la tienda, lo que significaba que no tendría que bajar la voz para hablar por el teléfono de la cocina con el departamento de Servicios Medioambientales de New Hampshire.

Sí, vale. Antes había dicho que no me atrevía a llamar a ese organismo por si acaso se enteraba alguien relacionado con los Meade; pero eso había sido el viernes, y estábamos a miércoles, antes de que Azul Azul apareciese como un aliado, antes de la revelación en el cementerio, antes de mi codo a codo con ni más ni menos que el poderoso James Meade. Antes de que Greenwood, el jefe de policía, e pusiera una multa por exceso de velocidad con un «Márchate de aquí» escrito con tinta invisible.

Y antes de que se me cruzaran los cables.

No llamé directamente allí. Llamé a la ayudante de Greg en Washington, que conocía todos los entresijos de esos asuntos y además era amiga mía. Me conectó con una de las líneas que utilizaba la cadena cuando se requería discreción.

¿No se lo creen? Piensen un poco. La gente de los medios de comunicación tiene toda clase de recursos. Hacer llamadas telefónicas ilocalizables es uno de los más sencillos.

Naturalmente, habría preferido, con mucho, tomar el camino directo, pero las circunstancias recomendaban precaución. ¿Cómo se sentirían si los parasen en medio del pueblo por hacer algo que hacían todos continuamente y los obligasen a quedarse allí mientras todo el mundo los miraba? ¿Estuvo todo ese rato revisando mi documentación el jefe de policía Greenwood? ¿Estuvo comprobando si realmente podía haber algo contra mí? Claro que no. Me hacía esperar para que sufriera la humillación.

Y que conste, no iba a demasiada velocidad. Era intimidación pura y dura. ¿Era eso tomar el camino directo? El jefe de policía representaba a la ley, y sin embargo, hizo que me sintiera impotente y acosada. Además, con tantas personas como estaban mirando, ni una sola salió en mi defensa. Se volvieron contra mí, y no era una cuestión de paranoia por mi parte. Hasta entonces me habían mirado con cierta amabilidad, pero ahora me censuraban abiertamente. La frialdad de Marylou Walker fue la gota que colmó el vaso.

¿Qué les había hecho yo? Tanta injusticia me sublevaba. Si alguna vez han sentido lo mismo, comprenderán que recurriese a ese subterfugio de la llamada telefónica, y dio la casualidad de que ni siquiera tuve que mentir sobre mi identidad. Me presenté como una novelista que estaba investigando el asunto de la intoxicación por mercurio como posible tema para un libro, algo que en teoría era verdad. Aunque no tenía pensado un libro sobre Middle River, ¿quién sabe si mi libro no giraría en torno a ese tema?

La mujer del departamento de Servicios Medioambientales de Hampshire que me contestó al teléfono ni siquiera me preguntó mi nombre. Confiada y cándida, se limitó a preguntarme qué deseaba.

—Me gustaría saber si hay fábricas que producen residuos de mercurio en este estado —contesté sin ceñirme a nada concreto.

—Sí, existen esas fábricas —replicó.

—¿Papeleras, sobre todo?

—¿Que producen mercurio? Son la mayoría, pero no exclusivamente.

—¿Las controlan ustedes?

—Sí. A toda fábrica que vierta residuos de cualquier clase en nuestras aguas se le

exige un permiso. Después hacemos pruebas, mensual o trimestralmente. Se toman muestras de agua en el lugar de los vertidos y se envían a los laboratorios para que las analicen. También hacemos pruebas del aire, tomando muestras de las emisiones.

—¿Quién se encarga de esas pruebas?

—De las del agua, la propia fábrica. Con el aire, normalmente enviamos a un observador de nuestro departamento.

—¿No supervisan directamente las muestras de agua?

—Normalmente no.

Pensé que era como lo del zorro que vigila gallinas.

—¿Y si a alguien se le ocurriera llevar al laboratorio agua embotellada como si fuera del río?

—Notarían la diferencia en los laboratorios. Conocemos la composición química del agua del río.

—¿Y si a alguien se le ocurriera tomar agua del río y filtrarla, librarla de los elementos nocivos?

—Si alguien llegara a tal extremo, daría a entender que la contaminación es importante, y entonces lo corroborarían las muestras aire. Además, realizamos inspecciones anuales para comprobar que las fábricas eliminan adecuadamente los residuos peligrosos. El proceso de eliminación es fundamental. No es solo que haya que atenerse a las normas, sino que todo lo que exceda los límites legales tiene que cargarse en contenedores y llevarse a un depósito autorizado. Las fábricas pagan una cantidad por eliminar ese exceso de residuos, y guardan los registros sobre la cantidad que ha ido a parar a cada sitio. También pagan al estado correspondiente por cada kilo de desechos producido.

—¿Qué cantidades se manejan?

—Depende de cada fábrica.

—La Papelera Baxter, o Wentworth, o Northwood, por ejemplo.

—Todas esas fábricas podrían producir hasta trescientos o cuatrocientos kilos en un período dado. A razón de seis centavos por kilo pagados al estado, se podría calcular unos dos mil dólares.

Dos mil dólares no me parecía una cantidad prohibitiva, y no me cabía duda de que Northwood podía afrontarla sin llegar a la bancarrota.

—¿Comprueban si los informes que envían son correctos?

—Solo cuando se desvían de lo normal.

—¿Y cómo calculan qué es lo normal?

—Tenemos nuestros archivos. Hay una página web, si quiere consultarla.

Me dio el localizador uniforme de recursos y me explicó cómo funcionaba.

—¿Y los resultados de las pruebas? —pregunté—. ¿También se pueden encontrar en la página web?



—No. Las fábricas guardan esos resultados, y también nosotros, durante una temporada. Después los archivamos.

Northwood no iba a enseñarme sus archivos.

—¿Podría alguien como yo acceder a sus archivos?

—Sí, pero hay que seguir un procedimiento.

Sabía cómo eran esos procedimientos. Tendría que presentar una solicitud; eso me llevaría tiempo y, entre la información que tendría que dar y la posibilidad de que alguien del departamento notificara a Northwood, la liaría.

—De acuerdo —dije—. En otro orden de cosas, se sabe que la exposición al mercurio provoca problemas de salud. ¿Se encarga de eso su departamento?

—Conocemos los problemas de salud, pero no seguimos el desarrollo de casos concretos. Resultaría complicado. Es difícil diagnosticar la intoxicación por mercurio. Nos enteramos de algún caso agudo, pero nada más. Un inspector local de Sanidad podría saber más. Quizá debería ponerse en contacto con alguno.

—Es una buena idea —repliqué agradecida. Y era buena idea, si bien discutible. En Middle River no había inspector de Sanidad—. Ha sido usted muy amable.

—Forma parte de mi trabajo —replicó con simpatía.

—Entonces, ¿no le importaría que le hiciera un par de preguntas más?

—Por supuesto que no.

Planteé una hipótesis.

—Supongamos que una papelerera quisiera ocultar la cantidad de residuos de mercurio que produce. ¿Qué haría?

—Podría enterrar los residuos indebidamente. O falsificar los archivos.

—¿Podría ocultar un vertido?

—Técnicamente, sí. Pero si el vertido fuera de grandes dimensiones, las repercusiones serían evidentes, con personas repentinamente muy enfermas. En tal caso, la fábrica podría intentar ocultar la importancia del vertido, pero no podría esconder el hecho mismo.

—¿Y el soborno?

Se rio.

—Sería difícil, teniendo en cuenta la cantidad de personas que trabajan en las papeleras.

Evidentemente, no sabía el poder que tenían los Meade.

—¿Cómo podría una persona, mi protagonista, por ejemplo, sacar a la luz un intento de ocultar un vertido?

—Eso está un poco fuera de mis competencias.

—Imagínese. Por simple especulación.

Reflexionó unos momentos.

—Probablemente hay informes, pero serán internos. Necesitaría tener a alguien

dentro para que se los proporcionase, igual que para mostrar que se han falsificado los registros.

Azul Azul. Él era mi hombre. Él podría darme esos datos.

Sabiendo lo que tenía que hacer a continuación, cedí ante una auténtica curiosidad.

—¿Cómo se limpia un vertido de mercurio?

—No es fácil —contestó la mujer—. La limpieza supone descontaminar todo lo que ha estado en contacto con el mercurio: ropa, piel, suelo, maquinaria... Como el mercurio es pesado, se deposita en el suelo, y en caso de un vertido en el suelo, la limpieza podría conllevar excavar la tierra y extraer el metal que se ha filtrado. Resulta muy caro y requiere mucho tiempo.

—¿Cree que ha habido vertidos en New Hampshire?

—Sé que ha habido vertidos.

—¿De alguna fábrica que yo conozca? —pregunté en broma, y me apresuré a añadir—: Podría entrevistar a algunas personas para darle un toque de autenticidad.

—Por suerte para nosotros y para desgracia de usted, han cerrado. Así son las cosas. Un vertido de mercurio puede destrozar una fábrica. Comprenderá por qué intentarían mantenerlo en secreto.

Busqué en el localizador que me había indicado. Gran parte de la información era de carácter técnico, como números y códigos de identificación, pero a la hora de la descripción, la cantidad total y el peso de los residuos, los datos eran muy claros. Hasta hacía ocho años, Northwood había producido residuos de mercurio. Comparé la cantidad con la de otras papeleras y eran parecidas. No es que me importaran las demás papeleras. Mi hermana no estaba enferma en aquellas ciudades; solo en Middle River.

Para: Azul Azul

De: Annie Barnes

Asunto: Posibilidades

Parece que Northwood no está en la lista de investigaciones de Medio Ambiente lo que concuerda con que ya no produzca residuos de mercurio. Por eso supongo que uno o más de los siguientes puntos es cierto:

- 1) Northwood falsificó los informes anteriores para ocultar la cantidad de residuos producidos.
- 2) Northwood falsificó las pruebas anteriores para ocultar la potencia de la toxicidad de esos residuos.
- 3) Northwood se deshizo indebidamente de los residuos.

4) Northwood ocultó los vertidos.

¿Tienes o puedes obtener información sobre esto? Lo ideal serían copias de informes internos.

Lo envié con una sensación de satisfacción. Era fundamental avanzar en el frente del mercurio.

Detrás de todo aquello estaba Phoebe. No mejoraba. Yo ya había reservado billetes de avión para Nueva York, pero ella seguía preocupada por Sabina.

Yo quería que Sabina estuviera de mi parte, de verdad. Suponía que seguiría enfrentándose conmigo por lo del mercurio, pero esperaba llegar a un acuerdo sobre Phoebe. Y además, estaba Tom. Tenía que ponerlo al corriente de lo que estaba haciendo. También quería que me diera el nombre de un médico de Nueva York para llevar a Phoebe.

Para matar dos pájaros de un tiro, telefoneé a Washington a mi amiga Berri, la que me había ayudado con la cena en casa de Sabina el viernes anterior.

—Hola —dije, encantada de oír su voz al otro extremo—. Cuánto me alegro de que estés en casa.

Lo dije de corazón, menos por asuntos de comidas que por el afecto. Llevaba en Middle River toda una semana, y cada día era Peor recibida.

—Annie, cielo, ¿qué tal estás?

—Ahora mejor, porque me has contestado al teléfono. Aquí me siento muy sola.

—¿Sola? —repitió en tono de broma—. ¿Con tus hermanas, Sam, Omie y todos esos que, según me has dicho, no te quitarán ojo?

Berri había sido una válvula de escape para mí en los momentos de duda antes de marcharme de Washington. La había preparado bien, mejor dicho, proféticamente, dada la escenita en Oak Street, desde luego, la gente no me quitaba ojo.

—No es lo mismo que tomarme un café con Amanda y contigo. Me da la impresión de llevar fuera de ahí un mes.

—A mí también —dijo Berri—. Por cierto, estamos leyendo *Peyton Place*.

—¿En serio? ¿También Amanda y Jocelyn?

—Las tres.

—Estupendo —repliqué entusiasmada. Y agradecida. Mis amigas eran mujeres muy ocupadas, con poco tiempo para leer. Un libro al mes era con mucho su límite, y normalmente uno actual, de la lista de los más vendidos. La única razón para que hubieran elegido *Peyton Place* era yo. Esa expresión de lealtad no podría haber llegado en mejor momento. Evidentemente, tenía una tremenda necesidad de sentirme querida—. ¿Y qué os parece?

—A mí me encanta. Todavía no he pasado de la página cincuenta, pero es buena escritora. No me lo esperaba.

—¿Pensabas que era una novelucha?

—Pues sí. Vamos a vernos la próxima semana para hablar de ella.

—¡No! —exclamé—. ¡Esperad a que yo vuelva!

Quería participar en aquella conversación.

—La próxima semana solo serán los prolegómenos. Ten por seguro que no la habremos acabado. Amanda tiene una agenda de trabajo bastante tranquila, pero Jocelyn tiene que terminar los planes de estudio dentro de dos semanas. Bueno, y yo también tengo con qué entretenerme. —Bajó la voz, pero añadió con entusiasmo—: He conocido a un tío.

Menuda novedad. Berri se pasaba la vida conociendo tíos. Me eché a reír y replicó:

—O sea, quiero decir que he conocido a un tío. Se llama John. Es muy listo, muy guapo y muy guay. Estaba en la recepción que organicé anoche. Voy a verlo el viernes por la noche.

Berri trabajaba como voluntaria a tiempo completo. La noche anterior había sido para la Fundación para el Riñón, si no me fallaba la memoria.

—¿En qué trabaja?

—Estamos en Washington —respondió burlescamente—. O sea que es abogado. Pero no tiene nada que ver con los demás abogados que he conocido. Para empezar, lleva el pelo largo. Y un pendiente Y tiene un tatuaje.

Añadió las últimas palabras con algo que yo solo podría describir como orgullo.

—¿Y dónde tiene el tatuaje?

—No lo sé. Evidentemente, vi el pelo y el pendiente, pero cuando quise ver el tatuaje se puso muy engreído. Dijo que no hacía esas cosas en la primera cita. En serio es encantador. Y buena persona. Trabaja de abogado gratuitamente para la fundación. Y quiere tener hijos.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

—Lo dijo así, de buenas a primeras, porque había un niño insoportable que alguien había llevado al evento y John fue el único que logró que la criatura dejara de manosear los canapés. Bueno, toqueteaba todo lo que había en las bandejas. Cuando le dije que tenía mano con los niños, dijo que adora a sus sobrinos y que está deseando tener hijos. Tiene veintinueve años.

Contuve el aliento.

—Un hombre más joven. —Berri tenía treinta y tres, como yo—. Ay, Berri, espero que te funcione. Cruzaré los dedos.

Claro que lo haría. Berri quería casarse. Quería la casa, los niños, los coches. Quería amor.

Pero al fin y al cabo, ¿no es lo que queremos todos?

—¿Cómo te salió el solomillo? —preguntó.

—Increíble. Todo salió increíble. Les encantó. Esa es una de las razones por las que te llamo. Necesito otro menú.

—¿Para quienes?

—Algunos son los mismos, otros distintos. Quiero hacer algo aquí para llevar a varias casas ya listo para comer.

—¿Plato único?

—Si es posible...

—Espera cinco minutos. Yo te llamo.

El teléfono sonó al cabo de tres minutos.

—Qué rapidez —dije sin saludar—. Eres un cielo. ¿Sabes lo que significa para mí contar con alguien como tú?

Hubo un brevísimo silencio, y después, en tono bajo, como si le divirtiera:

—No. Dímelo tú.

Era James, claro. Habría reconocido su voz incluso si allí me estuvieran llamando decenas de hombres, cosa que no ocurría. Aun a bajo volumen, su voz era más profunda y resonante que la de la mayoría de los hombres que conocía, y ejercía el mismo efecto sobre mí que cuando lo veía. ¿Química? Tremenda.

Mentiría si dijera que no me gustaba que hubiera llamado. Pero me alegré de que no pudiera ver cómo me sonrojaba ni oír cómo me palpitaba el corazón.

¿Qué podía hacer? Reírme.

—Perdona. Estaba hablando con una amiga de Washington y había prometido volver a llamarme. ¿Te has enterado de lo que me ha pasado esta mañana cuando volvía a casa?

—Sí. El comisario a veces se toma su trabajo demasiado en serio. Supongo que será solo una multa.

—Es algo más que eso. Es el principio de todo el asunto. Me está controlando. Ha estado esperando. ¿Y qué será lo siguiente?

—Pues lo siguiente es que vayas al ayuntamiento y pagues la multa para que nadie pueda echarte nada en cara. Y después, a conducir con muchísimo cuidado.

Yo había pensando en lo siguiente que haría el comisario. En cuanto a lo otro, James tenía razón, por supuesto.

Siguió hablando, en el mismo tono bajo, y me di cuenta de que estaba intentando ser discreto con aquella llamada.

—Tengo una reunión dentro de poco y otra mañana a primera hora, así que ir a correr antes del trabajo me va a ser imposible. ¿Puedes ir después de que termine? ¿Sobre las siete?

—Claro que sí —contesté con una tranquilidad extraordinaria—. ¿En el mismo sitio que hoy?

—Si te viene bien...

—Sí, perfectamente.

La llamada de James me alegró el día. Me dio algo con lo que ilusionarme, algo que tramar mientras esperaba la respuesta de Azul Azul. Me conecté poco después de que me llamara Berri, pero no había nada, ni después, cuando miré el correo a mediodía. Volví a mirar al ver de la tienda de Harriman, y una vez más, cuando metí la empanada de pollo en el horno.

Sí, empanada de pollo. Bueno, más bien empanadas, en plural, porque hice tres bastante grandecitas. Pero no eran empanadas de pollo normales y corrientes. Berri había mezclado varias recetas para llegar a lo que ella llamaba empanada de pollo a la Toscana, con, entre otras cosas, corazones de alcachofa, aceitunas negras, tomates secos y ajo. Si alguna vez hubiera tenido alguna duda sobre la habilidad de Berri, mis dudas se habrían disipado en cuanto la cocina se inundó de olores deliciosos.

Las cortezas se habían inflado y habían adquirido un color ámbar cuando sonó el reloj automático. Saqué las empanadas del horno las puse encima del fogón, y el olor era aún mejor.

Miré la hora. Eran casi las cuatro. Sí, podía dejar la empanada de Sabina en su casa, pero quería ir a la fábrica. Hacía quince años que no la veía y sentía curiosidad.

Abrí el armario de abajo, donde mamá guardaba las bolsas aislantes para llevar la comida caliente a las cenas de la iglesia. No estaban allí, y busqué en los demás armarios de abajo. Fui a buscar a la despensa.

Podría haber llamado a Phoebe, pero quería dejarla tranquila aquel día. Pasé el lunes y el martes entrando y saliendo de la tienda. Estaba harta de hacer recados sin importancia, y también de ver a Phoebe intentando ocultar lo que la aquejaba. Me preguntaba si, teniendo en cuenta su estado, recordaría si habían tirado las bolsas al renovar la cocina o si, en caso contrario, recordaría dónde estaban.

Regresé al centro. Encontré lo que quería en la tienda de Harriman. Compré dos bolsas. Sin hacer caso de las miradas descaradas de los dependientes, pagué, subí al coche y volví a casa.

Cinco minutos más tarde, con dos empanadas de pollo en sus respectivos envoltorios en el asiento delantero, me dirigí hacia la fábrica.

Bueno, aquí estamos, a punto de entrar en la cueva del ogro, Pensé. Desde luego, no parecía un lugar diabólico. Por el contrario, entrada era preciosa, y lo demás muy bonito, pero me estoy ademandando. Permítanme describir lo que vi, que es lo que sé hacer.

El complejo estaba situado al norte del pueblo, que, teniendo en cuenta lo que ahora sabemos sobre la toxicidad que arrastraba la corriente del río, no era el emplazamiento más adecuado. Sin embargo, en la época de su fundación, el pueblo ya tenía sus raíces, y la tierra al sur de esas raíces era de granito. Por una cuestión de

defecto, la fábrica se construyó al norte.

Considerábamos a Benjamin Meade el fundador. Eso era lo que nos enseñaban en los colegios del pueblo y lo que nos remachaban en los cursos de civismo, cuando nos llevaban a los de tercer curso a visitar la fábrica, pero en realidad fue Matthias, el padre de Benjamín quien la había puesto en marcha. A principios del siglo xx era simplemente un aserradero. Desde el norte enviaban troncos por el río a la pequeña factoría de Matthias, donde los aserraban y los transformaban en tablones para la construcción de viviendas en las ciudades más al sur. En los años treinta, Benjamin se hizo cargo del negocio, y al poco tiempo había ampliado lo suficiente la esfera de actividad de la empresa como para hacerse merecedor de la consideración de fundador de la fábrica.

Aun así, empezó de una forma modesta, con un solo edificio a la orilla del río, al extremo de una carretera abierta en el bosque, la misma que tenía ante mi vista, si bien ahora con una señalización nueva, grande y —he de admitirlo— de muy buen gusto. Como hacía un siglo, estaba rodeada de árboles, de abetos blancos y pinos, pinos del Canadá y píceas, todos de hoja perenne, frondosos y pintorescos durante todo el año y con un intenso aroma que no desprendía la fábrica de papel por sí misma. Habían añadido una entrada de piedra, con piezas que habían labrado y llevado allí tras la construcción del edificio más reciente. El cantero siempre era un Arsenault. Los Arsenault labraban las piedras de los edificios de alrededor de la fábrica desde los primeros tiempos de Benjamin, e incluso estaban en nomina. Era una de las pequeñas joyas que nos enseñaban en tercero. ¿Sabíamos valorarla entonces? Claro que no. En ese momento comprendí que esa circunstancia contribuía a la disensión que podría destruir la imagen de la fábrica. Ninguno de los Arsenault hablaría de actividades sospechosas. Si pagas a alguien, te lo devuelve con lealtad.

Los Arsenault eran artistas; su mampostería, sin argamasa, era digna de admiración. A la entrada de la fábrica, el abanico de la piedra iba desde el ámbar hasta el negro de la pizarra en cuanto a coló res, y en cuanto a tamaños, desde las losas pequeñas y estrechas hasta piezas del tamaño de una pantalla de ordenador. Yo he visto construir muros de piedra y sé la maestría que requiere. En este caso, las piezas estaban dispuestas de tal modo que no solo el muro era resistente sino que formaba un interesante mosaico de la piedra local. El producto acabado describía una suave curva a ambos lados de la carretera, a modo de pastoril invitación a entrar.

Entré sin detenerme. No había puesto de vigilancia. Los Meade no necesitaban vigilantes, pero garantizaban su seguridad de maneras más sutiles. Supuse que habría cámaras en los árboles, con un guardia de seguridad que controlase las entradas y salidas. Me pregunté qué pensaría de mi coche.

La carretera era más ancha de lo que la recordaba, un cambio seguramente realizado en los últimos años para dar cabida a los todoterrenos de los Meade. La vía

de acceso estaba en el otro extremo del complejo, y era aún más ancha, para dar cabida a los gigantescos camiones articulados que transportaban las mercancías desde las plataformas de carga.

Desde aquellos hermosos muros de piedra la carretera discurría entre fragantes arboledas a lo largo de unos quinientos metros hasta que aparecía el primer edificio. Eran de ladrillo rojo, con aire colonial: de una sola planta, puertas altas, con frontón, buhardillas, columnas y postigos blancos en la fachada. Ninguno era grande, pero había muchos, que habían ido añadiéndose a medida de las necesidades. Era el campus administrativo, según rezaba el letrero —¿no es encantadora esa palabra, campus?—, debajo del cual había un haz de flechas. Una señalaba hacia el edificio que albergaba el departamento de ventas, otra hacia el departamento de mercadotecnia y otras hacia los despachos de la dirección, desarrollo de productos y centro de datos, respectivamente.

Sabina debía de estar en este último, pero no me dirigí directamente allí. Seguí por aquella ruta tan pintoresca, por la carretera que rodeaba aquellos edificios y, sí, me fijé en el que albergaba los despachos de la dirección. El todoterreno de James estaba a la entrada. O a lo mejor era el de Aidan, porque había una silla para niños en el asiento trasero. También había un coche grande y oscuro, con ventanas de cristales ahumados y el nombre de Sandy Meade escrito por todas partes.

El edificio que albergaba los despachos de los Meade, de ladrillo rojo, se parecía a los demás, pero el tejado era más alto y las ventanas abuhardilladas no eran un simple adorno. Aquel edificio tenía una segunda planta, muy espaciosa, en gran parte de cristal. El despacho de Sandy Meade estaba allí, junto a la sala de conferencias donde él era el rey. Su teoría era que desde la segunda planta tenía una vista del río que no podría tener desde la primera. Todo el mundo sospechaba que lo único que quería era estar por encima de los demás.

Con la excepción de esa segunda planta, los edificios de la dirección se parecían a los demás. Árboles y arbustos estaban bien cuidados, testimonio del trabajo de los jardineros a tiempo completo de Northwood. El césped, recién cortado, aún con las huellas del cortacésped y un olor agradable y cálido a verano, estaba salpicado de sillas blancas de jardín. Los lilos y los rododendros, con las flores desaparecidas hacía ya tiempo, suavizaban la superficie de ladrillo entre las ventanas. No se veía ni un solo hierbajo.

Las entrañas de la fábrica estaban más allá, ocultas tras los árboles. En primer lugar aparecían tres edificios, con una finalidad tan bonita como su estilo, empezando por el Club. Subvencionado en su totalidad por la papelera, era un lugar de reunión para las celebraciones del pueblo. Recordé cuánto tiempo pasaba mi madre allí cuando empezaba a formarse un grupo llamado Mujeres Empresarias de Middle River. Las reuniones se celebraban en torno a una cena, proporcionada por la fábrica



a modo de soborno. A nadie le apetecía especialmente ir en su coche hasta allí, pero la promesa de cenar gratis —y además una cena exquisita—, animaba a las pequeñas empresarias. Otros grupos siguieron su ejemplo, pero no hasta que el edificio fue reconstruido tras un incendio causado por una de esas cenas exquisitas en la cocina, que se propagó rápidamente. Nadie resultó herido en el incendio, y el club que reconstruyeron tenía todas las medidas de seguridad imaginables. Según *The Middle River Times*, la mayoría de los grupos cívicos se reunían en la actualidad allí. Northwood se encargaba de servirles la comida.

¿Agobiante? Claro que sí. Enfrente del club estaba El Cenador. Embutido entre árboles, tenía vistas al río y era realmente encantador. Muchas parejas de Middle River se habían casado allí. Los Meade donaban flores y champaña. ¿A que es bonito?

Y por último, un poco más adelante, estaba el Centro Infantil, en esto Northwood estaba a la vanguardia, al haber abierto una guardería en el lugar de trabajo antes de que lo hicieran los demás. Los padres pagaban una pequeña cantidad, y del resto se encargaba la fábrica. ¿Se imaginan lo agradecidos que estaban aquellos padres a los Meade?

La fábrica propiamente dicha estaba tan cerca que daba un poco de miedo. Algunos días había un ligero olor a azufre, pero en esta ocasión no lo percibí. Quizá estuviera demasiado pendiente de la desaparición de árboles y la repentina aparición de los edificios de ladrillo rojo, surgidos como el ave fénix de las cenizas del gran incendio. Pese al ladrillo rojo, aquello no tenía ningún encanto. Los edificios eran funcionales, estructuras grandes, cuadradas o rectangulares que albergaban la maquinaria para producir el papel a partir de los troncos. Al verlos cuando estaba en tercero me parecieron enormes, tenebrosos. Al contemplarlos desde fuera en ese momento, junto a la garita de seguridad, también me parecieron desmesurados. Y había otro elemento, el tributo al crecimiento de Northwood. Se veía un edificio de ladrillo rojo tras otro. También vi a muchas personas, a pie y en coches. Acababa el turno de día, y la gente salía por la vía de acceso.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó el vigilante.

Respiré hondo.

—No, gracias. Voy al centro de datos.

Tras dedicarle mi más radiante sonrisa, di marcha atrás, giré y me dirigí otra vez hacia el bosque. ¿Me daba miedo la fábrica? Probablemente, pero no tenía nada que ver con la exposición al mercurio. A los Meade no les gustaba que nadie se metiera en su terreno... y sí, allí había una señal al respecto.

El campus administrativo resultaba mucho más acogedor. Apareando junto al incombustible cochecito de Sabina frente al centro de datos, salí del coche, saqué una de las bolsas del asiento y me acerqué a la puerta.

El centro de datos era especial. En primer lugar, el aire estaba fresco, por los aparatos que albergaba. En segundo lugar, más que cuatro espléndidos despachos, cada cual con su sonriente rostro junto a la puerta, había una habitación muy amplia a un lado, con tres mesas, y al otro lado, tras un cristal, el servidor.

Dos de las tres mesas estaban ocupadas, la más alejada de la puerta por Sabina. No le sorprendió verme; alguien la había avisado. Sonreí a su compañero, y me dirigí hacia ella.

—Deberíamos llevar esto a tu coche para que se mantenga caliente.

Sabina se levantó rápidamente y salió delante de mí. Si no la hubiera conocido, podría haber pensado que quería que me marchara, o que no me vieran. O que no me *oyeran*. ¿Quién sabía si su compañero de trabajo era de fiar?

Curiosamente, no se puso furiosa. En cuanto salí por la puerta empezó a andar a mi lado.

—¿A qué viene tanto cocinar? ¿La teoría de conquistar el corazón por el estómago?

—Pues sí —contesté—. No sé hacerlo de otra manera.

—¿Y tanto importa? —preguntó sin mirarme. No tenía el coche cerrado con llave. Abrió la puerta de la derecha y cogió la bolsa.

—Sí. A mí me importa.

—¿Qué es?

—Empanada de pollo, con verduritas. Ah, un momento.

Fui a mi coche, y del hueco que había detrás del asiento saqué una *baguette*. La puse encima de la bolsa de la empanada, que Sabina había dejado en el asiento.

—Qué bien huele —dijo, y cerró la puerta. Se apoyó en ella y me miró, más extrañada que enfadada—. ¿Quieres algo o qué?

Podría haber acometido el asunto principal, que quería una familia, pero ya lo había hecho.

—Pues hoy sí —contesté, y las palabras me salieron a borbotones—. Quiero que te parezca bien lo que voy a hacer. He decidido ir a Nueva York con Phoebe, porque me parece que no puede estar sola en ese viaje de negocios.

—¿No debería ser Joanne quien la acompañara?

—Joanne le hace más falta aquí. Si no voy yo con ella a Nueva York, no puede ir nadie. Phoebe ya me ha dicho que yo no sé nada de compras, y tiene razón, pero sí que sé un poco sobre Nueva York y al menos puedo estar allí para que no se caiga, no se pierda o cometa un error tremendo.

—No está tan mal como todo eso —replicó Sabina, en un tono de indecisión que no le conocía.

—Llevo aquí una semana, y no ha mejorado. Ha empezado a justarse, pero se niega a ver a Tom Martin. Por eso voy a llevarla un médico en Nueva York.

—¿Cuál?

—Todavía no lo sé. El próximo reparto de comida es para Tom. —Sonreí—. Espero que agradezca el detalle y nos ayude a pedir cita con alguien que sepa de estas cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó Sabina con un dejo de desconfianza—. No seguirás con lo del mercurio, ¿no?

—Lo primero que me preocupa es lo del Alzheimer y lo del Parkinson. —Mordiéndose la comisura de los labios, desvió la mirada hacia el bosque y asintió con la cabeza—. En principio no le voy a decir nada del médico —añadí—. Estoy segura de que se negaría. Pero llegado el momento, me gustaría que supiera que tú estás de acuerdo conmigo.

Sabina respiró hondo y me miró a los ojos.

—Yo también estoy preocupada por ella.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo sobre lo del médico?

—Yo sigo pensando que es algo psicológico.

—Si un médico llega a la conclusión de que no es otra cosa, a lo mejor Phoebe quiere ver a tu amiga terapeuta.

Sabina asintió con la cabeza y volvió a desviar la mirada. Pero en esta ocasión me dio la impresión de que se ponía en guardia. Mirando hacia donde ella tenía clavados los ojos, vi a Aidan Meade, que bajaba por el sendero. Se plantó delante de nosotras, con las manos en las caderas, miró a Sabina, después a mí, y sonrió.

—No estaré molestando, ¿verdad?

¿Molestar? ¿Encarándose con nosotras de aquella manera?

Estaba yo pensando en una respuesta cortante cuando Sabina dijo:

—No, no molestas. Annie tiene que marcharse. Solo ha venido a traerme la cena para mi familia. Cocina muy bien.

—Vaya, conque nos hemos metido en los fogones, ¿eh? —dijo Aidan, mirándome con aire de suficiencia.

Yo podría haber contestado un montón de cosas, pero ninguna de ellas le habría servido de nada a Sabina, y era ella lo que me preocupaba. De repente coincidimos en eso, mentalmente, y me importaba mucho más fomentarlo que poner en su sitio a Aidan.

Además, había quedado con James... bueno, no en el sentido tradicional, pero estábamos estableciendo una especie de vínculo. A los corredores se les da muy bien ese tipo de cosas. Pero yo dudaba que Aidan lo supiera. Así que James y yo también teníamos un secreto, y eso me daba fuerzas.

Le di un golpecito a Sabina en un brazo.

—Está hecho, o sea que solo tienes que calentarlo un poco, unos diez minutos.

Sin dirigirle otra mirada a Aidan, entré en mi coche y arranqué.

Aidan Meade no soportaba a Annie Barnes. No se fiaba de Annie Barnes, y sabía desde el principio que andaba en busca de algo, y nada bueno. ¿Un mes entero en Middle River? Mal asunto. Si no lo hubiera notado por aquel aire suyo de superioridad cuando la vio el primer día en el pueblo, se habría dado cuenta por las cosas raras que hacía. Y no era solamente él. También le preocupaba al jefe de policía, lo que significaba que también le preocupaba a Sandy, y cuando a Sandy le preocupaba algo, la tomaba con Aidan. Y encima Nicole, que lo había puesto en apuros no hacía ni siquiera una hora. Aidan no estaba preparado para eso, cuando todo parecía ir tan bien.

«¿Podemos hablar un momento?», le dijo Nicole por el interfono desde su mesa, como hacía muchas veces cuando tenía asuntos de trabajo que tratar con él, pero en cuanto entró en su despacho, Aidan comprendió que algo pasaba. Para empezar, y aunque ella solía tomarle el pelo por eso, ni siquiera pareció darse cuenta de que tenía el palo de golf en una mano y que estaba dando golpes cortos a unas pelotas en un extremo de la habitación. Y algo peor: que no llevaba un montón de papeles en la mano.

Cerró la puerta, se acercó a él y dijo en tono íntimo:

—Podríamos tener un problema. Me ha llamado Hal Healy esta banana. Ha visto a Kaitlin hablando con Annie Barnes, y sabía que me gustaría enterarme. A los dos nos tiene preocupados Kaitlin, porque últimamente tiene una actitud insufrible. A Hal le preocupa que no sea un buen modelo para las chicas del pueblo. —Le sostuvo la mirada—. A mí me preocupa otra cosa.

—¿Qué? —preguntó Aidan. La actitud de Kaitlin no era asunto suyo.

—Me preocupa que Kaitlin lo sepa.

—¿Lo nuestro? —preguntó Aidan con sorpresa—. ¿Y cómo iba a saberlo? No hacemos nada fuera de este despacho.

—¿Y en Concord? ¿Y en Worcester? ¿Y en Nueva York?

—Estábamos trabajando.

Nicole cruzó los brazos sobre el pecho.

—Sí, trabajando. Querrás decir haciendo ejercicio en cueros.

—Vamos, Nicki, ¿cómo se va a haber enterado de esas veces? —insistió Aidan, dejando el palo de golf.

—Quién sabe... Sospechas, rumores, suposiciones, espías. Pero si está enfadada conmigo, podría devolverme el golpe yéndole con el cuento a Annie Barnes. No soporta que yo no pueda ni ver a su padre. Incluso si pillara a su padre engañándome, yo tendría la culpa. El problema es que si se corre el rumor de lo que hacemos, Anton lo utilizará. Lleva tiempo esperando algo así, esperando a que yo meta la pata para

tener una excusa para romper nuestro matrimonio sin que todo el mundo diga que es un canalla.

Aidan le aferró los brazos y la sacudió con cariño.

—No has metido la pata. No se lo has contado a los amigos, ¿verdad?

—No, por Dios. No se lo he contado a nadie.

Desde luego que no. Sabía cuándo tenía algo bueno entre manos. Era la secretaria mejor pagada de la empresa, y se lo merecía.

—Y no estás segura de que Kaitlin lo sepa —le recordó Aidan.

—No, y no puedo preguntárselo directamente. Pero si no, ¿por qué iba a hablar con Annie Barnes? ¿Qué tendría que decirle mi hija a esa mujer? Kaitlin está muy distante últimamente. Lo noté cuando estaba sentada entre Anton y yo en la iglesia el domingo pasado. Según Hal, fue justo después de hablar con Annie.

—Llévala a un psicólogo.

—¿Y que le cuente a otra persona lo que sabe? No es muy prudente, Aidan. Ya sabes cómo son las cosas en este pueblo. La confidencialidad es una fantasía.

Aidan empezaba a cansarse del asunto. No había sido él quien había destrozado el matrimonio de los DuPuis.

—Habla con Kaitlin cuando la veas de humor. O cómprale algo, un cochecito, por ejemplo.

—Anton se niega.

—¿Qué quieres que haga yo?

—Que le pares los pies a Annie Barnes.

Aidan se echó a reír.

—¡Mira quién fue a hablar de fantasías!

Nicole se separó bruscamente de él.

—No tiene ninguna gracia. —Aidan la cogió y la atrajo hacia sí, pero los ojos de Nicole echaban chispas—. Aidan, no tiene ninguna gracia. Si Anton se divorcia de mí, estoy perdida. Quiero decir que me quedo sin dinero, y ese es el único sentido que tiene mi matrimonio. Me gusta donde estoy. Me gusta lo que hago. Me gusta lo que hacemos. Si Anton se entera, se acabó. ¿Tú crees que tu mujer consentirá que pendonees por ahí? Ya te has cargado dos matrimonios por no poder tener la bragueta cerrada. ¿No te obligó a firmar un acuerdo prenupcial para que le des más dinero si la engañas? ¿O es un cuento que me has contado para que tenga la boca cerrada? Pues bien cerrada la tengo. Así que a lo mejor se te ha escapado a ti.

—Te pones preciosa cuando te enfadas.

—¡Aidan! ¡Es-cú-cha-me!

Pero él estaba excitado.

—No se me ha escapado nada. Todavía no. Qué sexy eres.

La besó.

—Aidan —protestó Nicole, pero no se resistió al beso y él profundizó con la lengua en su boca al tiempo que la empujaba contra la Puerta, que cerró con llave, y deslizaba las dos manos bajo la blusa.

Nicole siempre llevaba blusas, por lo general de seda, y sujetador, por lo general de encaje, y a veces él jugueteaba con la sensación de aquellos tejidos contra su piel, pero en aquella ocasión estaba demasiado impaciente. Liberando los pechos con un movimiento simétrico de las manos, puso un pulgar en un pezón y la boca en el otro.

—No sé qué hacer, Aidan —dijo Nicole, pero en un murmullo cortado. Tenía las manos en el pelo de él, sujetándole la cabeza contra su cuerpo.

—Haz esto, nena —susurró Aidan, apretando su boca contra la firme carne de Nicole. Metiendo una mano bajo la falda, le bajó las bragas y después la cremallera de sus pantalones. En cuestión de segundos estaba dentro de ella, y ella lista con la misma rapidez. Siempre sucedía así, y era una de las razones de que su relación funcionara. Él no necesitaba estimulación previa cuando lo apremiaba el deseo. Los movimientos y los ruidos que hacía Nicole le indicaron que ella sentía lo mismo.

Acabaron rápidamente, algo que también era bueno para los dos. Ella quedó satisfecha y él satisfecho. Normalmente, todo quedaba ahí. Pero ese día, Nicole no estaba dispuesta. Después de arreglarse la ropa, se enderezó y dijo:

—La única razón por la que he mencionado lo de tu acuerdo prematrimonial es para recordarte que tú también te juegas algo en esto. Te conviene, y mucho, que Annie Barnes no saque a la luz ni siquiera de forma indirecta lo que hacemos tú y yo. Si yo me hundo, no me hundiré sola.

Aidan estaba comprobando que sus pantalones estaban como era debido y alzó la mirada lentamente.

—¿Qué quieres decir?

—Que me niego a ser pobre. Si mi marido se divorcia de mí por lo que hacemos aquí, doy por supuesto que me echarás una mano.

Aquello parecía una amenaza.

—¿De qué estás hablando, Nicole? No va a pasar nada.

—Bien —replicó ella, y sonrió—. Necesitaba que lo dijeras.

Y a continuación se marchó.

Aidan se quedó mirando la puerta sin moverse. Cuanto más la miraba, mayor era su irritación. No le gustaba que lo amenazaran, y mucho menos una mujer. Estaba hecho una furia cuando sonó el teléfono, y se puso peor cuando lo informaron de que Annie Barnes estaba patrullando por las instalaciones de Northwood. Cuando salió a enfrentarse con Sabina, estaba literalmente dispuesto a echársele encima a Annie, y más aún cuando la vio hablando tan tranquilamente sobre la cena, subirse al coche y desaparecer.

Annie era un peligro. Aidan no tenía ni idea de lo que pensaba hacer. Sabina era

otra historia. Estaba en su nómina, y no podía controlar lo que hacía en su tiempo libre, pero antes habría muerto que consentir que colaborase con la enemiga de Northwood.

—¿Qué quería? —preguntó.

—Me ha traído la cena —contestó Sabina, con una actitud que Aidan jamás le había visto, tan parecida a la de su hermana, con tanta tranquilidad, que lo enfureció aún más.

—Eso es una excusa —replicó Aidan—. Ha llegado hasta las instalaciones. ¿Por qué piensas que ha hecho eso?

—No lo sé. A lo mejor quería ver los cambios que ha habido desde que se marchó.

—O a lo mejor está fisgoneando.

—¿Fisgoneando aquí? ¿Para qué? —preguntó Sabina, guasona.

—Eso deberías decírmelo tú —le espetó Aidan—. No irás a decir que simplemente tiene curiosidad por los cambios. Esta empresa no significa nada para ella. Lo que quiere es crear problemas, Sabina, y no soy yo el único que lo piensa. Incluso Hal Healy está preocupado por el asunto.

—¿Hal? ¿Y qué tiene que ver Hal con Northwood?

—Nada, pero la ha visto hablando con algunas chicas del pueblo. Le preocupa que sea una mala influencia.

—Es una escritora reconocida. Es una mujer de éxito. Eso es una buena influencia —objetó Sabina.

—No si da alas a las chicas. Pensar en Annie Barnes es lo mismo que pensar en *Peyton Place*, y pensar en *Peyton Place* lo mismo que pensar en el sexo. Reconoce que tu hermana vive a tope. Tú tienes una hija impresionable. ¿No te preocupan esas cosas?

Sabina tuvo la desfachatez de echarse a reír.

—Claro que sí, pero no por Annie. Lo que me preocupan son los chicos de este pueblo. Tú, sin ir más lejos. Aidan, fuimos juntos al colegio, y recuerdo las cosas que hacías.

Aidan no había hecho más que cualquier otro hombre sano y fogoso. Ya, claro. Sabina diría que lo hacía más por ser un Meade y tener patente de corso, y sacaría a relucir la historia de Annie y el Promontorio de Cooper. Pero eso no procedía en la discusión que mantenían.

—Yo ni toqué a tu hermana.

—Lo sé. Ya tenías bastante con tocar a Kiki Corey. Y hubo muchas más, antes y después. Vamos, Aidan. No me vengas ahora con beaterías.

Primero Nicki, y después Sabina. No le gustaba que las mujeres lo ganaran con la palabra.

—¿Es que no soy tu jefe? —preguntó.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que merezco respeto. Te digo que tu hermana se está buscando un buen lío. No quiero que nadie se ría de mí delante de mis narices.

Sabina no replicó. Se quedó mirándolo con perplejidad, y eso fue aún peor, porque era simplemente insolencia.

—Controla a tu hermana, Sabina, o esto tendrá consecuencias.

Sabina siguió sin replicar; se limitó a mirarlo perpleja.

—Si veo que tu relación con tu hermana crea problemas de seguridad en esta empresa, te sustituiré.

—¿Cómo que me sustituirás?

—Que te despido. Controla a tu hermana, Sabina. Quiero que se largue de este pueblo.

Sabina lo observó mientras se alejaba. Sabía que Annie sería un problema. ¿Acaso no le había pedido que no metiera las narices en los asuntos de Middle River, no se lo había incluso rogado la primera mañana que se vieron en casa de Phoebe? Le había explicado qué estaba en juego, y ya no era pura teoría. Gracias a su hermana, Sabina podía perder su trabajo. ¡Annie era la persona más cabezota, más bruta, más insoportable y con más mala leche que había conocido en su vida!

A punto de estallar, miró hacia el despacho. No podía seguir trabajando. Estaba demasiado furiosa.

Y además, ¿por qué tenía que seguir trabajando? Eran las cinco. ¿No era su ayudante el que se estaba preparando para marcharse?

—¡Hasta mañana! —dijo él, alzando la voz junto a su coche, y Sabina agitó la mano a modo de despedida.

Él se marchaba todos los días a las cinco. Sabina se quedaba hasta más tarde. ¿Por orgullo? ¿Por sentido de la responsabilidad? ¿Por el deseo de agradar a sus jefes?

Pero Aidan acababa de amenazarla con el despido, y eso le daba rabia. Y además quería que obligara a Annie a marcharse, lo cual le daba aún más rabia. Annie tenía tanto derecho como Aidan a estar allí. Se metía en lo que no la llamaban, pero eso no era un delito, desde luego, no tenía la menor intención de decirle que se marchara. Quizá intentaría acercarse a ella, hablar más con ella, enterarse de a qué dedicaba el tiempo. Eso resultaría productivo.

Sus ojos se posaron en la bolsa que estaba en el asiento de su coche. Aidan tenía razón: Annie había ido allí por algo más que la cena. Había ido por Phoebe, y eso era bueno. Más aún; era muy generoso por su parte. Phoebe necesitaba ayuda, y ya iba siendo hora de reconocerlo. Si Annie estaba dispuesta a poner las cosas en marcha, ¿cómo iba a quejarse ella?



Estaba traspasando aquellos hermosos muros de piedra de Northwood, camino de la clínica, cuando se me ocurrió una idea. Eran más de las cinco. Si Tom Martin ya se había marchado, que yo me presentara allí sería objeto de cotilleos y yo no podría ofrecer ninguna justificación. De modo que me aparté hasta la acera, saqué el móvil del bolso y llamé para comprobarlo. Por supuesto, saltó el contestador. «No hay mensaje —dije tranquilamente—. Ya lo veré mañana», y colgué. Llamé a Información, pedí el teléfono de la casa de Tom y me conectaron automáticamente.

Reconocí su voz de inmediato. Era intrínsecamente cálida.

—¿Tom? Soy Annie Barnes. Te he preparado la cena. ¿Quieres que me pase a llevártela?

Incluso sus palabras sonreían.

—¿Que me has preparado la cena? Qué bien. ¿Cuándo puedes venir? Estamos muertos de hambre... Bueno, sabes que tengo una hermana, ¿no?

—Sí, claro. Hay suficiente para cuatro.

—Entonces ¿te quedarás a cenar con nosotros?

—Me quedaré un ratito, pero le he prometido a Phoebe que volvería a casa pronto, para que no esté sola. ¿Me dices dónde vives?

Me lo dijo con total confianza. Evidentemente, había comunicación entre nosotros.

Estaba guardando el móvil en el bolso, sonriendo, cuando el coche patrulla se puso a mi lado. En esta ocasión no había ni luces ni público; solo el jefe de policía y yo. Mi sonrisa se desvaneció. No es que me sintiera físicamente amenazada a solas con él en una calle apartada, sino más bien incómoda. Había pasado delante de varios coches, pero en ese momento no había ninguno. Tras nuestro primer roce, pregunté si aquel tipo sería mejor o peor sin testigos.

No salió del coche. Se limitó a decir por la ventanilla abierta:

—¿Algún problema?

«Eso deberías decirlo tú», soltó Grace enfadada.

Yo estaba de acuerdo con ella, pero sabía que no me convenía decirlo en voz alta. Simplemente sonreí.

—No, gracias.

Arranqué.

—No nos gusta que se hable por el móvil mientras se conduce —gritó Greenwood.

—Desde luego. Es peligroso. Por eso he parado.

—Ponemos multas por hablar mientras se conduce.

«¿Está de broma o qué? —exclamó Grace, indignada—. Pero si esta gente no

para de hablar por el móvil. En mi época no había esos chismes, y si quieres que te diga la verdad, mucho mejor».

No quería que me dijera la verdad. Parecía mi abuela, si hubiera estado viva. Tenían más o menos la misma edad.

Pero los teléfonos móviles eran un hecho real, como lo era el poder que acompañaba a la placa de aquel policía. Podía hablarle con todo el descaro que me diera la gana, pero volvería a por mí. Era exasperante. Y si pensaba en lo exasperante que era (como había hecho después de que me parase en el centro), su poder aumentaba.

De modo que dije con amabilidad, sonriendo:

—Lo tendré en cuenta.

—Es un consejo.

—Gracias.

Me dio la impresión de que quería continuar con el asunto pero que no sabía cómo. Yo no le había ofrecido resistencia, lo más sensato que podría haber hecho.

Frunció el ceño, pensando. Al darse cuenta de que no tenía nada más que añadir, arrancó y se marchó. Entonces pensé que el jefe de Policía Greenwood no tenía mucha experiencia en la tarea de hacerse el gallito, y me pregunté por qué lo intentaba conmigo.

Pero en realidad lo sabía. Había tocado una fibra sensible de los Meade y eso era razón más que suficiente para seguir adelante.

Sí, ya lo sé. Estaba lo de James, pero correr con James no tenía nada que ver con lo otro. Y claro, si entablábamos cierta relación hasta el punto de que pudiera sonsacarle información sobre lo otro, tanto mejor.

Una vez que perdí de vista a Greenwood, arranqué y me dirigí a casa de Tom. Vivía en una casa victoriana, amarilla, no muy distinta de la nuestra de Willow Street, pero con una parcela mucho mayor. Supuse que tenía varias hectáreas, la mayoría prados. En primer lugar estaba la casa, rodeada de hierba, con unos cuantos arbustos y dos árboles enormes. De la rama de un roble colgaba un columpio de madera, y un neumático grande de la rama de un arce. La casa estaba circundada por una galería únicamente interrumpida por unos anchos peldaños de madera por los que se accedía a la puerta principal y a otra lateral. No lejos de esta última había una mesa plegable con bancos a ambos lados. Del borde del tejado de la galería colgaban macetas de petunias de un llamativo violeta, a intervalos regulares.

Aparqué junto a la carretera, saqué la bolsa de la comida y entré por el sendero. Apenas había llegado a la galería cuando se abrió de par en par la puerta principal y apareció una chica joven. Toda sonrisas, tenía el pelo oscuro y era guapa, aunque iba poco arreglada. Tenía los mismos ojos azules de Tom y era igualmente delgada, algo que no ocultaba el peto de pantalón corto que llevaba. Hasta que no me acerqué no

me di cuenta de que no era tan joven como me había parecido.

Sin embargo, tenía una sonrisa contagiosa.

—Hola —dije—. Soy Annie.

Aunque siguió sonriendo, me dio la impresión de que se asustaba un poco, y se quedó en el último peldaño de la escalera. Estaba pensando si hablaría o no cuando salió Tom. Iba en pantalones cortos, camiseta y sandalias, y el bronceado le sentaba muy bien.

—Eres nuestra salvación —dijo, bajando a toda prisa para librarme de la bolsa—. La señora Jenkins ha llevado hoy a Ruth al mercadillo de Conway y no le ha dado tiempo a cocinar. Así que estaba a punto de abrir una lata de atún.

—Pues entonces sí que se puede decir que os he salvado la vida —repliqué—. Nunca se sabe qué puede contener el atún.

—Ah, yo sí que lo sé. —Abrió la cremallera de la bolsa—. Los filetes de atún pueden ser sospechosos, pero con el atún en lata, tomado con moderación, no pasa nada. Además, ni Ruth ni yo estamos embarazados. —Acercó la nariz a la bolsa y aspiró—. ¿Empanada de pollo?

—Buen olfato.

—Huele increíble.

—A lo mejor hay que calentarlo un poquito.

Lo tocó.

—Qué va. Está bien. ¿Seguro que no quieres cenar con nosotros? —Negué con la cabeza, y Tom miró hacia atrás—. Anda, ven, Ruth. Quiero presentarte a Annie. Ven a ver lo que nos ha traído.

Ruth no pasó del último escalón, y allí se sentó. Si tenía hambre, no lo demostró. No le dedicó ni una sola mirada a la bolsa de la comida y siguió mirándome.

—Encantada de conocerte, Ruth —dije.

Tom le hizo un gesto, pero como ella sacudió la cabeza, me acompañó hasta la escalera.

—Si la montaña no viene a Mahoma... —Se sentó junto a Ruth, porque saltaba a la vista que no quería forzar una presentación en toda regla. Me hizo una seña para que me sentara y se puso la bolsa en las rodillas—. Me has dicho que tenías que volver a casa por Phoebe. ¿Cómo le va?

Me acomodé al otro extremo del escalón, apoyando la espalda en una columna.

—Está fatal. Es una de las razones por las que he venido. He intentado convencerla de que vaya a verte, pero no quiere. Yo pienso que es porque Middle River es..., bueno, en Middle River la verán ir a tu consulta y empezarán los cotilleos. Así que el plan B consiste en vea a alguien en Nueva York. Me voy con ella el sábado para ayudarla a comprar unas cosas. Cuenta conmigo para organizarlo todo y asegurarme de que esté donde debe estar y cuando debe estar, así que podré llevarla

a un médico antes de que se dé cuenta de lo que me propongo. Lo que pasa es que no conozco a nadie, y tenemos poco tiempo.

—Yo conozco a la persona adecuada —dijo Tom, tal y como yo imaginaba—. ¿Cuándo quieres verla?

Verla. Una mujer. Mucho mejor.

—El martes por la mañana.

—¿El martes que viene? —Soltó una carcajada—. Es como pedir la luna.

—Sí, lo sé. Perdona. He ido retrasándolo, con la esperanza de que se pusiera mejor. Pero incluso Sabina coincide conmigo en que algo va mal, y este viaje es la oportunidad perfecta. Si no puedes...

—Claro que puedo —me interrumpió Tom—. Es amiga mía y me hará el favor. Por si sirve de algo, que sepas que está a favor de la causa.

—¿De nuestra causa? —pregunté, aunque no hacía falta. No hablaba con Tom desde el día que lo vi en la clínica, pero ya entonces noté que éramos de la misma cuerda.

Tom asintió con la cabeza.

—Judith se dedica a las terapias alternativas. Me ha ayudado a tratar a varios pacientes de aquí del pueblo con un método llamado quelación.

—Quelación —repetí, como para ver a qué me sonaba la palabra.

—Proviene de la palabra griega para pinza o quelícero. Se utiliza un aminoácido sintético como agente quelante. Entra en el cuerpo, se aferra a los metales tóxicos que puedan existir en los tejidos y los expulsa. Al organismo no le gusta ese producto sintético. No ve el metal, pero sabe que la sustancia sintética no tiene por qué estar allí, así que transfiere todo el asunto a los riñones, que lo expulsan por la orina.

La explicación científica tenía su porqué, pero yo no acababa de entender las consecuencias éticas.

—¿Y los pacientes saben que intentas librarlos de un metal tóxico?

—Se lo he explicado, si bien hipotéticamente... es decir, si existe un metal, con esto desaparecerá. Evidentemente, no puedo acusar a nadie ni a nada sobre el origen del metal. Y mis pacientes no preguntan.

—¿Cómo que no preguntan? —repetí, incrédula.

—No. Simplemente se alegran de sentirse mejor.

—Entonces, ¿funciona?

—He visto mejorías.

—¿Se lo propusiste a mi madre?

—Sí, pero ella quería dejar pasar el tiempo, para que hiciera efecto la medicina tradicional. Por desgracia, se cayó por la escalera antes de que pudiéramos comprobarlo, en uno u otro sentido.

Eso me entristeció, pero de todos modos, lo que me preocupaba era mi hermana.

—Puedo convencer a Phoebe de que lo acepte.

—Eso en el supuesto de que Judith lo recomiende —me previno Tom—. Hará un estudio completo para eliminar todas las demás posibilidades.

Pero mis pensamientos iban a toda velocidad.

—Si funciona la cura para la intoxicación por mercurio, ¿no será prueba suficiente de su existencia?

—No. ¿Es mercurio, plomo u otro metal completamente distinto? El plomo se puede detectar con un simple análisis de sangre, pero el mercurio y otros metales no.

—Pero si descubro que existe relación entre las personas a las que les ha ido bien el tratamiento y algo que tenga que ver con la papelería, ¿no sería suficiente prueba?

—Eso depende de la relación que encuentres.

—¿Puedo hablar con tus pacientes?

—No puedo decirte sus nombres. Sería violación del secreto profesional. Lo que sí podría hacer sería llamarlos y preguntarles si quieren hablar contigo, pero con eso tendríamos el problema del que hablamos la última vez que nos vimos.

—Tu situación.

—Sí —replicó, en un tono de voz que no pretendía disculparse, y tuve que respetarlo por eso.

Intenté negociar con él.

—Vale, pero si yo te presento una lista de personas que han estado enfermas, ¿me contestarías con un sí o un no?

—¿Que si han sido pacientes míos o no? No. Lo que sí puedo hacer es decirte si pienso que querrían hablar contigo o no, pero en ese caso no sería como médico, sino como residente en Middle River. Serían simples suposiciones.

—Es mucho más de lo que nadie está dispuesto a hacer. Aceptado —dije, y miré a Ruth. Apenas se había movido, salvo para inclinarse una pizca cuando Tom se sentó, para verme mejor—. Tu hermano es una buena persona. —Miré a Tom—. Por supuesto, ahora que me hace falta, resulta que no tengo la lista. ¿Podemos hablar más tarde?

—Claro. Ya sabes mi número de teléfono.

Miré la bolsa termo.

—Me parece que vas a tener que calentarlo. Y yo tengo que irme corriendo. Gracias, Tom. No sabes cuánto me alegra saber que te puedo considerar un amigo. —Me levanté—. Encantada de haberte conocido, Ruth.

Ella no replicó, y siguió mirándome con aquellos ojos que se me antojaron de gacela.

Tom también se dio cuenta, y mientras me acompañaba al coche dijo:

—Está un poco asustadiza con los desconocidos últimamente, o sea que deberías tomarlo como un gran halago. Creo que la has impresionado.

—¿Por qué?

—Le gustaría tener una hermana, y tú reúnes todas las condiciones. Le gusta tu aspecto.

—Es un encanto. ¿Cuántos años tiene?

—Veintiocho. Mi madre la tuvo muy tarde. Demasiado tarde —añadió con tristeza, y de repente se animó—. Pero le gusta vivir aquí. La ciudad le resultaba demasiado grande, demasiado ruidosa. No le sientan bien los cambios, y en la ciudad no hay más que cambios. Yo no podía hacerme cargo de todo eso. Aquí sí. Voy a trabajar y vuelvo a casa.

—¿Y qué pasa cuando asistes a conferencias?

Según lo que decía *The Middle River Times*, había sitios a los que no podía ir y volver en un mismo día.

—Entonces se queda la señora Jenkins. Es una maravilla. Nos está siendo de gran ayuda.

Phoebe proclamó a los cuatro vientos que le encantaba la empanada de pollo, si bien a mí me dio la impresión de que hablaba su inveterada cortesía en lugar de sus papilas gustativas. Apenas había terminado yo de recoger la mesa cuando Phoebe ya estaba tirada en el sofá del cuarto de estar, enfrente del televisor, con los ojos cerrados. Estaba poniendo el lavavajillas cuando llamó Sabina para darme las gracias por la cena, y me aseguró que no habían dejado ni una miga. Me preguntó cómo estaba Phoebe y dijo que cuanto más lo pensaba, mejor le parecía que la llevara a un médico mientras estábamos en Nueva York. Después me preguntó qué iba a hacer al día siguiente.

La pregunta me recordó lo de James y me provocó una especie de excitación malsana que me distrajo unos momentos, de modo que tardé un buen rato en plantearme el porqué del repentino interés de Sabina. En su momento simplemente me gustó que me hubiera llamado.

Me asomé al cuarto de estar. Phoebe estaba dormitando. Agradecida por tener un poco de intimidad, saqué mis notas y llamé a Tom. La conversación fue muy sencilla: yo soltaba un nombre (Martha Brown, Ian Bourque, Alice LeClaire, Caleb Keene, John DeVoux), y él decía sí o no, dependiendo de si pensaba que la persona en cuestión o su familia eran accesibles o no. Los dos sabíamos que no había nada seguro, pero dada la longitud de la lista que yo tenía, era un buen principio.

Como Phoebe seguía durmiendo, me llevé el ordenador portátil a la cocina, lo conecté al teléfono y entré en la red. Eché un vistazo al *spam* y después encontré mensajes de Jocelyn y Amanda. Reservándolos para lo último, fui a otros dos.

El primero era de Greg. Lo abrí a toda prisa.

HE LLEGADO A LOS 4000 DEL TIRÓN, PERO SI EL ESPOLÓN OCCIDENTAL ES LA MEJOR RUTA, IMAGÍNATE CUÁL ES LA PEOR. VIENTO Y NIEVE. ¿AGOSTO? PUES VAYA. YO ESTOY BIEN, PERO ME ALEGRO DE QUE TÚ NO ESTÉS AQUÍ. NO SOPORTARÍAS EL FRÍO. ESPERO QUE ENCUENTRES LO QUE BUSCABA GRACE. CONTESTA. TE QUIERO.

Sonriendo, le envié un correo.

Estoy haciendo progresos con un par de amigos, y las cosas van mejor con mis hermanas, lo que es de agradecer. El representante de la ley es un problema; empiezo a sentirme acosada, lo que no es agradecer. ¿Si voy a encontrar lo que buscaba Grace? ¿Y qué es? ¿El afecto del pueblo? Todavía no. ¿Tolerancia y respeto? Todavía no. ¿Familia? Tal vez. Tengo un compañero para correr. Si te cuento quién es, te caes de espalda. De momento será un secreto, uno de los muchos de Middle River. Ten cuidado con la montaña. Yo también te quiero.

Hice clic en «enviar» y, conteniendo la respiración, abrí un correo de Azul Azul.

Estás entrando en acción. Me tienes impresionado.

Sí, tengo información al respecto. He aquí un par de fechas: 21 de marzo de 1989 y 27 de agosto de 1993. Repasa la lista de enfermos para ver si alguno de ellos estaba en Northwood durante la semana anterior a esas fechas.

¿Qué ocurrió en esas fechas?

Primero, los nombres.

¿Y si te doy los nombres y de repente esos «testigos» empiezan a aparecer boca abajo en el río?

Ah, mujer de poca fe.

El jueves por la mañana me metí con ello. Reduje la lista, de modo que solo incluí los «sies» de Tom, y volví a reducirla, solo con las personas cuyas enfermedades

presentaban más semejanzas con los síntomas de la intoxicación por mercurio. Lo hice antes de que Phoebe bajara a desayunar. Esperé hasta que se hubo tomado una taza de café, confiando en que se espabilaría un poco. Apenas le sirvió, pero decidí seguir adelante y le pregunté por las fechas que me había dado Azul Azul.

No las recordaba. ¿De verdad esperaba yo que las recordara? Pero me dio la sensación de que tenía menos que ver con lo que la aquejaba que con el paso del tiempo. ¿Yo habría sido capaz de decir lo que había hecho un día, una semana, o un mes concretos hace más de una década? Un gran acontecimiento, sí. Algo que hubiera marcado un hito en mi vida, también. Pero algo cotidiano, lo dudo. Como cualquiera.

A pesar de este primer revés, salí a las diez con el mapa y grandes esperanzas. Al cabo de tres horas conservaba el mapa, pero no las esperanzas. De las personas que fui a visitar, la mitad estaban trabajando (sí; en la papelera; al parecer se encontraban en condiciones de trabajar), y la otra mitad no estaban dispuestas a hablar. Entre estas últimas se contaban dos mujeres con hijos enfermos y seis hombres y mujeres a quienes les habían diagnosticado Parkinson, demencia senil, problemas neurológicos o varias neumonías. Silencio. Todos ellos. E hice grandes esfuerzos. Sí, estaba enseñando mis cartas, pero no había ninguna ley que prohibiera que charlara con la gente del pueblo, ¿no?

Sin embargo, el comisario Greenwood me vigilaba. Pasé junto a él las suficientes veces (y él redujo la velocidad en cada ocasión y se me quedó mirando) como para darme cuenta de que estaba controlando mis idas y venidas. Eso podría explicar la resistencia de aquellas personas a hablar, porque al presentarme a ellas puse sumo cuidado en parecer inofensiva.

—Soy Annie Barnes —les decía—. A mi madre le diagnosticaron la enfermedad de Parkinson el año pasado. —O Alzheimer, o neumonía, y después ajustaba mi discurso a la enfermedad respectiva—. Estoy intentando encontrar a otras personas con los mismos síntomas para ver si hay una causa común. Tengo entendido que su marido ha estado enfermo. —O su esposa, o su hijo, su hija o su madre.

Invariablemente recibía una respuesta afirmativa, pero el acuerdo no pasaba de ahí. «Ya está bien», me dijo una mujer, y me dio con la puerta en las narices. Otra me preguntó: «¿De dónde ha sacado mi nombre? ¿Del periódico? Bueno, Sam es amigo, y me gustaría ayudar a encontrar esa causa común, pero yo pienso que no la hay, y tengo muchas cosas que hacer». Una tercera dijo, por supuesto: «Sé quién es. No creo que deba hablar con usted».

Pretendían ser más objetivos que hostiles. Varias personas me preguntaron de parte de quién iba o si trabajaba para algún seguro sanitario, pero ninguna accedió a hablar conmigo, hasta que di con los McCreedy. ¿Recuerdan ese nombre? Omie lo había puesto la lista de candidatos, y Tom lo había confirmado. Ya era la una de la



tarde, y el comisario probablemente estaría almorzando, lo que tal vez explicaría que me invitaran a entrar. Verdaderamente tenían una «serie de problemas», como aseguraba Omie, de modo que era posible que simplemente necesitaran desahogarse.

Tom y Emily McCreedy vivían en el barrio de Sabina. Propietarios de una floristería y un vivero, ambos tenían cuarenta y tantos años. Aunque en ninguna de las dos familias había un historial de enfermedades, Tom padecía una enfermedad renal crónica que le minaba las fuerzas y el sistema inmunológico, mientras que a Emily, quien ya estaba sometida a tratamiento por trastorno bipolar, acababan de diagnosticarle un principio de asma. Tenían tres hijos, de edades comprendidas entre los catorce y los diecinueve años. La mayor y la menor estaban sanas, pero el chico, de dieciséis años, era autista. Asistía a una escuela especial, y aunque el estado pagaba una parte, los McCreedy corrían con el resto de los gastos. Dadas las facturas de sus propios médicos, se encontraban bastante apurados.

El hecho de que estuvieran en casa en día laborable decía algo de su estado de salud. Una vez sentados en el salón, me describieron sus males con todo detalle. No les cabía en la cabeza que dos personas que gozaban de perfecta salud no hacía ni quince años padecieran enfermedades crónicas. Me hablaron de su hijo verdaderamente angustiados. Y con rabia. Estaban convencidos de que algo que había en el aire había activado la química de su cuerpo y había provocado una disfunción, y sí, claro, habían hecho pruebas del aire y de los materiales en su casa y en la tienda. Todas habían dado negativo, pero ellos no se fiaban demasiado de los resultados.

Cuando les pregunté qué pensaban que podría haber provocado esas disfunciones, desplegaron un abanico de posibilidades. Lluvia ácida, amianto en el aire, agua de pozo contaminada... Estaban convencidos de que en un momento dado había habido un problema, y que si las pruebas no lo demostraban era porque habían eliminado el problema o lo estaban ocultando. En cualquier caso, el daño ya estaba hecho, concluyó Emily visiblemente irritada.

Les pregunté por la papelera.

—¿Qué pasa con la papelera? —preguntó Tom sin comprender.

—Produce residuos tóxicos —contesté.

—Está en el otro extremo del pueblo.

—¿Trabajaron alguna vez allí?

—Sí. Preparamos centros de flores para las salas de conferencias y las reuniones.

—Y jardinería paisajista —añadió Emily.

—¿No podría haber algo en el aire de allí? —pregunté, intentando ahondar en el tema que ellos habían sacado a colación un poco antes. Por un lado, me sorprendía que no hubieran pensado en la fábrica. Por otro, quizá simplemente se hubieran tragado lo de la bondad ambiental de Northwood.

—El aire allí está bien —contestó Tom—. Los Meade no están enfermos, y se

pasan el día allí.

—¿Desde cuándo les preparan los centros de flores?

—Desde hace veinte años. Fueron uno de nuestros primeros clientes y desde entonces, los mejores.

Eso no auguraba nada bueno para mí. ¿Su primer y mejor cliente? Otra vez a vueltas con la lealtad. Con todo, de las personas a las que había abordado aquella mañana los McCreedy eran mi mayor esperanza. Se podían atribuir todos y cada uno de sus síntomas a la intoxicación por mercurio. De modo que pregunté:

—¿Guardan un registro de las fechas concretas en las que estuvieron en las instalaciones de la papelera?

Tom cedió la palabra a su mujer, quien al parecer se encargaba de los ficheros pero empezaba a ponerse nerviosa.

—Tenemos facturas, que pueden demostrar qué encargos hicimos y en qué días —contestó—. Pero no veo a qué viene esa pregunta.

—¿Y si se hubiera producido un vertido tóxico en Northwood Uno de los días en los que estuvieron allí? —pregunté.

—Nos habríamos enterado. Los Meade lo habrían limpiado y han ayudado a todos los que hubieran quedado expuestos a la contaminación.

Sí, vale, pensé.

—¿Saben que los problemas físicos que padecen ustedes coinciden con los síntomas de la intoxicación por mercurio?

—Yo sufro una enfermedad renal, no intoxicación por mercurio —replicó Tom.

—Pero ¿cómo la contrajo? ¿Por qué usted? ¿No es eso lo que me estaban preguntando?

—Son cosas que pasan —contestó Tom, y en ese momento decidí intentarlo con Emily.

—Usted está en tratamiento por trastorno bipolar. Según tengo entendido, los cambios bruscos de humor son un rasgo típico. ¿Sabía que también son un síntoma de la intoxicación por mercurio? Lo mismo que el asma. Lo mismo que un problema neurológico que puede derivar en el nacimiento de un niño autista.

La expresión de Emily se endureció.

—Si cree que no hemos pensado en todas esas posibilidades, está muy equivocada. Hemos pensado en todo. Pero estaba embarazada de Ryan hace dieciséis años, me diagnosticaron trastorno bipolar hace siete y asma el año pasado. O sea que, ¿cuándo puedo haber estado expuesta al mercurio? ¿Todas esas veces? ¿Soy la única en todo el pueblo? ¿Y a los médicos no les preocupa? ¿La papelera lo ha ocultado todo?

Les expliqué algunas cosas de las que me había enterado.

—No tuvo por qué estar expuesta muchas veces. Una sola exposición a gran

escala es suficiente. Pudo haberse sentido enferma después, si tuvo una gripe, por ejemplo, y después haber mejorado, solo que el mercurio seguiría en su cuerpo y se habría asentado en los órganos, provocándole exposición crónica. —Consulté el bloc, aunque sabía las fechas de memoria—. Tengo pruebas de dos vertidos en la fábrica. Uno ocurrió en marzo del ochenta y nueve, y el otro en agosto del noventa y tres. Dada la edad de su hijo, es probable que estuviera usted embarazada de él en el primero. Si supiera que había estado en la fábrica durante la semana anterior al veinticinco de ese mes...

Me interrumpió el timbre y casi al mismo tiempo se oyó llamar con los nudillos en la jamba.

—¿Todo va bien por ahí? —Era la voz bronca del jefe de policía. Entró en la casa, siguió hasta el salón muy tieso y me miró con asco—. ¿Os está molestando?

—No —contestó Tom—. Estábamos hablando.

—Lleva todo el día merodeando por el pueblo, incordiando a la gente para ver si descubre la causa de sus enfermedades, como si aquí no supiéramos cuidarnos. No tenéis más que decirlo y la saco de aquí.

—No ha hecho nada —replicó Tom.

El jefe de policía me miró.

—Pues otros no están tan contentos. Dicen que los ha acosado. No podía dejar pasar aquello.

—Si dicen eso, es porque usted les ha dicho que lo digan. Ni siquiera he hablado con ellos. Me dijeron que no querían y me marché.

—Pues estoy seguro de que los McCreedy también le agradecerían que se marchara. —Hizo un gesto con la mano—. Venga. Vamos.

—¿Estoy detenida? —pregunté incrédula.

—Todavía no. Pero como se resista, sí. Aquí no queremos agitadores. Supongo que sabrá lo que significa ese término, ¿verdad?

Parecía satisfecho de sí mismo.

A veces puedo ser impulsiva, pero no masoquista. Recogí mis cosas tranquilamente y me levanté. Dirigiéndome a Emily y Tom, dije:

—Si los he molestado, lo siento. Si quieren seguir hablando conmigo, estoy con mi hermana.

—Esperemos que por poco tiempo —les espetó el jefe de policía a los McCreedy mientras me acompañaba fuera de la casa.

Estaba furiosa. Me dije que mi furia era precisamente lo que él quería, pero no me sirvió de nada. Intenté pensar en mi verdadera vida, en mis amigos de Washington y en mi libro, pero me hervía la sangre. Lo que estaba haciendo el jefe de policía era escandalosamente injusto. Yo quería justicia.

Pensé en llamar a Sam para pedirle que editara un artículo sobre el abuso policial, solo que sabía que no lo haría. Me recordaría que semejante artículo sería una acusación directa contra Greenwood, puesto que él era el único policía del pueblo. Me recordaría que el Jefe de policía contaba con el apoyo de los Meade y que seguramente no querría enfrentarme con ellos.

Se habría equivocado con lo último. Desde luego, quería enfrentarme con los Meade, pero por el mercurio, no por el jefe de policía. Comprendí que debía centrarme y tener cuidado con quién me metía.

¿La realidad del asunto del jefe de policía? Tampoco estaría dispuesto a meterse con él nadie del pueblo. Era su jefe de policía. Lo seguiría siendo mucho después de que yo me marchara. Por mucho que quisiera a la señora Klausson y Omie, ellas no eran activistas. No había muchos en Middle River. Salvo Azul Azul. Podría hablar del jefe de policía, pero ¿para qué? Azul Azul era Azul Azul (es decir, anónimo) porque no quería rebelarse públicamente. Por eso me estaba utilizando a mí. Según las normas de Middle River, yo era prescindible.

Desanimada, me dirigí al restaurante de Omie. Aparqué en un lateral, a la sombra de un viejo roble para que no diera el sol directamente en los asientos del coche. Aparcado allí, llamaría menos la atención, algo que me parecía conveniente dadas las circunstancias.

El olor de las hamburguesas en la parrilla y el susurro de los ventiladores me recibieron justo en la puerta, junto a Elton John cantando «Candle in the Wind». La letra de esa canción siempre me había obsesionado, y aquel día no fue una excepción.

Y precisamente cuando me habría venido tan bien mi sitio favorito, resultó que estaba ocupado. Había un grupo de chavales del instituto, con otros amigos suyos en las mesas de delante y de detrás. Las vacaciones de verano tocaban a su fin y esa reunión era una especie de última celebración.

Había dos mesas libres cerca de la puerta, pero no estaba de humor para ponerme tan a la vista. Mientras me dirigía a una libre en la parte de atrás, pasé junto a otros vecinos del pueblo. Me miraron, ni amables ni todo lo contrario. Sintíéndome absolutamente sola, pedí la carne con verduras de Omie y helado. No era muy sano, pero necesitaba consuelo.

«Sé cómo te sientes —comentó Grace—. Se reían de mí porque estaba gorda, pero cuando necesitas consuelo desesperadamente ¿qué otra cosa puedes hacer?».

Un psiquiatra diría que lo que tú necesitabas desesperadamente era amor, repliqué.

«Ah, ¿sí?».

Desde luego.

«¿Y tú?».

No creo. Llevo una vida plena. Soy feliz.

Llegó mi comida. Estaba devorando a dos carrillos cuando Kaitlin se sentó silenciosamente frente a mí. Estaba demasiado absorta en la comida para verla entrar, pero sus amigas estaban en una de las mesas cerca de la puerta. Hacía tiempo que Elton John había dejado paso a Sting y después a Gloria Stefan.

Kaitlin se inclinó hacia delante y dijo en voz muy baja:

—No dejo de pensar en lo que dije el domingo. Me siento como una imbécil.

—Pues no tienes por qué. —Terminé de masticar lo que tenía en la boca y dejé el tenedor sobre la mesa—. No pasó nada. Tu secreto está a salvo conmigo. Y de verdad, no importaría si no fuera así. Nadie creería ni una sola palabra de lo que yo dijera. Tengo una credibilidad cero en este pueblo. Casi he llegado a sospechar que si me atreviera a decir algo negativo sobre alguien de aquí, me llevarían a la cárcel.

—Lo dudo. Qué suerte tiene. Se marcha dentro de poco. Yo daría cualquier cosa por salir de este pueblo.

—Pero entonces no estarías con Kevin.

Se contempló las manos un buen rato, encogió un hombro y alzó los ojos.

—A lo mejor no estoy destinada a estar con él. O sea, no sé qué haría si no lo tuviera ahora, pero no estoy segura de que el amor dure. Mis padres se odian. ¿Me gustaría que eso me pasara a mí? Además, quiero ir a la universidad. Me gustaría trabajar en un hotel algún día, a lo mejor en Nueva York, o Londres o París. Quiero ser independiente.

—¿Te refieres al dinero o a tus padres?

—A las dos cosas. —Se irguió, con expresión como de desafío—. O sea, sé que alguien le va a contar a mi madre que estoy hablando con usted, y que se pondrá hecha una furia, pero ¿por qué no puedo hablar con usted? ¿Qué tiene de malo? Es usted la persona más interesante que viene por aquí desde hace siglos.

—Y eso es lo más agradable que me han dicho hoy —repliqué—. Si lo dices para asegurarte de que no voy a contar...

—No. En serio. Es muy interesante, quién es y lo que hace ¿De verdad era una tonta cuando vivía aquí?

—Totalmente.

—¿Y fea?

—Mucho... pero en parte era por mi actitud. Una actitud fea como una espinilla. —Me llevé un dedo a la barbilla. Cuando Kaitlin sonrió, añadí—: Eso está mejor. Tienes una sonrisa muy bonita.

Se sonrojó.

—Hay que agradecerse al doctor Franks. —Como no la entendí, aclaró—: Mi ortodoncista. —Lanzó una mirada a sus amigas—. Tengo que volver. No sé... ¿podríamos hablar otro día?

—Me encantaría —contesté, y lo dije en serio. No me pregunten por qué (Kaitlin

DuPuis no significaba nada para mí), pero me sentí mejor porque se hubiera acercado, menos sola. Sí, penoso. Tenía treinta y tres años, y cualquiera pensaría que debía ser capaz de aceptar estar sola unos minutos, ¿no?

Pues no.

¿VERDAD N.º 7? No importa la edad. La soledad es la soledad.

Tras haberlo reconocido, seguí comiendo más despacio, mientras escuchaba una dulce canción de Sarah McLachlan, y dejé el tenedor cuando aún quedaba un poco de comida en el plato. Saciada, me recliné en el asiento. Pensar en las demás cosas — mis amigos, mi libro, mi vida— sí me ayudó en ese momento. Al infierno el jefe de policía Greenwood. Todo me iría bien.

—Hola, cielo —dijo Omie, con el arrugado rostro iluminado por una sonrisa que se desvaneció cuando vio mi plato—. No te has terminado la carne con verduras. ¿No estaba rica?

Estaba preocupada hasta el extremo de la palidez.

—Está buenísimo, pero era demasiado. —Pensé que la palidez no se debía a la preocupación. Había desaparecido por completo el color que había visto en su cara la última vez que estuve allí—. ¿Te encuentras bien?

—Un poco cansada —contestó con una sonrisita—. Ya no soy tan joven como antes.

—¿Te vas a sentar conmigo?

—Hoy no. Me voy a casa a echarme la siesta. ¿Quieres otro he lado?

—No, por Dios. Quizá té frío, pero ya lo pido yo en la barra.

Omie me obligó a quedarme sentada con una mano frágil.

—Le diré a alguien que te lo traiga. Tú quédate aquí tranquilamente. Le das clase a este sitio.

—Tu restaurante no necesita mi ayuda —le dije mientras rodeaba lentamente la barra para entrar en la cocina. Menos de un minuto más tarde salió su nieto con un vaso largo de té con hielo. Tras haber satisfecho la necesidad de calorías, lo tomé con edulcorante.

Miré mi reloj. Eran apenas las tres. Quedaban cuatro horas para ver a James.

No estaba de humor para ir a la tienda, no estaba de humor para quedarme sola en casa, no estaba de humor para moverme de aquella mesa. El restaurante de Omie era territorio amigo y desde donde estaba sentada resultaba relativamente invisible. ¿Tenía algún sitio mejor adonde ir? Definitivamente, no.

Así que saqué del bolso la última *People* y me puse a leer. Cantó Billy Joel, después los Beatles, después Bonnie Tyler y Fleetwood Mac. Acepté otro té, le puse edulcorante y me relajé. El restaurante de Omie era único. Había sitios en Washington adónde iba cuando quería descansar de mi trabajo, pero en ninguno me sentía tan en casa como allí.

A pesar de que odiase eso, la casa seguía siendo la de siempre. ¿Otra verdad? Triste, pero así era.

Pensando que tendría que esforzarme más si quería encontrar un sitio como aquel en Washington, cerré la revista y me quedé allí sentada un rato. Cuando llegué al punto en que faltaban tres horas para ver a James, miré la cuenta, dejé propina y abandoné la mesa.

Al no ser ya invisible, noté las miradas de los ocupantes de todas las mesas junto a las que pasaba, ¿y cómo afrontarlo? ¿Cómo hacerle saber a aquella gente que no era un ogro, que no les deseaba ningún mal, que en el fondo... sí, era una más? Sonreí. Saludé con la cabeza. Incluso le guiñé un ojo a un niña preciosa que no debía de tener más de cinco años.

Kaitlin y sus amigas siguieron hablando.

Pagué en la caja, salí y bajé hasta el aparcamiento, y mi coche estaba donde lo había dejado, bajo el roble, donde el sol no pudiera abrasar los asientos. Pero no debería haberme preocupado por los asientos. Lo que vi —y cómo no iba a verlo, si el coche seguía allí más solo que la una—, fue que las ruedas estaban pinchadas. No una; las cuatro.

Con el día que llevaba, lo primero que pensé es que encontraría al jefe de policía Greenwood al otro lado del aparcamiento, repantigado tranquilamente en el coche patrulla, con una hoja de hierba en la boca, asegurando que él no había visto nada. ¿Y quién iba a contradecirlo? Si había elegido un momento en el que todo el mundo estaba dentro, podía haber cometido la fechoría a solas. Mi coche no se veía desde la calle a la sombra de aquel enorme roble. Ni tampoco se veía desde la mitad del restaurante más cercana a la puerta, la única parte que seguiría abierta durante al menos una hora.

Por supuesto, eran imaginaciones de escritora. El jefe de policía no estaba por ninguna parte. Irónico, ¿verdad? Justo en el momento en el que lo necesitaba, desaparecía.

Asqueada, saqué el móvil del bolsillo y marqué el número que conocían hasta los niños de colegio de Middle River. No había cambiado. Salió la voz del policía inmediatamente; no había centralita. Middle River no se lo podía permitir, como tampoco una comisaría con más de una persona, que era el comisario. ¿No era como para asustar a cualquiera?

—Soy Annie Barnes —dije—. Estoy junto al restaurante de Omie. Me han rajado los neumáticos del coche.

Hubo unos segundos de silencio y a continuación, desabridamente:

—¿Por qué me llama a mí? Yo no cambio neumáticos.

Aspiré profundamente.

—Rajadas es la palabra clave aquí. El vandalismo es un delito.

—¿Ve a alguien por ahí?

—No, pero...

—¿Cree que voy a encontrar huellas dactilares? ¿Huellas de pisadas en la grava? ¿Marcas de ruedas?

Estaba indignada. Me olvidé de que no debía proporcionarle la oposición que deseaba; no pude resistirme a arremeter contra él.

—Lo ha planeado usted, ¿verdad? Si no lo conociera, pensaría que lo ha hecho usted mismo. Pero está muy bien. Me ha dado una idea. Necesitaba a un tipo malo para mi libro.

A juzgar por la brusca respuesta del jefe de policía, le había tocado la fibra sensible.

—Pues no soy yo. Yo no soy un tipo malo. Siga usted por ese camino y se arrepentirá. Ya ha causado problemas aquí. ¿Quiere causar más? ¿O es que no le importa el bienestar de su familia?

Me quedé de piedra. Una cosa era que me amenazara un Meade; otra que me



amenazara el jefe de policía.

—¿Qué tiene que ver mi familia con esto?

—En este pueblo los aceptan. Siga usted por ese camino y la gente se volverá contra ellos, como se ha vuelto contra usted. ¿Sabe lo que significa la palabra «agitadora»? Pues eso es usted, y no está bien. Por si no lo sabía, cuando aquí se presenta un agitador, hay que echarlo.

No tenía ni idea de cómo enfrentarme con aquello. El jefe de policía Greenwood me odiaba. No sabía por qué, pero así eran las cosas.

Temblando de rabia, frustración y, sí, quizá también con un poco de miedo, volví al problema más inmediato.

—Me han destrozado el coche. ¿Va a venir a investigar los hechos o llamo a la policía del estado?

Tranquilo y frío tras haber ganado aquel asalto, dijo:

—No hace falta que llame a la policía del estado. Estoy terminando una cosa. Iré en cuanto acabe.

Tardó veinte minutos, veinte minutos en terminar lo que estuviera haciendo y en dar la vuelta a la manzana en coche. Aproveche ese rato para llamar a Normie a la estación de servicio, y para indignarme.

Estaba ocupada en esto último, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos clavados en las ruedas lisas como tablas cuando Kaitlin y sus amigas salieron del restaurante. Tres de las cinco se dirigieron a un coche. Cuando me vio Kaitlin y se acercó, la cuarta echó a correr hacia las demás.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, mirando los neumáticos.

—Alguien los ha rajado mientras yo estaba dentro. Por casualidad no verías a nadie rondando por aquí cuando llegaste con tus amigas, ¿verdad?

—No. Y los neumáticos no estaban así cuando llegamos. Vi su coche y se lo enseñé a mis amigas. Nos habríamos dado cuenta.

Pero habían estado en el restaurante más de una hora, tiempo más que suficiente para que alguien hiciera de las suyas con un cuchillo.

—He llamado a Normie a la estación de servicio —dije—. No parecía precisamente encantado de tener que venir hasta aquí.

Era un eufemismo. Normie había estado incluso grosero.

—Normie es un auténtico imbécil —replicó Kaitlin.

Apareció el jefe de policía. Kaitlin se quedó, y no sola. Ya había salido más gente del restaurante; nos había visto y se había acercado. El jefe de policía rodeó mi coche observando cuidadosamente cada uno de los neumáticos. Después miró a los que se habían congregado allí.

—¿Alguien ha visto algo?

Movimientos de cabeza y murmullos, todos de negación.

—Supongo que no tendrá cuatro ruedas de repuesto en el maletero, ¿verdad? — me preguntó el policía, pero miró a su público con una risita.

No pensaba contestar a preguntas estúpidas.

—¿Ha habido más casos de este tipo en Middle River?

—¿Se refiere a si tenemos un acuchillador en serie? —preguntó lanzando otra mirada guasona a los espectadores—. Pues no. Debe de haber molestado a alguien. Se le da a usted muy bien. Yo diría que es un aviso.

—¿Un aviso de qué? —intervino Kaitlin. Observé que se había acercado más a mí.

El jefe de policía arqueó una ceja.

—De que Annie Barnes está fastidiando a alguien en este pueblo. ¿Eres amiga suya?

Kaitlin no hizo caso a la pregunta.

—¿A quién está fastidiando?

—Podría nombrar al menos a doce personas —contestó Greenwood, y empezó a espantar a los curiosos—. Vamos, vamos, aquí no hay gran cosa que ver. —Dirigiéndose a Kaitlin, añadió—: ¿No te están esperando tus padres en casa?

—No —contestó Kaitlin, apartándose el pelo de los ojos con un gesto que no era sino desafiante.

No era tan grave ahora que se habían marchado los demás, pero de todos modos temía que se metiera en problemas.

—Puedes marcharte, Kaitlin. Estoy bien.

—¿Va a hacer una investigación? —me preguntó a mí, no a él.

—Haré lo que haya que hacer —contestó el jefe de policía.

Cuando Kaitlin estaba a punto de preguntar algo más, la agarré por el brazo.

—Vamos, vete. Yo me encargo de esto.

La última palabra quedó sofocada por un ruido retumbante, que decía muy poco en favor de los mecánicos de la estación de servicio Zwibble, cuando la grúa bajó por la calle y entró en el aparcamiento del restaurante de Omie. Normie saltó de la cabina y vino hasta donde estábamos.

En esta ocasión no hubo ni sonrisas, ni cháchara mientras examinaba los destrozos, ni «ooohs» ni «aaahs» ni recordar a los viejos amigos del colegio. Solo una revisión lenta y silenciosa primero de un neumático, después de otro, después una vuelta al coche para ver el tercero y por último el cuarto. Cuando al fin volvió con nosotros, se rascó la cabeza casi calva. Miró al jefe de policía antes de saludarme, y aun entonces siguió con los ojos clavados en el coche.

—Hay un problema —dijo—. No tengo esa clase de neumáticos.

—No soy tiquismiquis con la marca —repliqué.

—No es la marca. Es el tamaño. Aquí en Middle River no tenemos coches así.

—Estos neumáticos no son exclusivos para los descapotables —objeté.

—Aquí la mayoría son camiones.

—Mis padres no tienen ningún camión —intervino Kaitlin—. El Sebring de mi madre es de un tamaño parecido.

—Pero no tengo los neumáticos adecuados —insistió Normie.

—¿Y cuándo puedes tenerlos? —pregunté.

—Tengo que hacer unas llamadas.

Se quedó allí plantado.

—Muy bien —dije—. ¿Puedes hacerlas?

—Sí, pero tendría que llevarme tu coche, solo que no puedo remolcarlo con los neumáticos así. Hace falta un remolque de plataforma.

Esperé. Como no me ofreció ninguna explicación de por qué no había traído un remolque de plataforma, puesto que le había dicho por teléfono que las cuatro ruedas estaban rajadas, dije:

—¿Puedes conseguirlo?

—Está en el taller.

—Así que tienes que volver y cambiar de camión. ¿Cuánto tardarás? ¿Veinte minutos?

Miré mi reloj. Todavía me quedaba tiempo. Desde luego, a menos que encontrase los neumáticos en otra estación de servicio cercana, mi coche estaría inservible hasta el día siguiente como mínimo. Pero en cuanto Phoebe volviera a casa podría usar su furgoneta. Tendría tiempo de sobra. No había quedado hasta las siete.

Normie torció el gesto.

—Es que, verás, no es lo único que tengo que hacer. Estaba en medio de una faena cuando me llamaste. Tengo que terminarlo hoy.

Lanzó una mirada al jefe de policía.

Greenwood parecía plenamente satisfecho. Cualquiera habría pensado que aquellos dos estaban conchabados para hacerme la puñeta.

—Voy a hacer una cosa —dije, sacando el monedero—. Como no quieres ayudar, voy a llamar a la Triple A. —Saqué la tarjeta—. He de decir que entre ustedes dos tengo un material estupendo para mi libro.

La redonda cara de Normie palideció.

—¿Qué material? —Lanzó otra mirada al jefe de policía, pero esta vez muy distinta—. ¿Qué material tiene?

—Nada —replicó el jefe de policía en tono burlón—. Son amenazas vacías, porque la verdad es que en el pueblo nadie quiere hablar con ella. Es una paria... Esa es la palabra. Mira una cosa: sé buen chico y trae ese remolque. Cuanto antes tenga el coche arreglado, antes se marchará.

No me molesté en corregirlo.

—¿Y qué pasa con quien ha hecho esto? —pregunté, mirando el coche.

—Oiga, señorita —dijo entre dientes—. Estoy haciéndole un favor, o sea que deje las cosas como están.

Se dio media vuelta y echó a andar sin darme tiempo a protestar. Tras hablar unas palabras con Normie, se subió al coche patrulla y se marchó. Normie subió a la grúa y salió dando tumbos del aparcamiento.

Volví a mirar el reloj. Eran las cinco. Suponiendo que Normie volviera enseguida, iba bien.

—¿Quiere que la lleve a algún sitio? —preguntó Kaitlin—. Tengo el todoterreno viejo de mi madre. Es un trasto, pero funciona.

—Gracias, pero de momento voy bien de tiempo. —Me apoyé en un lateral del coche y crucé los brazos sobre la cintura. Me sentía en terreno hostil, y las cosas se estaban poniendo peores—. Deberías marcharte. Quedarte conmigo no contribuirá a tu buena imagen.

—No me importa.

—Pero a mí sí. —Sonreí—. De verdad, estoy bien.

—¿Seguro?

—Seguro.

Eché a andar, pero se dio la vuelta.

—Le ha dicho que está escribiendo un libro.

—Y han reaccionado, ¿no? Una reacción muy curiosa.

—Pero a mí me dijo que no lo estaba escribiendo.

—No es sobre Middle River. Esa es la verdad.

Kaitlin se relajó.

—En cierto modo es una lástima —dijo con una media sonrisa maliciosa—. ¿Sabe lo que cuentan de Normie Zwibble?

Me tapé los oídos con las manos.

—No quiero enterarme.

De todas maneras lo dijo y, por supuesto, lo oí.

—Es adicto a la lotería, pero como no puede comprar billetes en el taller de su padre porque lo descubrirían, se va a Weymouth. Allí es donde le comprará los neumáticos. Es una excusa para ir.

—Conque la lotería, ¿eh?

—Y el jefe de policía Greenwood es yonqui.

—No me lo creo.

—Pues es verdad. Está enganchado a los calmantes. Mis padres hablan de eso constantemente. O sea, menos mal que no lo necesitamos para nada, ¿no?

Estaba pensando en eso cuando Kaitlin volvió a marcharse. Cuatro ruedas rajadas. Eso era violencia contra mi propiedad, violencia contra mí. Por mucho que notara lo

mal que le caía a la gente de Middle River, jamás me habían amenazado físicamente. Se me hizo un nudo en la boca del estómago cuando empecé a asumir aquella realidad.

A cada minuto que pasaba, más impotente me sentía. Necesitaba hacer algo, y llamé a Sam. Hasta que no saltó el contestador automático de la redacción no caí en la cuenta de que era jueves. Estaría jugando al golf, o más probable, dada la hora, en el club de campo tomando whisky con sus amigos, uno de los cuales era el gran Sandy Meade.

Cambié de postura. Apoyada contra el coche, observé el restaurante; después de la vuelta, me apoyé en el otro lateral y contemplé el bosque. Pensé en Sandy Meade y en la satisfacción que debía de producir ganarle una partida. Fue lo único que me sirvió de consuelo mientras esperaba a Normie.

Cuando habían transcurrido veinte minutos y no había vuelto, empecé a pensar si sería verdad lo que me había contado Kaitlin de él Y no solo de él. También del jefe de policía. ¿Adicto a los calmantes? Si lo era, y si de verdad creía que estaba escribiendo un libro sobre el pueblo, comprendía que se sintiera amenazado. Pero ¿amenazarme a mí? Si pensaba que así iba a cerrarme la boca, estaba listo. No tendría el menor reparo en hacer públicos sus problemas si seguía intentando quitarme de en medio.

Me pregunté si Sam lo sabría. Supuse que la mayor parte del pueblo sí.

Pasaron diez minutos más, y empecé a impacientarme. Cuando mi reloj eran las cinco y media y Normie seguía sin dar señales de vida, me decidí por el plan B y llamé a Phoebe. Como estaba una clienta, tuve que esperar. Seguía pensando que Normie aparecería, en cuyo caso no necesitaría a Phoebe. Y Phoebe estaba despistada.

—¿Por qué estás en casa de Omie? —preguntó cuando al fin puso al teléfono.

—No estoy en su casa, sino en el restaurante. Entré a comer algo y me han rajado las ruedas. Estoy esperando a Normie Zwibble pero si no aparece, voy a necesitar tu ayuda. Cerráis a las seis. ¿Podrías salir de la tienda a las seis y cuarto?

Sabía que había que hacer cosas antes de cerrar, pero podía hacerlas Joanne. A las seis y cuarto tendría suficiente tiempo.

—¡Joanne! —gritó Phoebe apartándose del teléfono—. ¿Cerramos a las seis? ¿Hoy no es a las ocho? Ah, vale. A las seis—. Volvió conmigo—. No sé si me va a apetecer cenar fuera. Estoy cansadísima. ¿Cenamos en casa?

—Habíamos dicho que íbamos a terminar la empanada de pollo que quedó de anoche —dije, pero empecé a darme cuenta de lo inútil que era recordárselo—. Mira, Phoebe, si te necesito te vuelvo a llamar, ¿vale?

Colgué y llamé a Zwibble, pero no me contestaron. No podía creer que a Normie se le hubiera olvidado. No tenía lógica. Si lo que decía Kaitlin era cierto y Normie

pensaba que yo estaba escribiendo un libro, ¿no tendría miedo de que me enfadara con él y proclamara su secreto a los cuatro vientos?

Por supuesto, si el jefe de policía le había dicho que me hiciera la vida imposible y le tenía más miedo a él que a mí...

Volví a llamar a la estación de servicio. No hubo respuesta. Estaban a punto de dar las seis, y empezaba a tener un dolor de cabeza monstruoso.

Por cierto, si piensan que estaba sola en el aparcamiento, se equivocan. Ya era la hora de la cena, y los del pueblo iban y venían. Se fijaban en mí, en mi coche, y entraban en el restaurante. Cuando salían, se fijaban en mí, en mi coche, se subían a los suyos y se marchaban.

Conque sentirse el blanco de todas las miradas. Conque sentirse el blanco de todos los cotilleos, sentirse rechazada... Jamás había sido tan espantoso.

«Ahora lo comprendes —dijo Grace en tono de suficiencia—. ¿Entiendes por qué bebía?».

No, no lo entiendo, respondí desafiante. Cuando bebías, lo empeorabas todo. Cuando bebías, no podías escribir, y esa era tu herramienta. Podrías haber devuelto el golpe así.

«¿Como tú, doña Soberbia? Escribe un libro que ponga en ridículo a todos los farsantes de este pueblo y así te vengarás».

Pero entonces perdería para siempre Middle River y a mi familia pensé, y también que estaba en un callejón sin salida.

Omie. Necesitaba a Omie, pero estaba en casa, durmiendo la siesta. De haber estado en el restaurante, habría esperado conmigo. Ella era así. Y sus hijas y sus nietos eran como ella, buenos elementos de Middle River, pero estaban todos hasta las cejas de trabajo, cocinando y sirviendo.

Eran más de las seis. Intenté llamar a Phoebe a la tienda, pero saltó el contestador automático. Había un número privado, pero yo no lo tenía. Ni tampoco en información. En casa el teléfono sonó un montón de veces, y en casa de Sabina comunicaban.

A las seis y cuarto empecé a plantearme seriamente volver a casa andando. No me apetecía la idea de abandonar el BMW (no quería ni pensar en la cantidad de pequeños «percances» que podía sufrir si lo dejaba allí toda la noche), pero quizá no tuviera otra alternativa. Seguían sin contestar en el taller de Zwibble, lo cual significaba que Normie se había olvidado de mí, y yo no podía esperar eternamente. Tenía que llegar a la pista estudiantil a las siete.

Cuando dieron las seis y media, tenía la cabeza a punto de estallarme. Calculé que podía llegar a casa corriendo en menos de diez minutos, cambiarme de ropa y, suponiendo que Phoebe estuviera en casa con la furgoneta, llegar a la cita justo a tiempo.

Justo entonces apareció Normie, cuando ya me moría de impaciencia. Tardó diez minutos en colocar el BMW en el camión, y otros diez en recoger los datos de mi tarjeta de crédito, empeñado en que los necesitaba antes de pedir los neumáticos.

Sentí ganas de gritar, pero le di lo que necesitaba y después le pregunté con calma si podía dejarme en casa. Se negó, con la excusa que el seguro prohibía que yo fuera en la cabina. Me ofrecí a ir en remolque, pero también se negó a eso.

Ya eran las siete menos diez. No me cabía duda de que iba a llegar tarde. Sabía que James tenía móvil (había hablado por él aquel día en el restaurante de Omie), pero yo no sabía el número. Pedí el teléfono de su casa en información e intenté localizarlo allí.

Contestó una mujer.

Colgué inmediatamente, atónita. No estaba casado, eso seguro ¿Una novia? Pues bien. Yo corría con James, y nada más.

Pero tenía que estar allí para correr. Él había dicho a las siete y yo había aceptado. Podía desdecirme. A lo mejor los Meade hacían esas cosas, pero los Barnes no, ni siquiera con un dolor de cabeza tan espantoso como el que yo tenía.

—¿La llevo a algún sitio? —preguntó Kaitlin por la ventanilla de su coche.

No la había visto acercarse, aunque podría haber adivinado que volvería. Con la mirada clavada en la carretera para ver el remolque de Normie, había visto pasar el viejo todoterreno de la madre varias veces. Kaitlin estaba pendiente de mí.

Agradecida porque alguien lo estuviera, aunque fuera aquella chica que bien podría sufrir de mitomanía mal entendida, di la vuelta al coche y me subí.

—A casa de mi hermana, lo más rápido que puedas sin que te pongan una multa —contesté, apretándome las sienes con los dedos para aliviar el dolor de cabeza.

Llegamos en dos minutos justos.

—Me has salvado la vida. —Me bajé—. Gracias.

Al ver la furgoneta a un lado, subí corriendo por el sendero, entré en casa y fui a mi habitación a toda prisa, a cambiarme de ropa. Eran las siete cuando bajé corriendo y entré en la cocina. Phoebe estaba sentada a la mesa, cenando. Me miró con sorpresa.

—¿Annie? ¿Qué haces aquí?

Sigo convencida de que se refería a qué hacía en Middle River cuando ella pensaba que estaba en Washington. En aquel momento, me limité a decir:

—Voy a salir a correr. ¿Te gusta la empanada?

—La empanada. ¿La has hecho tú?

Podré parecer insensible, pero no tenía ánimos para enfrentarme a aquella confusión mental.

—Voy a llevarme la furgoneta. —Miré a mi alrededor—. ¿Las llaves?

—Pues... esto... —Se levantó y, con expresión de perplejidad, buscó en la

encimera, en el cajón que había junto al teléfono de la cocina después en su bolso. Yo estaba que me moría, buscando por todas partes, cuando de repente dijo, dubitativa —: En el bolsillo del *blazer*...

—¿Qué *blazer*? —grité, mientras me dirigía al armario de la entrada.

No contestó. Estaba intentando recordar cuál se había puesto aquella mañana cuando se acercó a mí y dijo:

—Creo que el blanco de lino. Está arriba.

Subí corriendo, encontré el *blazer* sobre su cama y, afortunadamente, las llaves en el bolsillo. Al bajar a la carrera agité las llaves para que las viera Phoebe y salí.

Bajé por Willow Street, me metí en School y atravesé el centro a toda pastilla, en un auténtico desafío al jefe de policía a que me pillara, aunque sin duda estaría en casa con una buena cena a modo de recompensa por haberme jorobado a base de bien. Había unos cuantos coches en el aparcamiento del instituto. Sorteándolos, atajé y doblé la esquina, pero cuando apareció la franja de aparcamiento en el linde del bosque, aspiré una profunda bocanada de aire.

Allí no había nadie. Ningún coche, nada.

Paré, salí de la furgoneta y fui hasta el principio del sendero. No sé por qué. Estaba tan vacío como el aparcamiento.

Volví a la furgoneta, a la hierba que allí había. Eran las siete y cuarto. Había llegado tarde, pero no tanto. ¿No me habría esperado? O a lo mejor había empezado a correr, sin mí. Es lo que hubiera hecho cualquier persona medianamente racional, ¿no?

Y entonces lo comprendí, y fue como un mazazo. La historia se repetía. Me habían dejado plantada.

Debería haberme puesto furiosa, pero aquello no era sino otra vuelta de tuerca en un día aciago. De repente me sentía demasiado cansada para procesar nada, y me moría de dolor de cabeza. Me desplomé en la hierba, doblé las piernas, apoyé los codos en las rodillas, escondí la cara entre las manos y lloré. ¿Autocompasión? Sí, y con motivo.

No sé cuánto tiempo me quedé allí sentada, pero llorar me sentó bien. Al cabo de un rato, me restregué los ojos con los antebrazos, levanté la cabeza y aspiré una gran bocanada de aire, atragantándome. La expulsé y seguí sentada. Mi cabeza no funcionaba del todo bien, y me sentía embotada. Probablemente por eso no oí que se aproximaba un vehículo hasta que dobló la última curva y apareció ante mi vista.

El embotamiento desapareció. Al ver el todoterreno negro, me puse como loca. Me levanté y cuando apenas estaba a un metro del coche, él abrió la puerta y puso un pie calzado con una zapatilla de deporte en el suelo.

—¡Eres un grandísimo hijo de puta! —grité, sin poderme mover de pura furia—. ¿Sabes lo que he tenido que hacer para llegar aquí, o lo mal que lo he pasado hoy?



Me han amenazado, me han destrozado el coche, no han parado de mirarme y de hablar de mí, porque claro, esto es Middle River y el ciudadano medio no tiene huevos para hacer otra cosa que hablar, salvo el que me rajó las ruedas, que probablemente está en la nómina de tu papaíto, como la mayoría de la gente de este pueblo. No sé por qué pensaba que tú eras un poco mejor, a lo mejor porque te gusta correr, pero por Dios, si eres un cerdo, como tu hermano Aidan... Los dos iguales... De tal palo tal astilla, porque estoy segura de que todo esto es cosa de Sandy, me apuesto lo que quieras. Pero si os creéis que me podéis asustar, lo lleváis claro. Primero el comisario, después Normie, ahora tú... Por vosotros, me falta esto (casi junté el pulgar y el índice), una pizca, para escribir ese puñetero libro y dejar al descubierto todo lo habido y por haber en este pueblo de mierda. ¿Te crees muy listo por dejarme aquí esperando, como lo hizo Aidan en su momento? Pues te equivocas. Tengo mi vida. Tengo relaciones. Tengo poder. —Apretándome una sien con la palma de la mano, añadí en un susurro—: Y un dolor de cabeza de padre y muy señor mío, gracias a ti.

—¿No te han dado mi recado? —preguntó James.

Habría soltado un grito si hubiera tenido fuerzas para ello.

—No me vengas con esas.

—Llamé a Phoebe y le pedí que te dijera que iba a llegar tarde.

—Pues Phoebe no me ha dicho nada —le espeté. Apenas acababan de salir esas palabras de mi boca cuando comprendí que era muy probable que Phoebe hubiera atendido la llamada y se le hubiera olvidado por completo, pero incluso eso era culpa de los Meade—. Si no me lo ha dicho es porque no está bien de la cabeza, sin duda por la contaminación de tu fábrica. —Hice un gesto con las dos manos—. Pero eso no tiene nada que ver. Yo estaba preocupada porque iba a llegar tarde e intenté llamarte. Me contestó una mujer. ¿Puedo hacerme con eso una idea de por qué tú has llegado tarde?

James no sonrió.

—He llegado tarde porque estaba metido con unas facturas y necesitaba media hora más para acabarlas. La que te contestó era la canguro.

Solté una bocanada de aire y dije, mirando hacia el cielo que se iba oscureciendo:

—Dios..., La canguro. —Mis ojos volvieron a la tierra y se enfrentaron con los suyos—. ¿Es que parezco tan idiota? Tú no tienes hijos.

—Sí, una niña. Se llama Mia. Tiene diez meses.

No fue su tono de seguridad lo que me sorprendió, sino cómo suavizó la voz al pronunciar esas palabras. Tuve que pensarlo dos veces antes de decir:

—¿Con diez meses y no han dicho nada en el periódico?

—Mi padre no quería que se hiciera público. No le gusta el mundo monoparental.

—O sea, ¿no estás casado?

Tampoco hablaban de eso en el periódico, pero quería asegurarme.

—No.

—¿Y Sandy se avergüenza de la niña?

—No. Está enfadado.

—Pero tú querías ser padre.

—Sí.

—¿Y tú te ocupas de la niña?

Intenté imaginármelo cambiando un pañal. Parecía demasiado... demasiado grandón. No se me ocurrió otra palabra.

—Sí, menos cuando estoy trabajando. La quiero mucho.

Esto último lo dijo con una media sonrisa, y esa sonrisa removió algo en mi, hizo algo, no sé qué, que me hizo olvidar su tardanza. Me di cuenta de que había actuado como una idiota y no como la mujer sofisticada que me habría gustado ser. Y, por supuesto, él vio que había estado llorando. Seguro que tenía los ojos enrojecidos.

Agachando la cabeza, me froté la nuca.

—Dios, Dios.

Qué tonta había sido.

—¿Has tomado algo para el dolor de cabeza?

—No he tenido tiempo.

En un abrir y cerrar de ojos me trajo unas píldoras y una botella de agua.

—Aquí tienes.

Me lo tomé sin preguntar nada. Sabía que no me daría nada que me perjudicara; me lo decía el corazón. No sé por qué estaba tan segura. Al fin y al cabo, James llevaba el apellido Meade. Pero el corazón también me recordaba que era atractivo, y de eso no tenía motivo de duda. Estaba a mi lado, mucho más alto y robusto que yo, y sin embargo delgado. Y fuerte. Y tan calmado.

¿Un hombre como James, grandón, dominante, acunando a un bebé? La imagen era tan alucinante que me dejó sin palabras. Bebí un poco más de agua y bajé la botella. Nuestras miradas se cruzaron durante varios segundos, y por Dios que no supe qué decir.

Entonces él dijo:

—¿Quieres correr?

Asentí con la cabeza. Desde luego, eso era lo que había que hacer: correr.

James cerró su coche, y nos pusimos a hacer ejercicios de estiramiento. Después fuimos hacia el bosque. Me preguntó si yo quería ir delante, pero le hice una seña para que él se adelantara, y no me equivoqué. Para empezar, aunque la luz empezaba a desvanecerse, él iluminaba la ruta, no sé si por su camiseta blanca, por las piezas reflectantes de las zapatillas o por la luz que resistía a difuminarse sobre su piel o el gris de su pelo. Pero resultaba fácil seguirlo. Llegue a la conclusión de que era un

corredor bastante bueno, como ya había pensado antes, cada vez que habíamos corrido juntos. ¿De qué me sorprendía? Era deportista; no se crecía en Middle River sin saber que los chicos de la familia Meade jugaban al béisbol, al baloncesto, al fútbol. Pero supongo que era porque correr es otro asunto. Para empezar, es una actividad solitaria. Yo pensaba que un Meade querría más público, y además, es agotador. Era típico de los chicos de los Meade que confiaran en que los demás les pasaran el balón cuando estaban en situación de marcar. Correr no es un deporte de grupo, solo cuentas con tus piernas, que te llevan o no te llevan a ninguna parte.

Hicimos el recorrido una vez. Pasamos por el atajo del promontorio de Cooper.

—¿Qué tal la cabeza? —gritó James.

—Mejor —contesté.

Dimos otra vuelta. Había oscurecido aún más, pero me sentía segura, desde luego mucho más segura que junto a mi coche destrozado ante el restaurante de Omie. James iba corriendo delante de mí, con los pies posándose rítmicamente en el suelo, las delgadas piernas con paso fluido, la espalda recta, el trasero apretado, los brazos con un movimiento vigoroso. Miraba hacia atrás cada pocos minutos para comprobar que lo seguía. Si me hubiera caído, él habría estado allí. Lo sabía. También eso me lo decía el corazón.

¿Había cambiado su ritmo para ayudarme? Probablemente. Pero de todos modos iba sudando como un pollo. Lo noté en su cuello y en sus brazos, en las puntas del pelo y en la cara cada vez que se volvía, y cuando al fin llegamos al punto de partida, respiraba con tanta dificultad como yo.

Haciéndome un gesto para que me quedara allí, sacó dos botellas de agua del coche. Bebimos, cada uno apoyado en el tronco de un árbol en el linde del bosque. Había caído la noche; a todos los efectos prácticos, estábamos escondidos. Reinaba una tranquilidad increíble... tranquilidad hasta que sus ojos se encontraron con los míos una vez más, y una vez más yo sentí aquel tirón.

Se apartó del árbol y vino hacia mí.

—¿Tú sabes qué demonios está pasando? —preguntó, y me dio la impresión de que estaba realmente perplejo.

Negué con la cabeza. Bueno, era atracción física pura y dura, pero en teoría no tendría que haber existido. Al menos entre James y yo.

¿Entre James Meade y yo? Ni hablar.

Pero lo veía en sus ojos y lo sentía en mi cuerpo, y cuando me puso una mano en la nuca y apretó su boca contra la mía, una llamarada prendió entre nosotros. El beso se prolongó, profundizó fue hacia un lado y hacia otro, después se retiró, y otra vez fue más dentro, pero no era suficiente. Cuando James separó su boca, yo le aferré los hombros y él me aferró la cintura, pero ni aun así era suficiente.

Sus ojos eran oscuros en la noche envolvente, su voz ronca.

—¿Queremos hacer lo que estamos haciendo?

Negué con la cabeza, pero me traicionaron mis manos, agarrándose a sus hombros y después deslizándose por aquella piel sudorosa hasta el cuello... y el sudor me excitaba tanto como todo lo demás. ¿Química? Dios, Dios. La química no podría explicar ni la mitad del deseo que yo sentía en aquel momento.

Volvió a besarme. En esta ocasión sus manos no tuvieron que guiar mi cara, de modo que fueron directamente a mis pechos, y lo que hizo con ellos fue increíble, pero aún no era suficiente.

Me faltaba la respiración, apenas podía hablar, pero al apartarme un poco para subirme la camiseta, susurré:

—No quiero hacerlo, pero si no seguimos, me muero.

Me dio la impresión de que el ruido ahogado que oí era una especie de risa, pero se convirtió en algo completamente distinto cuando él se quitó la camiseta. Yo quería sentir mis pechos contra su pecho. Él quería mis pechos en su boca, y así fue. Con un pezón entre sus dientes y el otro entre los dedos, las piernas se me hicieron gelatina. Me agarré a él para no caerme.

En medio de aquel delirio, lo pensé una vez más... ¿James Meade y yo? Pero inmediatamente se me olvidó. La identidad no tenía nada que hacer ante una pasión devoradora, y eso es lo que había entre nosotros. Todavía hoy no sé cómo nos quitamos los pantalones, sobre qué me apoyé mientras me penetraba una y otra vez, ni si hablamos o no, ni cómo logró James salirse antes del orgasmo. Pero fue estupendo, increíble. No puedo hablar por James, aunque los ruidos que hacía con la garganta parecían atestiguar lo que sentía, pero con respecto a mí, fue el orgasmo más prolongado e intenso que había tenido en mi vida. Y por si no había sido suficientemente alucinante, después nos quedamos un rato allí sentados, James sobre un tronco, yo a horcajadas sobre él, los dos completamente desnudos; allí nos quedamos hasta que se apagó el fuego y cerró la noche.

Entonces nos vestimos y cada cual se dirigió a su coche. Él parecía perdido en sus pensamientos, y yo tampoco sabía qué decir. Cuando nos detuvimos, nuestras miradas se encontraron, y James pareció sentirse confuso durante largos momentos. Después me preguntó, con calma y una extraña inseguridad:

—¿Quieres venir a conocerla?

Lo seguí hasta su casa. Era grande, de ladrillo, de estilo colonial, tal y como me la esperaba, pero no estaba en Birch como las demás. Estaba en el extremo sur del pueblo, en realidad no muy lejos de la casa de Tom, y con unas tierras que no habría podido tener si la hubiera comprado en Birch. No había luces a los lados ni enfrente, solo las de la puerta de la casa y las que iluminaban las ventanas.

La canguro nos saludó. Parecía de mi edad, pero su cara no me sonaba. James nos

presentó, le pagó y ella se marchó.

Supuse que la niña estaba dormida cuando James me llevó a una sala de estar junto a la cocina, y allí, sentada en el suelo, sujetando una punta de una mantita de lana, con el resto hacia un lado, estaba la pequeña. Tenía el pelo corto, abundante y oscuro, y llevaba un pelele rosa. En la gran pantalla del televisor a la que estaba pegada había más colores vivos, formas, números y dibujos animados.

No hablamos, y la niña no se dio cuenta de que estábamos allí hasta pasado un buen rato. Miré a James. No podía apartar los ojos de su hija.

A la niña algo le llamó de repente la atención. Volvió la cabeza, y al ver a James se le iluminó la cara. Inmediatamente vino hacia nosotros, a gatas, sin dejar de mirar a James, que se puso en cuclillas y la abrazó.

Yo retrocedí un poco. Me pareció un momento tan íntimo, tan cariñoso, que yo no tenía nada que hacer allí. Pero James se levantó y se acercó con la niña, que le había rodeado el cuello con un bracito y tenía los ojos clavados en mí.

—Te presento a Mia —dijo James en un tono exquisitamente dulce.

Al verla más de cerca, me quedé sin aliento. Era preciosa, y se lo dije a James. Incapaz de resistirme, la tomé de la mano. «Hola, Mia», dije en un tono tan dulce como el de James, pero es que no había otra forma de saludar a aquella criatura. Con la piel de color crema, diminutos labios rosas y ojos oscuros y ligeramente oblicuos que sugerían su origen asiático, era la inocencia personificada. Tenía la manita cálida, pero no se agarró a la mía. Yo era una desconocida.

Mia no despegó los ojos de mí mientras íbamos a la cocina, donde James preparó un biberón. Después fuimos a su dormitorio decorado en tonos amarillo y rosa, donde la sentó en un balancín para que bebiera, y ella siguió mirándome. Cuando acabó, se sintió lo suficientemente cómoda como para dirigirme una sonrisa, pero ya adormilada. Balbuceó unos momentos mientras James le cambiaba el pañal, pero también los balbuceos eran ya de sueño. Cuando la puso en la cuna, con su peluche favorito en una esquina, su mantita favorita en la mano y su nana favorita sonando, ya estaba dormida.

James apagó la luz y activó el escucha. Me tomó de la mano, me llevó a un dormitorio que no pude ver porque no se tomó la molestia de encender la luz e hicimos el amor otra vez.

James era realmente increíble. Aparte de las energías, que le sobraban, teniendo en cuenta que era un hombre con más pelo gris que negro, era tan fuerte y al mismo tiempo tan delicado que yo ya no podía más cuando al fin me penetró. En esta ocasión se había puesto preservativo, por lo que se quedó dentro de mí nada menos que durante dos orgasmos... y me refiero a dos orgasmos simultáneos, algo que raramente ocurre. Su excitación espoleaba la mía, que después espoleaba la suya, y a su vez espoleaba la mía...

Lo siento. No me explico muy bien, ni de una forma muy poética, pero supongo que se hacen una idea. Baste decir que cuando por fin nos separamos, yo estaba completamente agotada. Pensaba que él también, hasta que, sin previo aviso, me cogió en brazos y me llevó a la ducha.

Nos hacía falta. Después de correr más de seis kilómetros y dos sesiones de sexo, apestábamos. El jabón se encargó de todo: un montón de jabón, de espuma y mucho frotar. Ya, ya sé qué estarán pensando: que hicimos el amor otra vez, en la ducha.

Pues no. Eso sí; muchas caricias y mucho cariño: él me restregó a mí y yo le restregué a él, pero no llegamos más allá. En realidad, nos envolvió una especie de timidez cuando nos cubrimos con aquellas enormes toallas que tenía. Por mi parte, estaba intentando comprender qué había pasado, por qué y qué iba a hacer con el asunto. Él debía de estar pensando otro tanto, porque, con la toalla atada alrededor de las caderas, enderezó el pecho, salpicado de mechones de vello recién lavado y seco, y dijo como sorprendido:

—Annie Barnes. ¿Quién iba a decirlo?

Me sonrojé. ¿Hasta qué punto era halagador?

Y que me sirvieran la cena... ¿no era halagador?

Tras ir a ver cómo estaba Mia, me llevó a una pulcra cocina con muebles de madera de fresno y electrodomésticos de la tecnología más moderna, y me agasajó con un excelente Pinot Noir mientras asaba cuatro hamburguesas. Yo me tomé las mías rápidamente, al mismo tiempo que él. Estaba muerta de hambre.

Cuando terminamos, yo tenía como campanillas que me avisaban de que me anduviera con cuidado, pero las dejé allí, mudas, hasta que me subí a la furgoneta para ir a casa. Entonces empezaron a resonar con toda su fuerza, y caí en la cuenta. Si James Meade había elegido algo para acorralarme y mantenerme con la boca cerrada, había dado en el clavo.

Había estado como flotando durante las dos últimas horas, y de repente había aterrizado. Y al entrar en casa me encontré con Phoebe, que me estaba esperando en la cocina, pero no en pijama. Estaba vestida de pies a cabeza. Con una lucidez que no le había visto en los últimos meses, me dijo que Omie había sufrido un infarto aquella tarde y había muerto.

Phoebe y yo no fuimos las únicas en acudir al restaurante aquella noche. La cocina había cerrado en cuanto se conoció la muerte de Omie, de modo que no se servían comidas, pero la gente entraba a riadas para consolar a la familia y para verse. Todo el mundo quería a Omie en Middle River. Había influido en la vida de la mayoría de nosotros.

Para Phoebe y para mí, y también para Sabina, que llegó poco después que nosotras, era un duelo especial. Omie había sido amiga íntima de nuestra madre, de modo que fuimos allí también en nombre de Alyssa.

Los que fuimos aquella noche, y algunos más, volvimos a la mañana siguiente, para llevar galletas, bollos, guisados, bocadillos, sopas, todo lo que habíamos preparado. Ninguno esperábamos que la familia de Omie cocinara aquel día. Entrábamos y salíamos sin cesar, para calentar esto, enfriar aquello, poner lo de más allá en platos y servirlos, y hablo en plural porque allí estaba prácticamente todo Middle River. Si existe el sentido de lo comunitario, allí estaba. Si algo tienen las pequeñas ciudades, es unirse en tiempos de necesidad. Era de agradecer, y también algo admirable.

Pues bien, otra verdad, VERDAD N.º 8: las pequeñas ciudades tienen sus virtudes. Pueden ofrecer un apoyo y una clase de consuelo que no ofrece una gran ciudad.

Pero ya metida en el asunto de las verdades, encontré todavía más. ¿Qué había dicho antes? ¿Que cuando miraba a mis hermanas veía a dos mujeres inteligentes cuyas vidas se estaban malgastando en un pueblo en el que estaban mal vistos la libre expresión y la honradez de pensamiento? No tenía del todo razón. Había visto a Phoebe en su trabajo: proporcionaba un servicio vital para la gente del pueblo. Y otro tanto ocurría con Sabina, con aquel centro de datos que ella dominaba; era impresionante. Y de repente, allí estaban las dos, comunicándose con toda facilidad con aquella gente, unidas por la pena, recibiendo y dando consuelo. Para ser sincera, me daban envidia.

En fin, al menos durante aquel día, formé parte de todo aquello. A nadie se le ocurrió pensar que yo no quisiera a Omie, ni que no sintiera que hubiera muerto. Trabajamos codo con codo en la cocina, y nos ofrecimos comida los unos a los otros, además de a las hijas, los nietos y nietas, los sobrinos y sobrinas que había dejado Omie. Su cuerpo reposaba en la funeraria, pero su espíritu, tan fuerte, estaba entre nosotros.

La gente pareció olvidarse de lo mucho que me odiaba bajo el hechizo de aquel espíritu. La muerte de Omie supuso una distracción para ellos, que en cierto modo los ablandó.

Y ejerció el mismo efecto sobre mí. Fui capaz de sonreír a Marylou Walker, a

pesar de que había estado conmigo como un témpano la última vez que entré en su tienda. Fui capaz de saludar cortésmente con la cabeza a Hal Healy sin hacer demasiado caso a aquel brazo con el que rodeaba a su esposa, que parecía más fuera de lugar que nunca. Incluso saludé a algunas de las personas que me habían dado con la puerta en las narices el día anterior.

Kaitlin se portó maravillosamente. Fuera adonde yo fuera, venía a ayudar, y cuando sus amigas vieron que me aceptaba, ellas también lo hicieron. Hablaron conmigo, e incluso sonrieron. Seguro que a Hal Haley no le hizo ninguna gracia.

En ciertos momentos entraban personas desconocidas al restaurante, y yo me preguntaba si entre ellas habría alguna capaz de haberme rajado los neumáticos. Y también en ciertos momentos llegué a preguntarme si Azul Azul estaba allí. Estaba el jefe de policía, Greenwood. Lo vi varias veces, pero se escaqueó. Quería creer que, ante la bondad de Omie, él estaría retorciéndose de remordimiento.

Pero había algo más importante. Sin la distracción del duelo de Omie, habría estado preocupándome por James. Lo que había pasado en la pista era tremendo, y no me refiero solo a haber borrado la humillación de haber esperado allí cerca a Aidan. Me refiero al sexo en el bosque y después en su casa.

Yo me tomo el sexo con mucha seriedad. No lo conocí hasta los veinte años, y en los trece siguientes he estado con tres hombres, con cada uno de los cuales me quedé durante varios años. No me acostaba con cualquiera, y mucho menos con hombres que apenas conocía, pero resulta que a James apenas lo conocía.

¿Había tomado una decisión consciente de acostarme con el enemigo? No.

¿Estaba planeando destruirlo mientras tenía su lengua en mi boca? Por supuesto que no.

A Grace la habría decepcionado. Habría dicho que había desperdiciado una oportunidad única, pero francamente, quién era James y lo que hacía era lo que menos me importaba mientras hacíamos el amor. En aquellos momentos era un tío hacia el que me sentía fuertemente atraída... y que sentía una fuerte atracción por mí. ¡Sí! Sentía cierto cosquilleo al pensarlo incluso horas después de que hubiera ocurrido.

De modo que intenté mantenerme ocupada. Hablaba con la gente, pero donde más cómoda me sentía era en la cocina. Fregar era lo ideal, y también cargar y descargar el lavaplatos. Así no estaba en primer plano y tenía las manos ocupadas y la cabeza centrada en Omie.

¿Que si se presentó James? Por supuesto. Creo que lo noté en el momento mismo en el que entró en el restaurante; entonces yo estaba en la cocina, lo que indica hasta qué punto tenemos antenas sexuales los seres humanos. Tuve un extraño presentimiento; miré por la ventanilla del mostrador y allí estaba él.

Me hice a un lado para que no me viera. ¿Qué podía decir? Porque a pesar de



aquella tremenda atracción, me sentía muy confusa. Habría pensado que el apellido mismo de James podía actuar como depresivo, pero no era así.

Me encontró en un momento en que no había demasiadas personas en la cocina y pudo decirme unas cuantas palabras sin que lo oyeran.

Y eso es todo lo que dijo, unas cuantas palabras, las primeras sin despegar los ojos del *lavash* que yo estaba sacando de una bolsa de plástico grande y colocando en un plato.

—¿Te han arreglado las ruedas?

—Sí. Normie encontró las que necesitaba en Weymouth.

Levanté la mirada justo a tiempo de ver que James torcía la boca, con un gesto que daba a entender que sabía que algo más pasaba en Weymouth. Entonces se encontraron nuestras miradas, y en un instante intercambiamos algo más.

Yo apenas podía respirar, y desde luego, no podía apartar mis ojos de los suyos. Sentí gran alivio cuando al fin él rompió el hechizo al decir:

—No puedo ir a correr los fines de semana. No me viene la canguro. ¿Puedes el lunes?

—El próximo lunes estaré en Nueva York, con Phoebe. Volvemos el martes por la noche.

—Entonces, ¿el miércoles por la mañana?

—Vale.

Asintió con la cabeza, dio un golpecito en la encimera de acero inoxidable, se dio la vuelta y yo pensé que ya estaba, que no había nada más. Se volvió y dijo:

—Yo no soy de los de ligue de una noche.

Vamos a ver: ¿qué demonios significaba eso? ¿Que no se iba a repetir lo que habíamos hecho porque, efectivamente, habíamos ligado una noche y él no se dedicaba a eso? ¿O que habría una repetición de lo que habíamos hecho porque significaría algo más que un ligue de una noche, que también estaría muy bien?

Naturalmente, no se lo pude preguntar, porque cuando quise hacerlo, James ya estaba casi en la puerta de la cocina. Lo único que pude hacer fue ver cómo sorteaba encimeras y estanterías para salir. Iba con la espalda erguida, el pelo plateado impecable, la camisa azul impecable, los pantalones grises impecables, los mocasines impecables.

Hasta el día de hoy no podría decir si la gente nos vio hablar y si Por eso empezaron a considerarme una persona digna de confianza. Pero en cuanto James se marchó, empezaron a hacerme preguntas. La gente se planteaba si la muerte de Omie se debía simplemente a su edad o si la había acelerado algún factor externo. Al parecer, en la familia de Omie era muy normal la longevidad, un detalle que yo no conocía. Su madre había muerto a los noventa y seis años de edad, y su padre (que era mucho mayor que su esposa, y de ahí que hubiese muerto cuando Omie era joven)

a los noventa y ocho. Omie solo tenía ochenta y tres, que a mí me parecía una edad muy avanzada, pero no en comparación con sus familiares. Querían averiguar por qué había estado enferma cada dos por tres el año anterior, el porqué de las neumonías y el ataque al corazón que había acabado con ella.

Lo decían con toda tranquilidad, haciendo preguntas casi retóricas. Pero no paraban de preguntar, y me preguntaban a mí. Eso significaba algo. Era como si supieran que yo andaba indagando y que precisamente por eso yo había pasado a ser su defensora, como si no tuvieran a nadie más a quien preguntar, como si confiaran en mí.

Bueno, quizá esto último sea un poco exagerado. Sin embargo cuando salí del restaurante de Omie, a media tarde, sentía una gran responsabilidad.

Encendí el ordenador. Me había enviado un correo electrónico mi amiga Jocelyn para decirme que había llegado al capítulo de *Peyton Place* en el que Tomas Makris desnuda con la mirada a Constance MacKenzie, y que le parecía fantástico. Le contesté diciéndole que sí, que a mí también me lo parecía, que Tomas era muy sexy, pero que lo importante de la relación era que Constance había empezado a aceptar su propia sexualidad. ¿Hasta dónde hemos llegado las mujeres en este sentido? Yo no podría haber hecho lo que había hecho con James si no me hubiera gustado el sexo, pero eso no se lo conté a Jocelyn. Mis amigos todavía no sabían nada de James.

Greg enviaba un correo para decirme que habían llegado a los 4200 metros, pero que la nieve y el viento les impedía avanzar, y he de reconocer que empecé a preocuparme un poco. Mucha gente había muerto escalando montañas, y el McKinley era bastante alto. ¿Era menos peligroso que te pillara una ventisca a 4200 metros de altitud que andar por las calles de Afganistán devastadas por la guerra? No lo tenía yo tan claro.

Mis pensamientos volvieron a los peligros de lo más cotidiano, justo cuando estaba a punto de responder a Greg, me llegó un correo de Azul Azul. «¿Ha habido suerte?», decía, y comprendiendo que él estaba ante su ordenador, me enfadé.

De momento no he tenido suerte, pero tú estás haciendo todo lo posible para que no la tenga, a no ser que me des más información. No puedo hacer preguntas a la gente si no tengo con qué respaldar esas preguntas. No puedo ganarme su confianza si no puedo presentarme ante ellos como una persona medianamente inteligente, ¿no?

¿Qué ocurrió en Northwood en las fechas que me diste? ¿Se produjo un vertido de mercurio? ¿Sí o no?

En esas dos fechas hubo un incendio. El 21 de marzo de 1989, un incendio destruyó el Club, y el 27 de agosto de 1993 otro incendio

destruyó el Cenador.

Vale, en esas fechas. Pero lo de los incendios no es ninguna novedad. Todo el mundo lo sabe. Sam lo sacó en primera página. ¿Qué relación guardan con esto?

Se hizo todo lo posible para que esos incendios parecieran accidentes. El incendio del Club se atribuyó a un fallo eléctrico en la cocina. El del Cenador a una vela mal apagada, pero ninguno de los dos fue fortuito. Los dos fueron provocados por agentes de Northwood, por orden de Sandy Meade. El objetivo consistía en arrasar los edificios para que Northwood pudiera hacer negocio reconstruyéndolos desde cero. Lo que no llegó a salir a la luz es que antes de la reconstrucción se había quitado mercurio del suelo.

¿Mercurio en el Club y en el Cenador, pero no en la fábrica?

¿Recuerdas que te dije que Northwood utilizaba otros métodos para deshacerse de los residuos de mercurio? Había enormes bidones enterrados bajo esos dos edificios.

¿Bajo el Club y el Cenador? ¿Por qué? ¿Por qué no los enterraron en pleno campo?

Sandy Meade pensó que sería buena idea (y menos sospechoso si había una investigación) construir algo de uso público encima de los desechos. Para ser justos con él, en teoría los bidones aguantarían. No se pensaba que pudiera haber un escape.

Pero ¿lo hubo?

Durante la semana anterior a cada uno de los incendios se celebraron actos públicos en ambos edificios. Después se produjeron brotes que en unos casos se atribuyeron a la gripe y en otros a intoxicación alimentaria. Eso obligó a los Meade a analizar el aire. Encontraron pruebas de un gran vertido que probablemente se había filtrado en los conductos de ventilación.

Entonces, ¿los incendios fueron una maniobra de encubrimiento?

Sí. Se hizo limpieza, en todos los sentidos de la palabra. Desaparecieron los informes internos de los archivos. Se conserva un registro de los actos que se celebraron durante los días anteriores a los incendios, pero hay muy pocos nombres de las personas que asistieron a cada uno. Las enfermedades consiguientes no se extendieron lo suficiente como para llamar la atención de las autoridades del estado. Los Meade se conformaron con haber descubierto el vertido a tiempo y haberlo limpiado por completo.

*¿Y pensaron que eso lo eximía de responsabilidades? ¿Hicieron algo por los afectados?*

Se han hecho algunas cosas, pero sin darle publicidad, para que los afectados no sepan por qué se han hecho.

*¿Hay más puntos como ese?*

Sí. La guardería se encuentra en uno de ellos. Se construyó allí con la misma idea. Por si te interesa, no ha habido más escapes. En vista de los años que han pasado desde el último, Sandy Meade da por sentado que con aquellos dos hubo problemas y que los demás aguantarán.

*¿Y están dispuestos a correr ese riesgo, sabiendo que hay niños de por medio?*

Eso parece. Se sienten más seguros con el paso del tiempo. Consideran que el hecho de que no haya escapes demuestra que no los habrá en el futuro. Yo lo considero una tragedia anunciada. Por eso te necesito.

Me quedé horrorizada. Aparte de lo que hubiera pasado antes, no podía comprender qué mente perversa podía hacer semejante cosa a los niños, y eso planteaba otra cuestión.

*Supongamos que Sandy Meade se muere de repente, hoy mismo. ¿Qué pasaría? ¿Continuarían sus hijos con esa costumbre?*

Depende de qué hijo se haga cargo de la empresa.

James es el sucesor.

Yo no estaría tan seguro. Por cierto, parecías muy ocupada en el restaurante de Omie.

*¿Estuviste allí y no te presentaste? ¿Cuándo vamos a conocernos?*

Cuando tengamos pruebas de que es factible. Necesitamos nombres. Necesitamos personas que estuvieran en uno de esos sitios durante la semana en cuestión, que hayan tenido problemas físicos desde entonces y que estén dispuestas a hablar.

*¿Qué van a sacar en limpio? ¿Podemos ofrecerles alguna clase de ayuda?*

Nosotros no, pero supongo que los Meade sí lo harían, como parte de un acuerdo. ¿No es eso lo que nos proponemos?

Sí. Naturalmente, antes de llegar a ningún acuerdo habría que enfrentarse con los Meade. No me apetecía nada. Ellos tres contra mi supondría una tremenda desventaja. Si Azul Azul salía del armario, podríamos ser tres contra dos, pero no podía contar con ello. Según sus propias palabras, quería seguir trabajando en la fábrica, algo imposible si se metía con los Meade.

Y tampoco podía contar con Tom. Desde luego, me estaba ayudando muchísimo. No solo había conseguido hora con su amiga d Nueva York, sino que nos había dado el historial de mi madre para que pudiéramos darle pistas a la doctora sobre la situación de la familia con respecto a los problemas de Phoebe. Pero también su trabajo correría peligro si se ponía en la línea de fuego.

Daba la impresión de que el aspecto público de aquella lucha era mío y solo mío.

Nicole DuPuis se sentía confiada tras haber hablado con Aidan. Lo tenía entre la espada y la pared, y él lo sabía. Si se destruía su matrimonio, él tendría que ayudarla, y no era exactamente chantaje. Pero la verdad era que Aidan tenía algo bueno entre manos con ella, independientemente del sexo. Ella llevaba la parte del negocio que correspondía a Aidan de tal forma que a veces incluso se sorprendía de sí misma. Era la voz de Aidan; se expresaba gracias a ella. Sandy Meade estaba completamente engañado. Confiaba cada día más en Aidan para que se pusiera al frente de la empresa. Si las cosas seguían así, Aidan tendría asegurada la presidencia del consejo de administración, algo que también le interesaba a Nicole. Con Aidan como presidente, ella sería aún más indispensable. Además, con ese puesto, tendría acceso ilimitado al dinero, y si ella recibía lo suficiente, podría darle la patada a Anton.

Eso le gustaría, le encantaría. Anton era un sinvergüenza y un mentiroso. Ya no dormían en la misma cama, pero aún tenía que soportarlo durante las comidas y los acontecimientos sociales. Eso le producía una gran tensión que la estaba minando.

Precisamente por eso seguía retrasando hablar con Kaitlin, porque provocaría aún más tensión. Bastante susceptible estaba ya su hija. Desde luego, actuaba. Sonreía, asentía y decía: «Sí, mamá, lo haré», pero Nicole veía la rabia que iba por dentro. Enfrentarse con ella para averiguar lo que le había dicho a Annie Barnes podría resultar muy desagradable.

Entonces murió Omie. Todo el mundo fue al restaurante el viernes, ¿y cómo no fijarse en la relación entre Kaitlin y Annie? Cada vez que Nicole miraba, Kaitlin estaba hablando con Annie o de ella. Y encima Hal, comentándolo y asegurando que le preocupaba lo que parecía empezar a ser una amistad, e incluso sugiriendo que Kaitlin había pasado a ser el enlace entre Annie y las demás chicas. Nicole no podía retrasarlo más.

Esperó hasta el sábado por la mañana, cuando hubo acabado funeral y Anton se fue a jugar al golf. Kaitlin estaba junto a la piscina, con un bañador al menos una talla más pequeña que la suya y el cuerpo embadurnado de aceite. Estaba en una tumbona, hablando por teléfono. Cuando vio que Nicole se aproximaba, cerró el teléfono, lo dejó caer sobre una toalla que había en el suelo y cerró los ojos.

—¿Con quién hablabas? —preguntó Nicole en tono sinceramente cordial. Quería ser amiga de su hija, de verdad. Pero aún no lo había conseguido.

—Con nadie —contestó Kaitlin.

Nicole sonrió.

—¿Con nadie durante tanto tiempo? No puede ser.

—Con nadie importante.

—¿Kristal?

—Jen —dijo Kaitlin. Sin abrir los ojos, estiró el brazo hacia un lado de la tumbona, cogió una cereza de un cuenco y se la metió en la boca. Arrancó el rabillo y lo dejó en el cuenco.

—Ah, Jen. —A Nicole le caía bien Jen, que mantenía con su madre la clase de relación que ella envidiaba. Acercando otra tumbona, se sentó en la parte de abajo—. ¿Podemos hablar?

Kaitlin estaba masticando la cereza.

—Hum... sí.

—Ayer estuviste un montón de tiempo con Annie Barnes. ¿Por alguna razón especial?

Kaitlin negó con la cabeza, escupió el hueso de la cereza en la mano y lo tiró al cuenco.

—Últimamente la ves mucho.

—No más que a cualquiera del pueblo.

—No hablan con ella, y tú sí.

Kaitlin entreabrió un ojo y levantó la cabeza justo lo suficiente para mirar a Nicole.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Es que te lo cuenta alguien?

—Lo vi yo misma ayer, en el restaurante. —Kaitlin parecía de lo más cómoda con Annie; no solo cómoda, sino hasta contenta. Hacía tiempo que Nicole no la veía así—. ¿De qué hablabais?

Kaitlin volvió a dejar caer la cabeza.

—Me estaba explicando cómo hay que colocar los bocaditos de pollo. Tiene su truco.

Esa era precisamente la clase de frasecita que irritaba a Nicole: inocente en la superficie, pero burlona.

—No te pongas impertinente, Kaitlin.

—Lo digo en serio. Hablamos de eso.

—Hay mucha gente de aquí preocupada por Annie Barnes —replicó Nicole a modo de autodefensa—. No soy solo yo.

—¿Quién más?

—El señor Healy, por ejemplo. Piensa que es una mala influencia para las chicas de tu edad.

—El señor Healy tenía que ser. Con las estupideces que dice.

Nicole coincidía con su hija en ese tema, pero no estaba dispuesta a reconocerlo. Para lo que le importaba en aquel momento, Hal era simplemente el director del instituto.

—Está preocupado por Annie Barnes.

Kaitlin se incorporó apoyándose en los codos, con los ojos abiertos.

—¿Preocupado por qué?

—Porque se meta en vuestras vidas y después escriba sobre ello.

Kaitlin torció el gesto. Se sentó, cogió el cuenco de las cerezas y se lo puso en el regazo.

—No está escribiendo un libro sobre Middle River.

Se metió otra cereza en la boca, arrancó el rabillo y lo dejó en el cuenco.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque me lo ha dicho ella —respondió Kaitlin dándole vueltas a la cereza en la boca.

—¿Y cómo surgió el tema?

Kaitlin escupió el hueso en una mano.

—Se lo pregunté yo, mamá. Medio pueblo está preguntando lo mismo. ¿Tienes algún problema con eso?

—No, ninguno —contestó Nicole, porque en realidad no quería peleas. Pero aún seguía pendiente el asunto de qué sabía Kaitlin qué podría haberle contado a Annie. De lo que se trataba con aquella conversación era de controlar los daños, ¿no?

Así que rebobinó y dijo, dándole más énfasis:

—Bueno, sí, yo sí tengo un problema. Las mujeres como Annie Barnes son muy astutas. Hacen como si fueran amigas tuyas y luego te dan una puñalada por la espalda. Es posible que te esté utilizando, Kaitlin. Espero que no le hayas contado nada de lo que te puedas arrepentir.

—¿Como qué?

—Bueno, no sé.

Nicole no estaba dispuesta a hablar de Aidan. Todavía existía alguna posibilidad de que Kaitlin no supiera nada.

—Me fío de ella.

—Dios mío. O sea, le has contado cosas.

—Lo único que quiero decir es que no me está utilizando —replicó Kaitlin—. Ella no es así.

Cogió otra cereza.

—¿Y tú sabes cómo es? —preguntó Nicole—. Kaitlin, tienes diecisiete años, y no eres precisamente una autoridad en materia de en quién hay que confiar y en quién no. ¿Tienes idea de lo que ocurre cuando le haces confidencias a una persona así y ella se las cuenta a todo el mundo? ¿Sabes cuánto daño se puede causar? Annie Barnes lo hace, y lo sabe muy bien. Si le cuentas cualquier cosa sobre nosotros, en cuanto salga a la luz no hay forma de recuperarla. Hay ciertas cosas que deben mantenerse en privado. Y por lo que más quieras, deja de comer cerezas. Son puro azúcar. Ese bañador ya te queda muy justo.

Nicole se dio cuenta de su error nada más haber pronunciado aquellas palabras.



La expresión de Kaitlin se endureció.

—Precisamente por eso me cae bien Annie Barnes —proclamó la chica con frialdad—. Ella jamás diría una cosa así. Ella no piensa que yo sea gorda. También ella era fea cuando tenía mi edad, y cuando sea mayor, me gustaría ser como ella.

Nicole se asustó un poco.

—Tú no eres fea.

—Ah, ¿no? ¿Y entonces por qué tanto arreglo en la nariz, en los dientes, en la mandíbula, en el pelo y en la piel?

—Yo nunca he dicho que seas fea.

—No con esas palabras, pero lo dices de otras formas. «Ese bañador te queda muy justo», repitió en tono burlón. «Por lo que más quieras, deja de comer cerezas». Mira, mamá, no estoy sorda. Oigo lo que dices y, bueno, qué le vamos a hacer, a lo mejor no puedo ser tan guapa y tan delgada como tú.

—Yo jamás he dicho que seas fea.

—Gorda es lo mismo que fea, y siempre me estás diciendo qué tengo que ponerme para parecer más delgada. Ahora, encima me dices que soy tonta.

—Yo no digo eso.

—«No eres precisamente una autoridad en materia de en quién debes confiar y en quién no» —repitió Kaitlin en tono burlón. Sujetando el cuenco de cerezas, agarró el móvil y se levantó—. Pues a lo mejor soy más lista de lo que tú crees. A lo mejor sí sé en quién puedo confiar. Annie Barnes me comprende mucho mejor que tú. Sabe lo que siento. Ha vivido aquí. Si dice que no está escribiendo un libro, yo la creo, y si tú tienes un problema con eso es porque tienes miedo de que todos tus secretos salgan a la luz. Pues para que te enteres, ella no conoce tus secretos, y no tiene nada que ver con si yo se los cuento o no. Hay otras personas en este pueblo sobre las que yo hablaría antes que sobre mis padres. ¿Tú te crees que me siento orgullosa de lo que hacéis papá y tú? ¿Por qué crees que no traigo aquí a nadie?

—Claro que traes gente —intentó rebatirle Nicole, pero había empezado a abrirse un vacío en su interior.

—No a cenar, ni los fines de semana, no cuando sé que quizá Papa y tú estéis aquí, porque cualquiera se daría cuenta de lo mucho que os odiáis, y no me lo niegues. Te he oído contarle cosas a tus amigas por teléfono.

Nicole estaba espantada.

—No tendrías que haber escuchado esas conversaciones.

—Estaba en la misma habitación. ¿Cómo no iba a oírlo? Mamá, no soy una niña. No puedes decir una serie de cosas y pensar que no me voy a enterar de lo que significan... y además, he visto a papá con esa mujer. Estaban en la cama, desnudos, en pleno día, con sexo ¿Te crees que no sé lo que es eso?

Nicole soltó una risita, muy violenta.

—Bueno, sí, eso pensaba.

—¿Porque soy fea? ¿Porque soy gorda? Pues para que lo sepas a algunos chicos no les importa.

Nicole se sintió aún más violenta.

—¿Qué quieres decir?

Su hija estaba tan enfadada que estuvo a punto de soltarlo todo pero se contuvo, respiró hondo y se tranquilizó.

—Lo que quiero decir es que todo el mundo se da cuenta de lo mal que va vuestro matrimonio, y que si trajera aquí a mis amigos lo verían enseguida, y me daría mucha vergüenza. Así que, ¿por qué tendría que contarle a Annie Barnes lo que pasa en esta casa? No soy del todo imbécil. Al menos me creerás en eso, ¿no?

Cogió su toalla y se marchó.

El domingo por la mañana Sabina fue a la iglesia con su familia. Sentía una especial necesidad de consuelo. En parte se debía a haber perdido a Omie, símbolo de todo lo que era estable y seguro. Lo demás era más complicado. Se debía a reconocer que Phoebe estaba enferma, a agradecer la ayuda de Annie y a presentir que, en el fondo, algo estaba a punto de cambiar en su propia vida.

No comprendió esto último hasta que terminó el oficio y fue a visitar la tumba de sus padres. La hierba había rellenado la lápida de Alyssa, habían crecido los rododendros que la flanqueaban, y las petunias que habían plantado Phoebe y ella a principios de verano destellaban con sus tonos naranja, rosa y blanco, todas ellas dando fe de la fuerza del período de crecimiento en Middle River aquel año.

El lugar era exuberante, como en cierto modo lo era su vida. Ron y Timmy no habían entrado, pero Lisa estaba con ella, cogida de su mano de una forma que Sabina sabía que era muy valiosa, dada la madurez que estaba alcanzando la niña. Sabina tenía mucha suerte con sus hijos, con su marido, sin duda, y también con sus hermanas. A sus padres les gustaba que lo comprendiera; Sabina lo notaba en la calidez del aire.

Al cabo de unos minutos regresaron. Justo detrás de la verja del cementerio se toparon con Aidan Meade y el jefe de policía Greenwood. Cuando la vio Aidan, le dirigió una sonrisa torcida.

—Precisamente estábamos hablando de tu hermana —dijo.

Sabina le apretó la mano a Lisa.

—Venga, vete con los demás. Dile a papá que yo voy enseguida. —Cuando Lisa echó a correr, Sabina se volvió hacia Aidan—: ¿Qué hermana?

—La que tiene problemas.

Sabina le dirigió una extraña sonrisa.

—¿Y cuál de ellas es?

—Annie —respondió el jefe de policía con su voz rasposa—. Tuve unas palabras con ella el jueves pasado. Está consiguiendo cabrear a la gente del pueblo.

—Vaya —replicó Sabina en voz baja—. Pues nadie parecía molesto con ella el viernes en el restaurante de Omie.

—Era cuestión de cortesía —intervino Aidan—. Al fin y al cabo, era un velatorio. Pero ha molestado lo suficiente a alguien como para que ese alguien le rajara las ruedas del coche un día antes. Para mí que es un aviso.

Fue entonces cuando Sabina notó el cambio. Fue muy sutil, pero también muy claro.

—¿Como el que me diste el miércoles, cuando me amenazaste con echarme si no hacía que Annie se marchara del pueblo? —Miró al jefe de policía—. Yo incluso podría decir que ustedes algo tienen que ver con esas ruedas rajadas.

—Vaya —replicó Aidan—. ¿Y le has contado a alguien esa teoría tuya?

—Todavía no —contestó Sabina con una sonrisa—. Acaba de ocurrírseme ahora, al verlos aquí hablando sobre Annie, según tú mismo has reconocido.

Greenwood se tiró del cinturón.

—¿Se ha ido a Nueva York? ¿Cuánto tiempo se va a quedar?

—Está con Phoebe, o sea que deberías decir cuánto tiempo se van a quedar. Volverán el martes. —Sabina enarcó las cejas—. ¿Y ahora qué va a pasar? ¿Creen que alguien disparará por casualidad contra la casa? ¿Pondrán animales muertos en el porche? ¿Robarán en la tienda? —Mirando a uno y a otro con asco por ambos identificó aquel pequeño cambio interior. Estaba relacionado con la lealtad—. Les prometo una cosa. Como pase algo más, lo primero que voy a hacer es llamar a la policía del estado.

Aidan se irguió.

—Eso parece una advertencia, y no me gustan esas cosas, Sabina.

—Ya lo sé —replicó Sabina en tono de lástima—. Te sientes impotente y desprotegido, ¿verdad? —Volvió a sonreír—. Sin embargo tienes mucho poder. Basta con una palabra tuya, Aidan. Dile al jefe de policía que hay que proteger a Annie, y tendrá protección.

—Quiero que se marche —proclamó Aidan.

—Pues se irá. Solo va a estar aquí un mes y ya ha pasado casi la mitad de ese tiempo. Dos semanas más, Aidan. Nada más. ¿No crees que puede soportarse?

Phoebe y yo salimos para Nueva York inmediatamente después del funeral, y no podíamos haber elegido mejor momento. Había llegado a sentirme realmente cómoda en Middle River, si bien durante muy poco, pero sentirme cómoda era un lujo que no me podía permitir. Mi vida estaba en otra parte. Necesitaba un recordatorio de que había vida más allá.

El recordatorio vino en cuanto pasamos los controles de seguridad del aeropuerto de Manchester. ¿De verdad me había sentido insegura porque alguien me había rajado las ruedas en Middle River? Pensar en el auténtico terrorismo lo puso en perspectiva y, emocionalmente, estaba muy lejos de allí.

Nueva York es la clase de ciudad que me gusta. Cuando decidí ir con Phoebe, cambié las reservas a un hotel de mayor categoría, no porque no quisiera alojarme en el establecimiento más modesto que ella había elegido, sino porque le había prometido que lo pasaríamos bien, y la situación era fundamental. La habitación daba a Central Park, y no podía ser más bonita. Apenas acabábamos de deshacer las maletas cuando nos llevaron una botella de vino y un cuenco de frutas que a Phoebe le encantó: se sentía mimada. Siguió sintiéndose así cuando fuimos de compras. Nos metimos en la Quinta Avenida y más que nada fuimos a ver escaparates, pero le compré un pañuelo precioso en Bergsorf y sales de baño y loción corporal en Takashimaya.

También entramos en Godiva, en Rockefeller Plaza. Ya saben que me gusta el chocolate, pero lo que no saben es que las trufas de Godiva sencillamente me chiflan. Y no cualquiera. Por una de almendra tostada podría pedir limosna; por una de coco, robar; por una de avellana, casi sería capaz de matar.

Lo digo en broma, por supuesto, pero me sentí más contenta con la cajita de trufas en el bolso.

Seguimos hasta Madison y compramos más cosas. Iba del brazo de Phoebe para que no perdiera el equilibrio, pero eso nos acercó más de lo puramente físico. Íbamos hablando mientras andábamos sobre mamá y papá, sobre Sabina, las rivalidades y también sobre los días felices. De repente Phoebe empezó a desfallecer. Volvimos al hotel a tomar algo y, después, con más ánimos, fuimos al zoológico de Central Park. Después Phoebe tuvo que echarse una siesta, pero le encantó el restaurante al que fuimos. Me hizo mucha ilusión. Siempre había sido el preferido de Greg y mío.

Pasamos el domingo y el lunes en la muestra, que se celebró en el muelle del Hudson, y empecé a respetar aún más el trabajo de Phoebe. Era muy difícil. Jamás había visto tantos artículos y de tantas clases, con tantas personas tan expertas en ventas. ¿Cuántas piezas comprar y de qué colores? Fue increíble, pero Phoebe se las arregló perfectamente.

Ya sé lo que estarán pensando. Estarán pensando que sus problemas no eran de carácter físico, sino mental, que se trataba de depresión, y que haberla sacado de Middle River le había dado nuevos ánimos. En eso confiaba yo, pero no fue así. Los problemas físicos eran los mismos: el andar vacilante, la falta de equilibrio, el ligero temblor. De repente estaba hablando y no sabía cómo seguir, no encontraba las palabras. Sin embargo, lo que hizo con el trabajo fue como una compensación. Se había llevado un montón de notas para acordarse de todo, y me puso a mí a revisarlas para que pudiera ayudarla en cualquier momento.

Guiándose por el pasado, acudió metódicamente a una lista de vendedores que conocía. Y lo hizo de una forma extraordinaria. A lo mejor titubeaba un poco al principio, pero siempre acababa preguntando lo que tenía que preguntar a cada uno de ellos, expresaba sus reservas cuando el artículo en cuestión no era adecuado y se dirigía a otros vendedores cuando sus mercancías le llamaban la atención. Aproveché hasta el máximo sus recursos internos para centrarse, pero acabó agotada. Nos llevaron la cena a la habitación las dos noches.

Y llegó la mañana del martes. Phoebe esperaba que hubiéramos dormido hasta tarde y nos hubiéramos ido tranquilamente al aeropuerto. Cuando le conté lo que tenía preparado, no le hizo ninguna gracia. Creo que si hubiera estado descansada, se habría negado en redondo. Protestó, pero débilmente. Dijo que no necesitaba médicos, que yo no tenía por qué haber concertado una cita a sus espaldas y que estaba provocando un distanciamiento entre Sabina y ella. Argumentó que si Alyssa no había sufrido intoxicación por mercurio ¿Por qué demonios iba a sufrirla ella?

Pero no tenía fuerzas para rebelarse durante mucho tiempo, y si hubiera querido seguir protestando, se le pasó cuando llamó Sabina y le dijo que me apoyaba.

Judith Barlow fue toda una sorpresa. Al ser especialista en medicina alternativa, me había hecho la idea de que sería una mujer más o menos de la edad de Tom, pero debía de tener casi sesenta años. También esperaba que fuera un tanto excéntrica, pero me pareció de una elegancia sencilla y tradicional. Igual que su consulta, que al revés de lo que supuso, estaba en una zona excelente (es decir, de alquileres muy altos), y era amplia, refinada y de aspecto profesional.

Sonrió cuando me fijé en los diplomas colgados en la pared.

—Mucha gente viene aquí pensando que me ha tocado el título en una tómbola.

—Harvard.

Me impresionó.

—Facultad de medicina y prácticas en el Hospital Central de Massachusetts. La verdad es que ejercí la medicina tradicional durante veinte años hasta que me cambié a la otra.

—¿Y por qué ese cambio?

—Venían demasiadas personas a las que no podía aplicar los trapientos tradicionales. Cuando llega un momento en que lo has intentado todo sin conseguir nada, tienes que ir más allá.

—No hemos llegado aún a esa etapa —le advertí, mirando de reojo a mi hermana. Estaba sentada en una silla, y parecía asustada—. Phoebe no ha ido a ver a ningún médico, pero sus síntomas son idénticos a los de nuestra madre. Yo pensaba que a lo mejor podamos evitar el tratamiento que no le sirvió a ella.

Judith se sentó a su mesa, se puso unas gafas de montura metálica para cerca y examinó el historial que le había llevado. Cuando terminó, abrió un nuevo archivo para Phoebe e hizo más preguntas de las que jamás había oído yo hacer a un médico en una consulta. Pero lo más importante: hizo las preguntas adecuadas. Todavía no sé si Phoebe había decidido colaborar o estaba tan hundida por su enfermedad que no tenía defensas, pero me quedé anonadada con sus respuestas. Yo conocía los síntomas evidentes, pero ¿y el dolor en las articulaciones? ¿Los picores? ¿Los dolores de cabeza nocturnos? Todo aquello era una novedad para mí.

Le hicieron un reconocimiento y a continuación una serie de pruebas que yo pensaba que no podían realizarse en una sola consulta. Pero Tom sabía lo que hacía al recomendarme a Judith. Su consulta tenía buenas prestaciones, prácticamente con todos los métodos de diagnóstico a su alcance, y los que no estaban allí, se encontraban en las demás consultas del centro. Además, podía interpretar rápidamente las pruebas, de modo que también podía decidir con cuáles había que continuar.

Perdimos el avión, y Phoebe se puso de muy mal humor. Someterse a una prueba tras otra resultaba penoso y, naturalmente, entre una prueba y otra había que esperar. Pero Judith era muy metódica. En cada caso explicaba para y por qué había que hacerlo. Tal y como me había dicho Tom, fue descartando todas las enfermedades convencionales antes de hacer siquiera mención del mercurio.

Eso surgió en la última consulta.

—Si los síntomas fueran recientes, desde hace tres o cuatro meses, por ejemplo, haría un análisis del pelo para ver si hay mercurio —le dijo a Phoebe—. Pero teniendo en cuenta el tiempo que lleva con esos síntomas, el mercurio de esa primera exposición ya habría desaparecido. Como no podemos aislarlo mediante otras pruebas, solo puedo hacer conjeturas. El mercurio es el principal sospechoso. Síntomas como el atontamiento y los picores no son propios del Parkinson ni del Alzheimer. Tampoco el asma, que es lo que parece ese resfriado que no acaba de curarse. De modo que tenemos que elegir, entre tratar los síntomas o iniciar una cura.

Miré a Phoebe, pero me dio la impresión de que no sabía qué decir. Así que pregunté:

—¿Qué implicaría la cura?

Judith le explicó a Phoebe los principios generales de la quelación, tal y como me los había explicado Tom a mí. Pero fue más allá, aplicando pacientemente los detalles.

—El protocolo específico para este tratamiento va evolucionando a medida que aparecen los resultados de nuevos estudios, formalmente, yo recomendaría la vía oral, que supondría una serie de pastillas, que tendría que tomar cada cuatro horas en semanas alternas, y después, dependiendo de los avances, otra serie de pastillas durante tres o cuatro días cada una o dos semanas. El tratamiento se hace lentamente, durante varios meses, y se descansa. Es mejor para el organismo, pero se tarda un poco en empezar a sentir mejoría.

—¿Cuánto puede ser un poco? —pregunté.

—Entre dos y seis meses. Por otra parte, dado que se encuentran muy cerca de Tom, él podría administrar un nuevo protocolo que supondría una inyección intravenosa de ocho horas de duración. Algunos especialistas consideran que es la única forma de que el cerebro se limpie de mercurio. La inyección ataca el cuerpo con dureza. Después se pasan dos días malos, en los que prácticamente no se puede hacer nada. La aplicamos cada pocos meses, hasta que desaparece el mercurio.

—¿Cómo se sabe cuándo ha desaparecido?

—Cuando el mercurio sale de los órganos, como ocurre con la terapia de la quelación, se expulsa por la orina.

—Yo pensaba que el mercurio no se expulsaba así.

—Por sí mismo no, pero sí junto a un agente quelante. En los días siguientes a la inyección controlamos la orina para comprobar el contenido de mercurio.

—¿Durante cuánto tiempo?

—No puedo decirlo con certeza sin saber cuánto hay, pero en general se tarda entre uno y cuatro años en librarse por completo del metal.

—¿Tanto? —preguntó Phoebe con voz débil.

Judith sonrió.

—No es tanto si te paras a pensar cuánto tiempo llevas con esos síntomas. —Dio un golpecito en el historial de Phoebe, que había aumentado extraordinariamente de tamaño en un solo día—. Por lo que me has contado, tienes esos síntomas, en uno u otro nivel, desde hace años. —Me lanzó una mirada—. De lo que se trata ahora es de averiguar cuándo estuvo expuesta al mercurio.

Llamé a Sabina desde el taxi, camino del aeropuerto. Ella había intentado llamarme cada poco y estaba esperando saber algo. He de reconocer que no solo oyó, sino que escuchó.

—¿No es Parkinson? —preguntó.

—La doctora lo duda.

—¿Eso quiere decir que mamá tampoco tenía Parkinson?

—Es difícil saberlo. Mamá era mayor que Phoebe cuando empezó a estar enferma, y para ser justos con Tom, los síntomas podían coincidir con los del Parkinson. Pero Phoebe tiene otros síntomas. —Mientras hablaba, mi pobre hermana estaba en un extremo del destrozado sillón de cuero, mirando por la ventanilla, como sumida en una neblina. No sé siquiera si podía oírme. Le pregunté a Sabina—: ¿Sabías que le salen sarpullidos a la altura del estómago?

—No.

—¿Y que le duelen las articulaciones?

—Ella decía que era por la gripe.

—Tiene esos dolores desde hace años.

—¿Desde hace años y no ha dicho nada?

A mí también me molestaba, pero comprendía el punto de vista de Phoebe.

—Ella pensaba que era la edad, que empezaba a tener artrosis demasiado joven. Cuando mamá se puso tan mal, Phoebe se asustó. Y después mamá murió. Cuando tienes los mismos síntomas, te da miedo, pero hay esperanza para Phoebe.

Le expliqué lo de la quelación.

—¿Y es por un metal? ¿No podría ser plomo? —preguntó Sabina.

—Según los análisis de sangre, no. Ni rastro de plomo. El mercurio no aparece en la sangre, pero eso es lo que piensa la doctora.

—¿La doctora o tú? —preguntó Sabina con la desconfianza de siempre.

—Sabina, yo no abrí la boca. Ni siquiera mencioné la palabra «mercurio». Fue ella quien sacó el asunto a colación. —Como Sabina guardaba silencio, añadí—: Sé que no te va a gustar lo que voy a decirte. Complica aún más las cosas, porque si el problema es el mercurio, solo existe una causa. —Esperé a que me contestara, pero solo oí el silencio—. ¿Comprendes lo que te quiero decir, Sabina? —Miré si tenía batería. Apenas me quedaba.

No pudimos volver a conectarnos hasta que llegamos al aeropuerto, y entonces no pude hablar, entre ayudar a Phoebe y meter el equipaje. Conseguimos billetes para el último vuelo a Manchester, pero apenas había tiempo y los controles de seguridad eran tremendos. Me entró un sudor frío al pensar que también íbamos a perder aquel vuelo. Llegamos a la puerta de embarque con unos minutos de antelación. Me alejé un poco y llamé a Sabina.

—Hola. ¿Puedes hablar?

—Sí, pero estoy intentando comprender lo que me has contado. ¿Cómo se lo ha tomado Phoebe?

—Mira, no lo sé... Está tan cansada... Pero dice que se siente aliviada. La pobrecita debe de estar muerta de miedo, de ponerse aún peor.

—¿Estás segura de que es por el mercurio?



—Sí, Sabina. Y hay más cosas que tengo que contarte. —Ya iba siendo hora de que alguien se pusiera de mi parte, y Sabina parecía dispuesta a escuchar. Lo solté todo de golpe, antes de que entráramos en el avión—. ¿Recuerdas los incendios que destrozaron el Club y el Cenador? Fueron provocados.

Sin hablarle de Azul Azul, le conté lo que él me había contado.

Sabina no tardó en contraatacar.

—Mira, no lo creo. O sea, ¿hicieron una limpieza clandestina y ninguno de los implicados ha dicho nada?

—¿Y si nadie les hubiera contado lo que realmente se había vertido? ¿O si los hubieran obligado a mantener el secreto? Los Meade añaden puntos a la gente por eso. Muchos puntos.

—¿Y no se habrían puesto enfermos ellos?

—No si llevaban equipo protector.

—Pero estamos hablando de incendios provocados... y de fraude... Son delitos de gran calibre. Cuesta mucho aceptarlo. ¿Quién ha informado de todo esto?

—No lo puedo contar todavía, pero piensa un poco, Sabina. Si esto fuera la trama de un libro, tendría sentido, ¿no?

—Pero ¿tú sabes cuántos actos se celebran en el Club? —continuó Sabina—. Si hubiera un escape de mercurio debajo, ¿no estarían todos enfermos?

—No si no hubieran estado allí en uno de los pocos días que pasaron entre el escape y el incendio. ¿Y si descubriéramos que mamá había estado allí? ¿O que había estado Phoebe? Ella no se acuerda. Cuando se produjo el incendio en el Club, ya estaba trabajando con mamá. Tenemos que intentar reconstruir su agenda, y la de otras personas que podrían haber estado allí. He hablado con los McCreedy.

—Annie...

—No te preocupes. Lo niegan todo. Pero fíjate en los problemas de salud que tienen. Tienen una floristería, y hacen cosas para la fábrica. ¿No es posible que fueran al Club a poner flores para un acto al que también asistió mamá?

—Creo que no deberías meter a otras personas en esto. No saques las cosas de quicio.

No repliqué con brusquedad; mantuve la calma.

—Mirémoslo así. Si Phoebe sufre intoxicación crónica por mercurio y el tratamiento de la doctora Barlow la ayuda, ¿a cuántas personas de Middle River se les podría aplicar? —Estaba oyendo las voces del aeropuerto sin prestar demasiada atención, pero de repente escuché lo que esperaba—. Están anunciando nuestro vuelo, Sabina. Tengo que ir a buscar a Phoebe. No llegaremos a Middle River hasta tarde, y quiero ir a correr mañana temprano. Me siento emocionalmente saturada, no sé si me entiendes. ¿Hablamos mañana, después de eso?

¿Emocionalmente saturada? Bueno, es una forma de decirlo. Y también sentía curiosidad. Quería ver a James.

¿Que quería verlo? Me moría de ganas. ¿Qué puedo decir? Era un amante increíble. Pensaba que, al ser un Meade, haría el amor de una manera egoísta, al estilo «Yo, Tarzán». Era fuerte y enérgico; desde luego llevaba la iniciativa, pero también ponía cuidado en satisfacerme.

Claro que eso no era difícil. Solo con mirarlo se me aceleraba el pulso.

Quizá hayan empezado a pensar que soy una perfecta hipócrita. Al fin y al cabo, desde la última vez que había visto a James me había enterado de que su familia y él habían cometido el acto más sucio e inmoral que se pueda imaginar: saber que había gente expuesta al mercurio y no decírselo... No se puede caer más bajo.

Podría racionalizarlo y decir que había algo que no encajaba en todo aquello, y así era. James no parecía tan malo. ¿Acaso no había intentado distanciarse de su padre y su hermano el primer día que hablamos en el restaurante de Omie? Además, ¿podía un hombre criar a una niña a la que había adoptado y a la que evidentemente adoraba bajo la sombra de la contaminación? Claro, no la llevaba a la guardería de la fábrica. Tenía niñera. Pero de todos modos, creía que se preocupaba por su hija.

De modo que esa era la razón por la que quería verlo, a pesar de todas las cosas de las que me había enterado. Pero además, por la frase de despedida en el restaurante de Omie el viernes anterior: «Yo no soy de los de ligue de una noche». No sabía qué había querido decir, pero tampoco sabía qué quería yo que hubiera querido decir. Era una aventura de verano y nada más. James y yo no teníamos futuro. James era un Meade. Punto.

Pero aparte de eso, para ser una aventura de verano, era muy intensa, y no era solo mi imaginación. Así que a lo mejor tenía yo curiosidad por ver si podía excitarlo otra vez. ¿Cuestión de ego? ¡Pues claro! No olviden que otro Meade me había dejado en ridículo, y el ego no olvida esas cosas.

A pesar de que llegamos a casa después de las doce, yo estaba de pie el miércoles a las seis. A las seis y media estaba sentada en el jardín con las flores de mamá, el sauce y la segunda taza de café. A las siete llamé a Tom para decirle que Judith lo llamaría. A las siete y media fui a ver a Phoebe; seguía durmiendo. Le dejé una nota en la mesa de la cocina y me dirigí a la pista estudiantil.

El aparcamiento del instituto estaba salpicado de coches, más que la semana anterior y menos que la semana siguiente. Si seguíamos corriendo entonces a las ocho, nos verían. Por supuesto, James solo podía correr a esa hora. Lo comprendí. No podía salir de casa hasta que llegaba la canguro.

Rodeando los coches, fui hasta la parte de atrás y doblé la esquina. Allí estaba el todoterreno de James, y él estirándose en la hierba.

Se me paró el pulso y después se aceleró. Aparqué y salí del coche. Me dirigí

una sonrisita, y yo se la devolví. Después empecé a hacer ejercicios de estiramiento con él.

«Mira que eres cobarde —proclamó Grace—. Él es el hombre con el que tienes que hablar. ¿Vas a quedarte ahí estirándote, cuando él tiene las respuestas a tus preguntas?». Se me paró el pulso y después se aceleró. «¡Venga ya!».

Vale. ¿No fuiste tú la primera en decirme lo sexy que es?

«Yo jamás me acosté con el enemigo. Más aún; nunca me acosté con hombres a los que no quería. Pero eso no tiene nada que ver. Lo importante es que ese hombre que está ahí estirándose es alguien a quien tienes que desafiar. Su familia es mala. Tienes que hablar con él sobre eso».

Pero si James y yo no hablamos. Corremos. Y hacemos el amor. No tenemos nada que ver con el resto del mundo. Ahora mismo podría estar preguntándome por el viaje, pero no. A mí no me importa. Por mi parte funciona.

«Por eso digo que eres una cobarde. La vida es puro enfrentamiento. Yo viví en una época en la que las mujeres no se atrevían a abrir la boca, y yo sí lo hice. Hace falta mucho valor».

Y mira cómo acabaste. Ahogada en una botella de alcohol. ¿Qué quieres que haga?

«Que te enfrentes. Tú vives en una época en la que se pueden denunciar las cosas malas, y ese tipo tiene las pruebas. Así que habla. Me lo debes».

¿A ti? Me quedé perpleja.

«Sí. Yo te mimé cuando te hizo falta. Yo te di tu identidad, por Dios».

Ya. Y ha sido como un yugo.

«Ha sido una ventaja. Ahora te pido ayuda. Necesito que se destruya a los Meade».

¿Por qué?

«Porque yo no puedo hacerlo. Porque morí demasiado joven. Porque tenía otros problemas, demasiados, y esos problemas lo estropearon todo. Tú no los tienes. ¿Es que no lo comprendes, Annie? Si haces esto, si vas a casa, a tu querida Nueva Inglaterra, remueves lo que haya que remover y sacas la porquería... darás validez a lo que hice yo. A mí me menospreciaron, y eso fue una injusticia. Yo me equivoqué de sitio y de época. Necesito que tú arregles las cosas».

—¿Lista para correr? —preguntó James.

Su voz silenció a Grace. Sabía que volvería. Había planteado una cuestión válida. Teníamos que discutirlo, ella y yo, pero en otra ocasión.

Me levanté y asentí con la cabeza. Nos dirigimos al bosque y nos internamos en el sendero, y desde el principio fue un alivio. Necesitaba airearme. Cuando empecé a correr me di cuenta de lo tensa que había estado aquellos días pasados con Phoebe. Al correr, la tensión fue desapareciendo de mis músculos. Me concentré en el aire

cálido y los árboles, en las agujas de los pinos y el sol que las traspasaba. Me concentré en el hecho de estar allí otra vez haciendo algo que me gustaba, y cuando pasamos el atajo del promontorio de Cooper, me concentré en lo lejos que había llegado. Me sentía fuerte y aceleré el paso.

Y entonces choqué con James, así, bruscamente, porque él se paró en seco. Se volvió rápidamente y me cogió por un brazo para que no me cayera. Los dos respirábamos pesadamente.

Nuestras miradas se encontraron, y allí estaba otra vez, todo lo que habíamos compartido el jueves anterior y algo más, porque en esta ocasión sabíamos hasta dónde podía llegar. Agachó la cabeza y puso su boca contra la mía; resultó casi cómico, intentar besarse así con la respiración entrecortada, pero curiosamente salió bien. James profundizó con la lengua... ¿o fui yo?... porque un simple beso no era suficiente. Como tampoco eran suficientes las caricias. Mi espalda encontró un árbol adecuado, y James me empujó contra él. Sus manos se movieron, desde mis muslos hasta la cintura y después hasta los pechos —ambos pechos, con ambas manos—, mientras yo hacía otro tanto en su entrepierna.

Oí un grito. Si no hubiera sido tan agudo, podría haber pensado que había sido James. Y yo tampoco lo había soltado, o por lo menos, eso creía.

Y al parecer, tampoco lo creyó James. Se detuvo y levantó la cabeza.

—Otra vez —dijo con voz ronca—. Pensaba que eras tú.

—¿Cómo que otra vez?

—Sí, ya lo he oído otra vez. Por eso me he parado.

—Y pensabas que yo...

—Me deseabas.

Miró hacia los árboles.

Podría haberme sentido avergonzada... o sea, que se hubiera parado porque pensara que yo lo necesitaba, como si yo estuviera de urgencias o algo, de no haber sido porque noté su erección contra mi cuerpo. La necesidad y el deseo eran mutuos.

Pero volvió a oírse aquel grito, y yo también miré hacia la espesura del bosque.

—¿Qué pasa? —susurré, olvidándome inmediatamente de mi deseo.

—No lo sé —contestó James, al parecer desatendiendo también su propia urgencia.

Me tomó de la mano y nos internamos en el bosque, entre agujas de pino, rocas y musgo. De repente se detuvo, aún cogidos de la mano. Volvió a oírse el grito, que era sin duda humano, y de mujer. Nuestras miradas se cruzaron.

—¿Pide socorro? —susurré.

—Creo que no, pero vamos a ver —contestó James, también en un susurro.

Por si acaso pasaba realmente algo, James me puso detrás de él. Me agarré a su camiseta, y dimos unos cuantos pasos.

No tuvimos que avanzar mucho. Justo cuando sonó otro grito, rodeamos unos altos helechos y salimos al claro de un bosque; al mirar, contuve el aliento. Había una mujer atada a un árbol.

Pero no. Me di cuenta de que no estaba atada. Tenía la espalda contra el árbol y los brazos detrás del tronco, pero no había cuerdas. Tenía los ojos cerrados, la cabeza echada hacia un lado, la larga cabellera negra sobre los hombros. Y tampoco había cadenas. Lo que la tenía aferrada allí era el éxtasis, instigado por una cabeza oscura y un pálido cuerpo masculino que tapaban sus extremidades inferiores.

—Dios santo —dije en un susurro, y habría retrocedido tan silenciosamente como habíamos llegado hasta allí (era una situación demasiado íntima) a no ser porque James se plantó donde estaba. Le di un golpecito en el codo, pero no se movió. No solo eso; se puso en jarras.

No hubo que esperar mucho. No sé si algo alertó a la mujer (a la que no reconocí) o si simplemente, una vez alcanzado el culmen de su delirio, torció la cabeza y abrió los ojos. Entonces no gritó. Literalmente chilló. Se cubrió los pechos con los brazos; su amante alzó la mirada y después miró hacia atrás.

Lo reconocí inmediatamente. Era Hal Healy, Hal, tan enamorado de su voluptuosa esposa que no podía quitarle ni los ojos ni las manos de encima; Hal, que me había acusado a mí de ser una influencia negativa para las chicas del pueblo; Hal, el insigne director del instituto de Middle River. Y nos habíamos topado con otro de los asquerosos secretitos de Middle River.

—Hipócrita, hijo de puta —dijo James.

Me dio la impresión de que Hal se agachaba aún más, para intentar esconder el trasero, porque si se daba la vuelta no podía sino quedar más al descubierto. No podía echar a correr, no podía esconderse. Lo único que podía hacer era ponerse colorado, y eso es lo que hizo. Si no hubiera resultado lastimoso, habría sido para echarse a reír.

—No es lo que parece —logró articular con voz temblorosa. Miraba a James, no a mí. Evidentemente, quien representaba una amenaza era James.

—Ah, ¿no? —dijo James—. Entonces, ¿qué es? —Dirigiéndose hacia mí, añadió —: Supongo que conoces al señor Healy. La encantadora señorita que está con él es Eloise Delay, la orientadora educativa que contrató el año pasado. La señorita acaba de salir de la universidad, lo cual significa que es notablemente más joven que nuestro director. Y ella es la que orienta a los alumnos con problemas.

La señorita Eloise Delay estaba pegada al árbol, intentando cubrirse, con los ojos inundados de horror. Parecía estar diciendo «trágame, tierra», como si esa hubiera sido la mejor solución para escapar de aquello.

—No la pagues con ella —rogó Hal.

—¿Es que ella no quería? No me lo parece. Hal, corren ciertos rumores. La gente no entiende por qué no le quitas las manos de encima a tu mujer cuando hay alguien

delante y al mismo tiempo se queja, la pobre, de que te quedas en el instituto una tarde sí y también. Según esos rumores, tenía que ser alguien del instituí pero no acertaban quién podría ser. Así que sois Eloise y tú, que trabajáis hasta tarde, ¿eh? Eso no está nada bien, pero aquí, a plena luz del día... ¿Y si yo hubiera sido uno de vuestros alumnos? ¿O un grupo entero de alumnos?

Sin poder responder, Hal simplemente rogó:

—Por favor, apartaos un poco para que al menos podamos vestirnos.

—Todavía no he terminado —replicó James con toda la autoridad que siempre le había atribuido yo. No tuvo que alzar la voz para que retumbara como el trueno—. ¿Y ahora qué vamos a hacer contigo?

—No volverá a ocurrir —dijo Hal.

—¿Cuántos alumnos habrán dicho lo mismo antes de que los suspendieran o de que los expulsaran? ¿Cuánto tiempo hace que empezó esto, señorita Delay? ¿Ya había saltado la chispa cuando hizo la entrevista para el trabajo?

Eloise no dijo nada. A la pobre no le salía la voz del cuello.

—A ver, Hal —insistió James—. ¿Desde cuándo? Recuerdo que cuando la contrataste, se decía que no tenía experiencia. Tú la defendiste ante la junta del instituto. ¿Y qué dijiste? ¿Que tenía un expediente académico de primera? ¿Que tenía muy buenas recomendaciones? ¿Más su personalidad? Supongo que eso de la personalidad tiene un nuevo significado.

Le di un golpecito a James en el brazo y le susurré:

—Vámonos.

Pero James no había terminado.

—¿Y tu mujer, Hal? Lleva en este pueblo toda la vida. ¿Sabes lo que pasa cuando empiezan a correr los rumores? ¿Crees que a ella le hace gracia? Sí, vale, tú dimites de tu puesto y encuentras trabajo en otro sitio, pero ¿y ella? Aquí está su hogar. ¿Vas a desarraigarla y a llevártela? ¿Es ella tu tapadera? ¿Es eso? ¿O vas a divorciarte de ella y a largarte con la señorita Delay?

—James —insistí. Detestaba a Hal Healy, pero empezaba a avergonzarme.

Mi súplica fue escuchada. James emitió un gruñido de desprecio, se dio la vuelta y echó a andar. Yo lo seguí de buena gana.

—¿Qué vas a hacer? —gritó Hal.

James bramó por encima del hombro, y he de reconocer que me dio miedo:

—¡Imagínate lo que voy a hacer!

Al volver al sendero, siguió andando a grandes zancadas, para dirigirse por la ruta más corta al aparcamiento.

—¡James! —grité, varios metros detrás.

Levantando una mano, continuó, y no paró hasta que llegamos al otro lado del bosque. Se agachó en la hierba, se puso las manos en las rodillas y dejó la cabeza

colgando. Me acerqué a él, pero me quedé allí esperando hasta que se recuperó. Después se enderezó. Nuestras miradas se encontraron.

—No me arrepiento de nada de lo que he dicho. Se lo merece. Es un imbécil y un pedante. Pero ¿y nosotros? ¿Acaso somos distintos?

Yo sabía perfectamente lo que estaba pensando. Dios sabe que conozco mis defectos, pero me negaba a que me metieran en el mismo saco con los Hal Healys del mundo.

—Sí, somos distintos. En primer lugar, cuando lo hicimos aquí, estaba oscuro. En segundo lugar, ninguno de los dos estamos casados. En tercer lugar, no vamos por ahí predicando la compostura y la abstinencia. Él sí, continuamente, según tengo entendido. Mi sobrina me ha contado que incluso está tomando medidas para que no se vea piel al desnudo en el colegio, y estoy completamente de acuerdo, salvo porque hay que tener valor para exigir eso cuando él está ahí, en cueros, y con alguien que no es su esposa.

La mirada de James estaba ensombrecida.

—¿Eres la amante de Greg Steele?

—No.

—¿Vivís juntos pero no hacéis nada?

—No.

—¿Lo habéis hecho alguna vez?

—No. Somos muy buenos amigos. El precio de las casas en Washington se ha disparado, y como hemos juntado nuestros ahorros, hemos podido comprar algo decente. Ninguno de los dos quería vivir solo. Preferimos vivir juntos que con otras personas. Vemos a otras personas, y si alguna de esas relaciones llega a ser seria, venderíamos la casa, pero de momento nos funciona. Tenemos habitaciones distintas, en dos plantas distintas. Nunca hemos tenido relaciones sexuales.

No sé si mi respuesta le satisfizo. Su mirada seguía ensombrecida, no tanto por la duda como por la angustia.

—Entonces, lo que hemos hecho no ha roto ningún código moral. Y sí, lo hicimos en la oscuridad, pero ahora, ¿habríamos parado si no hubiéramos oído el grito?

Ahí me pilló. No pude responder. La verdad es que cuando estaba así con James, el resto del mundo dejaba de existir.

Soltó un gruñido.

—Sí, lo sé. Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—¿Tenemos que hacer algo? —repliqué con una sonrisita—. ¿No podemos disfrutarlo mientras dure?

Me observó unos momentos y se pasó una mano por el pelo alborotado. Aún con la mano en la nuca, se quedó mirándome con lo que me pareció asombro y me devolvió la sonrisita.

—Me digo continuamente: ¿de verdad es Annie Barnes? ¿La Annie Barnes que tanto fastidió a los Meade hace años? No comprendo por qué me siento atraído hacia ti.

—Gracias.

—Sabes qué quiero decir. ¿A ti no te pasa lo mismo?

De repente me puse muy seria. No habría elegido ni aquel momento ni aquel lugar; lo habría dejado pasar algún tiempo, porque era tan bonito... Simplemente sentir a James Meade contra mi cuerpo... y sin duda aquella discusión lo destruiría todo... Pero había otra verdad, aunque ya no sé cuál, porque he perdido la cuenta, así que quizá fuera la VERDAD N.º 18: el momento y el lugar van por libre. A lo mejor decidimos una cosa. Después ocurre otra cosa y nuestra decisión es cuestionable. No podemos retroceder; solo seguir adelante.

—Ya lo verás —dije, y lo que salió de mis labios no tenía nada que ver con Grace. Ella había sido víctima de su tiempo y su lugar, pero yo estaba en los míos—. Tú eres el malo. Yo no debería sentirme atraída hacia ti, especialmente después de lo que me he enterado en Nueva York. Mi hermana ha pasado por toda una batería de pruebas médicas, el resultado de las cuales es que le han diagnosticado intoxicación por mercurio. Aquí solo existe una fuente de mercurio: tu fábrica.

—Pues yo tenía la impresión de que la intoxicación por mercurio procede de la amalgama dental.

—Puede ocurrir, pero Phoebe no tiene empastes de plata. Además, ha habido vertidos.

Me clavó la mirada. ¿Con duda? ¿Con atrevimiento?

—Phoebe no es la única que está enferma —dije.

—Lo sé.

Tuve que saltar.

—¿Lo sabes y no haces nada?

—No es exactamente así.

—Pues explícamelo, por favor.

Miró hacia los vestuarios, la única zona del instituto visible desde donde estábamos.

—Aquí no. Ni ahora.

—Pero tú has sacado el tema. Si no es aquí y ahora, ¿cuándo?

—Esta noche.

—Tengo que ocuparme de Phoebe. Está muy mal, de verdad, James, y se va a poner peor antes de mejorar. Mañana empieza con el tratamiento. Lo va a hacer Tom... Y si vosotros le creáis problemas por eso, sí que escribiré el libro.

—Ningún problema. ¿A qué hora se acostará Phoebe esta noche?

—A las nueve.



—Ven entonces.

Sabina preparó el desayuno para Ron y los niños, pero estaba distraída. En cuanto Lisa y Timmy salieron de la habitación, Ron se arrellanó en la silla.

—Llamando a Sabina —dijo en broma—. Contesta, Sabina.

Los ojos de Sabina se clavaron en los suyos y sonrió con tristeza. Ron la conocía muy bien.

Tras servirse otra taza de café, se sentó frente a él.

—Creo que... que tenemos un problema.

Le contó lo que le había dicho Annie la noche anterior.

—El primer problema es el insomnio —dijo Ron—. Apenas has dormido. ¿Por qué no me lo contaste anoche?

—Porque al principio no quería creérmelo, y después, como no dejaba de darle vueltas a la cabeza, no sabía qué hacer. Hay muchas cosas en juego. Por una parte, Phoebe y todos los demás que están enfermos. Por otra, la fábrica. Aidan me está vigilando. A la mínima provocación, me despide. —Frunció el ceño—. Y por otra, Annie.

—Nuestra querida Annie, con sus éxitos y sus líos.

—Nuestra querida Grace, removiendo las cosas.

—Sí, y no paro de repetirme que, por una vez, tiene razón en lo que dice. Le he estado dando vueltas durante toda la noche, buscando motivos para decir que lo único que busca es venganza. Pero tiene razón. Si fuera un libro, tendría sentido. Y no solo eso, sino que explica muchas otras cosas.

Levantó la taza y dejó que la aplacara el aroma del café. Al cabo de unos momentos tomó un sorbo.

—¿Has decidido qué vas a hacer?

—¿Definitivamente? No. Pero es como si me arrastrase algo que no puedo dejar. Esto no es como cuando Annie anunció a los cuatro vientos que papá me había redactado el trabajo de ciencias de sexto, o que Phoebe se estuvo chupando el dedo hasta los diez años. No es Annie acusando a Aidan Meade de mentiroso ni a Sandy Meade de manipular a Sam Winchell. Esto es intoxicación, personas inocentes a las que les están privando de la salud. Es mamá..., y quizá Omie y quién sabe cuántos más, que están muriendo por algo que podría haberse evitado. —Guardó silencio, agobiada por la magnitud de todo aquello—. O sea, es realmente grave. ¿Voy a volverle la espalda sin decir ni media palabra?

Ron se mordió el interior del carrillo.

—Sí, ya sé que podría perder mi trabajo —añadió Sabina—. Y tú también. ¿Me odiarías si llegara a pasar eso?

—Me preocuparía cómo íbamos a subsistir.

—Pero si eso lo resolviéramos, ¿me odiarías por lo que he hecho?

—Podría pensar qué se ha conseguido. Mira, Sabina, incluso si Annie tiene razón, ¿va a meterse con los Meade y ganar?

Sabina se había pasado toda la madrugada dándole vueltas a esos interrogantes, intentando encontrar respuestas, encontrar otras posibilidades, pero solamente se le ocurría una cosa. ¿De verdad se podía vencer a los Meade?

—Esta vez sí, porque si Annie tiene razón, es algo mucho más importante que Middle River —respondió—. No se trata de quién se acuesta con quién, ni de quién tiene poder y quién no lo tiene, sino de quién está enfermo o se va a morir, y de si esto va a seguir así. —Hablabla en tono suplicante, intentando desesperadamente que su marido lo entendiera, porque, entre todos los argumentos, este era el que más la atormentaba—. Nuestros hijos fueron a la guardería, Ron. Estuvieron allí, los dos, desde los tres meses hasta que empezaron a ir al colegio. ¿Y si pasó algo durante aquellos años? ¿O antes de que nacieran? Tú estás todo el día en la zona de transporte, pero yo tengo que ir continuamente a varios edificios. ¿Y si hubiera pasado por una zona donde hubiera habido un vertido mientras estaba embarazada? Una cosa es quitarle el mercurio del cuerpo a Phoebe y otra cuando el feto sufre daños. Entonces es permanente.

Ron contraatacó.

—¿Y si yo me cayera, como le ocurrió a Johnny Kraemon la semana pasada? Se rompió la columna vertebral. No podrá volver a andar. Son cosas que pasan.

—Sí, siempre hay accidentes, pero ¿y si tuviéramos la posibilidad de evitarlos? ¿Es que no lo entiendes? Ahí tienes a mi hermana Annie, con su vida en otra parte, y sin embargo se ha comprometido en esta causa; yo, que vivo aquí, ¿me voy a quedar cruzada de brazos? ¿Quién puede perder más? ¿Cómo me sentiría si ella ganase esto?

Ron guardó silencio unos momentos, con expresión sombría. Después, con una frialdad que Sabina raramente oía en su voz, añadió:

—¿Todavía hay competencia entre vosotras?

Sabina se quedó petrificada.

—Eso ha sido un golpe bajo, Ron.

—Contéstame. ¿Annie es el motivo o la causa?

Refugiándose en la indignación, Sabina se levantó de la mesa, dejó ruidosamente la taza en el fregadero, recogió su maletín y, sin dirigirle la palabra a su marido, se fue a trabajar.

Middle River estaba tan bucólico como siempre, pero se fijó muy poco en el sol, en los árboles, las flores y las casas. Se fijó en los gemelos Waxman, de cinco años de edad, montando en bicicleta por el sendero de su casa; en los chicos de los Hestafeld, de ocho y once años, que lanzaban un balón a una canasta que había en el jardín, y en los hijos de los Webster, de uno y tres años, a quienes su madre estaba colocando en

sus respectivas sillitas en el coche. Middle River estaba lleno de niños, todos inocentes y dependientes de la bondad del pueblo. Sabina se preguntó si Ron se daba cuenta de eso cuando cuestionaba sus motivos, se preguntó si Annie se daba cuenta de eso cuando hacía que le remordiera la conciencia, si se daba cuenta Aidan cuando le daba un ultimátum.

Llegó al centro de datos muy alterada, y eso antes de descubrir que había un problema con la electricidad. Sí, había un generador de seguridad, pero no era ni la mitad de potente que la corriente normal, lo que significaba que cualquier cosa que hiciera sería terriblemente lenta.

Llamó a mantenimiento y guardó varias copias de seguridad en su maletín. Los problemas eléctricos eran algo normal y siempre podía trabajar en otro edificio. Pero no aquel día. No estaba precisamente de humor. Cuando llegó el electricista, salió, atravesó el aparcamiento y se desplomó en una silla del patio.

Northwood empezaba a despertarse. Vio a Cindy y Edward DePaw pasar en su camioneta, a Melissa Morton, Chuck Young y Wendy Smith en sus respectivos vehículos, todos ellos por la carretera que pasaba frente a la de la fábrica, porque en todos había una sillita de niño en el asiento trasero y su destino era la guardería.

Inquieta, Sabina se levantó y se dirigió hacia el departamento de mercadotecnia, remontando un montículo y atravesando una pequeña arboleda. Parte del campus administrativo se encontraba en un edificio de ladrillo parecido al centro de datos. Selena Post trabajaba allí. Sabina y ella se habían hecho cómplices en el colegio cuando los profesores de edad confundían sus nombres, y tomaban café juntas de vez en cuando.

En el despacho de Selena hacía calor tras toda una noche sin aire acondicionado, y estaba hasta los topes de material publicitario.

—Esta semana han llegado todos los envíos —le dijo a Sabina para explicar el caos.

Sabina se sentó en la silla que había junto a su mesa y dijo en voz muy baja:

—Mercurio. ¿Sabes algo de eso?

—Sí, claro. Estamos limpios. Siempre ha formado parte de nuestra estrategia comercial.

—¿Siempre?

—Bueno, durante los últimos años. La gente tardó un poco en darse cuenta de los perjuicios del mercurio. Cada pieza que se compra para la fábrica está libre de toxinas o lleva el mecanismo para destruir la posible toxicidad que pueda producir.

—¿Y la limpieza del mercurio que se produjo hace años?

—Se hizo en su momento. El estado hace mención especial de Northwood por las cantidades que dedica al medio ambiente. Nos encontramos a la cabeza de Nueva Inglaterra por la limpieza de nuestra planta. Esa es una de las razones por las que

podemos ofrecer una asistencia médica tan amplia a los trabajadores y sus familias.

Sabina sabía que existían posibilidades de que Selena tuviera razón, lo cual dejaría sin explicación la muerte de Alyssa, la enfermedad de Phoebe y los problemas de salud de muchos habitantes del pueblo. Pero también existía la posibilidad de que Selena se hubiera tragado la publicidad o de que ignorase por completo el asunto. En cualquier caso, Sabina reconocía los camelos, y su corazón le decía que seguir hablando sería infructuoso.

Dando por concluida la conversación con Selena, salió de allí y se dirigió hacia otro edificio, el de recursos humanos. Allí trabajaba su amiga Janice, quien casualmente salía de su coche cuando ella estaba a punto de entrar.

—Hola —dijo Janice con una sonrisa, pero la sonrisa se desvaneció en cuanto Sabina se aproximó—. ¿Qué pasa?

—Jan, tengo que preguntarte una cosa —dijo Sabina en un tono que apenas se habría oído a unos pasos de donde estaban—. ¿Has oído algo sobre mercurio aquí en la fábrica?

—Últimamente no. Hace unos años, a lo mejor. Pero lo han limpiado.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé de buena tinta.

Eso quería decir uno de los Meade. Sabina le dio otro enfoque.

—Tú te encargas de los subsidios por invalidez, ¿no?

—Sí.

—¿Por invalidez permanente?

—Algunas, sí.

—¿Y hay algunas raras, quiero decir, que se repitan?

—¿Como cuáles?

—Alzheimer, Parkinson, fatiga crónica, depresión...

—Sí, unas cuantas. Ahí es donde se lucen los Meade, porque ayudan. No solo cubren lo básico, sino que añaden otras cosas cuando lo merece la gravedad del problema.

Sabina no tenía conocimiento de eso.

—¿Qué quieres decir con que añaden otras cosas?

—Pues dinero. Pero lo hacen sin que nadie se entere, de modo que el beneficiario no se sienta como si estuvieran haciendo caridad. Así mantienen su dignidad, pero cuidan de ellos.

Sabina pensó que sí, que seguro. A eso se le llamaba untar a la gente.

—¿Firman papeles prometiendo que no van a decir nada?

—No —replicó Janice en tono de censura—. O sea, no tengo ni idea de qué se dicen cara a cara en el despacho de Sandy Meade, porque de eso se encarga él. Dice que es una de las mejores cosas de su trabajo, tranquilizar a las personas. —Y añadió,

vacilante—: ¿Por qué lo preguntas?

Porque tienes una hija en la guardería mientras estamos hablando, y a lo mejor corre peligro, le habría gustado decir a Sabina. Pero no lo dijo, porque no tenía pruebas, y habría sido absurdo despertar temores sin necesidad. Solo porque Annie tuviera un guión convincente, no quería decir que fuera correcto. Nuestra querida Annie, con sus líos, como decía Ron. Nuestra querida Grace, removiendo las cosas.

Sabina no podía recordar el número de veces que había pensado lo mismo de su hermana y se había sentido justificada, pero en esta ocasión no era igual. No sabía por qué —Annie no había revelado sus fuentes—, pero en esta ocasión Sabina la creía.

Sin embargo, no se lo podía explicar a Janice. De modo que se limitó a mover la cabeza y a contestar, como en broma:

—Por nada. Para saber qué puede esperarme cuando sea viejecita. Te veo luego —añadió mientras Janice se volvía para recoger su maletín del coche.

Sabina volvió al centro de datos, pero sus pensamientos se habían estancado. No, esto no era una competición entre Annie y ella. No lo era, de verdad, por primera vez. La dinámica entre ellas había cambiado. El campo de juego era distinto.

¿Es Annie el motivo o la causa?, le había preguntado Ron, y en realidad eran las dos cosas, si bien de una forma sorprendente. Sabina creía en la causa pero también, y por primera vez, creía en su hermana. Si Annie tenía sus fuentes, tenían que ser buenas. Sabina quería estar a su lado en aquel asunto.

Podría llamarse reacción por haber perdido a Alyssa. Podría llamarse reacción por los síntomas de Phoebe o podría llamarse culminación de tantos años de desdén hacia Aidan Meade, pero allí estaba.

A unos cientos de metros antes del centro de datos cambió bruscamente de rumbo. Se dirigió hacia el norte, hacia los tres pintorescos edificios a poca distancia de la planta. La zona era realmente pintoresca, con algo especial. Fue la primera que limpiaron, pulieron y ajardinaron. Sabina siempre lo había atribuido a que los tres edificios (el Club, el Cenador y el Centro Infantil) eran de uso público, pero de repente se le ocurrió otra posibilidad: que los Meade mantuvieran la superficie literalmente inmaculada para compensar la porquería que había debajo.

¿Qué había dicho Grace Metalious hacía un montón de años...? ¿Que remover una piedra en cualquier ciudad pequeña de Nueva Inglaterra significaba encontrar porquería debajo? Los habitantes de Middle River habían oído esa cita montones de veces. En cada ocasión, asentían, soltaban una risita y seguían a lo suyo.

Y en este momento Sabina no podía dejarlo pasar. La frase tenía sentido, y si Annie era la que iba a remover la primera piedra en Middle River, Sabina se sentía orgullosa de ella.

La guardería aún estaba decorada con los verdes y amarillos del verano: banderitas, un letrero, los toldos... Les abrió la puerta a dos señoras que iban a dejar

a sus hijos y después entró ella. Tardó poco en localizar a Antoinette DeMille. Toni era la directora del centro y una de las amigas de Sabina más respetadas en la fábrica. La encontró en la zona de los más pequeños, sujetando a un niño de no más de tres meses que no paraba de llorar.

—¿Qué? ¿Separación de la madre?

—No —respondió Toni secamente—. Cólico. Debería estar mejorando, pero lo está pasando fatal. Te rompe el corazón ver estas piernecitas retorciéndose por el dolor de tripa.

Sabina asintió con la cabeza. Esperó hasta que quedó libre otra profesora y le cogió el niño a Toni. Después salió tras ella.

Toni la miró mientras andaban.

—Parece que necesitas hablar.

—Sí, pero en privado.

Toni hizo un gesto hacia su despacho y cerró la puerta cuando estuvieron dentro.

Sabina no se mordió la lengua.

—No hace mucho, en Northwood se usaba mercurio en el proceso de decoloración de la madera. Eso producía residuos tóxicos, que se retiraban; en los procesos modernos ya no se utiliza mercurio. Sin embargo, está en el río. Sabes que en teoría no se debería comer pescado, ¿verdad?

—Pero la gente lo come.

—Sí, porque la advertencia no es muy seria, pero me han dicho que hay otro problema: que parte de los desechos de mercurio se enterraron aquí, en el campus, en grandes bidones, y algunos se han salido. —Enlazó aquello con los incendios y la posterior reconstrucción del Club y del Cenador—. También el Centro Infantil se construyó sobre un enterramiento.

Toni se quedó con la boca abierta, pero se recuperó inmediatamente.

—No lo creo. Los Meade no harían una cosa así. Aquí hay niños.

—Dime un sitio mejor para esconder desechos tóxicos ilegales.

—¿Y poner en peligro a los niños? —Negó con la cabeza—. No, no lo creo. Los Meade no harían una cosa así.

—¿Tienen niños en este centro? —preguntó Sabina, y ella misma contestó—: No. A lo mejor saben algo que nosotros no sabemos.

—Pero la guardería lleva aquí más de veinticinco años, y no se han dado enfermedades fuera de lo normal.

—Porque los bidones están aguantando, pero ¿y si se produce un escape, como los que hubo en el Club y en el Cenador? Habría un incendio y después lo limpiarían todo, pero ¿y los daños que se habrían causado entre tanto?

—Vamos a ver, Sabina. Esos incendios tuvieron una causa lógica. ¿Quién te ha dicho que fueron provocados?

Sabina vaciló, y Toni lo adivinó.

—Son cosas de tu hermana, ¿verdad? Lleva años intentando ensañarse con Middle River.

—No es verdad —replicó Sabina—. Lleva fuera mucho tiempo. Podría habernos destrozado con un libro, pero no lo ha hecho, ni piensa hacerlo. Esto es por nuestra madre y por todas las personas que han estado enfermas.

—¿Sabéis si estuvieron aquí cuando se produjeron los escapes?

—No.

—¿Lo ves? Sé que quieres a tu hermana, pero es que ella está en las nubes. Una cosa sería si me dijeras que hubo un escape en la fábrica y que eso se ocultó. La gente que trabaja allí conoce los riesgos que corre, pero otra cosa es que los Meade hayan puesto en peligro inocentes. Una cosa es el Club y el Cenador. Solo se va allí de vez en cuando. Pero de ninguna manera construirían los Meade sobre un vertedero una guardería, un sitio adonde vienen niños a diario. No pensarán que podía haber peligro aquí, ya habrían demolido el edificio, lo habrían limpiado y reconstruido. Estamos a salvo. Te lo aseguro.

Toni DeMille adoraba a los niños. Había criado a sus seis hijos y se había licenciado en educación infantil antes de que la nombraran directora del Centro Infantil de Northwood. Se preciaba de haberse adelantado al sistema de seguridad de la guardería, y ponía a los chiquitines a dormir la siesta tumbados incluso antes de que esa fuera la norma. No tenía dudas cuando se trataba de la salud de sus hijos.

Precisamente por eso no pudo dejar de pensar en el transcurso de la mañana en lo que le había contado Sabina. Y a medida que fue avanzando la tarde y empezaron a marcharse los niños cuyas madres trabajaban a tiempo parcial, miraba largamente a aquellas criaturas y seguía pensando en ellas. Consideró la posibilidad de llamar a su marido, que trabajaba en la fábrica. O a su vecino, que trabajaba en ventas. O a su primo, que estaba con el marido de Sabina en transporte.

Pero así era como empezaban los rumores, y la guardería no podía funcionar sumida en una vorágine de rumores. De modo que fue a ver a Aidan Meade y le contó lo que le habían contado. No mencionó el nombre de Sabina hasta que lo hizo Aidan, y entonces no pudo mentir. Cuando mencionó a Annie Barnes, los dos se rieron. Annie tenía ese toque de Grace, pero Middle River no era *Peyton Place*. En eso sí estaban de acuerdo.

Sobre el asunto del mercurio enterrado bajo la guardería, Aidan la dejó tranquila. Negó que hubiera nada enterrado. Dijo que la guardería era el orgullo y la alegría de la fábrica, en gran parte gracias a los cuidados y la visión de Toni, y que la familia Meade jamás haría nada que la pusiera en peligro.



Aidan Meade no se alteró. Al contrario; estaba encantado. Era un auténtico maestro en hacer acusaciones falsas, pero cuando se presentaban las verdaderas, le ahoraban trabajo. Cuando se presentaban auténticas acusaciones, no tenía que darle explicaciones a nadie.

Se quedó ante la ventana de su despacho hasta que vio a Toni DeMille cruzar la carretera y dirigirse hacia la guardería. Entonces cogió el teléfono y llamó al jefe de seguridad de la fábrica. No lo consultó con Sandy; su padre solo le habría preguntado que por qué había esperado tanto para resolver el problema. Y tampoco le hacía falta que Nicole le pusiera con la extensión. Sabía qué tenía que hacer y quería la satisfacción de hacerlo todo él mismo.

Al cabo de cinco minutos llegaron al despacho de Aidan el jefe de seguridad y dos de sus guardas de confianza. Mientras bajaban por la carretera, Aidan les explicó lo que iban a hacer. Al llegar al centro de datos, Aidan entró primero y fue directamente a la mesa de Sabina. Las otras dos personas que había en el despacho levantaron la vista, pero Sabina estaba tan absorta en la pantalla del ordenador que ni siquiera se dio cuenta de que Aidan estaba allí. Eso fue la gota que colmó el vaso. Aidan fue implacable.

—Sabina —dijo con brusquedad.

Sabina alzó los ojos, sorprendida; miró a sus compañeros y después a Aidan. Frunció el ceño.

Con inmensa satisfacción, Aidan dijo:

—Estás despedida. Tienes cinco minutos para recoger tus efectos personales. Joe y sus amigos comprobarán que no te llevas nada más. Después te acompañarán a tu coche hasta que salgas.

Sabina echó la cabeza hacia atrás.

—¿Despedida?

—Sí. Que te largues de aquí.

—¿Por qué? —preguntó Sabina, con cierta indignación.

—Estás propagando rumores sobre Northwood que no tienen nada que ver con la realidad. Conque mercurio, ¿eh? Pues para que lo sepas, aquí no hay mercurio. Compruébalo en el departamento de Servicios Medioambientales de New Hampshire. Ellos responden de eso.

—Yo no propago rumores. Hago preguntas.

—Es lo mismo —replicó Aidan, y lanzó una mirada de advertencia a los compañeros de Sabina. Si querían mantener su puesto de trabajo, eso sería una lección para ellos—. Esperamos lealtad. Si alguien tiene un problema, que lo presente a la dirección, en lugar de ir rondando por ahí, preguntando a gente sin importancia. Francamente, Sabina, creía que eras más lista. No le convienes a esta organización. —Señaló la puerta con un pulgar y no pudo resistirse a añadir—: Ahora mismo.

Sabina se quedó mirándolo unos segundos, y Aidan vio cómo trabajaba su cerebro, a toda velocidad. Intentaba decidir cómo mantener su puesto de trabajo, si serviría de algo pedir disculpas, si incluso debía implorar, como si una Barnes pudiera hacer semejante cosa. Aidan no envidiaba a Ron. Menuda la que le había caído con aquella Barnes. Sabía de ordenadores, tenía que reconocerlo, pero no estaba a la altura de un Meade.

Apartando la mirada, Sabina abrió un cajón, recogió el maletín y el bolso y se levantó. Tuvo el valor de preguntar, guasona:

—¿Quién se va a encargar de tus ordenadores?

—Justo aquí hay otras dos personas que pueden hacer lo mismo que tú.

—Ah, ¿sí? —replicó Sabina, torciendo el gesto.

—¿Qué hay en ese maletín? —preguntó el jefe de seguridad.

Sabina lo abrió de par en par. Aidan se quedó vigilando mientras el jefe de seguridad revolvía unos papeles. Desde donde él estaba no parecían tener ningún valor. Pensó que si había algo importante, estaría en su mesa y claro, si no hubieran estado allí los guardas y él, podría haber cometido la estupidez de despedirla en su despacho en lugar de en el de ella, para que hubiera vuelto ella sola, con lo cual habría llenado el maletín con cuanto hubiera podido contribuir a traicionar a Northwood. Las Barnes eran vengativas. Todo estaba relacionado con Annie y el promontorio de Cooper.

—Aquí no hay nada —anunció el jefe de seguridad.

Mirando a Sabina, Aidan se puso en jarras y señaló con la cabeza hacia la puerta.

Sabina sonrió.

—Gracias, Aidan. Me has resultado de gran ayuda.

—¿Que te he ayudado a qué?

Ayudarla era lo último que se le habría ocurrido.

—Lo siento. Tengo que marcharme.

—¿Que te he ayudado a qué? —repitió Aidan, volviéndose cuando Sabina estaba a punto de salir.

Sabina se detuvo junto a la puerta.

—Como ya no eres mi jefe, no tengo por qué contestar.

Saludó con la mano a sus dos compañeros, que habían contemplado hasta el último detalle del numerito. Después les guiñó un ojo a los guardias, indicándoles que fueran con ella y, dejando colgado a Aidan, salió de la habitación.

Sabina fue directamente a casa de Phoebe. Annie estaba en la cocina, preparando ensalada de pollo.

—No puedo quedarme mucho rato —dijo, y a continuación, casi sin respirar, le contó que la habían despedido—. Prefiero que Ron se entere por mí antes que por

radio macuto, así que quiero estar en casa cuando vuelva. Pero no veas cuánto ha ayudado Aidan... Ha sido tan arrogante, tan torpe, y se ha puesto tan a la defensiva que si aún dudara de tu teoría, esto me la habría confirmado. Ese tipo es repugnante, y está ocultando algo. Así que estoy de tu parte, Annie. Dime qué es lo que tengo que hacer.

Me quedé pasmada, pero no porque hubieran despedido a Sabina. Aidan lo habría hecho de todos modos, aunque solo fuera por deporte. Lo que me dejó pasmada es que Sabina no me echara la culpa a mí. Después de la advertencia que me había hecho nada más llegar a Middle River, su actitud había cambiado por completo. Ni siquiera estaba enfadada, o al menos no conmigo. Con Aidan sí. Lo llamó grandísimo hijo de puta, algo que, aunque me cueste repetir, les dará una idea de cómo se sentía mi hermana. No creo que se hubiera planteado las consecuencias del paro a largo plazo, pero de momento estaba encantada. No podría habérmelo imaginado.

Como tampoco podría haberme imaginado que fuera a abrazar mi causa. Por supuesto, cabía la posibilidad de que lo hiciera para dar un sentido a su despido, o de que simplemente quisiera llenar un vacío. Pero que se hubiera puesto de mi parte después de toda una vida de riñas... Me hacía sentirme bien de verdad, como si estuviera dándole validez a lo que yo hacía, como si en esta ocasión no fuera contra corriente, como si no estuviera sola.

Aquella noche estaba de buen humor mientras preparaba la cena para Phoebe y para mí. La ensalada de pollo era otra de las recetas de Berri, que me había dado muy animada aquella misma tarde. Berri estaba enamorada de su abogado filántropo, con quien había pasado todo el fin de semana. Supongo que se sentía tan generosa que habría sido capaz de darme la superreceta de la empanada de su abuela.

Bastó con la ensalada de pollo. Con pollo cocido, cacahuets cortados en trocitos y uvas troceadas, aderezada con un aliño increíblemente dulce que le daba un toque único y acompañada con tortitas de maíz, estaba riquísima. Incluso a Phoebe le gustó, y comió bien, tras haber pasado todo el día en la tienda. Tom iba a ponerle la primera inyección intravenosa la mañana siguiente. Como Phoebe sabía que a lo mejor no podría trabajar durante los próximos días, había intentado ponerlo todo en orden.

Durante la cena hablamos sobre eso. Yo le había prometido sustituirla, y Sabina tenía intención de ayudarme. Aunque Phoebe estaba muy cansada, porque ya era tarde, y no podía pensar con claridad, logró responder a la mayoría de mis preguntas.

Tomé notas. Después de la cena, recogí la cocina. Miré mis correos electrónicos y después el reloj.

A las nueve Phoebe ya estaba en su habitación. Me senté en el borde de su cama y le dije:

—Voy a salir un rato. Voy a dar una vuelta en el coche, para pensar un rato. ¿Te importa?

En uno de sus escasos momentos de lucidez, contestó secamente:

—Más vale que no me importe. Tú no vas a estar aquí eternamente.

Sentí una punzada... ¿de culpabilidad? ¿De nostalgia? ¿De pesar?

En cualquier caso, tenía razón. Dentro de nada se quedaría sola.

—Pero empezarás a sentirte mejor —dije apremiante, en un susurro. Me miró, preocupada, y añadí—: ¿Estás nerviosa por lo de mañana?

—Sí. Ella dijo que me pondría peor antes de ponerme mejor.

—Por eso estoy aquí, y por eso está Sabina, y Tom. Estarás mejor dentro de nada, Phoebe. Te lo prometo.

Tras apretarle el brazo para darle ánimos, salí de la habitación. Quizá estén pensando que qué desfachatez la mía al ser tan positiva sobre algo que era tan incierto, pero a mí no me parecía tan incierto, y Phoebe necesitaba que le dieran ánimos. Y claro, también puede ser que no estén pensando eso. ¿Por qué no le decía que iba a casa de James?, se preguntarán. ¿Por qué mentía?

Bueno, en realidad no era una mentira. Quería ir un rato en el coche y pensar, pero decidí no decirle que iba a hacer una parada, y buenas razones tenía para ello. James era un Meade, y los Meade eran el enemigo, no solo por abuso de poder, sino por el asunto de los vertidos de mercurio, y encima, el despido de Sabina... y James tenía que saberlo. Podría haberlo impedido, sin más. Ocupaba un lugar más alto en el escalafón que Aidan. O al menos así se percibía.

Sin embargo, y por primera vez mientras cruzaba el pueblo camino de su casa, me puse a pensar en ello. ¿Qué era lo que había dicho Azul Azul respecto a cuál de los Meade relevaría a Sandy? Yo había dicho que James era el primero en la lista, pero él contestó: «Yo no estaría tan seguro». Azul Azul trabajaba en Northwood y quizá supiera algo que yo no sabía. Quizá supiera algo que no sabía la mayoría del pueblo.

Quizá James no fuera la pieza central. ¿Acaso no me había avisado de que no debía meterlo en el mismo saco que a su padre y su hermano? Parecían distintos; para empezar, por el carácter. Tenía que preguntárselo. En definitiva, teníamos mucho de lo que hablar.

Naturalmente, lo olvidé todo en cuanto subí por el sendero y me saludó James, con Mia en brazos. La criatura estaba preciosa con su pijama, una niña delgada con pañal, las piernecitas alrededor del torso de James y un brazo alrededor del cuello. Ya me resultaba familiar su cara: la piel cremosa, los ojos oscuros, la boquita rosa. Llevaba un minúsculo pasador en el pelo oscuro. Me incliné para verlo.

—Mia —decía el pasador. Y dirigiéndome a la niña—: Es el pasador más bonito que he visto nunca. —La niña sonrió—. Y lo lleva la niña más bonita que he visto nunca. —Dirigiéndome a James, que también sonreía, añadí—: Es una verdadera monada. ¿Puedo cogerla?

Cuando tendí los brazos para que James me la pasara, Mia empezó a hacer pucheritos. Sus ojos siguieron clavados en mí, pero se acercó más a James.

—Otra vez será —dijo James—. Vamos, entra.

Fuimos a la habitación de Mia y jugamos un ratito con ella. Cuando la colocó en

el cambiador para ponerle otro pañal, estaba cariñosa conmigo, jugando con el peluche que yo tenía en la mano, e incluso se rio cuando le hice cosquillas en el cuello.

No hay nada como la risa de un niño. Lo había descubierto cuando los hijos de Sabina eran pequeños, y lo recordé en ese momento. La risa de un niño es contagiosa. Levanta el ánimo. Es inocente, pura, llena de esperanza y luminosidad. Da prioridad a la vida, pone las cosas buenas en primer lugar, da un valor exquisito a los momentos de armonía.

Digo todo esto para explicar por qué, después de acostar a Mia y conectar el monitor, James y yo bajamos inmediatamente al pequeño cuarto de estar, todo recubierto de cuero, de la primera planta, para hablar, pero en su lugar hicimos el amor, lo que en realidad respondió a una de las preguntas que yo tenía. Lo que quería decir con no era hombre de ligues de una noche era que no iba a ser una sola noche. Y no fui yo quien empezó. Él fue quien dio el primer paso: una mano en mi cuello cuando salíamos de la habitación de la niña, sus dedos entrelazados con los míos mientras bajábamos la escalera, un brazo alrededor de mi cintura mientras me llevaba al cuarto de estar. No podía quitarme las manos de encima, y después de las manos, fue la boca. Aquella boca lo cubría todo.

¿Y yo ofrecí resistencia?

Claro que no. Me encantaba lo que hacía.

No oí a Grace ni una sola vez, pero tampoco tenía por qué decir nada. Aquello le parecía bien, y probablemente le habría gustado hacer lo que hacíamos con la impunidad con que lo hacíamos. Espíritu libre en los represivos años cincuenta, recibió todas las críticas posibles por el papel que desempeñaba el sexo en su vida y en la vida de sus personajes. Hasta el día de hoy sigo convencida de que, en gran parte, la reacción negativa hacia *Peyton Place* tenía menos que ver con el sexo en sí mismo que con la sexualidad de las mujeres. Esas mujeres amenazaban a la gente. Fijémonos en Betty Anderson. Después de estar saliendo durante meses enteros con Rodney Harrington, el chico acabó llevando al baile del colegio a Allison MacKenzie. Enfadada, Betty fue al baile con John Pillsbury, pero a medianoche se llevo a Rodney al coche de John para darse un buen magreo, consiguió excitarlo y a continuación lo echó del coche y se largó.

Podría decirse que fue una auténtica tomadura de pelo, pero tuvo el valor de hacer una especie de declaración de principios, una declaración de fortaleza, que resultó amenazante tanto para los hombres, que temían llevarse la peor parte, como para las mujeres que no se atrevían a hacer otro tanto.

Yo sí me atrevía, pero claro, yo vivía en una época distinta de la de Grace. Una parte de la transformación que experimenté en la universidad fue el descubrimiento de mi sexualidad. Con la pareja adecuada, disfrutaba del sexo.

Y en el cuartito de estar de James, él era la pareja adecuada y se acabó.

Bueno, en realidad, solo acababa de empezar. Una vez satisfechos (es decir, físicamente agotados), teníamos que hablar; empecé yo, pero él no se opuso. Nos sentamos en la alfombra bereber medio de la oscuridad. Aún desnudos, estábamos frente a frente pero sin tocarnos. Distinguía los rasgos de James, pero no los detalles, y eso me ayudó. Entre los aromas del cuero y del sexo y la oscuridad, me envalentoné.

—Han despedido a Sabina —dije.

—Me lo ha contado Aidan. Lo siento.

—Entonces, ¿no estás de acuerdo?

—No, no estoy de acuerdo.

—Pero no lo evitaste.

—No pude. Yo no tengo ningún control sobre Aidan.

—Entonces, ¿quién? ¿Sandy?

—Cuando quiere. Se está haciendo mayor. Le gusta que Aidan tome las decisiones difíciles.

—¿Y esa ha sido la decisión correcta? —le pregunté con inquietud.

—Difícil no es lo mismo que correcto. Ya te he dicho que yo no estoy de acuerdo. Pero Sandy sí. No le gusta que haya disensiones en la empresa.

—Y Aidan es el hombre de hierro.

—Podría decirse así.

—¿Qué eres tú? —pregunté.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué papel desempeñas para Sandy?

—Yo me dedico al desarrollo de productos, y no para Sandy.

—¿Sandy no tiene nada que ver con eso?

—No.

—¿Y Aidan?

—Tampoco. Mi trabajo es independiente.

—Empezaba a tener esa impresión. ¿No os lleváis bien?

—Hemos tenido nuestras diferencias.

—¿Por el mercurio, por ejemplo?

Al fin y al cabo, ese era el problema fundamental para mí.

James se quedó en silencio durante un buen rato, y a mí me habría gustado ver los detalles de su cara. Había fruncido el ceño, o al menos eso pensaba yo. Por último, dijo:

—El mercurio, por ejemplo. Siento lo de Phoebe. ¿Seguro que ese es el problema?

—No lo sabremos de una forma definitiva hasta que le pongan el tratamiento.

James, lo de Tom va muy en serio. No quiero que lo convirtáis en el chivo expiatorio. No tiene nada que ver en todo esto; sencillamente es el único que puede aplicar el tratamiento.

—Nadie castigará a Tom —replicó James con la autoridad y la tranquilidad que me hacían creerlo.

—¿Y si aplica el tratamiento a otras personas después de Phoebe?

—A mí me parecería bien.

—¿Y si se propaga el rumor de que hay un problema de mercurio en la papelera?

—No lo tiene. Ya no.

—Pero antes sí, y podría tenerlo otra vez. Sé que hay residuos tóxicos enterrados bajo el Club y el Cenador.

—Ahí no hay residuos tóxicos.

Estaba haciendo juegos de palabras. Irritada, cogí mi blusa.

—Ya no —concedí—, pero había. ¿Y qué me dices del Centro Infantil?

—En el Centro Infantil no hay ningún problema.

Metí los brazos en las mangas.

—¿Dijiste lo mismo del Club y del Cenador?

—No, pero sí lo digo de la guardería. Está controlado. Si surge algún problema, lo sabremos antes de que cause daños.

—¿Y si la gente ya ha sufrido daños? —pregunté mientras me abotonaba.

James suspiró.

—Annie, hago lo que puedo.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que hago lo que puedo.

—¿Eso qué significa?

—Significa que ahora no puedo decir nada más.

Busqué los pantalones a tientas en la oscuridad y me los puse.

—No tienes que marcharte —dijo James en voz baja.

Me levanté y me puse las sandalias.

—Sí tengo que marcharme —repliqué. Me llevé las manos al pelo para apartármelo de la cara—. Hablar de esto me destroza. Si no puedes decir nada más, es porque no confías en mí...

—Confío en ti.

—... y si no confías en mí, lo que acabamos de hacer lo degrada todo. Me hace pensar qué hago yo aquí, es decir, no solo aquí en tu casa, sino en Middle River. Vine a resolver un misterio, y lo he reuelto. Empieza a parecer que mi madre murió, murió, fíjate en eso James, porque estuvo expuesta al mercurio de tu fábrica. Phoebe sufre los mismos síntomas, y Dios sabe cuántas personas más. No comprendo cómo puedes consentir que ocurra. No sé cómo puedo estar contigo, sabiendo que



consientes que ocurra. ¿Cómo eres capaz de vivir contigo mismo? ¿Cómo puedes dormir por la noche? —Señalé hacia el piso de arriba—. ¿Y cómo justificas que esa niña se quede aquí con la niñera, en la seguridad de tu hogar, mientras los demás niños del pueblo corren el riesgo de intoxicarse cada vez que van a la guardería?

Un loquero diría que había provocado deliberadamente a James, que deliberadamente lo he retratado como un mal hombre porque quería distancia entre nosotros, y supongo que es verdad. Me sentía demasiado atraída por él. Me gustaba demasiado. ¿Y cómo no? Nunca había sido sino respetuoso conmigo, nunca había sido sino solícito y cariñoso, tanto si corríamos como si hacíamos el amor. Además, era un padre exquisitamente tierno. Yo me derretía cuando lo veía con Mia.

Vale. Podía culpar a Sandy y a Aidan del problema de Northwood, pero James estaba allí. Sabía lo que ocurría. Y yo no pensaba que estuviera haciendo suficiente.

Me lo repetí un montón de veces en el trayecto de vuelta de su casa a la de Phoebe. Al llegar, encendí el ordenador y encontré dos correos electrónicos que me ayudaron a volver a centrarme. El primero era de Azul Azul.

¿Has encontrado ya a personas relacionadas con esas fechas? No podemos hacer nada hasta entonces. Incluso si se niegan a hablar, si encuentras a suficientes personas enfermas que estuvieran en los lugares en cuestión aproximadamente en las fechas en cuestión, las pruebas circunstanciales serían suficientes. Encontrar a esas personas era tu trabajo. ¿Lo estás haciendo o no?

Parecía impaciente. Parecía irritado. Pero tenía razón. Yo era demasiado lenta.

Estoy en ello. Mañana recibiré refuerzos que me ayudarán. ¿Y tu trabajo? Necesito copias de informes internos que demuestren que los Meade sabían lo del mercurio. Y está el problema de la confrontación directa. ¿Tienes intención de salir a la luz cuando me enfrente con los Meade?

Lo envié con un clic decidido y abrí el segundo correo. Era de Greg.

HEMOS LLEGADO A LA CIMA ESTA TARDE, TRAS UN ASCENSO INCREÍBLE. ¡QUÉ EXPERIENCIA! YA VERÁS MIS FOTOS. QUIZÁ SEAN LAS ÚLTIMAS QUE SAQUE DE MOMENTO, PORQUE LA NIEVE SE ESTÁ ACUMULANDO. TENGO QUE CONCENTRARME EN EL DESCENSO. EN ESTAS CONDICIONES ATMOSFÉRICAS NO HAY

SOMBRAS, Y EN LAS FOTOS NO SE VE GRAN COSA. ES ALUCINANTE. ESTOY DESEANDO PONERTE AL CORRIENTE.

Conociendo tan bien a Greg, sentí su triunfo como él mismo. Y yo también estaba deseando que me pusiera al corriente. Lo echaba de menos, verlo, intercambiar ideas; echaba de menos nuestras cenas y las noches con amigos en los bares del barrio. Mi vida en Washington era estupenda, y pronto volvería a ella.

Entretanto, Greg me serviría de inspiración para seguir adelante.

Fui a correr a las seis de la mañana siguiente, en parte porque sabía que tenía que llevar a Phoebe a la consulta de Tom a las ocho y que así podría pasar un rato con ella antes de salir de casa, y en parte porque sabía que James no podía correr tan temprano. Estaba harta de él. Estaba harta de los hombres, porque Azul Azul aún no me había contestado. Quería resultados por mi parte pero él no estaba dispuesto a ofrecerlos. ¿También él desconfiaba de mí?

Volvió a invadirme la antigua sensación de soledad. Estaba sola frente al mundo.

«Bien —dijo Grace—. A lo mejor ahora haces lo que hay que hacer».

Ni hablar, repliqué. No pienso obedecer tus órdenes. No voy a escribir un libro. No voy a destruir a los Meade solo para validarte a ti.

«Pues eres idiota. James Meade no es precisamente perfecto, ¿no? ¿Qué te decía yo? Son todos unos canallas, unos falsos. Cogen lo que quieren y después se van».

Pero yo no me he ido. Sigo aquí. Los Meade responderán por lo que han hecho, pero un libro es una pérdida de tiempo. Los tiempos han cambiado. Hay libros testimonio a porrillo. No. Lo que yo quiero es un enfrentamiento directo.

«Venga, cielo. ¿Y tú crees que eso va a funcionar? Lo que necesitas es el apoyo de las masas. Tienes público; utilízalo».

Yo no necesito el apoyo de las masas, comprendí. Lo que necesito es el apoyo de la ley.

Basándome en esa idea, lo primero que hice al llegar a El Armario de la Señorita Lissy fue subir al despacho y telefonar a Washington, a Neil, el amigo abogado de Greg.

Sí, ya sé que tenía una especie de acuerdo con Azul Azul para no emprender acciones legales, pero existían diferentes vías legales. Azul Azul condenaba la vía escandalosa, pública, por la que el proceso judicial podía destruir la ciudad. Lo que yo tenía pensado era más sutil. Si lograba reunir suficientes pruebas que mostrasen a los Meade que tenían mucho que perder si había un pleito público, quizá se decidieran a negociar. A lo mejor era chantaje, pero yo lo llamo persuasión.

Mi llamada telefónica resultó improductiva. Neil estaba metido de lleno en un juicio, y yo sabía cómo son esos juicios. Pueden durar semanas enteras, y el hecho de que ese proceso fuera a prolongarse durante agosto, cuando la mayoría de los encargados del cumplimiento de la ley (y sobre todo los jueces y sus secretarios) quería irse de vacaciones, reflejaba el mucho trabajo que requería. Estaba segura de que Neil me llamaría, pero no sabía cuándo.

Me habría desanimado de no haber sido porque Sabina llegó en aquel momento, con aire desafiante.

—Ron se ha puesto furioso conmigo —anunció, al tiempo que plantaba el bolso

en la mesa del despacho—. Dice que soy una irresponsable por haber hablado con alguien de la fábrica sobre algo que podría no ser verdad, que he antepuesto mis necesidades a las de él y las de los niños, y eso es lo que me pone furiosa. En primer lugar, si Aidan va a despedirlo por mí, ¿por qué querría Ron seguir trabajando allí? ¿No es una cuestión de principios, que yo me exprese? En segundo lugar, ¿por qué tengo que ser yo la que aporte más dinero a la casa? ¿Y su responsabilidad? Si le preocupa el dinero, que se busque otro trabajo. A mí lo que me preocupa es la salud de mis hijos... Porque algo está pasando, Annie. Esta vez has dado con un filón. Aidan no me habría despedido si yo no hubiera metido el dedo en la llaga.

—Necesitamos pruebas —le advertí.

Sabina sonrió. Con un brillo de complicidad en los ojos, sacó un montón de CD de su bolso.

—Ayer por la mañana tuvimos un problema con la electricidad en la oficina. Se me ocurrió que podría trabajar en otro edificio hasta que lo solucionaran, así que me metí estos CD en el maletín. Al final no los abrí, pero no los saqué de donde estaban. Cuando aparecieron Aidan y sus esbirros para acompañarme hasta la puerta, el jefe de seguridad me registró el maletín, pero se conoce que no le suenan estos CD tan pequeñitos. Los llevaba en un bolsillo lateral, y ni siquiera los vio. —Blandió alegremente los CD—. Son copias de seguridad de algunos de los datos más importantes incluso las contraseñas. Puedo meterme en cualquier archivo, Annie. Podemos hacernos con cualquier cosa que esté en el sistema de la empresa.

—¿Incluso los correos electrónicos? —pregunté encantada, porque el corazón me decía que ahí podía estar la información valiosa.

—¿Qué te apuestas? —respondió Sabina con una sonrisa aún más amplia.

Tanta facilidad me hizo vacilar.

—¿Incluso el correo personal?

—Todo. Si está en el sistema de la empresa, es propiedad de la empresa.

—Si el gobierno va a la empresa, ¿también podría verlo todo?

Sabina asintió con la cabeza.

—Da miedo.

—Pero es legal.

—Según la legislación reciente, sí.

—¿Y lo que estamos haciendo? ¿Es legal?

A Sabina no parecía preocuparle.

—A lo mejor no, pero podría decir que estaba buscando datos míos. Además, no se van a enterar. Aidan es demasiado arrogante como para pensar que yo me atrevería a piratear, y Sandy no tiene entendederas para esas cosas. El único de los Meade que sabe algo sobre el asunto es James, y él se ocupa únicamente de lo suyo.

Me aferré a aquella oportunidad.

—¿O sea que James trabaja aparte? ¿Y quién se hará cargo del negocio cuando muera Sandy?

—Aidan.

—¿No será James? —pregunté, para asegurarme, porque aunque Azul Azul me había dado a entender que había dudas, era justo contrario de lo que creía la mayoría —. James es el mayor.

—Si hubiera lucha por el poder, James podría vencer. La papelera es lo que es gracias a él, porque ha estado detrás de todo lo nuevo que ha llegado durante los últimos diez años, y sin una nueva dirección, la fábrica habría perdido mucho terreno. De modo que si Aidan coge el timón, ¿se marchará James? Y si es así, ¿qué pasaría con la fábrica? Son preguntas complicadas, y yo no conozco las respuestas.

—¿Y crees que Sandy sí?

—Creo que Sandy dice lo que quiere oír.

—¿Incluso si no es lo mejor para la fábrica?

Sabina se encogió de hombros.

—Prefiere a Aidan antes que a James. Son como dos gotas de agua.

—¿Y siempre ha sido así?

—¿Que Sandy prefiera a Aidan? No. Ha sido algo que empezó a ocurrir hace un par de años.

—¿Y por qué siguen diciendo en el pueblo que James es el heredero?

—Eso es lo que les gustaría. La mayoría detesta a Aidan.

Joanne fue a abrir la tienda, al parecer controlando por completo todo lo que me había dicho Phoebe que hiciera. Mientras ella volvía a comprobar las cuentas del día anterior y empaquetaba varios pedidos para clientes, yo puse una cafetera, pasé la aspiradora y doblé jerséis. Acabé justo cuando se abrió la tienda, momento en el que nos llegaron cuatro cajas enormes de ropa. Mientras Joanne atendía a las clientas, yo me dediqué a inventariar las cajas e inmediatamente me topé con un problema: una partida de prendas que no iban a Juego. De modo que Joanne y yo intercambiamos los papeles: ella se puso al teléfono para hablar con el proveedor y yo atendí a las clientas.

Me resultó de lo más instructivo. Para empezar, me saludaron efusivamente, como si yo fuera una más del pueblo. Encima, todo el mundo se había enterado de lo del tratamiento de Phoebe. La campanilla de la puerta tintineó tantas veces que ya no se sabía si la gente entraba a comprar o a enterarse de las últimas novedades. Al parecer, Phoebe no había logrado ocultar sus síntomas tanto como creíamos. La gente sabía que no se encontraba bien, y estaba preocupada.

Las clientas fueron rodeándome hasta que, en un momento dado, tenía a seis mujeres preguntándome por Phoebe; yo intenté no decir gran cosa. Pero aquellas

mujeres no eran tontas. Sabían distinguir entre una respuesta y una evasiva, y cuando una más me preguntó qué tratamiento estaba recibiendo Phoebe, me di por vencida. Sinceramente, no sé por qué no tendría que haberlo hecho. Ellas querían saberlo, y yo quería que lo supieran.

—Pensamos que podría tener intoxicación por mercurio —dije.

Todas se llevaron una mano a la boca, espantadas, y a continuación hubo un torrente de preguntas, sobre cuándo, dónde, por qué.

—No podemos saber nada seguro hasta que siga el tratamiento —contesté—. Estamos haciendo una prueba.

Hubo más preguntas, pero sobre todo comentarios para animarnos. No me habría sorprendido en absoluto que en cuanto aquellas mujeres salieran de la tienda empezaran a contárselo a las vecinas.

Al cabo de una hora o así, Sabina se puso a ayudar a Joanne, y entonces yo fui a la clínica para acompañar a Phoebe. Estaba en una habitación con otras dos pacientes con goteros de quimioterapia; había más gente de lo que yo pensaba cuidando de las tres y entre ellas estaba Tom. Hablamos unos momentos (hablar con Tom era tan fácil que volvió a recordarme a Greg), y regresé a la tienda.

La primera persona a la que vi allí fue a Kaitlin. Se había enterado de que Phoebe estaba en la clínica y de que Sabina y yo estábamos en la tienda, y quería echar una mano. Joanne la puso a descargar unas cajas recién llegadas, mientras Sabina me sustituía en el despacho. Así fuimos turnándonos, ayudando a Joanne en la tienda y yendo a la clínica a ver a Phoebe. Pero Sabina estaba tan centrada como yo cuando se trataba de nuestra misión común. Trabajando con el ordenador de Phoebe, con la clave de sus CD, Sabina se metió en el sistema de Northwood y siguió indagando.

¿Y yo? Yo tenía que buscar a las personas que estuvieran dispuestas a hablar. En cierto modo, había estado dando palos de ciego. Si quería encontrar algo pronto, tenía que reducir la lista de las personas a quienes iba a abordar. Eso significaba personas que hubieran estado en el Club o en el Cenador en los días inmediatamente anteriores a los incendios.

Empecé por ir a ver a Sam, y lo pillé, justo como dos semanas antes, cuando estaba a punto de irse a jugar al golf.

—Vas a levantar ampollas —dijo, mientras recogía sus cosas con el puro en la boca—. Pero me encanta el valor que tienes. ¿Qué necesitas?

—Quiero saber qué celebraciones hubo en el Club y en el Cenador inmediatamente antes de que se produjeran los incendios en cada uno de los edificios. Esas cosas las sacas en el *Times*. Cuando informas de los acontecimientos del pueblo, cuentas dónde tienen lugar. Quiero ver los archivos otra vez.

—¿Conoces las fechas?

—Sí.

Sam fue hasta la puerta de su despacho y vociferó:

—¡Angus! —Yo pensaba que no habría nadie en la redacción, porque el *Times* había salido por la mañana, pero en la puerta apareció un chico rubio, con gafas. Sam me señaló con el puro—. Necesita información. Sé buen chico y revisa los archivos. Ella te dará las fechas y los lugares.

Encantada, no solo le di esos datos, sino el número de mi teléfono móvil. Mientras él trabajaba, yo fui a ver a Marsha Klausson a La Librería. Como siempre, me dio la bienvenida el aroma a madreselva, pero de no haber sido así, lo habría hecho la cordialidad de Marsha.

—¿Te había dicho que he tenido que pedir otra vez tus tres libros? —me preguntó en cuanto se puso a mi lado—. Se han vendido a montones desde la muerte de Omie. Verte allí, en el restaurante, debió de picarles la curiosidad.

—¿Y la curiosidad es algo bueno? —pregunté con cautela.

La señora Klausson asintió con la cabeza.

—Están intrigados. Ya eras muy conocida antes, pero siempre te han relacionado con Grace. Creo que están empezando a darse cuenta de que eres diferente, y ya iba siendo hora. Eres muy distinta de Grace.

Lo mismo empezaba a pensar yo. Cuando era pequeña, jamás discrepaba de lo que decía Grace, pero ahora sí. Quería conocer la opinión de la señora Klausson, y le pregunté:

—¿En qué sentido?

—Grace era muy hiriente. La gente era o muy mala o muy buena. Tú sabes matizar, ves los tonos intermedios en las personas. Eres más constructiva.

—¿Más constructiva?

—Quizá sería mejor decir más práctica. Desde luego, tú también te rebelaste, pero siempre has estado más pendiente de encontrar soluciones, y eso se ve en tus libros. Tus personajes crecen.

—Pues yo tengo una pregunta —dije, porque necesitaba una solución inmediatamente—. Usted ayudó a organizar la Asociación de Mujeres Empresarias de Middle River, ¿no?

—Claro que sí. La empezamos seis mujeres: Omie, Elaine Staub la de la tienda de menaje del hogar, Jane y Sara Wright, agentes inmobiliarios, y por supuesto, tu madre.

—Elaine ha muerto —dije, porque lo recordé en cuanto pronunció su nombre.

—Sí, hace varios años. Al final lo pasó muy mal. Cuando no era la gripe, era un resfriado, y hasta neumonía o herpes. Es muy doloroso, ¿sabes?

De modo que había otra persona cuya muerte podría relacionarse con la exposición al mercurio.

—Y las hermanas Wright se mudaron, ¿no? —dijo, arrancando la vaga idea de mis lecturas de *The Middle River Times*.

—Sí. No eran muy mayores, pero Jane padecía de artrosis. Cuando se puso tan mal que apenas podía trabajar, se fueron a Arizona, por el clima cálido y el sol. Jane murió hace un par de años... Nada que ver con la artrosis. Fue del corazón. Sara se quedó allí.

—¿Y está bien?

—Que yo sepa, sí. Nos enviamos una tarjeta en Navidad, pero ha empezado una nueva vida. Según tengo entendido, conoció a un viudo con bastante dinero, y parece feliz.

—Así que de las seis, cuatro han muerto y dos están sanas.

—Sí. —La librera frunció el ceño—. Da miedo la fragilidad de la vida, ¿verdad? Jane no era vieja. Tu madre tampoco. Y la verdad es que tampoco Elaine.

Omie sí era vieja, pero no llegó a la edad que tenían sus padres cuando murieron. Me dio la impresión de que estaba llegando a alguna parte.

—¿Recuerda cuándo empezaron a reunirse en el Club?

—Antes del incendio.

—¿Justo antes?

—Pues sí. Recuerdo que pensé en la suerte que habíamos tenido por no haber estado allí precisamente aquel día. El incendio empezó en la cocina, mientras se preparaba la comida para una reunión. No era para la nuestra, pero podría haber sido, porque nos reunimos esa semana. —Volvió a fruncir el ceño—. ¿Dos veces fueron? ¿Por qué me acuerdo de eso? ¿El incendio fue un lunes?

—Un martes.

Se le iluminaron los ojos.

—El martes. Ahora lo recuerdo. Ese día, el martes, íbamos a reunimos para desayunar, pero lo aplazamos porque había un virus rondando por ahí. Todas las demás, o sea, Alyssa, Elaine, Omie y Jane, lo tenían. Sara y yo habíamos estado enfermas la semana anterior, así que no fuimos a la comida del viernes. Eso fue lo que pasó.

—Si eso fue lo que pasó —le repetí a Sabina por la tarde—, existe una clara posibilidad de que uno de los bidones enterrados tuviera un escape el viernes. La señora Klausson y Sara no fueron a la reunión porque dio la casualidad de que las dos tenían gripe. Cuando las demás se pusieron malas, todos pensaron que también era la gripe, pero recuerda que la intoxicación aguda por mercurio produce síntomas semejantes a los de la gripe. Quizá otras personas sufrieran las mismas reacciones... no sé, la cocinera o los camareros, por ejemplo. Cuando se enteraron quienes tienen el poder en Northwood, comprendieron que había un problema y también dónde



estaba. Por eso arrasaron el edificio, y tuvieron la excusa para limpiar el subsuelo y reconstruirlo todo sin que nadie se enterase.

—¿Y mamá y las demás que se pusieron enfermas?

—Cedieron los síntomas agudos, el mercurio se trasladó a otros órganos y se quedaron allí latentes durante años, hasta que se manifestó como intoxicación crónica por mercurio, con síndrome de inmunodeficiencia, artrosis y, en el caso de mamá, síntomas de Parkinson. Las otras cuatro mujeres que fueron al Club aquel día han muerto. Creo que eso significa algo.

—Pero no es lo mismo en el caso de Phoebe. ¿Sabemos si estuvo en esa reunión del viernes?

—Le he preguntado a la señora Klausson. Le dio vueltas a la cabeza, pero ella no estuvo allí y no podía acordarse de si había estado Phoebe. Phoebe no habría trabajado tanto tiempo para mamá. En aquel tiempo no podía tener tanta experiencia en los negocios. Entonces, ¿por qué razón habría ido allí?

—No lo sé. Así que tampoco sabemos dónde pudo quedar expuesta a la contaminación.

Miré hacia el ordenador.

—¿Has tenido suerte con eso?

—He encontrado un montón de chorradas, pero nada útil. Esperaba encontrar correos de Aidan a su padre o a James en los que se hablara del mercurio, pero de momento no hay nada.

—Me has dicho que a Sandy no se le dan bien los ordenadores. ¿Envía correos electrónicos?

Sabina sonrió, secamente.

—Como Aidan: le dice a su secretaria lo que quiere enviar y ella lo hace.

—¿Tú crees que sus secretarias querrían hablar con nosotras?

Sabina ya estaba negando con la cabeza antes de que yo terminara la frase.

—Es la lealtad —dijo mientras sonaba mi móvil—. Están encantadas con su trabajo.

Saqué el móvil del bolso. Era Angus, que llamaba desde la redacción del periódico. Mientras me hablaba yo fui anotando cosas en un cuaderno. Según los archivos del *Times*, se habían celebrado cuatro actos en el Club y el Cenador durante los días inmediatamente anteriores a los incendios. Tras darle efusivamente las gracias, apagué teléfono y le tendí la lista a Sabina, al tiempo que sacaba la lista que yo tenía de personas enfermas y la ponía al lado.

—¿Puedes cotejarlo?

Sabina no tardó mucho tiempo en hacerlo. Puso un dedo en uno de los puntos de cada lista.

—Aquí está. Susannah Alban ha tenido un aborto detrás de otro. Y mira aquí. La

boda Alban-Duncan se celebró en el Cenador dos días antes del incendio. —Me miró acongojada—. Sé lo de los abortos de Susannah porque uno de ellos coincidió con uno de Phoebe.

—¿Estuvo Phoebe en la boda? —pregunté, con grandes esperanzas.

Pero Sabina negó con la cabeza.

—Susannah es más amiga mía que de Phoebe. Ron y yo tendríamos que haber ido, pero fue una ceremonia muy íntima, y al final nos alegramos de no haberlo hecho, porque todos los invitados tuvieron una intoxicación alimentaria. Fue en agosto, en un día de mucho calor, y la comida se había quedado al sol. Todo parecía tener sentido.

Pues claro que sí, como que las mujeres de la asociación tuvieran la gripe, porque todo el pueblo estaba con ella.

—¿Alguien más? —pregunté, aún más entusiasmada. A Azul Azul le iba a encantar.

Sabina volvió a centrarse en las listas. Unos momentos después puso un dedo en cada una de ellas.

—Aquí. Sammy Dahill. Reunión de los rotarios. Sammy era el presidente del club hace tiempo. Lo sé porque vive en nuestra calle. Tiene problemas con los riñones.

Yo lo sabía porque lo había leído en «Tiempo de salud», una columna del *Times*.

—Omie decía que es un problema de familia. Según el periódico, hay tres generaciones de la familia Dahill con problemas renales.

—Es verdad —reconoció Sabina—. Pero lo que no dice el periódico es que Sammy es adoptado.

—¿Cómo que adoptado? ¿Cómo no lo sabía Omie? ¿Era ya demasiado tarde?

—Pero lo del problema de los riñones es mucha casualidad, ¿no te parece?

Tuve que contenerme.

—Hay algo más importante. ¿Qué puede decir Sammy? —Recogí mis cosas—. Voy a verlo. Y a Susannah. Si uno de los dos, o los dos están dispuestos a hablar, podremos empezar a hacer algo.

Ninguno de los dos estaba dispuesto. Para empezar, bastante tenía Susannah con tres niños, todos de menos de cinco años y todos adoptados tras tantos abortos. Estaba convencida de que en la boda no había habido ningún problema salvo una intoxicación alimentaria. Dijo que, al fin y al cabo, su marido y ella estaban trabajando en la fábrica en aquella época, que los Meade habían costado la boda y que los invitados no podían quejarse por un simple dolor de estómago. Además, los Meade habían sido muy generosos cuando llegaron los niños, e incluso trasladaron al marido de Susannah al departamento de ventas cuando empezó a tener un problema de insomnio (otra posible consecuencia de ya se sabe qué) y trabajar en la fábrica

podía representar un riesgo.

Sammy Dahill dirigía la imprenta que no solo suministraba el material de escritorio para la fábrica, sino que también imprimía los informes anuales y del departamento comercial. Aseguró no recordar si había habido mucha gente enferma después de la reunión del club de los rotarios de marzo del ochenta y nueve. Habían pasado muchos años, dijo.

Francamente, yo no lo creí. La falta de memoria venía muy bien.

Estaba muerta de hambre. Cogí una bolsa de monedas de chocolate y me las fui comiendo mientras me dirigía a la clínica. Pero seguro que se estarán preguntando dónde estaba el jefe de policía Greenwood. Yo, desde luego, me lo preguntaba. Me había acosado justo hasta el día en que murió Omie. No veía razón alguna para que hubiera dejado de hacerlo.

Así que fui a preguntárselo. No es que estuviera persiguiéndome, no. No vi ni rastro de él cuando salí de la casa de Susannah Alban ni de la de Sammy Dahill, pero justo al abandonar Prensa y Chucherías lo vi, justo enfrente de El Redil. Parecía estar a lo suyo. Tras doblar la esquina, me situé tras el coche patrulla y tragué un bocado de chocolate mientras aparcaba y me dirigía hacia él.

—Hola —dije, sonriéndole por la ventanilla abierta. Observe que en el asiento al lado del conductor había una bolsa arrugada de El Redil, por lo que debía de haber comido algo del bar, posible mente barritas de pollo o nachos; de todos modos, le tendí la bolsa de monedas de chocolate—. ¿Quiere una?

El jefe de policía me miró con desconfianza.

—¿Qué tienen?

—Chocolate puro.

—¿No les ha puesto nada? —preguntó con la aspereza de costumbre.

No sabía si hablaba en serio, pero recordé lo que me había dicho la señora Klausson aquella mañana, que yo matizaba más a la hora de juzgar a las personas. Así que volví a sonreír.

—Debería haberlo hecho, después de todos los problemas que me creó la semana pasada. Pero la verdad es que no soy un ogro. —Para demostrarle que en la bolsa no había nada más que monedas de chocolate, me comí una. Cuando volví a ofrecerle la bolsa, cogió varias. No me dio las gracias, pero no me hacía falta—. ¿Qué? ¿Amigos?

—Depende —contestó.

Me incliné un poco más y hablé en voz más baja.

—¿De si voy a proclamar a los cuatro vientos que sé lo de usted, lo de Normie y lo de Hal Healy?

Aunque parezca un lugar común, el jefe de policía puso expresión de liebre acorralada.

—¿Qué ha hecho Hal Healy?

—No se lo voy a contar, porque precisamente de eso se trata. Yo no hago esas cosas. Todos tenemos nuestros secretillos personales, nuestros problemillas personales, y a mí no me interesan. No es eso por lo que he venido aquí. No estoy escribiendo un libro, e incluso si lo estuviera escribiendo, no sería sobre usted. Así que si por eso andaba detrás de mí, no se preocupe. Está usted a salvo.

Reflexionó unos momentos y dijo como de mala gana:

—Usted también está a salvo, sin necesidad de que me confirme eso. Tiene amigos en las altas esferas.

Me enderecé.

—¿Quién?

Hizo una mueca.

—Si usted me cuenta lo de Hal, yo le cuento lo de su amigo.

Quería ponerme a prueba. ¿Yo traicionaba a la gente o no?

No. Y era mucho más importante que el jefe de policía lo supiera que yo supiera quién había hablado en mi favor. Además, no era ningún misterio. Sabía que no era Sandy Meade, y desde luego, tampoco Aidan. Solo quedaba un Meade con suficiente influencia como para quitarme de encima al jefe de policía: James. Estaba intentando no pensar en él. Como no quería saberlo, me limité a decir:

—Jaque mate. —Le tendí la bolsa—. ¿Unas cuantas más?

El jefe de policía cogió un puñado y me quedaron muy pocas pero había aliviado el hambre y tenía menos antojo de chocolate. Volví al coche y me dirigí a la clínica. No llevaba más de cinco minutos con Phoebe cuando Tom apareció en la puerta y me hizo una seña con la cabeza.

—¿Qué tal va?

—Bien —contestó—. Los órganos vitales están bien. Empieza a sentirse confusa y desorientada, que es lo que suele pasar antes de empezar a notar una mejoría. El gota a gota está a punto de terminar pero me gustaría que se quedara aquí esta noche. Quiero controlar todo lo que surja, y es posible que ella no sea capaz de hacerlo. ¿Te parece bien?

Me parecía bien. Es más; me parecía estupendo. Si Phoebe se quedaba en la clínica, podría trabajar más con Sabina, y cuanto más trabajara con ella, más pruebas reuniría y menos pensaría en James.

—Por supuesto. ¿Ha aparecido mercurio?

—Eso tardará un poco. A última hora de la noche o mañana temprano... Son los momentos críticos.

—¿Qué vas a hacer si las pruebas dan positivo?

Me miró a los ojos.

—Enfrentarme a una crisis moral. Hay un montón de personas enfermas. ¿Les doy un tratamiento para la intoxicación por mercurio o no? Necesito pruebas de que

han estado expuestas.

—No has necesitado pruebas de que Phoebe haya estado expuesta.

—Ya lo sé. Ese es problema. ¿Puedes buscarlas?

Decidida a encontrarlas, volví a la tienda, pero había muchas cosas que hacer. Sabina ayudaba a Joanne y me necesitaban a mí también. Hasta que cerramos la puerta y la caja y cuádramos el dinero en efectivo, los cheques y los resguardos de las tarjetas de crédito, Sabina y yo no tuvimos tiempo de pensar, y entonces nos entró hambre. Sabina ya había dejado un recado en su casa diciendo que se quedaría un rato conmigo en la tienda. Necesitaba tomar el aire y se ofreció a ir a por algo de cena al restaurante de Omie.

Mientras estaba fuera, yo subí al despacho y me conecté para ver el correo. No había nada de Greg, pero me lo imaginé deslizándose por la nieve del McKinley. Berri enviaba un mensaje diciendo que John y ella estaban aún en plena pasión. Había una nota de mi editora diciendo que las revisiones estaban bien, que se largaba de la ciudad hasta el día del Trabajo y que no volvería a tener noticias suyas hasta entonces, lo cual me venía muy bien. Me sentía distanciada del trabajo, pero no de mis amigos. Sentí gran afecto al leer un mensaje de mi amiga Jocelyn, que estaba a punto de terminar *Peyton Place* y se preguntaba hasta qué punto era autobiográfico. Intentaba imaginarme allí, decía. Pinché en «responder».

Grace no habría dicho que «*Peyton Place*» es su novela más autobiográfica, sino «*Sin Adán en el Edén*». Pero existen semejanzas entre Grace y Allison MacKenzie. Ambas crecieron sin un padre en la casa. Allison era una especie de marginada, como Grace. Allison tardó mucho en llegar a la pubertad, como Grace. A Grace incluso la llamaban «madera» cuando era adolescente, porque era gorda como un tablón. Al llegar a los dieciséis se resarcó, pero que la insultaran pudo contribuir a su resentimiento.

Con respecto a intentar imaginarme a mí en *Peyton Place*, es mejor que no. *Middle River* era como *Peyton Place* cuando yo era pequeña, pero al volver ahora he comprobado que ha cambiado mucho. En primer lugar, ha habido cincuenta años de modernización. *Middle River* no se ha quedado quieto. Todo el mundo tiene móvil, en el restaurante de Omie ponen música pop, todo está informatizado, hay entregas de mensajería FedEx dos veces al día. Incluso El Redil se ha modernizado y sirve cerveza de pequeñas cerveceras.

Es curioso, pero no me siento aislada como debería. ¿No es fantástico el correo electrónico?

Pinché en «enviar» y rescaté el último correo de Azul Azul, en el que parecía tan impaciente, y volví a leerlo. Más que impaciencia, en esta ocasión noté prisa. Pinché en «responder».

La buena noticia, es que he localizado a dos personas que estuvieron en el Club y en el Cenador antes de los incendios y que desde entonces tienen síntomas crónicos. La mala noticia es que ninguna de ellas está dispuesta a hablar. Les he dado un toque y espero que accedan. Entretanto estoy intentando encontrar más gente.

Probablemente te habrás enterado de que mi hermana está recibiendo un tratamiento en la clínica. Si se demuestra que sufrió intoxicación por mercurio (y si el tratamiento funciona), quizá se te aclaren las ideas y recuerde mejor cuándo y cómo. Pero podría tardar un poco.

¿Qué has conseguido tú?

Lo envié y recibí respuesta inmediatamente.

Ataques. Los Meade se sienten amenazados. Aidan ve la desertión de tu hermana como peligro inmediato. Se va a convocar una reunión del consejo de administración. Tienes que trabajar a toda prisa.

Estaba leyendo este correo cuando volvió Sabina; podría habérselo ocultado, me habría dado tiempo. Pero era mi aliada.

—Es mi fuente de información —le expliqué. Me ha proporcionado datos sobre el uso del mercurio en la papelería. Fue él quien me dijo que después de los incendios hubo limpieza de sustancias tóxicas.

Terminó de leerlo.

—¿Quién es?

—No quiere decirlo. Trabaja en la fábrica desde hace años, y espera seguir trabajando allí, pero lo único que tengo es su alias. Azul Azul. ¿Se te ocurre algo?

Sabina me miró. Juraría que vi un destello de suficiencia en sus ojos.

—Pues sí. Yo diría que es James.

—James. —El corazón me dio un vuelco—. ¿James Meade? ¿Por qué?

De repente vi algo más que aire de suficiencia en sus ojos. Parecía realmente altanera.

—He pasado gran parte del día leyendo el correo electrónico. James está últimamente en contacto con un amigo suyo que vive en Des Moines, y que, por lo que se dicen, debe de ser abogado. Supongo que son antiguos compañeros de la

universidad. Ese tío lo llama Azul. Parece un apodo de su época de universidad.

¿No le había dicho Azul Azul que su compañero de habitación en la universidad era abogado?

—Qué raro —repliqué. No quería que Azul Azul fuera James. James y yo habíamos tenido demasiada intimidad como para que no me hubiera contado algo tan importante. Además, el tono de Sabina era crispado. No quería que tuviera razón. Era como si volviéramos a ser niñas, como si quisiera quedar por encima de mí—. ¿Estás segura de que el amigo de James lo llama Azul a él? A lo mejor se refiere a otra persona.

Sabina también tenía respuesta para eso.

—Lo hace en muchas ocasiones, como en «Hola, Azul, me alegro de tener noticias tuyas», o en «Bueno, Azul, ¿cómo está Mia?», y «Buena idea, Azul. No me envíes correos. Yo te llamo». James plantea una serie de cuestiones jurídicas que quiere mantener confidenciales. ¿Es pura coincidencia que le pregunte cuestiones legales a un amigo justo cuando Aidan y Sandy empiezan a ponerse nerviosos por lo del mercurio?

No, no podía ser una coincidencia. Pero James, ¿preguntaba esas cuestiones legales en favor de Aidan y Sandy, o en favor de Azul Azul?

—Y además, tiene información sobre una reunión del consejo de administración, algo que no podría tener la gente normal y corriente.

—¿Y por qué lo llaman Azul sus amigos de la universidad? —pregunté, resistiéndome aún a creerlo.

Sabina dejó la bolsa de la comida sobre la mesa.

—Annie, porque siempre lleva prendas de color azul. Camisas azules, jerséis azules, camisetas azules y chaquetas azules. Desde mi punto de vista es una pesadez, pero mira, allá cada cual. —Abrió la bolsa, sacó unos envases y me dio uno—. La carne con verduras de Omie, en su memoria. Siempre les decía a mis hijos que esta comida es alimento para el cerebro. A lo mejor nos ayuda. Si se va a celebrar una reunión del consejo de administración dentro de poco, vamos necesitar algo más de lo que tenemos.

Desde luego que sí. Phoebe era nuestra mejor apuesta, pero no podía pensar como es debido, y encima yo tenía que pensar en James. Había tantas razones para pensar que podía ser Azul Azul, cuanto más pensaba en ello, más me convencía. Pero eso planteaba la gran cuestión: ¿de qué lado estaba y cómo podía saberlo yo? James no confiaba en mí lo suficiente, y por eso solo me salía con ambigüedades, como «Hago lo que puedo».

Bien; desde mi punto de vista, no era suficiente. En resumen, que yo tampoco confiaba en él.

En cuanto hubimos cenado, llamamos a Susannah Alban, Sammy Dahill y Emily McCreedy con la esperanza de que, si Sabina se hacía portavoz, alguien hablaría. No hubo suerte. Recurrimos a la lista del club de los rotarios. Estaba en los archivos del ayuntamiento, y como los Meade tenían la generosidad de permitir que el pueblo utilizara el servidor de Northwood, Sabina pudo descargarla. Cotejamos otros tres nombres de esa lista con la mía, pero dos habían muerto y el tercero se negó a hablar.

Además, el cuarto acontecimiento que se celebró antes de uno de los incendios fue una sesión de fotos para un catálogo de ropa en el Cenador. Como en el *Times* no habían aparecido los nombres (se lo pregunté a Angus por teléfono), y como la mayoría de los participantes eran de otro estado, Sabina tendría que indagar en el sistema de Northwood para averiguar más detalles.

De momento examinamos la mayoría de los correos electrónicos de la fábrica. Al parecer, Aidan había iniciado aquel mismo día correspondencia con un agente del departamento de Servicios Medioambientales del estado para sugerir que Northwood podría patrocinar otra sesión de información de las que realizaba periódicamente el departamento. Northwood ya lo había hecho anteriormente. La papelera estaba a partir un piñón con ese departamento y, claro está, eso daba que pensar. Y además, las fechas. Pero no había nada raro en la correspondencia.

Salimos de la tienda a las diez, frustradas. Nos quedamos un momento en la clínica, para comprobar que Phoebe estaba en una habitación privada, durmiendo como un tronco. Cuando llegué a casa eran las diez y media. Apenas acababa de dejar mis cosas en la cocina cuando sonó el teléfono.

Por la pantalla vi que era el número de James, y me sentí furiosa, herida y confusa, todo al mismo tiempo. Me debatí entre contestar o no. Sencillamente, no sabía qué decirle. Pero no podía dejar que el teléfono siguiera sonando, y lo cogí.

—Dime, James.

Silencio, y después en voz muy baja:

—¿Cómo está Phoebe?

—Está en la clínica, durmiendo.

—¿Cómo se siente?

—Fatal, según me han dicho.

—Lo siento.

—¿Qué sientes? ¿Que esté enferma? ¿Que medio pueblo esté enfermo? ¿No confiar en mí?

Noté que Grace me estaba diciendo que me enfrentase con él, por si era Azul Azul, pero yo no quería. No estaba preparada.

—Tenemos que hablar —dijo, con el mismo tono de voz tranquilo.

Se me pusieron los ojos en blanco.

—Eso me suena.



—Tenemos que hablar sobre nosotros.

—¿Sobre nosotros? —exclamé, al tiempo que comprendía que no iba a preguntar nada sobre Azul Azul, porque esa llamada de teléfono no tenía nada que ver con Azul Azul. Era algo entre James y yo—. ¿Qué es eso de nosotros? No hay un «nosotros».

—Pues yo creo que sí. Por eso es tan difícil.

—¿Qué es tan difícil? —repliqué—. ¿Mentir?

Guardó silencio tanto tiempo que casi esperaba que hubiera colgado el teléfono. Me sorprendí cuando respondió, en un tono aún más calmado:

—Quiero verte.

Apretando los puños, y a punto de llorar, dije:

—Tienes una hija y no puedes salir de casa, y yo tengo obligaciones para con mi familia y un montón de personas en este pueblo, así que mañana tengo que madrugar. Además, no sé si tiene sentido que nos veamos, porque yo vuelvo a Washington dentro de dos o semanas, de modo que si había algo entre nosotros, se acabó. Ha sido divertido y ya está, James.

Mientras esperaba su respuesta, me maldije una y mil veces por haberme portado como una idiota de doce años. Como continuaba el silencio, me froté el pecho. Me dolía. Esperé otro minuto, dos minutos, tres minutos, y entonces comprendí que James había colgado.

Naturalmente, no dormí bien. Salí pronto a correr para olvidarme de los problemas, pero James también me lo estropeó. Sí, sabía que no podía dejar a Mia hasta que llegara la canguro, pero no podía dejar de pensar que si a él le interesaba lo suficiente verme, encontraría alguna forma de hacerlo. Por Dios, si sabía que Phoebe estaba en la clínica y que yo estaba sola en la casa. James era hombre de recursos. Podría haber encontrado una forma para venir incluso a las dos de la mañana si hubiera querido.

No fue así, y casi era mejor. Mi misión estaba más centrada que nunca. Como en el pueblo no había nadie que quisiera hablar, Phoebe era nuestra única esperanza. En el supuesto de que las pruebas del mercurio dieran positivo, tendría que relacionarla con un episodio de exposición real.

Me duché, me vestí rápidamente y fui a la clínica. Phoebe estaba atontada, dormitando con un noticiero ante la pantalla de televisión que estaba sobre la pared. Aún tenía el catéter, pero parecía tranquila. ¿Tranquila? Casi llegué a pensar que le habían puesto morfina, porque parecía en Babia.

—Hola, Phoebe —dije.

Tardó unos momentos en volver los ojos hacia mí, y otros tantos en reconocirme.

—Hola —contestó con voz distante.

—¿Te encuentras bien?

—¿Qué tal hace?

—Hace calor y hay humedad. Dicen que va a haber tormenta.

—Vaya por Dios —murmuró, cerrando los ojos—. Adiós al golf.

—Pero si tú no juegas al golf.

—Pero Michael sí.

—Cielo... —Michael era su ex marido, que vivía en otro pueblo había vuelto a casarse y tenía dos hijos—. ¿Lo ves de vez en cuando?

Phoebe no abrió los ojos.

—¿A quién?

No quise insistir y la tomé de la mano.

—Tengo que preguntarte una cosa. Ya sé que piensas que no tienes nada que ver con eso, pero ¿recuerdas que te pregunté si estuviste con mamá en el Club justo antes del incendio?

Phoebe abrió los ojos de par en par.

—Mamá ha muerto. ¿De qué me estás hablando?

—Del incendio del Club. Mamá había estado allí dos días antes con la Asociación de Mujeres Empresarias. ¿Estuviste tú también?

Phoebe volvió a cerrar los ojos.

—Diles que no me puedo mover —de nuevo en un murmullo—. Lo siento. Si hay

un incendio, tendrán que pasar de mí.

—El incendio del Club.

—¿Qué incendio de qué club?

No dije nada más. A medida que pasaba el tiempo, ya no sabía si Phoebe era consciente de que yo estaba allí. Al final me fui a la tienda.

Tom llamó poco después de mediodía para decir que las pruebas habían dado positivo, que Phoebe estaba expulsando mercurio. La noticia casi me decepcionó, porque estaba convencida de antemano. Pero francamente, me sentí aliviada. Nunca sabríamos realmente si mamá había tenido intoxicación por mercurio, porque no estábamos dispuestas a exhumar el cadáver para una autopsia, pero en el fondo yo lo sabía. Una satisfacción agrisadista, pero satisfacción al fin y al cabo. ¿No era esa la razón por la que había vuelto a Middle River? Desde luego, mi misión había cambiado, pero en cierto modo sentía que había vengado a mamá.

Envié un correo a Greg con la noticia. Sabía que estaba en pleno descenso y que a lo mejor no podría recibirlo ni enviar nada, pero quería que el mensaje estuviera esperándolo.

No escribí a Azul Azul. Todavía no me había recuperado de la idea de que pudiera ser James. No dejaba de recordar comentarios de sus primeros correos, e incluso había releído algunos aquella mañana. Las claves estaban allí. Dormía solo; tenía que levantarse pronto y le gustaba el anonimato de Azul Azul para sentirse libre de quién era y de lo que hacía. Incluso el coqueteo me sonaba, pero con James en carne y hueso... en fin, había sido así, en carne y hueso. Además, James me había colgado el teléfono y Azul Azul no me enviaba correos. ¿Tenía que saber alguno de ellos que la teoría del mercurio era una posibilidad? No por mí. Al menos todavía no. Al fin y al cabo, la teoría solo sería válida si podía demostrar que Phoebe —o alguien— había estado expuesta al mercurio en la fábrica.

A eso dedicamos el día Sabina y yo, pero por muchos rotarios a los que llamamos, ninguno parecía dispuesto a hablar. De igual manera, por mucho que investigamos para averiguar el paradero de Sara Wright (que estaba casada y seguramente tenía otro apellido) en Arizona, por si por casualidad sabía si Phoebe había asistido a la reunión de las mujeres empresarias aquel día de marzo, no hubo suerte.

Y por si fuera poco, tuvimos que ayudar en la tienda. Apenas habíamos subido al despacho a hacer algo cuando Joanne nos gritaba cualquier cosa. Y eso que había gente trabajando por horas, además de la ayuda de Kaitlin y Jen en la trastienda. Agosto era el mes de más movimiento, repetía sin cesar Joanne a modo de disculpa, y estoy segura de que era verdad, por la ropa para la vuelta al colegio y las prendas de

otoño. Pero a medida que pasaban las horas, lo que saltaba a la vista era que, una vez más, los clientes acudían en tropel para interesarse por Phoebe. Querían comprar tanto como hablar, y para las dos cosas nos querían a Sabina y a mí.

Yo estaba sorprendida. Aparte del velatorio de Omie, en el que la emoción, la compasión y la pena habían sofocado otras realidades, Pensaba que los habitantes de Middle River tenían una imagen de mí de escritora espantosa tan arraigada que jamás podrían haberme recibido con calor como persona, y mucho menos confiar en mí para las ventas. A continuación, la VERDAD N.º 9: todas las personas tienen la posibilidad de cambiar de ideas, incluso quienes viven en lugares aislados y provincianos.

En realidad, con respecto al asunto de la confianza, se acercaban más a mí, lo juro. Me daba la impresión de que deseaban mi consejo sobre lo que debían comprar, sobre qué talla, color o estilo les quedaría mejor, precisamente porque yo vivía en la gran ciudad.

Quizá fuera que necesitaba creerlo, pero el resultado era que estaba tan ocupada como Sabina. Las dos hablábamos con la gente que entraba. Vendimos montones de ropa. Subíamos de vez en cuando al despacho para aprovechar unos minutos con el ordenador, y al final corrimos a ver a Phoebe mientras las nubes se cerraban. Tom quería que se quedara en la clínica otra noche, más que nada para obtener información. Pensaba que si tenía que administrar el tratamiento a otras personas, los datos sobre los órganos vitales que recogieran los enfermeros podrían resultar de ayuda. Ni a Sabina ni a mí nos importó.

Ella se fue a casa a las siete para cenar con los niños, pero yo me quedé en la tienda. Tenía una bolsa de monedas de chocolate que (¡sorpresa, sorpresa!) me había llevado la propia Marylou Walker y la mitad del bocadillo de mediodía. No me apetecía salir, porque a lo lejos retumbaban los truenos y el aire estaba muy cargado, con amenaza de lluvia.

Los truenos se aproximaron, empezó a llover; Sabina volvió, o al menos pensé que era ella. Poco antes de las nueve oí el pomo de la puerta de abajo y después se abrió la de arriba.

—¡Estoy aquí! —grité. Estaba intentando seguir otra pista para localizar a Sara Wright y no pensé nada especial al ver que Sabina no contestaba, pero al oír pasos en la escalera, me asusté. No era Sabina. Aquellos pasos eran más fuertes, indudablemente de hombre.

Me levanté y busqué frenéticamente algo —unas tijeras, un abrecartas, cualquier cosa— para protegerme, que naturalmente, sería lo que habría hecho mi personalidad de Washington. Tardé unos momentos en caer en la cuenta de que estábamos en Middle River y en que por eso no había cerrado la puerta de abajo. Cuando al fin caí, James estaba en el umbral quitándose un anorak con capucha. Llevaba pantalones

cortos, zapatillas de deporte y, claro, una camiseta azul marino. Tenía las piernas largas, delgadas, salpicadas de vello, pero lo más extraordinario era Mia. Con un delgado pelele rosa, iba atada a su pecho, hacia fuera, con los brazos y las piernas colgando, estaba despierta y me miraba a la cara. Debía de haber empezado a acostumbrarse a mí (desde luego yo ya me había acostumbrado a ella), porque me sonrió. Vi dos dientes arriba y otros dos abajo, y los ojos que habían empequeñecido con la sonrisa pero eran realmente preciosos. Aquella sonrisa me llegó al corazón.

—Qué cobarde eres —le reproché, dirigiéndome a James pero mirando a Mia—. ¿Escondiéndote detrás de una niña?

Podría haber replicado: «Desde el principio te dije que era un cobarde», lo que habría supuesto reconocer que sabía que yo sabía que era Azul Azul. Así que quizá no supiera que lo sabía. Pues bien; no pensaba darle ninguna pista todavía. Quería saber hasta cuándo estaba dispuesto a continuar con la farsa.

—No me ha quedado más remedio —dijo, colgando el anorak por la capucha en el perchero que había junto a la puerta—. La niñera se ha ido, y tenía que verte.

—¿La niña no debería estar durmiendo?

—Sí, pero esto es urgente. Probablemente se quedará dormida aquí mismo. Tenemos que hablar, Annie.

Me arrellané en la silla, giré para mirarlo de frente y crucé los brazos sobre el pecho. Retumbó un trueno, aunque no muy fuerte. Cuando se hizo el silencio, dije:

—Soy toda oídos.

A Mia no solo no la había asustado el trueno, sino que no parecía dispuesta a dormirse. Daba pataditas y estiraba el cuello para ver a James, que le tomó ambas manitas, pero ella volvió a clavar la mirada en mí.

—No me esperaba esto —empezó a decir, y se calló. Aquellos ojos oscuros, sí, castaño oscuro, expresaban confusión.

—¿Qué es esto?

—Tú. Esta atracción. En teoría, no debería sentirme atraído por Annie Barnes. Trae problemas.

Sonreí burlonamente.

—¿Lo ves? —dijo, señalándome. La espontaneidad de la situaron le hacía parecer más joven—. Sí, esa sonrisa. Provoca en mí algo especial, y no sé por qué, pero no dejo de pensar en cosas como esas y de repetirme que entre nosotros no puede funcionar nada, para empezar, vivimos en sitios distintos, y yo juré hace tiempo que no volvería a hacerlo. Y además, a ti nada te gustaría más que destruir el negocio de mi familia.

—Eso no es verdad —le rebatí—. Si quisiera destruir el negocio ya le habría ido con el cuento a la prensa hace tiempo. Es un asunto de plena actualidad, y no tendría ningún problema para que le dieran cobertura. Ya ha estado aquí gente de *60 Minutos*

y periodistas de los grandes periódicos. Lo que yo quiero —añadí, dándole énfasis a la frase—, es que Northwood acabe por asumir su responsabilidad por dos vertidos de mercurio muy graves, que compense a las personas afectadas y que tome medidas para que no vuelva a ocurrir.

James no negó lo de los vertidos, ni me preguntó cómo me había enterado. Se distrajo, porque Mia empezó a mostrarse incómoda, quizá porque de repente arreció el golpeteo de la lluvia sobre el tejado, o simplemente porque estaba inquieta, pero saltaba a la vista que quería que la soltaran del portabebés.

James quitó las correas, sujetando a la niña.

—¿Crees que no he hecho nada? ¿Crees que no he compensado a las personas afectadas, a las que yo sabía que estaban afectadas? —Dejó a la niña en el suelo y se enderezó—. ¿Por qué crees que esas personas no quieren hablar contigo? No quieren hablar porque yo he recaudado fondos para ayudarlos con lo que necesitan.

Otro dato. Azul Azul sabía que yo tenía dificultades para que la gente hablara. James y yo no habíamos hablado sobre el asunto.

Pero de pronto la diferencia no tenía importancia.

—¿Tú recaudaste los fondos, personalmente? —pregunté. Mia estaba gateando hacia un rincón de la habitación.

—Sí, yo, en nombre de la fábrica —contestó, vigilando a la niña—. Se llama paquete de discapacidad cívica, pero yo sé lo que es, como lo saben mi padre y mi hermano.

—Entonces ¿sabéis que esos vertidos han causado enfermedades?

—Lo sabemos desde que ocurrió en el Club.

—¿Y también que algunas de esas enfermedades han provocado la muerte?

Asintió, lenta, tristemente.

—¿Provocaste tú el fuego?

—No. Si por mí hubiera sido, habría sido más directo. Habría derribado el edificio y hubiera limpiado el vertido. Pero hubo una pelea. Mi padre no quiso hacer nada hasta que yo me empeñé.

—Es decir, ¿que quería volver la cabeza hacia otro lado? —pregunté, horrorizada.

No bien había acabado de pronunciar estas palabras cuando resonó un trueno tremendo. Más confusa que asustada, Mia miró a James. Al darse cuenta de que no estaba preocupado, siguió gateando.

—Simplemente quería que aquello desapareciera, lo que habría significado que habría habido aún más filtraciones y se habría trasladado hacia el río con cada lluvia, hasta que el río hubiera quedado totalmente contaminado. Y mira, lo de esconder la cabeza como el avestruz, yo lo amenacé —añadió con desprecio—. Le dije que se podían interponer pleitos y que los medios de comunicación intervendrían. Le dije que teníamos que hacer algo. Pero a mí me sorprendió el incendio tanto como al resto

del pueblo.

Se acercó a Mia, la tomó en brazos y la devolvió a su sitio, junto a él. La niña empezó a moverse otra vez, en esta ocasión hacia las estanterías.

—¿Y por qué no lo dijiste entonces? —pregunté, porque lo que me estaba contando James lo implicaba en un engaño, y no me gustaba la idea—. ¿No podrías haberle contado la verdad a alguien?

—Lo intenté —dijo secamente. Se rascó la coronilla con un gesto de frustración, alborotándose el pelo plateado que ya estaba alborotado, y con eso también dio la impresión de ser más joven de lo que parecía normalmente, con su aire de autoridad y serenidad. Tenía los ojos clavados en la niña—. Y cada vez que lo intentaba, mi padre se encargaba de borrarlo todo, como si yo no hubiera dicho nada. —Elevó la voz—. En un momento dado llegó a decirle a esos colegas suyos con los que juega al golf que yo me había llenado de ideas radicales en la universidad. No está mal como calumnia, ¿no? Sabía que ellos se harían eco del rumor, pero de una forma sutil, que tiene más peso por su apariencia de confidencialidad. Sandy es un genio para la creación de grandes efectos. Es una habilidad comercial natural, y sí, también el asunto del poder, que tú detestas.

Quería creerle. Parecía realmente disgustado... y enfadado, culpable y consternado.

—¿Y la guardaría? —pregunté.

Tampoco demostró sorpresa porque yo supiera aquello. Mia se había puesto a sacar libros de las estanterías, haciendo un leve *pum* con cada uno de ellos, audible únicamente porque la lluvia había vuelto a aminorar. Fue tras ella y se puso a colocar los libros en su sitio.

—Sí, bueno, es una discusión que todavía tenemos. Sandy asegura que esos vertidos fueron por casualidad, y que como hasta ahora no ha habido problemas debajo de la guardaría, los bidones son seguros, y que hacer algo al respecto solo serviría para llamar la atención sobre esos bidones que, por cierto, son ilegales. —Se sentó sobre los talones y añadió en esa postura, mirándome—: Y antes de que empieces a atacarme por eso, haz el favor de recordar que esos bidones fueron enterrados antes de que yo pasara a formar parte de la empresa. Yo estaba en la universidad. Sandy no tenía motivo para pedirme opinión. Te juro que yo no habría construido edificios de uso comunitario sobre un vertedero tóxico. Es una estupidez.

—La guardaría es una tragedia anunciada.

—Sí —replicó—, y tengo pesadillas con eso, pero tienes que comprender que mi padre y yo mantenemos una relación indirecta. Por eso yo me dedico a lo mío, en mi departamento de la empresa. No analizamos las cosas juntos, y cuanto más insisto yo, más me margina él. Así que solo me queda una opción: o dejar que me margine hasta el extremo de que ya no sirva de nada a la empresa o montar los líos que yo quiera,

que es lo que hago. La papelera es el alma de Middle River. Si se viene abajo, el pueblo se verá en apuros.

¿No había dicho Azul Azul algo parecido?

Retumbó otro trueno. Mia le dirigió una mirada de susto a James. Él le acarició la cabeza y se tranquilizó.

—Pero ¿y la guardería? —insistí—. ¿Te gustaría que Mia fuera allí?

—¿Por qué crees que no va? —replicó con mirada atormentada. Yo había puesto el dedo en la llaga. Añadió con vehemencia mientras se apagaba el ruido del trueno —: ¿Es que crees que no quiero esté con otros niños? Tiene que aprender a jugar, tiene que aprender a compartir. Necesita amigos, y compartir actividades con los niños y las madres, porque yo, evidentemente, no soy madre, pero intento hacer todo lo que puedo, maldita sea. Sí, vale, solo tiene diez meses, así que estar en casa con la niñera de momento va bien, pero dentro de unos meses algo tendré que hacer. A mi padre le encantaría que la tuviera escondida, pero yo me niego.

—¿Que la escondas porque es adoptada?

—Que la esconda porque no es adoptada —replicó con tal brusquedad que Mia se echó a llorar. La abrazó para calmarla—. Vamos, vamos, mi niña. Perdona —murmuró acercando la boca a aquel pelo oscuro y brillante—. No estoy enfadado contigo. Contigo, nunca. —Mia lloró un poquito más y respondió a las palabras tranquilizadoras de James—. Vamos —le susurró al oído—. ¿Quieres sacar más libros?

Con economía de movimientos, James puso hasta el último libro en su sitio y sentó a la niña en el suelo. Mia inició la tarea con el mismo *pum, pum* con cada libro que tiraba al suelo sobre el lomo, y después lo colocaba en el suelo.

Yo me quedé pasmada. Descrucé los brazos y apoyé las manos en el borde del asiento.

—¿Que no es adoptada? ¿Eso significa lo que estoy pensando?

No resonó un trueno que marcara aquella confesión. Ya era suficiente por sí misma.

James agachó la cabeza hacia Mia, la alzó y me miró.

—Hasta el año pasado yo pasaba mucho tiempo fuera. Cuando desarrollas nuevos productos para una empresa como la nuestra, hay que tener muchas cosas en consideración, desde la maquinaria hasta las materias primas para esa maquinaria, pasando por los mercados que van a adquirir esos productos. Llevo haciendo ese trabajo diez años. Durante seis años mantuve una relación con una publicista de Nueva Jersey. Empezó como algo profesional (realizó una campaña Publicitaria para nosotros), pero después pasó a lo personal. En teoría no tenía por qué quedarse embarazada, pero se quedó. Ella quería abortar, y yo quería que tuviera la niña. Al final le hice una oferta que no pudo rechazar.



—¿Un soborno?

—No me juzgues mal.

—No te estoy juzgando de ninguna manera —repliqué—. Es que no lo entiendo. ¿Lo único que quería era el dinero?

No era una locura pensarlo. Cualquiera que saliera con un Meade de Northwood tenía que saber que había dinero de por medio.

James me miró fijamente.

—No. No quería nada. Llegado el momento, no quiso nada, ni a mí ni a mi hija. Tenía una casa que le gustaba, un trabajo que le gustaba y no estaba dispuesta a renunciar a ninguna de las dos cosas y mucho menos a trasladarse a un pueblo donde jamás se integraría teniendo en cuenta su origen asiático. Bueno, en eso tenía razón, aunque yo se lo negué, porque es una mujer tan increíble que habría hecho amigos aquí, sin importar el color de su piel. Pero Middle River no está preparado para alguien como ella, por lo menos mientras Sandy Meade esté al mando, porque él controla el pueblo. No es que sea exactamente intolerante, sino que se siente amenazado por todo lo diferente. Se puso hecho una fiera cuando le conté lo de April (así se llama la madre de Mia), y comprendí cómo reaccionaría con la niña. Me la llevé del hospital cuando tenía dos días, y mi padre empezó con el rumor.

—¿De que es adoptada? Pero ¿cómo se atreve a hacer una cosa así? ¿Y cómo lo consentiste tú? Eres su padre biológico.

Mia seguía con el *pum, pum* de los libros, pero no creo que James se diera cuenta. Parecía asqueado.

—Bueno, a mí también se me puede comprar. Mi padre contó en Middle River la historia que el pueblo puede tragarse, y a mí me dijo que si llegaba a saberse la verdad, me desheredaría.

—Pero ¿por qué?

—Porque Mia es diferente, y Middle River no acepta las diferencias. Adoptarla es algo aceptable, porque me hace parecer una persona extraordinaria que ofrece un hogar a una pobre huérfana. Otra historia es haberla engendrado.

—Pues yo creo que te equivocas —repliqué—. Pienso que a Middle River le encantaría saber que tú te empeñaste en que naciera Mia. ¿Es que Sandy no lo comprende?

—No. Y si vas a acusarme de andar detrás del dinero como April, lo único que puedo decirte es que Mia es de mi propia sangre, y que quiero que tenga todas las ventajas que puede ofrecer el dinero. Ya es bastante con que su madre no quiera saber nada de ella pero encima, la historia se repite, ¿no?

—Tu madre murió.

Me miró y movió lentamente la cabeza. Era como si se hubiera abierto la caja de Pandora y no hubiera forma de cerrarla.

—Eso es lo que Sandy hizo creer a Middle River. Incluso Aidan lo cree, pero la verdad es que mi madre está perfectamente, viviendo en Michigan con su marido y las tres hijas que tuvo con él.

Me quedé con la boca abierta. La madre muerta formaba parte de la tradición de nuestro pueblo. Cerré la boca con cierto esfuerzo, al tiempo que resonaba otro trueno.

—¿La ves?

—Voy allí de vez en cuando.

—¿Y no se lo has contado a Aidan?

—Claro que sí, pero prefiere continuar con la leyenda, para no tener que pensar en hacerle una visita ni enviarle una cartita. Supone menos responsabilidades para él. Y bueno, mira lo que dice: que no le debe nada, porque ella no estaba aquí cuando él era pequeño, que era más joven que yo cuando ella se marchó y que lo pasó fatal creciendo sin su madre. Pero Sandy es aún más culpable. Se portó muy mal con ella, y quiero que lo pague. Una forma sería a través de mi hija. Quiero que le quede una parte de sus bienes. Eso sería de justicia, en muchos sentidos. Así que me voy a callar hasta que lo de la herencia quede aclarado. —Como si hubiera expiado sus culpas, volvió a fijarse en la niña, que había ido a gatas hasta la siguiente estantería y seguía con un rítmico *pum, pum*, sacando libros—. Ay, ay, mira la que estás montando, pequeña —dijo con una mueca mientras empezaba a recoger los libros.

¿Un poco narizotas? ¿Si lo había pensado alguna vez? Pues sí, tenía la nariz recta y un tanto puntiaguda, pero cuando hizo aquella mueca no quedó nada mal.

—Déjala jugar —dije—. No importa. —Estaba intentando digerir lo que acababa de decir—. ¿Quién más sabe que es tu hija biológica?

Sin quitar los ojos de la niña, contestó:

—Nadie.

—¿Y me lo has contado a mí, a Annie Barnes, la cotilla del pueblo?

Nuestras miradas se encontraron.

—Confío en ti.

Aquella sencillez, aquella honradez y todas sus implicaciones me hicieron gritar:

—Entonces, ¿a qué viene lo de Azul Azul?

Ni siquiera pestañeó.

—El primer día que hablé contigo en el restaurante pensé que a lo mejor podías ayudarme, pero resultó un poco difícil, siendo quien soy. Tú no confiabas en mí, y yo no sabía si podía confiar en ti. Tuve la intuición de que el anonimato de Azul Azul te atraería como novelista. —Esbozó una media sonrisa—. Además, eres de Washington, la tierra de Garganta Profunda, ¿no?

—Pues sí, y Woodward y Bernstein sacaron un libro con eso, pero yo no estoy escribiendo un libro. Lo he dicho desde el principio, pero tú sigues escondiéndote detrás de Azul Azul.

—¿Que me escondo? —Reflexionó unos momentos y añadió, más animado—: Pues yo pensaba que podía ser divertido. O por lo menos un alivio. Eso dije, o Azul Azul. Como no era yo, podía hacerte preguntas sin que tú me hicieras preguntas que para mí habrían resultado incómodas.

Me daba la ligera impresión de que me estaban utilizando.

—Pues ahora te voy a hacer esas preguntas. ¿Por qué tengo que ser yo quien encuentre a las personas que estuvieron expuestas a esos dos vertidos? Tú sabes quiénes son. ¿No dedicas a eso el «paquete de discapacidad cívica»?

—Hay personas sobre las que no sabemos nada. Necesito una lista global.

—Pues pregunta al guarda de la puerta.

—Lo haría si pudiera, pero hace dieciséis años el guarda estaba casi de adorno. Cuando estaba en la puerta, no apuntaba el nombre de las personas que entraban. Ahora sí, porque la seguridad es importante en todas partes, pero entonces no. Así que no sabemos con certeza quiénes estuvieron en esos lugares cuando se produjeron los vertidos. No voy a poner un anuncio en el periódico, ni puedo ir por el pueblo preguntándole a todo el mundo, porque empezarían a correr rumores que posiblemente se descontrolarían. Además, nunca tuvimos pruebas. No quisimos que ocurriera, y hablo en plural en nombre de la empresa. Cuando creamos esos paquetes de discapacidad sospechábamos que había enfermedades relacionadas con la indicación por mercurio, pero concedemos unos paquetes muy generosos a nuestros empleados, de modo que estos se consideran simplemente una prolongación de los otros. No lo relacionamos con el mercurio, quiero decir públicamente, así que nunca tuvimos pruebas. ¿Lo ha encontrado Tom en Phoebe?

Me libré de contestar gracias a Mia, que eligió ese preciso momento para emitir un ruido lastimero. No era por la tormenta, porque los truenos sonaban más lejanos y la lluvia tamborileaba suavemente en el tejado. Estaba sentada en medio de un mar de libros, restregándose un puñito por la nariz, y tirándose del pelo con la otra mano. Estaba cansada.

James la recogió y la acunó sobre su hombro.

Yo era como si no estuviera allí. Seguí mirando aquel mar de libros, y sí, eran libros, pero no novelas, ni libros de consulta ni ejemplares gratuitos. En aquel momento, por primera vez, me di cuenta de que eran los cuadernos de mi madre, que seguramente habían sido cambiados de sitio cuando a Phoebe le dio por reorganizarlo todo. Escondidos cerca del suelo, ni Sabina ni yo nos habíamos fijado, y de repente comprendí que a lo mejor podríamos saber, gracias a ellos, si Phoebe había estado con las mujeres empresarias aquel día aciago. No le dije nada a James.

Y que no me pregunten por qué, porque no lo sé. Sí, de acuerdo, me había dicho que confiaba en mí y, teniendo en cuenta lo que me había confesado, le creía.

El problema era yo. A lo mejor no sabía cómo tomarme aquella confianza.

Mia estaba tranquila, con los ojos cerrados y la carita apoyada en el hombro de James. Me acerqué a ella, con los codos apoyados en las rodillas, y susurré: «Es preciosa».

James le acarició la cabeza con una mano grande, fuerte, masculina, que me recordó cosas que habíamos hecho en la oscuridad. Sin saber qué hacer con ese pensamiento que me asaltó, al encontrarse sus ojos con los míos me limité a decir con dulzura, para no despertar a la niña:

—¿Y por qué necesitas pruebas ahora?

—Las pruebas son la única arma que podría tener.

—¿Para qué?

—Para dar un golpe sin derramamiento de sangre. El lunes hay una reunión del consejo de administración, a las cuatro. ¿Puedes ir?

No me besó. Sabía que quería hacerlo. Lo vi en sus ojos, en su forma de mirarme a la boca. También lo oí, lo noté en su respiración, menos regular que antes. Mia ya estaba instalada en el porta bebés, dormida e inmóvil delante de James, de modo que, si estaba excitado, yo no lo vi.

Pero tenía que marcharse. Yo quería que se marchara, porque algo estaba ocurriendo demasiado deprisa y necesitaba tiempo para centrarme. Lo conseguí, si bien de una forma inesperada. Apenas había salido James por la puerta cuando sonó mi móvil. Era Neil, el amigo de Greg, que no llamaba desde Washington sino desde Anchorage, adonde había ido en avión tras haber conseguido una suspensión del juicio por una cuestión urgente. Greg se había caído durante el descenso del McKinley y se había roto una pierna, que ya le habían operado. Neil quería ayudarlo para volver a casa, lo más rápido posible.

Lo primero que sentí fue una tremenda envidia porque Greg tuviera a alguien que se preocupara tanto por él como para dejar todo lo que estaba haciendo y correr a ayudarlo. Después, lo que sentí fue el deseo de estar en casa cuando Greg volviera. Podía contribuir a que se sintiera cómodo, llenar la nevera, cocinar algo, airear la casa, que llevaba cerrada dos semanas y media. Le dije a Neil que llegaría a mediodía del día siguiente, y después llamé a Tom.

—¿Es muy tarde? —pregunté.

—No, qué va. Estaba leyendo.

—Quería saber qué te parece que Phoebe vuelva a casa. Tengo una urgencia en Washington. Salgo en avión mañana temprano. Si Phoebe vuelve a casa, le diré a Sabina que la cuide.

—Que la cuide Sabina —repitió Tom—. Empieza a sentirse mejor, y ahora que hemos descubierto que el problema es el mercurio, no se necesita una vigilancia continua. Bastará con alguna prueba la semana que viene. La emergencia, ¿tiene algo

que ver con esto?

—No. Es mi compañero de casa, Greg. Se ha roto una pierna. Su pareja ha ido a Anchorage para estar con él, y creo que ya van camino de casa.

—Esto... ¿cuándo pensabas marcharte?

—¿De aquí? No más tarde de las siete.

—¿Y volver?

—Probablemente el domingo por la noche.

Silencio. Y de repente:

—¿Te apetece compañía?

—Pues claro, me encantaría, pero ¿puedes?

—No lo sé —contestó, pero su tono de voz se había animado—. Tengo una amiga en el departamento de Protección del Medio Ambiente que podría responder a ciertas preguntas. Además, hace ya tiempo que llevo aplazando la visita. Voy a ver si puede venir la señora Jenkins. Te llamo dentro de un momento.

Me llamó al cabo de cinco minutos para decirme que vendría conmigo. Llamé a la compañía aérea, reservé los billetes y llamé a Sabina para darle la noticia.

No le conté lo de los cuadernos; no quería alimentar sus esperanzas. ¿Estoy siendo sincera? No quería que me dijera que quería verlos. Como yo era la última de las hermanas que había nacido, siempre había tenido que compartir, y esos diarios eran un vínculo con nuestra madre. De momento, los quería para mí sola.

Kaitlin se levantó pronto el sábado por la mañana; se duchó y se puso unos vaqueros limpios, un jersey nuevo y unos zuecos de la tienda. Se arregló bien el pelo y se puso poco maquillaje, como le gustaba a su madre, pero no por complacer a Nicole. No le importaba lo que pensara su madre. No se había vestido para ella. Apenas habían hablado durante la última semana.

Inclinándose hacia el espejo del cuarto de baño, examinó un puntito hinchado de su barbilla. No cabía duda; se estaba formando una espinilla. Sacó un tubo de crema para el acné del armario de las medicinas y se dio un toquecito, justo para disimular el granito sin estropear el maquillaje. Antes siempre tenía la cara llena de granitos. Adoraba a su dermatólogo por ayudarla con eso. Bueno, lo adoraba por todo. Siempre era cariñoso y sonreía. La miraba a ella, no a Nicole. Actuaba como si ella fuera quien de verdad importaba, no Nicole. Y en las consultas de seguimiento le decía que estaba «estupenda».

Kaitlin no necesariamente se lo creía. Les decía lo mismo a todas las chicas que trataba, pero de todos modos resultaba agradable oírsele.

—Qué temprano te has levantado.

Kaitlin dio un respingo, con lo que la imagen de su madre se reflejó en el espejo. Nicole estaba en la puerta del cuarto de baño, con su bata de seda, un hombro apoyado en la jamba y los brazos cruzados. Kaitlin volvió a inclinarse para bloquear aquella imagen. Empujó la lengua hacia el granito. Sí; definitivamente era una espinilla.

—¿Adónde vas? —preguntó Nicole.

—A la tienda.

—¿Otra vez? ¿Qué pasa? Esta semana has ido todos los días. ¿No sería mejor que fueras a la piscina en lugar de meterte en la trastienda de El Armario de la Señorita Lissy con cajas de ropa? Kaitlin, todo el mundo sabe que te quedas allí. No te ponen de cara al público, ¿verdad?

En realidad no era una pregunta.

—Hoy sí —contestó Kaitlin, orgullosa—. Joanne me ha estado enseñando a despachar toda la semana. Annie no puede ir hoy, porque se va a Washington, y Sabina va a estar con Phoebe, así que yo estaré en la pasarela.

Esa era la palabra que había empleado Joanne cuando la llamó la noche anterior: la pasarela. Significaba vender ropa a los clientes, y Kaitlin aún no podía creer que Joanne se lo hubiera pedido. A los dependientes tiene que sentarles bien la ropa de la tienda. ¿No era una gran táctica comercial?

—Joanne, Annie, Sabina, Phoebe... ¿Así que las llamas por su nombre de pila a todas?

—Sí —contestó Kaitlin. Cuando hubo acabado en el baño, se dirigió a su habitación, lo que significaba que su madre tenía que apartarse. Por suerte, Nicole se hizo a un lado. Por desgracia, no desapareció. Mientras seguía a Kaitlin a su habitación, dijo:

—Yo en tu lugar lo pensaría dos veces antes de alinearme con esa gente.

Kaitlin estaba a punto de arreglar su cama, pero se detuvo y se enderezó.

—¿Qué gente?

—Las Barnes. No son muy apreciadas en este pueblo. Seguro que sabes que a Sabina la han despedido.

Kaitlin se quedó mirando a su madre.

—Tu jefe, porque tiene miedo de lo que sabe. Seguro que sabes que Phoebe tiene intoxicación por mercurio. ¿Qué dice tu jefe al respecto?

Nicole preguntó, frunciendo el ceño:

—¿De qué me estás hablando?

—De intoxicación por mercurio. Está bajo tratamiento y le está saliendo a chorros del cuerpo.

—No me lo creo.

—Pues llama al doctor Martin. Él la está tratando. Y solo hay un sitio en Middle River de donde puede proceder el mercurio: la papelera. Yo que tú, me preocuparía por trabajar allí. Pero tu jefe no te lo ha contado, ¿verdad?

Nicole se quedó desconcertada unos segundos, y Kaitlin tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír. Pero su madre se recobró inmediatamente, como de costumbre.

—¿Lo ves? Esas son las tonterías que te están metiendo en la cabeza las Barnes —atacó Nicole—. Tiene razón Hal Healy. Son una mala influencia.

Y entonces Kaitlin sí sonrió. No pudo evitarlo.

—Hal Healy ha pasado a la historia.

—Pero ¿qué dices?

—Que ayer presentó su dimisión.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque estoy en la tienda, por la que pasa medio pueblo, mientras que tú estás en la fábrica y te enteras únicamente de lo que los Meade quieren que te enteres. Ayer vino a la tienda la señora Embry para preguntar por Phoebe. Es la vicepresidenta de la junta escolar, y ocupa el segundo lugar detrás del padre de tu jefe, o sea que o Sandy tiene a Aidan en la inopia o Aidan lo sabía y ha preferido no contarte nada. El señor Healy ha dimitido.

—Pero ¿por qué?

—Y no solo él. También la señorita Delay. Qué coincidencia, ¿no?

—Kaitlin...

—Venga, mamá. Todo el mundo sabe que están enrollados. O sea, él siempre está en su despacho hablando de los alumnos, pero nadie se cree que haya tantos alumnos con tantos problemas, y si es solo por asuntos del instituto, ¿por qué cierran la puerta con llave?

Nicole guardó silencio. Parecía confusa. Era tan raro que Kaitlin casi se apiadara de ella... casi, pero no del todo. Era un momento demasiado bueno para desaprovecharlo.

—Así que, yo que tú, no me preocuparía de si las Barnes son una mala influencia. Me preocuparía por personas como el señor Healy y la señorita Delay, y también me preocuparía por tu jefe, porque si es verdad que la fábrica está envenenando a la gente, él se llevará lo suyo. Y tú lo tuyo. ¿Quieres que te cuente cómo son los síntomas de la intoxicación por mercurio? —Elevó la voz mientras seguía a Nicole, que se había dado la vuelta y se dirigía al vestíbulo—. Porque eso también lo sé. No es ni Alzheimer ni Parkinson. ¡A veces son las dos cosas, y no es nada agradable, mamá!

A Nicole le gustaban las mañanas del sábado, cuando Anton se marchaba temprano para jugar al golf o lo que fuera. Cuando el tiempo lo permitía, las pasaba junto a la piscina, con café, fresas y los catálogos que habían llegado por correo durante la semana. La tormenta de la noche anterior había dejado densas nubes y una humedad pegajosa, de modo que la idea de la piscina no le apetecía aquel día, pero sí el solarío con aire acondicionado que había detrás de la casa. Sin embargo, no fue a ninguno de los dos sitios. Se sentó a la mesa de la cocina, pero solo con el café; sin fresas ni revistas. No estaba de humor ni para comer ni para leer. Se sentía molesta por lo que había dicho Kaitlin, molesta porque su hija supiera más que ella, pero no solo porque, como madre, debería haber sido quien se hubiese enterado antes de las cosas. Se sentía molesta porque Kaitlin tenía razón. «Tú estás en la fábrica y te enteras únicamente de lo que los Meade quieren que te enteres». Era insultante; era humillante.

Aidan sabía cosas que no le contaba, y seguro que lo hacía a propósito, en un esfuerzo coordinado con otros para ocultar ciertas cosas, como que no apareciera la palabra «mercurio» en ningún correo electrónico que ella pudiera ver, o que no revelara la noticia sobre Hal. El día anterior había habido varias llamadas telefónicas. Sabía que había una reunión del consejo de administración el lunes, pero ¿era algo fuera de la normal?

Aidan le había dicho que no. Lo dijo así de claro cuando ella se lo preguntó. Por lo visto, le había mentado. Por lo visto, Nicole no le parecía suficientemente importante como para que lo supiera.

Entonces, ¿en qué lugar quedaba ella? ¿Era o no era su ayudante de dirección?



¿Era o no su mano derecha? ¿Era o no quien tenía que saberlo todo si tenía alguna esperanza de representar los intereses de Aidan de la mejor manera posible?

Cogió el teléfono y marcó el número del teléfono móvil de Aidan. No contestó, pero Nicole sabía qué pasaba. No contestaba al móvil cuando no estaba de humor para hablar.

Pero Nicole sí tenía ganas de hablar, de modo que llamó a su casa. Contestó Beverly, y si Nicole hubiera sido una mujer con menos arrojo, habría sido razón suficiente para colgar. Pero estaba acostumbrada a hablar con la esposa de Aidan. Ella llamaba con frecuencia a la oficina.

Oyó una algarabía de voces de fondo. Nicole habló con voz fuerte y autoritaria.

—Hola, Bev. Soy Nicole. Perdona que te moleste, pero es que tengo un problema con una hoja de cálculo que estoy preparando para la reunión del lunes. ¿Está Aidan por ahí?

—¿Seguro que no puedes esperar? —preguntó Beverly, un tanto molesta.

—No —replicó Nicole enérgicamente.

—¡Aidan! ¡Tu secretaria!

El teléfono debió de dar un golpe en la mesa, y la algarabía de fondo no paró.

Nicole estaba que echaba chispas. ¿Conque su secretaria? Era mucho más que la secretaria de Aidan. Aquella mujer no sabía hasta qué punto era mucho más que la secretaria de Aidan.

Se le hizo una eternidad el tiempo que estuvo esperando entre berridos de niños, sabiendo perfectamente por qué Bev Meade tardaba tanto en encontrar a Aidan. Porque estaba escondido en lo más recóndito de la casa para no oír el barullo de los críos.

—¡Sí! —vociferó al teléfono.

—Tengo que verte.

—¿Qué es eso de la hoja de cálculo?

—La mía. Aquí se ha ido todo el mundo. ¿Puedes acercarte?

—¿Por qué leches no podemos esperar hasta el lunes?

—De ninguna manera —replicó Nicole y colgó el teléfono de golpe. Se arrellanó en la silla, poco menos que bufando y pensando en las palabras más repugnantes que se le ocurrían para calificar a Aidan Meade, hasta que él entró en el sendero de su casa y salió del coche haciendo un ruido de mil demonios. Aun así, siguió sentada. Sin afeitado y despeinado, Aidan entró por la puerta de la cocina y la cerró ruidosamente.

—¿Qué hoja de cálculo? —preguntó, mirando la parte de la bata de Nicole que estaba a la vista.

Nicole no quiso hacer caso a aquella mirada.

—¿Por qué no me has dicho que Hal Haley ha presentado su dimisión?

Aidan alzó los ojos y se encontró con los de Nicole. Parecía desconcertado.

—¿Y por qué tendría que haberlo hecho? ¿Qué tiene que ver él con la fábrica?

—Mi hija se ha enterado de su dimisión antes que yo, pero hay algo más importante. ¿Qué pasa con el asunto ese del mercurio?

—¿El asunto de qué?

—El asunto de la intoxicación por mercurio que tiene Phoebe Barnes.

Aidan frunció el ceño.

—No tiene intoxicación por mercurio.

¿Más mentiras? Nicole estaba a punto de estallar.

—Sí la tiene. Está recibiendo un tratamiento para eso en la clínica. Yo creía que la fábrica ya no utilizaba mercurio.

—Claro que no. Phoebe Barnes es rara. Está mal desde hace meses.

—Exacto, y ahora saben por qué. Y yo ahí en esa oficina cinco días a la semana, cuarenta y nueve semanas al año.

—En la oficina no hay ningún problema.

—Pues en la planta. Voy ahí tres, cuatro, cinco veces a la semana para obedecer tus órdenes. ¿Qué pasa? ¿También corro yo el riesgo de... volverme rara?

Aidan hizo una mueca.

—Vamos, Nick. No puedo creer que me hayas hecho venir para esto. Sabes quién empezó a montar el lío, y también sabes por qué. Annie Barnes solo estaba esperando a encontrar una excusa, que despidiéramos a Sabina.

Nicole podría haberse tragado lo de la excusa unos días antes, Pero ahora era algo que contradecía el sentido común, por no hablar de Tom Martin, Sabina Mattain y todos los que entraban y salían de El Armario de la Señorita Lissy. Aceptarlo ahora supondría reconocer que Kaitlin, su hija, era una provocadora como Annie, y de pronto, sin saber por qué, Nicole no se lo creía. De pronto, Kaitlin le parecía una persona razonable.

—Y si tu hija te ha contado eso —añadió Aidan—, es porque está furiosa contigo porque no has conseguido ocultarle lo repugnante que es tu matrimonio. Por cierto, ¿has averiguado si sabe lo nuestro?

¿Cómo que «por cierto»? ¿Como si fuera algo sin importancia? Incluso eso la molestó.

—No lo sabe.

—¿Estás segura?

Nicole se levantó, fue hasta el fregadero y dejó la taza, y no precisamente con delicadeza. Se dio la vuelta y se apoyó en la encimera.

—Por lo que más quieras, Aidan, ¿cómo voy a preguntárselo directamente? ¿Para que se entere de algo que a lo mejor solo sospecha? «¿Estás segura?». Venga, hombre.

—Lo sabe.

—Te digo que no. Me contó lo de Hal Healy y Eloise Delay, y del tirón me habría soltado lo nuestro si lo hubiera sabido.

—Muy bien —dijo Aidan—. No me gustaría que la chica destruyera una cosa tan buena. —Su mirada recayó sobre la bata de Nicole—. ¿Dónde está?

—Ha salido. Define «una cosa tan buena».

Sonriendo con aire de complicidad, Aidan se acercó a Nicole y le agarró el cinturón de la bata.

—¿Qué hay aquí debajo?

—Absolutamente nada —replicó Nicole, algo más que desafiante. No estaba excitada, no sabía si por el hecho de que fuera la casa de Anton, porque Kaitlin hubiera desayunado en aquella misma habitación hacía apenas unos minutos o porque Aidan acabara de estar con su mujer y sus hijos, y Nicole jamás habría querido engañarlos. Quizá fuera simplemente porque allí, en su propia casa, donde no podía darse la excusa del trabajo, donde Aidan no tenía el aura del heredero para adornarlo, no le resultaba tan atractivo—. Tienes que decírmelo, Aidan. Lo necesito.

—¿Que te diga qué? —replicó Aidan, distraído mientras le desataba la bata.

—¿Qué somos. Acabas de decir que somos una buena cosa. ¿Qué significa eso?

Aidan le desató la bata.

—Pues una cosa fácil, rápida. Sexo. —Sus ojos acompañaron a sus manos, y Nicole se dejó hacer. Dejó que le acariciara los pechos, que enterrara la boca en su cuello, que le metiera una mano entre las piernas. Incluso se frotó contra esa mano, se frotó con la entrepierna de Aidan, hasta que él empezó a respirar entrecortadamente, como si estuviera ido, diciendo: «Aaah, qué bien, nena. Aaah, qué bien».

—¿Sí, Aidan? —replicó ella, moviendo las caderas.

—Sí, es estupendo, tremendo.

—¿Está tremenda y dura?

Aidan le agarró la mano para demostrarle hasta qué punto estaba dura, y entonces ella apretó, se la retorció y le dio un empujón.

—¡Si serás zorra! —gritó Aidan con voz ronca, doblándose de dolor.

Nicole se ató la bata y se enderezó.

—Conque una cosa buena, ¿eh, Aidan? ¿Eso es lo que soy, una cosa?

—¡Zorra! —repitió Aidan, y añadió otros adjetivos bastante expresivos para sus adentros. Alzó una mirada amenazante, pero sin darle tiempo a pronunciar una sola palabra, Nicole dijo:

—Ni se te ocurra, Aidan —le advirtió. Ella era el cerebro de aquella pareja, y ya iba siendo hora de que él se diera cuenta—. Como me despidas, diré que es en represalia por haber rechazado tu acoso sexual. Diré que hubo intento de violación.

—¿Qué puta violación ni qué leches —espetó Aidan, aún intentando recuperar el

aliento, con las manos en las rodillas.

—Muy bien —replicó Nicole con tranquilidad—. Entonces lo llamaremos acto sexual por consenso que se repite desde hace tres años, y a ver cómo se lo toma tu mujer, Aidan. ¿Y cómo se lo tomará papaíto?

—No puedes demostrar nada.

—Claro que puedo. Tengo cuentas de hoteles, además de los nombres de los empleados de todos los sitios a los que hemos ido. Éramos una pareja encantadora y se acordarán de nosotros.

—Si haces público lo nuestro, Anton pedirá el divorcio.

—Pues a lo mejor no estaría tan mal —replicó Nicole. Estaba pensando en Kaitlin, a quien ya no se podía engañar, y en ella misma. Aidan tenía razón. Lo que había entre ellos era sexo fácil y rápido. Estar con Aidan le proporcionaba una buena excusa para seguir con Anton, de modo que estaba atada a dos hombres, por ninguno de los cuales sentía especial cariño. ¿Acaso no se merecía algo más? ¿No valía algo más que eso? Tenía que haber alguien que lo viera, alguien que besara el suelo que ella pisaba.

—Esta relación se está cobrando un precio —dijo, pensando en aquellos dos hombres—. Quizá sea hora de dejarlo.

Me quedé hasta tarde el viernes por la noche leyendo los diarios de mamá y me levanté al amanecer para hacer la maleta; así que durante dos noches seguidas no dormí mucho. Quizá eso explique mi excesivo sentimentalismo, aunque sospecho que entre las confesiones de James y las de mi madre, tenía razones más que suficientes.

Ya estaba preparada cuando Tom vino a recogerme para ir al aeropuerto de Manchester, pero no tenía ganas de hablar. Él debió de darse cuenta sin que yo se lo dijera, y yo a mi vez me pregunté por qué no podía enamorarme de aquel hombre. Era decente y sensible. Era atractivo e inteligente. Era bueno en lo suyo y no estaba fascinado porque yo fuera buena en lo mío. Me admiraba, pero en ningún momento me había dado la sensación de que estuviera haciéndome la pelota porque yo tuviera un nombre y una cuenta corriente saneada.

¿Que parezco un poco vanidosa? Pues se lo crean o no, me ha ocurrido. Sobre todo el año pasado, cuando mis libros empezaron a venderse a montones; de pronto les resulté visible a ciertos hombres que hasta entonces ni siquiera se habían fijado en mí. Los conocía de presentaciones de libros, fiestas benéficas, incluso de las reuniones de Greg. La mayoría eran sutiles, pero otros muy francos. Uno de ellos me dijo: «Creo que a cualquier hombre le encantaría engancharse a una mujer que pudiera mantenerlo a lo grande». Increíble, ¿no? Naturalmente, yo le dije que antes muerta que estar con un hombre que quisiera que lo «mantuvieran», y se escabulló sin más. Pero estoy segura de que no era el único. Este año tengo más dinero que el anterior, y hay hombres a quienes eso les importa.

A Tom no le importaba. Encajaba en mi vida como un amigo de una forma que yo sabía que seguiría cuando regresara a Washington en otoño. Iba a ser un amigo para siempre, pero nada más.

Si no hubiera estado preocupada por otras cosas, podría haber me pasado todo el viaje pensando en el porqué de aquello, y podría haber encontrado todo un abanico de razones, pero estaba pensando en los diarios de mi madre, sintiendo una cercanía que no había sentido ni tan siquiera en el cementerio, una cercanía que no sentía desde hacía años.

Debería estar leyendo cosas sobre las tendencias del mercado pero los boletines que tengo aquí, en mi mesa, pueden esperar. Acabo de terminar el libro de Annie, por segunda vez, y ha sido mejor que la primera. Qué buena escritora es. Quizá si yo hubiera tenido tanto talento como ella habría sido una buena escritora. Pero no. Se necesita algo más que talento. Hace falta coraje, y Annie lo tiene.

Siempre lo he sabido, pero durante mucho tiempo no he sabido adónde la

llevaría ese coraje. Podría haber tomado muchos caminos diferentes, y algunos habrían sido perjudiciales, pero fue en la buena dirección y ha acabado bien, y no lo ha hecho gracias a mí. No le presté toda la atención que debía. Creo que empezó a escribir cuando era adolescente en parte para que yo me fijara. Bueno, lo ha conseguido. Estoy tan orgullosa de ella que no tengo palabras para expresarlo.

Eso había escrito mi madre con su pulcra letra.

En fin... ¿Qué haces cuando lees cosas así? En un lugar público, junto a una persona que sintoniza con tu estado de ánimo, solo queda morderte la boca por dentro para que el dolor sea una especie de distracción, para no venirse abajo y echarte a llorar. Pero no puedes dejar de leer, no puedes evitar los sentimientos, desear que tu madre estuviera viva para hablar con ella.

Así que sigues leyendo, pero en tu cerebro se van acumulando datos, y de repente te da por pensar que si el avión despegaba contigo dentro y con los diarios y ocurre lo que no debe decirse, todo se perderá. De modo que esperas hasta el último momento, hasta que ves que el personal de la compañía aérea está preparándose para embarcar a los pasajeros con niños o a los que necesitan ayuda. Entonces compré un poco de intimidad haciéndome a un lado y me hice una póliza de seguros llamando al móvil de Sabina.

—¿Cómo está Phoebe? —pregunté.

—Bien. Está en casa.

—¿En tu casa?

—No, en casa de mamá. Según las enfermeras, es mejor que esté en el sitio que le resulta más conocido. Además, sigo enfadada con Ron.

—¿Seguís sin hablaros?

—Sí.

—Sabina...

—No te preocupes. Yo creo en esta causa, Annie. Cuando veo a Phoebe y me doy cuenta de que está mejorando un poquito y que solo es el principio... Sé que estamos haciendo lo que tenemos que hacer.

—Yo también lo sé, y además, he encontrado pruebas.

Oí un jadeo en el otro extremo y después, entrecortadamente, un: «¿Qué?».

—¿Recuerdas ese viernes de marzo en el que las Mujeres Empresarias de Middle River se reunieron en el Club? Phoebe estuvo allí. Mamá, la aspirante a escritora, era la secretaria oficiosa del grupo, y se equivocó de carpeta al salir de la tienda para ir a la reunión. Llamó a Phoebe, que le llevó la carpeta que quería, y parece lógico que comiera algo mientras estuvo allí, así que se quedó hasta el final de la reunión.

Noté que el entusiasmo de Sabina había disminuido.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Te acuerdas de los diarios de mamá, los que estaban en la librería de la tienda?

—Son de la abuela.

—No. De mamá.

—¿Estás segura? Hace tiempo que no los veo.

—Ya. Es que Phoebe los cambió de sitio. Yo tampoco los había visto y me había olvidado por completo de su existencia hasta que los vi anoche.

—¿Y dicen todo eso? ¿Es la letra de mamá?

—La letra de mamá, y con la fecha muy clara. —El resto de los Pasajeros empezaba a embarcar, y vi a Tom que se levantaba y me miraba—. Tengo que irme corriendo, Sabina. ¿No te parecen buenas noticias?

—¡Fantásticas!

—Así que, si el avión se estrella, ya sabes qué tienes que preguntarle a Phoebe cuando...

—El avión no se va a estrellar.

—... y si no lo recuerda, que la hipnoticen.

—¡El avión no se va a estrellar!

—Y hay algo mejor —añadí mientras me ponía la mochila al hombro.

—¿Todavía hay más?

—El consejo de administración de Northwood se reúne el lunes a las cuatro, y yo estoy invitada. Guay, ¿eh?

Ascendimos entre nubes desgarradas, el avión se niveló a los once mil metros de altura y salimos del espacio aéreo de New Hampshire con rumbo sur. En ese momento oí a Grace. Me sobresalté. Habían pasado muchas cosas y hacía tiempo que no hablábamos. Estaba convencida de que no volvería.

«¿Por qué estamos aquí? —preguntó, contrariada—. Yo estuve a punto de matarme en un vuelo de Dallas a Atlanta».

Eso fue en 1961. La aviación era muy distinta entonces.

«¿Por qué no vamos en coche? Yo lo habría preferido. No quiero estar aquí».

No vamos en coche porque se tarda demasiado. Además, ¿dónde quieres estar si no es aquí?

«En Nueva York. Siempre me gustó el Plaza. Quiero volver allí. Si les pagas, te adoran. No les importa que parezcas una antigualla. Yo podría estar allí. O en París. Me encanta París. O en Beverly Hills. Podría vivir en cualquiera de esos sitios».

En un hotel, dije, para asegurarme de que la comprendía.

«¿Por qué no? Los hoteles son lo mejor. No tienes que cocinar, ni limpiar ni hacerte la cama, y nadie se mete contigo por eso».

Eso está muy bien, admití, pero ¿durante cuánto tiempo? No se puede vivir

permanentemente en un hotel. Los hoteles son fríos.

«¿Y las ciudades como Middle River no? Hay que ver lo rápido que se te olvidan las cosas. Prefiero mil veces un hotel frío. Si te cansas de uno, te vas a otro. Es una vida de gitanos, pero a mí me gusta».

La detestabas, objeté. Lo pasabas fatal. Estabas sola, incluso cuando tenías gente a tu alrededor, y llenabas ese vacío con la bebida. Grace, a lo mejor tu problema fue precisamente esa vida de gitana. Tal vez te habría ido mejor si te hubieras quedado en un sitio y hubieras echado raíces.

«Las malas hierbas también echan raíces. Yo quería algo mejor».

Sí, claro. Nadie se conforma con lo que tiene. En cierto sentido, eras como tu madre, siempre deseando algo más. Pues seguramente no sabías lo que tenías. Quizá si hubieras dejado que la gente te conociera mejor, te habrían aceptado. Quizá habrías tenido amigos. Sí, vale, ya lo sé. Tenías amigos, pero en realidad solo contribuían a acentuar tu diferencia. De tus amigos esperabas absoluta lealtad, pero eso no se da inmediatamente. Lleva tiempo. Quizá si te hubieras esforzado habrías conseguido esa confianza, habrías formado parte de una comunidad, no habrías estado tan marginada.

—Annie. —Alguien me sacudió el brazo—. ¿Annie? —Miré a Tom con los ojos abiertos de par en par. Estaba sentado a mi lado, y parecía preocupado—. ¿Estás bien? —preguntó. Asentí con la cabeza, pero él añadió—: Parecías furiosa, y además estabas moviendo los labios.

—¿En serio? —dije, avergonzada—. Lo siento. Era una conversación imaginaria. Bueno, más bien una discusión. A los escritores nos pasa muchas veces. —Hice un gesto con la mano como para quitarle importancia—. Pero ya está. Se acabó. Como si no hubiera pasado nada, ¿vale?

—¿Puedo contribuir con algo en esa discusión?

—En esta no —respondí sonriendo y negando con la cabeza.

—Pues en la otra —replicó Tom, y comprendí a lo que se refería.

—Ya va siendo hora de defender lo que pensamos, ¿no?

Tom asintió con la cabeza.

—Por eso estoy aquí —dijo.

Por eso estábamos los dos allí, si bien esa reunión en concreto tendría lugar el domingo por la mañana. El sábado lo íbamos a dedicar cada cual a lo suyo. Cuando aterrizamos en el aeropuerto Reagan cogimos el mismo taxi, pero después de dejarme en mi casa, Tom continuó para ver a sus amigos.

¿Me hizo ilusión volver a casa? No del todo. Pero ya se lo habían imaginado, ¿no? Sabían que me parecería distinto, que su familiaridad solo representaría la mitad de lo que rápidamente se estaba enraizando en mi vida. Sabían que no podría entrar por aquella puerta sin pensar en James, en Phoebe, en Sabina o en los sauces del



jardín posterior que se asomaban al río.

De todos modos, fue estupendo ver a Greg cuando entró a la pata coja con Neil. Pero si me esperaba que tuviera que quedarse postrado en cama, me equivocaba. A pesar de la reciente operación, Greg se había adaptado a las muletas con la misma facilidad que a la mayoría de las cuestiones físicas. Sí, tenía molestias. Le habían dicho que se le hincharía la pierna y que debía mantenerla en alto, pero enseguida se cansó. A decir verdad, el bajón de haberse roto la pierna no tenía punto de comparación con el subidón que suponía haber llegado a la cima de la montaña, y sobre eso habló gran parte de la tarde. Tenía incontables fotografías digitales, y me las enseñó todas, asegurando que había borrado un montón de tomas malas. De no haber sido así, se me pusieron los pelos de punta solo de pensar en el tiempo que tendríamos que haber pasado sentados en el sofá —Greg, con la pierna en alto, Neil y yo— mirando el monitor de la cámara de Greg con la correspondiente descripción del viaje; se me pusieron los pelos de punta al pensar que no tendríamos tiempo para que yo le contara mis novedades, que no tendríamos tiempo para divertirnos, porque no me habría perdido la noche del sábado por nada del mundo. Greg solo tuvo que decir que le apetecía salir, y yo me encargué de todo.

Empezamos tomando queso y vino en los escalones del monumento a Lincoln, porque para nosotros siempre había sido una aventura divertida. Llevamos el queso en una bolsa y el vino en un termo... Bueno, ya lo sé, no es forma de tratar un buen vino, pero, en primer lugar, no era buen vino y, en segundo lugar, el vino no era lo importante. Lo importante era sentirnos elevados física y espiritualmente, un poquito por encima del resto de la ciudad; desde allí fuimos a nuestro restaurante favorito, una hamburguesería de Georgetown donde nos conocían. Los camareros se ocuparon de Greg y su pierna escayolada.

De no haber sido por la pierna rota, habríamos ido a una serie de bares después de cenar, pero nos quedamos en uno de Dupont Circle al que acudíamos con frecuencia, donde pudimos tomar cerveza, ver en el televisor con pantalla de plasma la batalla entre los Orioles y los Yankees y volver a conectar con gente conocida. Como Neil, eran amigos de Greg, pero hacía tiempo que me habían aceptado como otra más de la peña, y todos disfrutamos de las risas y la charla con toda tranquilidad. Era un local discreto, todo de madera oscura; se veía de vez en cuando un abrazo, o a dos personas de la mano, pero a alguien que no conociera el sitio le habría resultado difícil saber quién estaba con quién. Y no era yo la única mujer, porque otras mujeres que sabían de qué iba la historia y querían pasar un buen rato en buena compañía, tomando cerveza y sin problemas, también sabían que un bar gay era ideal para eso.

De todos modos, aquella noche no me libré de ciertos sobresaltos... Y un momento, no lleguen a conclusiones erróneas. Ya conocen mi orientación sexual, incluso con cierta intimidad. Lo que no saben, porque yo tampoco lo sabía y ni

siquiera lo sospechaba, tan preocupada como estaba con mi propio mundo, era la orientación sexual de Tom.

Sí, Tom, Tom Martin, que vivía en Middle River. Hoy es el día en el que, todavía no sé por qué, levanté la mirada justo en aquel momento, pero mis ojos penetraron la tenue luz del bar y reconocieron a Tom, que estaba con varias personas en el otro extremo del local. Era tan discreto como Greg, del brazo con su amigo como podría haber sido, digamos en París, donde el contacto físico entre los amigos es más normal. Pero en Washington no era lo mismo. Esos brazos entrelazados tenían un significado, pero se les restaba importancia, y estoy segura de que era así por la misma razón por la que Greg cuidaba tanto su imagen pública, parte de la cual era vivir conmigo. Reconocer su homosexualidad podía afectar negativamente la trayectoria profesional de un hombre como Greg, al que muchas mujeres estadounidenses consideraban una especie de *sex symbol*. Lo mismo podía ocurrirle a un hombre como Tom, cuya dedicación a hermana retrasada mental y a sus pacientes le habían granjeado el cariño de Middle River.

Tom miró a su alrededor. Cuando le pregunté al respecto más adelante, reconoció haber sentido como un pinchazo en el cuello cuando sus ojos se encontraron con los míos. A pesar de la oscuridad, vi en ellos un destello de pánico. Eso fue lo que me impulsó a abrirme paso entre la multitud y llegar hasta él, momento en el que ya se había separado del hombre con el que estaba y esperaba mi sentencia. Me imagino que en aquellos escasos instantes vio su carrera al borde del precipicio, colgando de un hilo. Middle River podía aceptar a un médico soltero, pero a uno gay, todavía no.

Si me tenía miedo, me había subestimado, pero se sorprendió tanto al verme que no se dio cuenta de que estaba con Greg. En ese caso, lo habría comprendido.

Le pasé un brazo por el cuello y me aferré a él con fuerza.

—Esto explica muchas cosas... Lo cómoda que me siento contigo desde el principio, lo mucho que me recuerdas a Greg, por qué siempre ha habido esa falta de química sexual entre tú y yo.

—¿Estás decepcionada? —preguntó.

Me aparté un poco.

—Sí, pero no contigo. Me decepciona que Middle River no tenga la generosidad de aceptar a las personas diferentes.

—Pero son buena gente, Annie. Si no lo creyera, no estaría allí.

Y esa era precisamente una de las cosas que me gustaban de Tom. Tenía un gran corazón, mucho más grande que el mío. Yo juzgaba inmediatamente a la gente, y si era capaz de aprender tolerancia de él, resultaría un amigo muy valioso.

Me levanté temprano a la mañana siguiente. Primero corrí por las calles de costumbre con el calor de costumbre, después fui de acá para allá a hacer las cosas de costumbre

que me encantaban: almorzar con Jocelyn y Amanda, tomar café con hielo con Berri y John (que me cayó muy bien, por cierto), tomar té con hielo con otro amigo. Intercalé todo esto con recados para Greg y estuve un rato en mis sitios favoritos, como el Museo del Aire y el Espacio, la dársena y las tiendas de Adams-Morgan.

No me quedé mucho tiempo en ningún sitio ni con nadie. No podía. Pero necesitaba ver, oír y sentir todo lo que había llegado a significar tanto para mí en los últimos quince años. Tenía que hacerlo todo a la vez, librar una especie de campaña de recuerdos, porque empezaba a temer que había olvidado que esas cosas eran importantes. Cuando estaba en Middle River, el pueblo consumía todo mi tiempo. En Washington, necesitaba rememorar todo lo que amaba y que Middle River no podía darme.

Nos vimos en casa a las dos de la tarde. Además de Greg, estaba Tom, quien tras el inesperado encuentro de la noche anterior, pasó un rato con nosotros en el bar. También vinieron Neil, que abandonó un rato la preparación de la vuelta al juicio al día siguiente para asesorarnos sobre las víctimas, y Nancy Baker, farmacóloga del departamento de Protección del Medio Ambiente y también abogada. Tom y ella se conocían desde hacía años, y habían empezado a hablar sobre lo del mercurio en cuanto Tom sospechó que podía haber un problema en Northwood. Su tarea consistía en aconsejarnos, estrictamente como amiga, sobre la postura que adoptaría el gobierno si el asunto llegaba a sus oídos.

Le dimos muchas vueltas durante dos horas. Me enteré de lo que necesitaba para presentarme bien informada en la reunión del consejo de administración que se celebraría al día siguiente. No voy a aburrirlos con los detalles, pero cuando Tom y yo volvimos al fin al aeropuerto de Reagan para tomar el avión de regreso a Middle River, escribí una lista en una página en blanco del diario de mi madre. Las perspectivas eran deprimentes.

En primer lugar, no se podía procesar a Northwood por haber violado la normativa de abuso de residuos tóxicos porque la ley había prescrito. En segundo lugar, según los archivos que había consultado Nancy, Northwood cumplía a rajatabla las normas actuales, lo que eliminaba la posibilidad de presentar nuevos cargos criminales. En tercer lugar, si se podía demostrar que se habían producido vertidos ilegales, podían presentarse cargos civiles por daños personales, individual o colectivamente, pero eso requeriría pruebas de que todos y cada uno de los demandantes habían sufrido intoxicación por mercurio. En cuarto lugar, las aguas estaban contaminadas de peces con altos niveles de mercurio. El estado llevaba años poniendo carteles que aconsejaban a los residentes de Middle River que se abstuvieran de consumir lo que pescaran. Los habitantes del otro lado del río llevaban años haciendo caso omiso de esos carteles, prefiriendo alimentos posiblemente

contaminados a ningún alimento. Por último, la única posibilidad de presentar cargos criminales contra Northwood consistía en demostrar que los vertidos ilegales habían tenido como consecuencia la muerte de una o más personas. Eso constituiría asesinato, y no había ley de prescripción en un caso de asesinato.

—Es imposible —dijo Tom junto a mi hombro, leyendo la lista a medida que la escribía—. No se podrá demostrar la relación entre un vertido ilegal y una muerte concreta. No tenemos la certeza de que tu madre sufriera intoxicación por mercurio. Podemos suponerlo, basándonos en el caso de Phoebe, pero incluso si se demostrara con la autopsia que había mercurio en el cuerpo de Alyssa en el momento de su muerte, no murió por eso. Murió por asfixia tras caerse por la escalera.

—Eso es un tecnicismo —objeté.

Dieron el aviso de nuestro vuelo.

—Tenía sesenta y cinco años —rebatía Tom, guardando una revista en un bolsillo de su bolsa de cuero—. Podría haberse caído porque sí. Omie tenía ochenta y tres. Las personas mayores tienen neumonía con frecuencia. Su cuerpo se desgasta y el corazón acaba fallando con el tiempo. ¿Fue debido al mercurio? Son pruebas circunstanciales, Annie.

—Pero ¿y si reunimos todas las pruebas circunstanciales y se establece esa conexión? ¿Qué pasaría entonces?

—Pues que aparecemos en la prensa y en todos los medios y el pueblo se llena de abogados, justo lo que me has dicho que no quieres.

—Claro que no quiero esas cosas —dije, recogiendo mi bolsa—. Pero ellos no lo saben, y es una amenaza eficaz, ¿no crees? Y de lo que se trata es de amenazar, de dar la impresión de que es un asunto incuestionable. Northwood tiene que comprender que está abocado al fracaso si se empeña en contraatacar.

Naturalmente, me refería a Northwood como al triunvirato de Sandy, Aidan y James, cuando en realidad James estaba preparando un golpe, un golpe sin derramamiento de sangre, como él lo había definido. Me pregunté qué tendría en mente, si podría sacarlo adelante y qué ocurriría si no lo lograba. Pensé que tendría que marcharse del pueblo. Encontraría otro trabajo. Podía encontrar un trabajo mejor. Quizá incluso se trasladara a Washington, una perspectiva muy prometedora.

Una perspectiva prometedora para mí, pero no tanto para Middle River. El pueblo necesitaba a James. Por esa razón rezaba para que su golpe sin derramamiento de sangre tuviera éxito. Desde ese punto de vista, sabía que cualquier prueba que pudiera presentar en la reunión del consejo de administración serviría de ayuda.

—Tenemos a Phoebe —dije, armándome de esperanza mientras nos poníamos de pie y las bolsas al hombro—. Tiene que haber más personas como ella.

Cuando eché a andar, Tom me sujetó por un brazo con delicadeza.

—No te he dado las gracias —dijo en voz baja.

—¿Las gracias por qué? —pregunté, aunque lo sabía.

—Por ser hoy exactamente igual que ayer.

Me conmovió cómo lo dijo, y sentí la necesidad de replicar:

—¿Acaso eres tú una persona diferente de la que eras ayer? No.

Sonrió con tristeza.

—No. Lo que cambia es la percepción. En un sitio como Middle River, esa es la cuestión, ¿comprendes?

Nuestro vuelo se retrasó. Estuvimos en la pista cuarenta minutos mientras los mecánicos intentaban reparar una avería. Como no lo consiguieron, desembarcamos, pasamos por otra puerta, volvimos a embarcar y al final despegamos, con noventa minutos de retraso. Aterrizamos en Manchester, nos subimos a la furgoneta de Tom, que estaba en el aparcamiento, y cuando llegamos a Middle River era casi tan tarde como cuando había regresado al pueblo para pasar mis vacaciones, y me dio la impresión de que habían transcurrido siglos.

Mentiría si dijera que no estaba contenta de haber vuelto. Claro que estaba contenta. Esa noche era distinta de aquella otra noche de regreso. Estaba entusiasmada, a la expectativa.

Hacía un calor espantoso, pero bajamos las ventanillas de la furgoneta en cuanto entramos en la ciudad. Apenas acabábamos de pasar junto a Zwibble, cuando noté un olor raro.

—¿A qué huele? —preguntó Tom, que evidentemente también lo había notado.

—No es gasolina —contesté—. Huele como la hoguera que puedes encender en pleno invierno... de leña..., pero no es exactamente igual.

Miré los edificios de Oak Street mientras la recorriamos, pero estaban sumidos en la habitual inercia nocturna, iluminados únicamente para mostrar sus mercancías.

Decididamente, algo se estaba quemando. Había empezado a formarse una fina espiral de humo susurrante. A medida que fuimos avanzando, el rumor se hizo más ruidoso y el olor más acre.

Casi habíamos llegado a Cedar, donde Tom tenía que torcer para dejarme en casa de Phoebe, cuando vi el resplandor por encima de las copas de los árboles en el extremo norte del pueblo.

—¿La fábrica? —pregunté horrorizada.

Sin pronunciar palabra, Tom siguió recto. Pasamos por delante de las casas, y había demasiadas iluminadas para aquella hora de la noche. Seguimos las luces traseras de un coche, lo adelantamos y continuamos. Los faros delanteros fueron empequeñeciendo detrás de nosotros, pero no llegaron a desaparecer. Alguien más se dirigía a la fábrica.

—Pero si es de ladrillo —dijo Tom—. ¿Cómo puede arder?

—¿Y el interior?

—Hay un sistema de riego por aspersor.

—¿Y los árboles de alrededor?

No se me ocurrió otra cosa. El Cenador era el único edificio enteramente de madera, pero ya habían provocado un incendio en él y lo habían reconstruido.

Un incendio provocado. Una expresión muy fuerte, pero que describía

perfectamente lo que había ocurrido en el Cenador y en el Club. Solo quedaba un edificio sospechoso que quemar.

—Dios, Dios —dije cuando llegamos al muro de piedra que señalaba la entrada a la fábrica. El humo era más denso y el olor más fuerte—. Es la guardería. Vamos.

No pudimos llegar tan lejos. Nos vimos inmediatamente detrás de una cola de coches, con un guarda de la fábrica haciendo señas. Delante de nosotros vimos llamas, oímos el crepitar del fuego, el golpear del agua de las mangueras, el ladrido de un megáfono. Aparcamos detrás de los demás coches y continuamos a pie.

El crepitar procedía de los árboles que rodeaban la guardería. Ya no quedaba nada que pudiera quemarse en el edificio. Era poco más que un armazón de ladrillo.

Pasamos junto a varios grupos de personas. Nadie parecía herido. Tom apretó el paso, y yo le cogí por el brazo.

—Un incendio aquí solo puede significar una cosa: vertido de Mercurio. No vayas. Es peligroso.

—Tengo que ir —dijo Tom—. Tengo que asegurarme de que no hay heridos. Tú quédate aquí. Volveré.

Levantó un dedo a modo de promesa y desapareció entre el resplandor de los reflectores y las llamas.

Acababa de perderlo de vista cuando se me acercó alguien por ja derecha. Era una de las sobrinas nietas de Omie.

—El edificio estaba totalmente envuelto en llamas cuando llegaron los bomberos —dijo—. Se propagó hasta el mobiliario de madera del patio de recreo y siguió por la torre hasta los árboles. Eso es lo que se ve ahora: los árboles.

—¿Cómo empezó?

—No se sabe.

Llegaron más personas. Reconocí a varios familiares de Omie, al hijo de Marylou Walker, a unos cuantos Harriman.

—¿Hay heridos?

—No —contestó uno de los Harriman—. Yo he estado ahí delante hace unos minutos. Lo que queda es para cortar el fuego. Creo que ya lo han hecho. Unas llamas enormes, que han durado poco, pero no se formaba aquí tanto alboroto desde hace tiempo.

Estaba pensando que deberían saber lo que se avecinaba cuando vi a James saliendo de entre el humo. Haciéndose a un lado, se volvió y se quedó mirando con las manos en las caderas.

Yo me separé de los demás. James no me vio hasta que me puse a su lado, y entonces se sobresaltó, pero solo un segundo. Después volvió a clavar la mirada en el fuego. Me acerqué más a él, hasta que estuvimos codo con codo.

—¿Hay un escape? —pregunté en voz baja.

—Según mis monitores, no. Se comprueban dos veces al día —respondió con voz tensa.

—Ya. Tus monitores. —Tendría que haberlo adivinado. ¿No me había dicho que él se enteraría si los bidones de la guardería tenían un escape? Se lo advertirían los monitores. Sin embargo, parecía enfadado—. ¿Hay niños enfermos?

—No.

—¿Has provocado tú el incendio?

—No.

—¿Y tu padre?

—No personalmente, pero estoy seguro de que se lo ha ordenado a alguien.

¿Enfadado? James no estaba enfadado. Estaba furioso.

—Pero ¿no es una victoria para ti? —dije—. ¿No supone que tu padre reconoce que hay que sacar los bidones?

—Sí, claro, solo que nadie llegará a saberlo —contestó con las mandíbulas apretadas—. Es otro encubrimiento de una larga serie. Sacaré esos bidones de aquí de modo que nadie pueda decir que su hijo se puso enfermo por un vertido en el agua de la fuente del patio de recreo. Les dirá a los del consejo de administración que no hay residuos tóxicos en la fábrica, que es mentira, porque hay otros, pero ya no pueden poner más edificios bonitos encima para despistar, así que ahora no están donde la gente va; al menos eso es bueno. Claro, los del consejo se irán tan tranquilos a dormir a sus casas, convencidos de que Sandy Meade lo tiene todo bajo control. Sabía que empezaban a correr rumores. Lo del despido de tu hermana se propagó más rápido que la pólvora. Habían empezado a llamarlo por teléfono.

—¿Es él quien ha convocado la reunión de mañana?

La boca de James se convirtió en una línea recta durante unos segundos. Después aspiró una profunda bocanada de aire. A la luz naranja del fuego, que iba menguando, vi un breve destello en las aletas de su nariz.

—No. Fui yo, pero él ha remodelado el asunto llamando a todos los miembros del consejo de administración y exponiéndoles su propia agenda. Hay muchas cosas en juego. Es una movida contra mí, típica de mi padre: quedar por encima de cualquiera que lo contradiga. Pero no pienso marcharme, joder. Estoy harto de encubrimientos. Estoy harto de trabajar en un sitio que tiene tan poca honradez como para poner en peligro a sus empleados. Hay muchas cosas buenas en esta fábrica, pero todo se va al garete por culpa de los chanchullos.

—Los chanchullos.

James me lanzó una mirada fulminante.

—Un ejemplo. Los que se encargan de la limpieza. ¿A que no sabes por qué no dicen lo que hacen? Pues porque te herviría la sangre.

—¿Les pagan para que mantengan la boca cerrada?



—No te lo puedes ni imaginar.

—¿Sabes que están manipulando mercurio?

—No. Les dicen que son «desechos de producción» que pueden volverse tóxicos con el tiempo. Van protegidos, con máscaras, monos, de todo. Y hacen su trabajo de madrugada, así que si estás pensando en por qué el resto de Middle River no sabe nada, deja de pensarlo.

Después guardó silencio. Podría haber dado la impresión de que ya no podía con su alma de no haber sido porque noté su furia. Estaba muy tenso... ¿El brazo apoyado en la cadera? Estaba como pegado allí, duro como el acero. Me di cuenta porque lo toqué, en un penoso intento de consolarlo.

Con dulzura, con timidez, porque no lo conocía lo suficiente como para saber cómo iba a reaccionar en una situación como aquella, pregunté:

—¿Todo listo para mañana?

—Por mi parte, sí —respondió lacónicamente—. ¿Y tú?

—También.

—Bien.

No nos dijimos nada más, y él se desvaneció en la noche.

Phoebe estaba arriba, en su dormitorio, pero Sabina estaba en el salón, dormida en el sofá, de una forma rara, como había visto a Phoebe la noche que llegué. Noté la diferencia cuando Sabina se despertó. Se incorporó inmediatamente, muy seria.

—Ha habido un incendio en la papelería —dijo—. Me habría gustado ir allí, pero no quería dejar sola a Phoebe.

—Tom y yo acabamos de estar allí.

Le conté lo que habíamos visto y pasamos a la cocina a tomarnos un té, sin importarnos que fuera la una de la madrugada. Yo quería conocer las últimas noticias sobre Phoebe, y Sabina las de mi reunión de la tarde. Yo quería saber si Sabina había hablado con Ron, y ella qué tal me había ido con Tom.

Tomamos varias tazas de infusión y hablamos durante mucho más tiempo del que ninguna de las dos podría haber imaginado, pero Sabina no parecía sentir más deseos de acostarse que yo. Ella y yo nunca habíamos hecho una cosa así. Nunca. Por primera vez me daba la impresión de que eran más las cosas que nos unían que las que nos separaban. Por primera vez éramos amigas, razón por la que, cuando un indiscreto ruido salió de mi bolso a las dos de la madrugada, me encontré con la mirada curiosa de Sabina después de contestar, hablar, desconectar el aparato y dejarlo sobre la mesa.

—Ya lo has oído. He dicho que voy a ir.

—¿James Meade te llama a estas horas?

—Tenemos una... una historia. Nos vimos varias mañanas por casualidad

mientras corríamos, y yo no me imaginaba que fuera a pasar nada, porque acuérdate del lío con lo de Aidan, pero de repente... pues pasó.

—¿Sexo?

—No soy virgen, Sabina. Solo mientras viví aquí no fui una verdadera mujer.

Sabina sonrió.

—¿Sexo con James Meade? Increíble. Él no se va con cualquiera. O sea, hay razones para que tuviera que adoptar.

Podría haberle explicado ese extremo si hubiera pensado que era mi deber, pero no lo era. Por mucho que me gustara aquella reciente franqueza, no podía traicionar a James. Así que volví a guardar el móvil en el bolso y cogí las llaves de la cesta que había en la encimera.

—No sé si haremos nada esta noche. Está disgustado por el incendio y nervioso por lo de mañana. Creo que simplemente no quiere estar solo.

Sabina seguía sorprendida.

—James Meade siempre está solo. O la imagen que da es falsa o tú le has hecho algo.

—La imagen es falsa —repliqué mientras me dirigía a la puerta. Me detuve con la mano en el pomo y miré el reflejo de Sabina en el espejo—. Quizá no vuelva hasta mañana. O sea, no va a ser por el sexo, pero si quiere que me quede, podría convenirnos a todos. Voy a presionarlo con lo de tu trabajo.

En la sonrisa de Sabina se reflejaba tanta burla que se notaba incluso en el espejo.

—No me cabe duda.

James había visto los faros de mi coche y me estaba esperando en la puerta lateral. Solo llevaba unos vaqueros, y por mucho que le hubiera dicho a mi hermana que mi visita no tenía nada que ver con el sexo, estaba más que dispuesta en cuanto James me apoyó de espaldas contra la pared.

Entonces, ¿era solo por el sexo? ¿Me había llamado con eso en mente, porque necesitaba aliviarse físicamente, como tantos hombres en momentos de tensión? ¿Me estaba engañando a mí misma, como hacen tantas mujeres?

No. Rotundamente, no. Éramos unos principiantes en la comunicación, y de esta forma lo hacíamos muy bien. Y como muestra de hasta qué punto no habíamos sino empezado a comprendernos me hizo una pregunta que me pilló por sorpresa. En realidad, no fue tanto la pregunta lo que me sorprendió como el tono desafiante de su voz.

—¿Qué tal Greg?

Yo sentía un cosquilleo dentro de mí. Acababa de salir de mi cuerpo, pero yo seguía con las piernas alrededor de su cintura, mientras sus manos me sujetaban. Aún tenía la espalda apoyada contra la pared (la espalda desnuda, porque nuestra ropa

estaba tirada por el suelo) y los brazos alrededor de su cuello. Liberé uno y le di un golpe en la cabeza.

—¡Estúpido! —exclamé. Me habría separado de él por completo si su torso no me hubiera apretado con tal fuerza—. ¿De eso se trata? ¿De marcar tu territorio?

Si hubiera sonreído, le habría dado otro golpe, pero no sonrió. Nunca lo había visto tan serio.

—Se trata de mis sentimientos por ti y de pensar cuándo vas a hacerme daño.

Aquella frase me llegó al alma.

—Eres estúpido —repetí, pero con más cariño. Y le conté lo de Greg. No suponía traicionar la intimidad de Greg, porque James y yo habíamos traspasado una especie de línea en una relación que implicaba la confianza. Había confiado en mí al haberme contado la verdad sobre Mia; yo confié en él al contarle la verdad sobre Greg. No le hice prometer que no se lo contaría a nadie, como tampoco él me había hecho prometer que no le contaría a nadie lo de Mia, como tampoco Tom me había hecho prometer que no contaría lo suyo. La confianza iba implícita en todos los casos, formaba parte del territorio de la verdadera amistad.

Tom era un verdadero amigo, y también lo era James.

Seguimos hablando. A eso dedicamos la mayor parte de la noche. Ya apuntaba la luz del día por la ventana de su habitación cuando nos quedamos dormidos, pero Mia nos despertó al poco rato. Como ninguno de los dos nos sentíamos cómodos ante la idea de que nos viera en la cama, dejé que James se ocupara de ella mientras me duchaba y me vestía rápidamente.

James me pilló en la puerta cuando estaba a punto de salir. Sí, llevaba a Mia en brazos, pero la niña no presencié nada ni remotamente indecoroso. James se limitó a ponerme una mano en la mejilla.

—Gracias —dijo—. Lo necesitaba.

Asentí con la cabeza.

—Hoy es importante.

Arqueó las cejas en un gesto irónico.

—¿Nos vemos a las cuatro?

Volví a asentir. Tocando la punta de la naricita de Mia, dije:

—Adiós, Mia.

La niña se llevó un dedo a la boca y sonrió.

«Le quieres», dijo Grace, pero no era una acusación. Después de haber arremetido contra ella en el avión, se había ablandado.

No lo sé, repliqué.

«Yo creo que sí. ¿Vas a casarte con él?».

¿No nos estamos precipitando un poco?

«Ah, ¿sí? ¿No es eso lo que hacemos las chicas? Soñamos y nos imaginamos cómo serán las cosas en esos sueños. Cuando estaba en el instituto, escribía “Señora de George Metalious” en mi cuaderno».

Pero yo no estoy en el instituto. Hay que tomar decisiones importantes, y no conozco los datos reales. James podría o no hacerse cargo de la empresa, podría o no marcharse de Middle River, podría o no quererme. Nunca ha hablado de amor.

«¿Tú quieres que te lo diga?».

No lo sé.

«¿Quieres que se haga cargo de la fábrica?».

No lo sé.

«¿Y marcharse de Middle River? ¿Quieres que se marche?».

No lo sé. ¿Por qué me preguntas todo esto? Ya te he dicho que no conozco los datos reales.

«¿Qué datos? Los datos no importan. Lo que cuenta es el corazón».

Muchas gracias por el consejo.

«Un momento, un momento. ¿No fuiste tú quien se pasó la mitad del viaje en avión dándome consejos? Me dijiste que había dado demasiadas vueltas y que a lo mejor si me hubiera quedado en un sitio y hubiera echado raíces habría sido más feliz. ¿Qué tenía eso que ver con los datos reales? Nada. Tenía que ver con el corazón. Eso es la felicidad. Está en el corazón».

No podía rebatírselo, y no me sorprendió que me lo dijera. Grace siempre había vivido con el corazón en la mano. Era lógico que lo comprendiera. Y yo me estaba saliendo por la tangente. Ni más ni menos.

«A lo mejor lo estropeé todo, pero sabía lo que quería —añadió—. Quería triunfar. Quería libertad para vivir en mis propios términos, y un hombre con el que vivir».

Querías un hombre que te adorase.

«Bueno, vale. De acuerdo. Y quería hijos, un montón de hijos, pero mi cuerpo renunció después de tres, y entonces mis libros pasaron a ser mis hijos, pero también me fallaron. Al menos lo intenté, porque eso era lo que quería. Así que a lo mejor tú no quieres lo mismo, pero ¿sabes lo que quieres? ¿Lo sabes?».

No lo sabía. Y no podía dedicarme a pensarlo justo entonces. Phoebe había revivido; no estaba perfectamente, pero había mejorado tras un día de tratamiento, tres de reposo y una enorme dosis de optimismo, y se empeñó en ir a la tienda. Pues bien; si ya casi había aglomeraciones cuando estaba en la clínica, cuando volvió se multiplicó la clientela. Las ventas eran enormes, pero ¿y el afecto? A chorros. Fue una demostración de cariño hacia mi hermana de toda la comunidad que nos dejó impresionadas a Sabina y a mí.

Pero también estábamos en otras cosas. Pendientes del plazo que teníamos, las cuatro de la tarde, hicimos una llamada tras otra para encontrar a alguien que quisiera dar testimonio sobre el vínculo entre la exposición al mercurio en Northwood y una enfermedad crónica. Ya teníamos una lista de personas bastante considerable, pero claro, los Meade las atendían y aquellas no tenían ningunas ganas de montar un lío.

Bajé hasta la tienda de Emily y Tom McCreedy y volví a exponer mis ideas. Fui hasta el otro extremo del pueblo e hice otro tanto con Susannah Alban, pero ninguno de los tres quiso comprometerse. Sabina incluso consiguió escarbar en los archivos de la fábrica e identificar al cocinero que había preparado la cena para las Mujeres Empresarias aquella noche de marzo, hacía tantos años. Él la había preparado y su mujer la había servido. Se marcharon de Middle River poco después del incendio, a trabajar en un centro turístico de Vermont, pero cuando llamé allí, el encargado me dijo que la pareja no había durado más de un año porque no eran demasiado responsables y que no sabía adónde se habían ido.

Más que probable, su irresponsabilidad tenía algo que ver con los problemas de salud derivados del vertido de los bidones enterrados. Pero si no podíamos localizarlos, no se demostraría nada.

Terriblemente desanimadas, nos tomamos un respiro entre llamada y llamada leyendo los diarios de mamá. Había bastantes, que se remontaban a la época en la que dejó de escribir para dedicarse a la tienda, y no es que nos deparasen grandes sorpresas: eran tan... tan de mamá... Había una razón de que quisiera ser escritora: era buena. Se notaba en lo que había escrito sobre sus sentimientos hacia papá incluso años después de su muerte, en lo que había escrito sobre lo que quería para nosotras pero que temía no poder darnos, en los textos sobre el divorcio de Phoebe (que le había dolido mucho), la dedicación de Sabina a la informática (que la desconcertaba) y el hecho de que yo me marchara de Middle River para no volver (algo que le había dolido profundamente).

En más de una ocasión se nos saltaron las lágrimas a Sabina o a mí cuando una de las dos leía un párrafo en voz alta. No creo que me hubiera gustado hacerlo yo sola. Tenía mucho más sentido estar con mi hermana; además, suponía cierto consuelo.

Pero no quedaba mucho para las cuatro. Dejamos los cuadernos hicimos las últimas llamadas para recordar a todos con los que hablamos la reunión de la fábrica y después Sabina salió para presionar a la gente y obtener ayuda, mientras yo volvía a casa para ducharme y vestirme. Me puse una falda, la única que había llevado. Era blanca y quedaba bien con blusa y sandalias rojas. Decididamente, iba a por todas. Con ese fin, en lugar de dejarme el pelo suelto para que fuera gritando «MUJER», me lo recogí con un pasador. Me maquillé con meticulosidad, me perfilé los labios y me los pinté con un pincel. Me enderecé ante el espejo para ver si iba bien.

Sintiéndome bastante atractiva y con cierto aire profesional, salí de casa, y

entonces caí en la cuenta de que no había visto en persona a Sandy Meade desde mi vuelta a Middle River, lo que significa que ustedes no saben qué aspecto tiene.

Imagínense un león de cabeza grande y melena plateada. De pie, tiene la misma estatura que Aidan y unos centímetros menos que James. Imagínense a un hombre fornido de caderas estrechas y piernas fuertes y ágiles, como de depredador, algo que siempre lo ha caracterizado y que, según tengo entendido, no se le ha borrado con la edad. Imagínense unas manos fuertes dando golpecitos con una pluma sobre una mesa, una boca con las comisuras hacia abajo y unos ojos capaces de taladrar cualquier cosa que ven.

¿Que daba miedo? Sin duda. Cuando llegué a las oficinas, iba pensando si estaría a la altura de la tarea que me esperaba. No me animaba demasiado saber que la última vez que me había enfrentado a Sandy Meade yo había salido perdiendo.

Pero allí estaba, y no iba a echarme atrás. El olor a quemado que aún persistía reforzó mi determinación. La última vez los Meade habían conseguido esconder la basura debajo de la alfombra, pero en esta ocasión yo era más madura, tenía pruebas y a James de mi parte.

Como había más coches que de costumbre, tuve que aparcar un poco lejos de la entrada. Me dirigía a pie hacia el edificio de ladrillo con su frontón, sus buhardillas y sus contraventanas blancas cuando del coche que estaba justo delante de mí salió un hombre. Se parecía mucho a James, pero después me di cuenta de que era por la estatura, la pulcritud y el aire de autoridad. Me tendió una mano y dijo:

—Soy Ben Birmingham, amigo de James.

En aquel mismo momento recordé lo que había dicho Azul Azul, y también lo que me había contado Sabina al entrar en el sistema. Por eso dije:

—Su compañero de la universidad, el abogado de Des Moines.

Ben sonrió.

—Eso es. Pues también me ha hecho una buena descripción de ti. No puedes pasar inadvertida.

—Muy gracioso, teniendo en cuenta que soy la única mujer de aquí. En el consejo de administración solo hay hombres.

—Está la secretaria de Sandy.

—Tiene sesenta años.

—Sí, claro. —Señaló el edificio con la cabeza y añadió, ya más serio—: Todos los miembros del consejo de administración están dentro, y van a dedicarse a sus cosas un buen rato. James quiere que, mientras tanto, nosotros dos esperemos fuera. Sería un honor para mí acompañarte hasta allí.

—¿Eres mi abogado? —pregunté, medio en broma medio en serio.

—Pues si estás de parte de James, creo que sí.

La sala de juntas era grande y estaba revestida de paneles de madera oscura, con gruesas alfombras persas e imponentes retratos al óleo en las paredes. Los retratos eran de los padres y los abuelos de Sandy Meade, pintados a partir de añejas fotografías, y presentaban a los retratados realizando una actividad aristocrática más ficticia que real, algo que incluso James sabía. Su tatarabuelo no cazaba zorros, ni su tatarabuela había sido una gran dama de la sociedad. James creía que esa falta de sinceridad restaba valor a su memoria, que de una u otra forma daba a entender que lo que realmente habían sido no merecía la pena. Siempre había pensado que lo más auténtico de aquella sala eran la pradera, los árboles desperdigados aquí y allá y el río, que se reflejaba en todo su esplendor en las amplias ventanas.

Aquel día no se fijó en nada de eso; estaba de espaldas a la ventana. Lo que veía era la alargada mesa de caoba, con un vaso de agua fría para cada uno de los asistentes y dos cubos de papel situados a intervalos regulares. Sandy ocupaba la cabecera de la mesa, Aidan estaba a su derecha, y los demás miembros del consejo que no eran de la familia Meade, sentados aquí y allá entre ellos dos y James. Estaban Lowell Bunker, abogado de la empresa y amigo de toda la vida de Sandy; Cyrus Towle, también amigo de Sandy de toda la vida y presidente del club de campo; Harry Montaine, vicepresidente de una universidad privada en la vecina Plymouth y, por consiguiente, quien daba el toque intelectual; Brad Miller, senador y amigo de Aidan, era el miembro más reciente del consejo de administración y estaba allí desde el año anterior únicamente por esa razón; por último, al otro extremo de la mesa, Sam Winchell. En ocasiones amigo, en ocasiones adversario de Sandy, formaba parte del consejo para demostrar que Sandy quería que el pueblo conociera la verdad sobre la situación de la fábrica. Por desgracia, como las reuniones se preparaban meticulosamente, Sam no contaba al pueblo nada que Sandy no quisiera que se supiera.

James llevaba traje azul marino, que no era su atuendo habitual, pero que tampoco le impedía descansar tranquilamente con los codos apoyados en los brazos del sillón, mientras Sandy daba comienzo a la sesión. Esta siempre tenía el mismo tono simpaticote, más de una charla personal para poner al corriente a los miembros del consejo que de una cuestión de negocios, que a James le pareció más fuera de lugar que nunca, con el incendio de la noche anterior de por medio. No es que el persistente olor penetrara en la sala de juntas. Allí el aire se controlaba con el mismo cuidado que la agenda de la reunión. Si los miembros del consejo de administración no hubieran sabido ya que se había producido un incendio, lo más probable es que no se hubieran enterado.

Pero así funcionaba Sandy. Maestro en la manipulación de las opiniones ajenas,

pospuso el verdadero motivo de la reunión hasta el final, únicamente para minimizar su importancia.

Tras ajustarse en la nariz unas finas gafas, empezó a leer pasajes de documentos sobre la salud financiera de la papelera. Continuó exponiendo la producción de papel para procesos de representación digital, hizo hincapié en la capacidad de adaptación del revestimiento protector y la consiguiente demanda por parte de los hospitales y elogió sus posibilidades de futuro... todo ello sin mencionar ni una sola vez a James, que era quien había creado el proyecto. También habló sobre otros pasos que debía dar la empresa, y ofreció más cifras y gráficos. Cuando hubo acabado con aquello, más de uno de los allí presentes tenía los ojos vidriosos.

No así James. Sabía lo que estaba haciendo su padre y tuvo que esforzarse para tragarse la rabia que sentía a medida que pasaban los minutos, tuvo que esforzarse para no perder el hilo de lo que decía. Por fin, Sandy pronunció aquellas palabras:

—... una verdadera lástima, porque el Centro Infantil es una parte vital de esta comunidad, pero Aidan ya ha encontrado alojamiento temporal para el centro de día hasta que podamos reconstruirlo aquí. Aidan, explícalo, por favor.

Aidan tomó la palabra. Hasta entonces había estado sentado con los dedos entrelazados, en una especie de trance, y con la mirada clavada en la ventana. Era su interpretación del hombre pensante.

¿Un hombre pensante? James sabía muy bien en lo que estaba pensando, que no era precisamente en la empresa. Era en su ayudante, que le estaba dando ciertos problemas, a juzgar por lo mucho que había despotricado Aidan aquella mañana.

Pero para mayor vejación de James, Aidan no había hecho nada por la guardería. Había sido Sandy quien se había puesto en contacto con la iglesia católica y había convencido al padre William de que en nombre de Nuestra Señora, trasladara la catequesis a la tarde y dejara el espacio libre para la guardería durante el día. Sandy conocía la relación entre el padre William y su ama de llaves y no habría tenido escrúpulos en utilizarla.

No, Aidan no había hecho nada. Sandy se lo había dejado todo preparado una hora antes de la reunión. Presentar aquello como idea de Aidan era el típico golpe de efecto de Sandy. Tenía que vender el producto de Aidan como persona competente, activa e inquieta.

James podría haberse reído de aquella farsa de no haber sido porque resultaba penosa. Poner a Aidan al frente de la empresa habría supuesto el principio del fin de la papelera. Aidan era una marioneta. No sabía nada de los entresijos de la fábrica ni le importaban. Sandy necesitaba a alguien que mantuviera el secretismo, el soborno y el fraude incluso cuando él hubiera desaparecido, y ese alguien era Aidan. James estaba enfadado, pero no por envidia. Estaba enfadado porque a él sí le importaba la fábrica, porque le importaba Middle River. De no haber sido por esas dos cosas, se



habría marchado de allí y habría intentado salvar su relación con April, aunque solo hubiera sido por la niña. De igual modo podría pensar en marcharse de Middle River para seguir a Annie Barnes. Pero eso era harina de otro costal.

—De modo que lo tenemos todo controlado —les aseguro Sandy a los miembros del consejo, tomando la palabra de nuevo, porque Aidan no tenía gran cosa que decir—. Bueno —añadió, dejando una hoja de papel y cogiendo otra, mientras se aclaraba la garganta—, y ahora vamos al asunto del mercurio. Ha habido rumores últimamente de que la fábrica tiene problemas; si revisan sus carpetas verán las copias del último certificado del estado que hemos recibido.

James también sabía cómo iba a funcionar aquello. Sandy se lanzó a explicar una serie de datos científicos y cifras para explicar el control de daños, todo ello demasiado complicado para que los miembros del consejo lo entendieran, pero no era eso lo que se perseguía. Ni siquiera él lo entendía. Se lo había reconocido en más de una ocasión a James, en la época en la que James y él aún hablaban, cuando pensaba que estaba preparando a su hijo para dirigir la empresa. Pensaba que el objetivo consistía en que los miembros del consejo se convencieran de que sabía de lo que hablaba, en este caso de que el estado había declarado realmente que Northwood no tenía residuos de mercurio.

—Un momento —lo interrumpió James. Eran las primeras palabras que pronunciaba, y todas las miradas se volvieron hacia él—. Eso es solo la mitad de la verdad.

Sandy le dedicó una amable sonrisa.

—Bueno, es la mitad de la verdad que necesitamos saber —dijo, y se volvió hacia los demás, dispuesto a continuar.

—No —insistió James, enderezándose en el asiento, con lo cual volvió a llamar la atención de los demás—. Tenemos que saber toda la verdad.

—¿Y cuál es toda la verdad? —preguntó Sam Winchell.

—Por Dios, Sam, no le des alas —espetó Sandy.

James levantó una mano para apaciguar a Sam. Aquel hombre sentía curiosidad por naturaleza, por no hablar de unas cuantas diferencias filosóficas con Sandy, y de ahí la pregunta. Pero James sabía lo que tenía que decir.

—Toda la verdad es que existen lugares potencialmente peligrosos en el recinto de la fábrica, en los que se han enterrado bidones con residuos tóxicos. Si esos bidones sufren escapes, el potencial para causar perjuicios a la salud conllevará tales denuncias contra Northwood que nos dejarán en la calle y al pueblo entero con nosotros.

—James —dijo Sandy con un enorme suspiro—. Vamos, no te pongas trágico. Ese riesgo no existe.

—Ya ha ocurrido en dos ocasiones —replicó James.

Sandy miró a los miembros del consejo con aire contrito.

—Lo siento. Es que no conoce bien los datos.

James estaba contento. Tenía a Sandy en sus manos. Cuanto dijera su padre para desacreditarlo, más se hundiría.

Mientras tanto, Aidan no abría la boca. No estaba tranquilo y, francamente, parecía asustado.

James recogió su maletín, que reposaba inocentemente en el suelo, junto a su silla. Se levantó, lo puso sobre la mesa, soltó la correa, sacó sus documentos y los repartió entre los asistentes a la reunión mientras Sandy seguía actuando como si James fuera el hijo torpe que no se entera de nada y emitía un prolongado suspiro, como de sufrimiento.

—Pero ¿qué haces, James? —Y dirigiéndose a los demás, añadió—: Yo que ustedes no me molestaría en leer esas páginas. Son datos erróneos.

James no le hizo caso y habló dirigiéndose a los miembros del consejo de administración:

—Aquí tienen una lista de personas a las que Northwood ha ayudado en malas épocas de su vida. Podrán comprobar que en todos los casos no han podido trabajar por una serie de enfermedades, que también constan en los documentos, y las fechas en las que empezaron sus problemas. También pueden comprobar las fechas de los dos últimos incendios en la fábrica. Lo que no podrán comprobar es que esos incendios, como el de anoche, fueron provocados, después de que hubiera un escape de mercurio de los bidones enterrados y la gente empezara a ponerse enferma.

Sandy se puso de pie.

—Ya está bien.

James continuó.

—La intoxicación por mercurio suele confundirse con otras muchas enfermedades. Eso es lo que ha pasado. Pero nosotros sabíamos la verdad.

—¡Deja de decir tonterías! —bramó Sandy, pero James no había acabado, ni muchísimo menos. Acababa de empezar, y estaba ajustando el ritmo. Casi deseaba que Annie estuviera allí, pero todavía no había llegado el momento. De todos modos, a ella le habría encantado. Los miembros del consejo le estaban prestando oídos; si aún no se habían convencido, pronto se convencerían.

—Si pasan a la página tres —dijo James—, encontrarán las copias del primero de los informes internos que se enviaron tras cada escape. Están en clave, y por eso no hay mención explícita de las palabras «mercurio» o «enfermedad». Pero si van a la página sexta (y esperó unos momentos, entre el crujir de las hojas), verán que Aidan lo dice claramente en un informe.

Sandy se volvió hacia Aidan.

—Pero ¿qué dice?

Aidan se quedó perplejo.

—Yo no he enviado esto. Está falsificado.

James miró fijamente a su hermano.

—Tengo los originales guardados bajo llave. Y aquí están tus iniciales, de tu puño y letra.

—Yo no he enviado ningún informe.

—Tus iniciales, Aidan. De tu puño y letra, en tinta —insistió James con serenidad, y aquel tono le hizo un gran favor.

Brad, que se había mantenido al margen, le estaba prestando toda su atención, y otro tanto ocurría con Harry. Lowell, el abogado de Sandy, se había puesto las gafas y estaba leyendo con sumo cuidado los documentos. Y Sam, arrellanado en su silla, no se perdía ni una sola palabra de James.

James continuó.

—Detrás de los informes de Aidan, encontrarán otros referentes a los hombres que ayudaron en la limpieza. Hay facturas que detallan el equipo que se adquirió para que no se expusieran al vertido. Por cierto, nadie les dijo que era un vertido tóxico. Lo que les dijeron fue que ese equipo era una medida de precaución por si ocurría algo mientras hacían su trabajo. Les dijeron que como había habido que reconstruir el Cenador, también era lógico deshacerse de los bidones en este otro caso.

—Esa es la verdad —le espetó Sandy—. No había escapes.

James siguió hablando con calma.

—En las dos últimas páginas se detallan las relaciones de Sandy con ciertas personas en los niveles estatal y local, personas que podrían haber cuestionado la toxicidad de Northwood. Como ven, Sandy los ha tratado estupendamente durante varios años. No es de extrañar que hayan hecho la vista gorda.

—¡Esto es una calumnia! —bramó Sandy, dirigiéndose a su abogado y volvió a sentarse, delegando en él la responsabilidad de la pelea.

Lowell miró a James por encima de las gafas y dijo con aire de brahmán:

—Tu padre podría tener razón, si con lo único que cuentas es con estos papeles. —Agitó las hojas como si no tuvieran el menor valor—. Esto es muy fácil de falsificar.

Sin apenas darle tiempo a terminar, James ya estaba en la puerta. No dudaba de que Ben y Annie estarían allí, pero el verlos le dio nuevos ánimos. Eran dos de las personas que más admiraba, si bien a uno desde hacía años y a la otra desde hacía solo unos días. Les hizo una seña para que entrasen.

A Sandy no le hizo ninguna gracia.

—Estamos en una reunión del consejo de administración, y ellos no tienen nada que ver con esto.

—Muchas veces tenemos invitados —replicó James. Presentó a Ben como su

amigo de toda la vida y abogado y a Annie como la voz del pueblo.

—¿Cómo que la voz del pueblo? —exclamó Aidan, indignado—. Vamos, hombre. Lo único que quiere esa mujer es venganza por algo que pasó hace muchos años.

James se enfrentó con él.

—Y bien merecida que tiene esa venganza, pero no es por eso por lo que ha venido aquí. Está aquí, y escúchenla con atención, porque tiene pruebas de que su hermana Phoebe sufre intoxicación por mercurio. —Dirigió la mirada hacia los demás—. Y que nadie se atreva a sugerir que estuvo expuesta al mercurio en ningún otro lugar del pueblo, porque en las últimas páginas del listado que tienen en sus manos se detallan los años en los que la papelera utilizaba mercurio en el proceso de blanqueo, y el reconocimiento del estado de que así era. Utilizábamos mercurio y producíamos residuos de mercurio. Eso es de dominio público.

Puso unas sillas para Annie y Ben.

Sandy se levantó y se dirigió a los miembros del consejo de administración.

—Lo que no ha contado mi hijo es que Ben Birmingham es muy amigo suyo. Estuvieron juntos en la universidad, compartiendo habitación. No es de extrañar que James no haya recurrido a un abogado de verdad; en fin, Annie Barnes, ya se sabe, está emocionalmente desequilibrada. Un montón de personas del pueblo darían testimonio de lo que hizo hace unos años.

James siguió impertérrito. Sabía perfectamente que Annie era una persona equilibrada, con la cabeza sobre los hombros, como cualquiera de los allí presentes.

Miró a su alrededor, sonriendo. Era digno hijo de su padre. Podía hacer gala de las mismas agallas que el viejo.

—Les voy a decir una cosa —dijo amable pero implacablemente—. Si alguien piensa que mis invitados no tienen nada válido que decir y quiere marcharse ahora mismo, adelante. Se perderá el relato de lo que está pasando en este pueblo.

Extendió una mano hacia la puerta, a modo de invitación, enarcó las cejas y los miró uno por uno.

—Pues yo sí me voy. Hace demasiado calor —dijo Sandy—. Se está mejor fuera —añadió, dirigiendo la mirada hacia la ventana, donde sus ojos se quedaron clavados. Frunció el ceño y estiró el cuello—. ¿Qué es esto? ¿Un paseo por la pradera? Todavía no son las cinco. ¿Qué demonios hacen ahí fuera?

James miró hacia allí, como todos los demás. A primera vista parecía un grupo de personas andando por la hierba. Fijándose mejor, se notaba que no seguían andando cuando llegaban frente a las ventanas. Se quedaban mirando hacia arriba.

James y Annie se miraron con expresión de interrogación, y Annie negó con la cabeza, tan confundida como él.

Sandy sonrió.

—¿Lo veis? No sé cómo se habrán enterado de lo de esta reunión, pero no van a comprar lo que les quiere vender James. —Se inclinó hacia delante, con las manos sobre la mesa y clavando los penetrantes ojos en todas las caras, una por una—. Porque eso es lo que intenta hacer, daros gato por liebre. Esto es un aviso, porque sabe que no va a durar mucho aquí.

James no replicó, pero tampoco se echó atrás.

—Annie, por favor. Tú primero.

Se sentó y la observó mientras ella se levantaba. Volvió a sobresaltarse. La Annie Barnes que todos recordaban estaba a años luz de la mujer atractiva y sofisticada que tenía ante él. Llevaba la ropa perfecta para la ocasión; el peinado era perfecto, y también la cara, incluso el tono de voz, un tanto vacilante al principio, era perfecto. Si hubiera empezado con demasiado ímpetu, la habrían considerado arrogante. Con ese comienzo, parecía más entregada que experimentada y, por consiguiente, más auténtica.

A James le encantaba aquella honradez. Le gustaba de verdad.

Annie empezó refiriéndose a su madre, pero su discurso adquirió aún más fuerza al referirse a las personas del pueblo con las que había hablado, a los problemas físicos que padecían, a su resistencia a culpar a la papelera y las razones para ello. Dio un toque personal a la lista menos personal que había presentado James, y se puso más vehemente cuando empezó a hablar de Phoebe. Y eso fue lo que más eficaz resultó: su vehemencia. James conocía todo lo que iba a decir, pero la escuchó embelesado. Le encantaba aquella pasión. No le cabía duda de que a Annie le importaba la gente del pueblo y su propia familia. Habló de las Mujeres Empresarias de Middle River, dio las fechas de sus reuniones en el Club antes del incendio y los puso al tanto de los subsiguientes problemas de salud de cada una de las asistentes. Sacó el diario de su madre, leyó el pasaje sobre la presencia de Phoebe en una reunión fatídica, desveló los abortos y las enfermedades recientes. Cuando acabó de relatar las pruebas de Phoebe en Nueva York, el primer tratamiento en Middle River y los últimos resultados del laboratorio, toda la habitación estaba en silencio. Para entonces, se había multiplicado la multitud fuera del edificio. James no sabía si aquello era bueno o malo.

Al parecer, Sandy ni se fijaba en la multitud. Bastante tenía con poner aire de suficiencia.

—Bueno, ya sabemos por qué vende libros. Sabe contar cuentos.

James se puso de pie.

—Nada de cuentos —replicó con tanta vehemencia como Annie—. Es la verdad, con lo cual todo da un giro. —Señaló con el índice hacia la ventana—. No podemos hacer nada por la gente del otro lado que come pescado del río después de haberles dicho que no lo hagan, pero cuando consentimos que los niños vayan a diario a un

edificio a sabiendas de que está sobre una bomba de relojería, eso es inmoral. Cuando consentimos que la gente sufra sin la atención médica que podría recibir si supiera lo que les pasa, eso es inmoral. Algunas cosas ya no tienen solución. No podemos hacer nada por el hijo autista de los McCreedy. Esa clase de lesión *in útero* es permanente, pero podemos contribuir a su educación y establecer unos fondos para su manutención...

—¡Ya lo hacemos! —gritó Sandy.

—... y también podemos informar a Emily McCreedy de que su asma se debe a una intoxicación crónica por mercurio, y de que quizá, a lo mejor, existe un tratamiento.

—¡Por Dios, James! —exclamó Sandy, levantando bruscamente una mano, desesperado—. ¿Qué piensas hacer? ¿Contarle la verdad al mundo entero para que haya un ataque de pánico aquí y en todas partes y que la gente encuentre algo a lo que echarle la culpa de sus enfermedades?

—Si tengo que hacerlo, lo haré —aseguró James—. Podemos llegar hasta el final con esto, pero con tranquilidad, o abrir la caja de los truenos. Tú decides.

—¿Que yo decido? Pues olvídате de lo del mercurio. La verdad puede matar a la gente. Diles la verdad en este caso, y será el fin de la empresa. ¿Es que eso no te importa? ¿O es que quieres recoger tus bártulos y marcharte con esa niña a otro lado?

James se puso pálido.

—Esa niña es mi hija.

—Tu hija adoptiva —aclaró con frialdad Sandy.

—No —replicó James, apartando lentamente la mirada para dirigirla a los demás—. Mia es mi hija. Su madre es una mujer con la que estuve seis años...

—¿Alguna vez ha visto alguien a esa mujer con la que estuve seis años? —lo interrumpió Sandy, poniendo los ojos en blanco.

—Claro que estuvo aquí —contestó James, dirigiéndose a los allí reunidos—. Estuvo aquí en tres ocasiones, y en todas ellas mi bondadoso padre logró que se sintiera tan mal que juró no volver jamás. —Clavó la mirada en Sam Winchell—. Soy el padre biológico de Mia. Tengo la custodia, porque April se negó a vivir aquí y yo no podía marcharme, lo cual explica lo que siento por este pueblo. Así que, adelante. Saca todo esto en el *Times*, si quieres. Estoy harto de seguirle el juego a Sandy. Y de paso...

—James —dijo Sandy, a modo de aviso. Pero James ya no podía contenerse.

—... y de paso, también puedes hacer público el hecho de mi madre está viva y felizmente casada con un hombre mucho mejor que el que preside esta mesa. Y eso nos lleva a la razón porque ha venido mi compañero de la universidad —añadió, ajeno la reacción de quienes lo escuchaban—. Da la casualidad de que Ben es uno de los mejores especialistas del país en asuntos de familia. Su trabajo requiere tanto

conocimientos de psicología como de derecho; llevamos cierto tiempo hablando de cómo podría yo lograr que mi padre comprendiese lo que supone el asunto del mercurio, pero Sandy se niega. A mi manera o de ninguna manera, dice, y a mí no me importaría si no fuera porque en esta ciudad hay cientos de personas que necesitan ayuda. Y nosotros vamos a ayudarlas.

—Y una mierda —dijo Sandy, pero con menos ímpetu que antes. Estaba mirando por la ventana, y parecía confuso.

James siguió centrado en los miembros del consejo de administración.

—Vamos a repasar las listas, para prestar ayuda a las personas a las que se puede ayudar, indemnizar a las demás y retirar hasta la última partícula de residuos de mercurio.

—Os llevarán a juicio —le advirtió Lowell.

—No si lo hacemos como es debido. Tenemos suficiente dinero para ello, y también para el futuro desarrollo de la fábrica. ¿No comprenden lo que hay que hacer? —preguntó a los demás—. La fábrica tiene la obligación moral de limpiarse.

—Por encima de mi cadáver —proclamó Sandy, pero con voz cansada. Seguía mirando por la ventana.

En ese momento James se dio la vuelta para mirar. Debió de reaccionar de alguna manera, porque de repente todos los demás se pusieron a mirar, incluso los que estaban sentados al otro extremo de la mesa, que se levantaron para ver qué pasaba.

La multitud había aumentado. Ocupaba la mayor parte de la zona inmediata al edificio, de un extremo a otro, pero lo más llamativo era la pancarta que llevaban. Solo una, pero también de un extremo a otro, con letras suficientemente grandes como para que pudieran leerse con facilidad desde la sala de juntas. Decía: QUEREMOS MIDDLE RIVER LIMPIO.

Annie se había aferrado a un brazo de James.

—¿Ves quiénes están? —preguntó entusiasmada, si bien en voz baja.

James asintió con la cabeza. Delante, en el centro, estaban Sabina y Phoebe. Pero también vio a los McCreedy, a los Alban y los Dahill, a Ian Bourque, John DeVoux y Caleb Keene. Vio a personas de las dos orillas del río, enfermas y sanas, personas que trabajaban en la fábrica y otras que no. Por supuesto, aquello suponía que, llegado el caso, aquella gente se enfrentaría a la fábrica.

Al mirar a su padre, vio que Sandy también lo había comprendido. En pocos minutos parecía haber encogido y palidecido. Y de pronto James se entristeció. No estaba de acuerdo con Sandy en la mayoría de los asuntos importantes, pero al fin y al cabo, era su padre.

—Yo no quiero que se haga por encima de tu cadáver —dijo como si Sandy y él estuvieran solos—. Lo que quiero es una transición lúcida y tranquila, en la que se respeten las necesidades de todos. —Tendió un brazo para coger la carpeta que le

ofrecía Ben. La abrió y la empujó hacia el centro de la mesa—. Estos documentos especifican que seguirás siendo presidente del consejo de administración, pero que a mí se me nombrará director de la empresa.

Sandy se quedó pasmado.

—Por Dios, si eso te concede todo el poder —murmuró.

James guardó silencio.

Aidan estaba mirando a su padre, evidentemente a la espera de que añadiera algo. Al no ser así, dijo, dirigiéndose a James:

—¿Y yo?

—¿Cómo que y tú? —replicó James.

—Yo también tengo derecho a lo que te vas a llevar.

—Tú te quedarás dónde estás —contestó James—. Eres bueno para las relaciones públicas.

—Pero te vas a llevar lo que es mío.

James podría haberlo corregido y haberle dicho que simplemente estaba recuperando lo que había sido suyo, pero le daba igual.

—Se trata del bien de la fábrica. Necesitamos un cambio en la dirección, aunque solo sea por una cuestión de credibilidad. Mira a esa gente de ahí fuera. Tienen el poder del número, y además tienen razón: tenemos que limpiar la porquería que hemos dejado. No se trata de ti o de mí, Aidan, ni tampoco de Sandy. Se trata de Middle River. El pueblo depende de la fábrica. Ni más ni menos.



Tenía el corazón hasta los topes. No se me ocurre otra expresión para definir lo que sentí al ver a todas aquellas personas con la pancarta. No solo no me lo esperaba, sino que, mientras aguardaba en la antesala pensando si aquello saldría bien solo en el caso de Phoebe, también pensé que Grace tenía razón, que la gente de las ciudades pequeñas son personas de mente igualmente pequeña, lo suficientemente tercas como para guardar a toda costa sus feos secretillos incluso cuando van en contra de sus intereses.

Sin embargo, allí estaban, en la pradera, personas que no tenían ni idea de lo que había planeado James pero ponían en juego sus puestos de trabajo. No había sentido tanta alegría cuando iba de un lado a otro viendo a amigos queridos y mis sitios favoritos de Washington el domingo y el sábado anteriores.

De modo que allí estaba la pancarta, el aviso para Sandy Meade, literal y figuradamente. Y sobre la mesa, los acuerdos que James quería que firmase Sandy; en sus elegantes sillas tapizadas, los miembros del consejo de administración parecían vencidos, cautelosos o, en el caso de Sam, intentando contenerse. Aidan, a todas luces, estaba muerto de miedo.

Me habría gustado quedarme. Quería ver con mis propios ojos a Sandy firmando aquellos acuerdos. Quería ver a Aidan tragándose la amarga píldora que tanto se merecía. Quería estrechar a James entre mis brazos (quizá incluso darle un beso, si él estaba dispuesto delante de los demás) y decirle lo bien que me había sentado todo aquello.

No hice nada parecido, porque James me pidió que me marchara. Lo hizo con cortesía («Annie, ahora tenemos que estar en privado»), y yo lo comprendí. El tono que impusiera en los primeros momentos de tomar el mando era una cuestión crucial. Dadas las circunstancias, no había lugar para alguien que no fuera abogado ni miembro del consejo de administración, que ni siquiera vivía en Middle River. No había lugar para una novelista, y mucho menos siendo la protegida de Grace Metalious.

Eso fue lo malo. Lo bueno, que no tuve que esperar en la antesala como una chica modosita. Salí del edificio.

Entonces empezaron a ocurrir cosas increíbles. Había mantenido la calma durante mi actuación ante el consejo de administración. No me hacía ilusiones sobre los hombres reunidos en aquella habitación. Aparte de James y Sam (y Ben, a quien acababa de conocer), no tenía ningún amigo allí. Ni falta que me hacía. Había expuesto los hechos tal y como yo los veía, con la emoción que sentía, y ya está. Era como cuando hablaba ante centenares de personas en una cena de beneficencia en calidad de escritora de éxito: estaba tranquila porque mi público era en su mayoría

anónimo.

Fuera cambió todo. Salí por la puerta central del bonito edificio de ladrillo rojo y fui hasta la parte de atrás por un sendero adoquinado. Pero cuando vi a toda aquella gente, o más bien, cuando toda aquella gente me vio, me asaltaron las dudas. Era su victoria mucho más que mía. Yo había ido a Middle River simplemente para averiguar el porqué de la enfermedad de mi madre.

Ya me había detenido, pero retrocedí unos pasos. Entonces fue cuando me vio Sabina. Estaba con Phoebe, sujetándola por la cintura con un brazo, porque Phoebe aún no estaba ni mucho menos bien. Apartándose de la multitud, bajo la guía de Sabina, se acercaron a mí. En su rostro resplandecía una expresión de victoria, incluso de desafío, pero nada más. Entonces caí en la cuenta de que no tenían la menor idea de lo que había ocurrido allí arriba.

Aspirando una profunda bocanada de aire, enarqué las cejas, apreté los labios y asentí con la cabeza.

Dos hermanas, dos suspiros de alivio, un grito de alegría (de Sabina). A continuación me dio la impresión de que echaban a correr, aunque sabía que Phoebe apenas tenía fuerzas, pero al instante estábamos abrazándonos, las tres, compartiendo una victoria, según creo por primera vez en la vida.

Y desde luego, esa era la palabra clave en este caso: «compartir». Las tres habíamos tenido nuestros momentos victoriosos en la vida: las bodas de mis hermanas, el dar a luz de Sabina, mis éxitos de ventas, por poner un ejemplo. Pero nunca habíamos «compartido» un éxito, en el sentido de sentirlo de igual forma, o aún más, de sentirlo con más intensidad porque estábamos juntas.

Hasta la fecha no hemos hablado sobre el tema. A pesar de que nos mantuvimos muy unidas durante los meses siguientes al cambio en la fábrica, muchas cosas nunca llegaron a discutirse. Creo que simplemente queríamos disfrutar de nuestra estrecha relación sin analizarla en detalle.

Pero volvamos a aquella tarde. Apenas habíamos acabado de abrazarnos cuando vinieron los demás, para preguntar por la reunión y dar gritos de alegría. En aquel rato me abrazaron más personas, cuyos nombres ni siquiera conocía en muchos casos, que durante la última ruta con afectadas de cáncer de mama que había hecho. ¿Lo han hecho alguna vez? Soy incapaz de describir la sensación de solidaridad. Los abrazos son solo una expresión externa.

Pues eso fue lo que hubo aquella tarde en Middle River: solidaridad. Sentimos el calor del aire, oímos la calidez de la hierba, la humedad del río, el dulzor de las hojas de los árboles de las orillas. Aún se notaba el olor del incendio, pero estaba como escondido tras los demás, más potentes y agradables.

Y lo mejor de todo era que los hombres que seguían reunidos en aquella sala de juntas no sabían nada al respecto. Lo único que sabían era que la multitud se había

dispersado. Estaban metidos de lleno en la historia de firmar papeles y llegar a un acuerdo sobre los cambios. Antes de que levantaran la sesión, nosotros ya nos habíamos ido.

Bueno, digo nosotros en un sentido comunitario, porque yo no me fui. No podía. Me quedé en el coche mientras el resto de los habitantes de Middle River volvía a su vida cotidiana, me quedé allí con la capota bajada, al sol, que ya no resultaba opresivo y escoraba hacia las copas de los árboles, al oeste. Me quité las horquillas del pelo y usé las manos a modo de peine.

«Annie».

Chist. Me puse las gafas de sol, y me quedé esperando, preguntándome quién sería el primero en salir y de qué humor estaría.

El primero fue Ben. Tenía que coger un avión, pero al verme el coche detrás del suyo, vino corriendo y me dio un beso en la mejilla. Estaba contento con los resultados de la reunión; no había duda.

«Annie».

Ahora no, insistí.

El siguiente fue Sam. Nada más salir por la puerta encendió un puro. Me dio la impresión de que eso le proporcionaba tanto alivio como lo que había ocurrido dentro del edificio. Se subió al coche dio marcha atrás para salir del aparcamiento, y entonces me vio. Avanzó y se paró junto a mi coche.

—Menuda la que se ha armado —dijo con el puro en la boca.

—Ha sido estupendo, ¿no crees?

—Claro que ha sido estupendo. —Me miró con cariño—. Si tu madre te hubiera visto, se habría sentido orgullosa de ti.

Se me hizo un nudo en la garganta, y no pude decir nada. Con los ojos vidriosos, le sonreí para darle las gracias. Aquella frase significaba para mí mucho más de lo que Sam podía imaginarse.

—Tengo que escribir un artículo —dijo en tono más desenfadado—. ¿Me echas una mano?

Negué con la cabeza.

—Ya me lo suponía.

Me guiñó un ojo, arrancó y aceleró.

Sí, mi madre se habría sentido orgullosa. Al comprenderlo, tardé un poco en recuperarme. A ello contribuyó el hecho de que Aidan y Sandy fueran los que salieron a continuación. Me libraron de tener que escuchar a Grace. Aidan se dirigió a grandes zancadas hacia su tremendo todoterreno negro, a todas luces enfadado, cerró la puerta de golpe y salió pitando. Una actitud infantil pero nada sorprendente. Aidan estaba acostumbrado a salirse con la suya, y quizá por primera vez en su vida no lo había conseguido.

Sandy parecía más comedido, pero su decepción no era menos evidente. Iba con los hombros caídos, caminaba con mayor lentitud, y sus movimientos, desde la mano en la puerta del coche, el cuerpo derrumbándose en el asiento, hasta la cabeza gacha, denotaban cansancio. Yo sabía que, si las cosas hubieran tomado otro rumbo, en aquel mismo momento estaría dentro de aquel edificio, dispuesto como siempre a mantener en la oscuridad a los habitantes de Middle River sobre los problemas que los aquejaban.

Yo nunca podría sentir nada por aquel hombre, pero sabía que James sí. Pero era capaz de reconocer que una época había dado paso a otra.

Sandy se marchó. Yo seguí esperando, con los ojos clavados en la puerta.

«Annie».

Intenté no hacerle caso.

«¿Por qué no me dejas hablar? Somos amigas».

Tú eres mi pasado, quizá también mi presente, pero se trata del futuro.

«Solo quiero que sepas... solo quiero que sepas que...».

En aquel momento me distraje, porque salieron Cyrus y Harry. Intercambiaron unas palabras con aire taciturno; se metieron en sus respectivos coches y desaparecieron. Pasaron otros cinco minutos hasta que se marchó Brad, y otros cinco hasta que se fue Lowell. Poco después apareció el jefe de policía, Greenwood, absorto en sus pensamientos. Entró en el coche patrulla y se alejó sin haberme dirigido ni una sola mirada.

Y yo seguí esperando, esperando y pensando, hasta que al fin salió James.

Nicole había pedido un día de baja por enfermedad. Aún estaba intentando procesar lo que había pasado entre Aidan y ella, intentando comprender lo que sentía y qué significaba para su trabajo. Aidan la había estado llamando durante toda la mañana, unas veces enfadado y otras deshaciéndose en disculpas, pero no tenía ganas de verlo. Fue a comer a casa de una amiga, y en cuanto se supo que no iba a ir a trabajar, su teléfono no paró de sonar. De modo que sabía perfectamente lo que estaba a punto de pasar en Northwood, y aun así, no tenía la menor intención de acercarse.

Pero no dejó de mirar el reloj durante toda la tarde, y cuando iban a dar las cuatro, se subió al coche. No había tomado una decisión consciente de sumarse a la protesta, pero algo la empujó a ir y a quedarse allí.

Hasta que toda la pradera se llenó de gente y alzaron la pancarta, hasta que todos se quedaron en silencio mirando las ventanas tras las cuales se estaba decidiendo la suerte de Middle River, hasta que Annie Barnes dobló la esquina del edificio y fue asediada primero por sus hermanas y después por todos los demás, Nicole no comprendió qué era lo que la había empujado a ir y a quedarse allí, y era algo que no tenía nada que ver con el mercurio.

Era su hija que, seguramente no se había dado cuenta de la presencia de su madre, parecía muy cómoda y muy tranquila en el grupo que rodeaba a Annie. Era su hija; resultaba atractiva entre aquella gente y parecía claramente feliz y aceptada por ellos. Su hija. Su mismísima hija. ¿Era aquella Kaitlin? ¿Mayor? ¿Independiente? ¿Quizá actuando por lo que creía, mucho más que Nicole?

Nicole no podía dejar de mirarla. Inevitablemente, Kaitlin la vio, reaccionó con cierto sobresalto y le devolvió la mirada.

Nicole intentó sonreír, pero fue una tentativa penosa. Se sentía demasiado confundida. Se debió de notar, porque cuando los que rodeaban a Kaitlin empezaron a dirigirse hacia sus coches, la chica se quedó. Parecía tan confusa como su madre.

Al fin Nicole se aproximó a ella.

—No sabía que estabas aquí.

—Hemos cerrado antes la tienda. Creía que estabas enferma.

A pesar de la confusión, el tono era desafiante.

Nicole podría haber dicho que por la mañana había estado enferma pero que se encontraba mejor, pero no era verdad, y de repente se sintió harta de tener que poner excusas.

—Necesitaba desconectar de la oficina. Cuando me enteré de lo que estaba pasando aquí, me pareció que era el sitio en el que tenía que estar.

—¿Y él sabe que has venido?

Nicole sabía que se refería a Aidan. Pensó en las posibilidades: que el guarda lo

hubiera llamado desde la puerta, que la hubiera visto por la ventana, que alguien se lo hubiera chivado. ¿Lo sabría?

Se encogió de hombros. No tenía ni idea.

—¿Y tu trabajo? —preguntó Kaitlin—. Despidió a Sabina por atreverse a pronunciar la palabra «mercurio» delante de alguien, y tú aquí, en la protesta... Como se entere, te despedirá.

—Pues si me despide, que me despida.

Kaitlin se quedó atónita.

—No me puedo creer que te lo tomes con tanta calma. Tu trabajo lo es todo para ti.

—Antes sí, pero quizá ya no tanto. La verdad, no lo sé.

La chica empezaba a ponerse nerviosa. Su expresión cambió bruscamente.

—¿Ha pasado algo? ¿Papá y tú...?

Nicole negó con la cabeza y sonrió con tristeza.

—No. Todo sigue igual. Ni siquiera sé si tu padre está enterado de esto. —Era verdaderamente lamentable. Anton no pintaba nada en su vida. Pasaban por la casa como dos extraños. No era muy divertido, pero ¿era reparable? No lo sabía. Pero Kaitlin estaba esperando a que dijera algo—. Bueno, ¿te gusta trabajar en la tienda?

—Sí.

—¿Son amigas tuyas, las Barnes?

—Les caigo bien —contestó Kaitlin, otra vez en tono desafiante.

—A mí también —replicó Nicole—. Por Dios, que eres mi hija.

—Piensas que soy una inútil, y ellas no.

—Yo nunca he dicho que seas una inútil.

—No hace falta que lo digas para que se note, mamá. —Levantó la barbilla con un gesto alarmante—. Tengo novio. Ni siquiera sabías eso, ¿eh?

No. No lo sabía. ¿Cómo que novio?

—Se llama Kevin Stark —añadió Kaitlin precipitadamente—; es del otro lado del río y, antes de que te pongas hecha una furia y digas que le dirás a Aidan que despida a su padre, tienes que saber que sé lo que hago. No voy a casarme con Kevin. Ahora es mi novio y nada más. Pienso ir a la universidad, así que me marcharé de Middle River y me casaré cuando tenga una profesión, y así no importará si soy fea o gorda, porque la gente me querrá por lo que soy. Yo, en primer lugar. —Y se dio un golpe en el pecho.

Nicole no sabía por dónde empezar. Quería enterarse de lo del novio, pero era un terreno desconocido. Así que dijo con dulzura:

—No eres ni fea ni gorda.

—El caso es que a Kevin no le importa. Y mis amigas del colegio piensan que es guay que esté con alguien.

—¿Qué quieres decir con estar con alguien?

—Pues... Ya lo entiendes, mamá.

—¿Te acuestas con él?

Kaitlin replicó, sin pestañear:

—¿Tú te acuestas con Aidan?

—Un momento, vamos a ver. Yo soy adulta. Sé cuidarme. Tú eres una niña.

—¡No soy una niña! —gritó Kaitlin. Se había puesto rígida, pero tenía los ojos llenos de lágrimas—. Ese es el problema que tenemos tú y yo. No soy una niña. ¿Es que no lo ves? Soy más que capaz de tener un hijo, precisamente lo que están haciendo tres compañeras mías del colegio, pero probablemente no te has dado cuenta, porque solo te fijas en que llevan ropa suelta y piensas que están gordas. Yo también sé protegerme, mamá. Y sé lo que quiero. Kevin me trata como a una persona importante, y lo mismo pasa en la tienda. Quiero estar con gente que me trate como si fuera alguien importante.

Se calló bruscamente. Parecía que había llegado al meollo de la cuestión y no tenía nada más que añadir.

Era Nicole quien tenía que devolver la pelota. El problema era que nunca se le habían dado bien los deportes. Así que intentó aclararse las ideas y distanciarse del lío emocional en el que siempre habían estado metidas Kaitlin y ella. Intentó pensar en lo que diría si Kaitlin fuera hija de una amiga.

—Me gustaría tratarte como a alguien importante —dijo al fin, en voz baja.

—Pues hazlo —le rogó Kaitlin.

Nicole lo quería de verdad.

—Pero no sé qué puedo hacer si no sé qué piensas ni qué sientes. Quizá te sigo considerando una niña porque no compartes conmigo tus ideas y tus sentimientos.

—¿Y es culpa mía? —preguntó Kaitlin en tono lastimero.

Nicole se apresuró a contestar.

—No. Es mía. No te pregunto. Pero a lo mejor puedo cambiar.

Fue ella quien se quedó callada en esta ocasión. Había llegado al meollo de la cuestión. Lo mismo debió de pensar Kaitlin, porque bajó la barbilla y de repente apareció tal expresión de necesidad en sus ojos que Nicole se conmovió. Sin mediar palabra, se acercó a su hija, la estrechó entre sus brazos, y fue una sensación bonita, realmente bonita. No sabía qué hacer con su marido y no tenía ni idea de qué hacer con Aidan, pero Kaitlin era algo distinto. Era algo que podía salvar.

Sabina tenía una sensación de victoria cuando se marchó de Northwood. Se sentía orgullosa de ser Barnes y hermana de Annie, orgullosa de ser de Middle River y amiga de cuantos habían acudido a la fábrica. Incluso había aprendido una lección de humildad por ser la madre de Lisa y Timmy, que habían visto las cualidades de Annie

mucho antes que ella.

Victoria. Orgullo. Humildad. Pero detrás de todo eso se abría un vacío. No adquirió nombre ni rostro hasta que llegó a la casa pintada de azul claro en Randolph Street. Allí estaba personificado, en carne y hueso, apoyado en el maletero del coche, con los brazos y los tobillos cruzados, con toda la pinta de estar esperándola.

Ron.

No parecía precisamente enfadado, pero Sabina no reconoció el estado de ánimo en que se encontraba. Aparcó y se colocó frente a él.

—Hola —dijo con timidez.

—Hola —replicó él en el mismo tono, y añadió—: Al parecer ha habido toda una movida.

Sabina asintió con la cabeza.

—¿Te has enterado de lo de James?

—Sí. En transportes nos enteramos enseguida. La gente está contenta.

—¿Y tú?

Ron asintió con la cabeza.

—El cambio le va a venir bien a la fábrica. Sandy se merece un descanso, y Aidan..., bueno, a lo mejor James lo mete en cintura.

Volvió a mover la cabeza en señal de asentimiento, con más lentitud, como si no supiera qué decir.

Sabina sabía lo que Ron necesitaba decir, y desde luego, sabía lo que ella necesitaba oír. Y no era precisamente lo que preguntó Ron.

—¿Crees que te volverán a dar el trabajo?

—¡No tengo ni idea! —estalló Sabina—. La protesta no iba de eso. La gente que ha ido hoy a la fábrica sabía que se arriesgaba a que los Meade tomaran represalias contra ellos y sin embargo lo ha hecho. Se trata de algo mucho más importante que tu trabajo o el mío, Ron. Es una cuestión de lo que está bien y lo que está mal. Es cuestión del mundo que vamos a dejarles a nuestros hijos.

—Lo sé —dijo Ron, y parecía realmente arrepentido.

—No lamento nada de lo que he hecho, Ron, y mucho menos haber hablado con Toni, aunque ella fuera a contárselo directamente a Aidan. Lo que ha ocurrido hoy habría ocurrido de todas maneras, tanto si me hubieran despedido del trabajo como si no, porque hay una persona que empezó a defender la causa en este pueblo. ¡Annie tiene más valor que todos nosotros juntos!

—Lo sé.

—Me he portado mal con ella, y me avergüenzo.

—Yo me he portado mal contigo y también lo siento.

Al oír aquellas palabras, Sabina cayó en la cuenta de que lo que había visto en el rostro de Ron era remordimiento, pero no lo reconoció, porque era algo



completamente nuevo. Ron jamás había tenido motivos para sentir remordimientos. Era su primera pelea de verdad, algo insólito.

Ron extendió los brazos, más largos que los de Sabina, la aferró por las muñecas y la estrechó contra su cuerpo.

—Has sido mucho mejor persona que yo en todo este asunto. ¿Podrás seguir viviendo conmigo, sabiéndolo?

El vacío de Sabina desapareció, y dijo, sonriendo:

—Creo que sí.

James no respiró a gusto hasta que se hubo marchado el último miembro del consejo de administración. El último fue Lowell. Abogado y amigo íntimo de su padre de toda la vida, tendría que ejercer una tremenda influencia en Sandy para que aceptara la derrota.

—No es una derrota —le dijo James a Lowell—. ¿Por qué no lo consideramos una especie de prejubilación?

Pero Lowell conocía muy bien a Sandy.

—Para él es una derrota. Le has dado la puntilla, James.

—Pues no era esa mi intención. Si hubiera accedido a poner las cosas en claro, yo me habría quedado donde estaba.

—No, si está bien. Tus documentos están debidamente firmados, y con los testigos necesarios. Mañana presentaré mi dimisión.

—No, Lowell. No tienes por qué hacerlo.

—Yo soy de la vieja escuela. Seguro que tú querrás formar tu equipo.

—Pero si este equipo es bueno, podría bastar con un cambio en la jefatura. Quiero que te quedes. Voy a necesitar tu ayuda. Vamos, que no es cuestión de tirar el niño con el agua sucia de la bañera.

—Ya. Y hablando de eso...

James levantó una mano.

—Si te refieres a Mia, dejémoslo para otra ocasión.

Tendió la mano, Lowell se la estrechó, recogió su maletín y se marchó. Entonces James fue hasta la ventana y aspiró una gran bocanada de aire, con alivio. Desde luego, era una mezcla de triunfo y soberbia, pero también de satisfacción. Y claro, de entusiasmo. Pero sobre todo era alivio. Llevaba demasiado tiempo enfrentándose a su padre y al fin había quedado todo solucionado.

Un movimiento detrás de uno de los árboles le llamó la atención. Era el jefe de policía, Greenwood, con su camisa, sus pantalones vaqueros y sus botas marrones, mirando hacia la ventana.

James le hizo un gesto para que entrase, señalando hacia la puerta trasera. Estaba esperándolo en lo alto de la escalera cuando el policía llegó hasta allí fatigosamente.

—Me estabas esperando —dijo James a modo de conjetura.

Un peldaño antes de llegar al final de la escalera, el jefe de policía apoyó una mano en la barandilla. Le faltaba el aire y tenía la voz ronca.

—Sabemos que has echado a tu padre. ¿Me vas a echar a mí también?

—No, a menos que sea eso lo que quieres.

—Lo que yo quiera da igual. Ahora el jefe eres tú.

—Solamente de la fábrica. Yo no voy a controlar al encargado de vigilar el pueblo como hacía mi padre. Bastante trabajo tengo.

El jefe de policía parecía albergar dudas.

—¿No vas a despedirme porque... porque...?

—¿Porque te pasaste con Annie? Te echaste para atrás. Eso se acabó. Pero lo que tienes que hacer ahora es actuar de tal modo que no tengas miedo de que la gente se entere de lo tuyo.

Greenwood le clavó la mirada.

—¿Qué quieres decir?

James no replicó. Se limitó a devolverle la mirada. Greenwood fue el primero en reaccionar.

—¿Se te ocurre cómo puedo hacerlo?

James se acercó a la mesa, sacó un trozo de papel del cubo que había en el centro y escribió el nombre de una clínica. Le dio el papel al jefe de policía.

—Está en Massachusetts. Edna y tú podéis tomaros unas vacaciones. Nadie se enterará de que habéis ido.

—¿Es el requisito para quedarme en mi trabajo?

James negó con la cabeza.

—Solo una sugerencia de alguien que se preocupa por ti.

El jefe de policía se quedó mirándolo un poco más, se dio la vuelta y bajó pesadamente la escalera. James no sabía si seguiría su consejo, pero él se lo había dado. Era lo máximo que podía hacer. Además, de pronto sintió grandes deseos de marcharse. Volvió a la sala de conferencias y recogió sus cosas. No sabía adónde había ido Annie, pero necesitaba encontrarla. Tenían que hablar.

Me puse en guardia en cuanto apareció, y he de decir que tenía un aspecto extraordinario. Con su traje, parecía tan imponente como cualquiera de los personajes ilustres que había visto en Washington, imagen a la que contribuían la complexión delgada, los rasgos como cincelados y el pelo plateado. Con los ojos clavados en el todoterreno que estaba en el aparcamiento, se dirigía hacia allí a grandes zancadas cuando miró hacia un lado y vio mi coche. El suyo y el mío eran los únicos que quedaban.

Se le iluminó el rostro, y en fin, no pueden ni imaginarse lo que yo sentí. Me llevé una mano al pecho para tranquilizar este traicionero corazón mío, a punto de salirse por la boca.

Mientras James venía hacia mí se aflojó la corbata y se quitó la chaqueta. Cuando llegó al coche, sonreía. Dejó la chaqueta en el capó, abrió la puerta del copiloto y entró. A mi lado, colocó una mano en la parte trasera de mi asiento.

Vi el triunfo en su cara, y esperaba que hiciera algún comentario sobre la reciente victoria para la fábrica y el pueblo cuando dijo:

—Has estado increíble.

Creo que me sonrojé, y digo creo porque cuando era adolescente no tenía muchos motivos para ello, y ya adulta, sonrojarse no era lo mío.

—Simplemente he hablado de lo que sabía.

Su sonrisa se esfumó.

—Siento haber tenido que mantener tanto secreto, pero es que llevaba tiempo queriendo hacer esto. Cuando llegó el momento, sabía que solo tenía una oportunidad, que si algo salía mal no tendría otra. Por eso estaba paranoico. No me fiaba de que no se enterasen y sabotearan lo que intentábamos hacer. A mi padre se le dan muy bien esas cosas. El dinero lo es todo, y yo tenía miedo.

—Lo entiendo.

—Pero me equivoqué. Una Relación, con erre mayúscula, supone confianza.

¿Erre mayúscula? De repente empecé a sentir necesidad y miedo, a partes iguales. La necesidad era del corazón, el miedo casi todo lo demás, y eso tenía prioridad, ¿no? Mi miedo era por las cuestiones prácticas, por la realidad, por los hechos.

Me encogí de hombros. Era lo mejor que sabía hacer para parecer que le quitaba importancia a algo.

—Lo nuestro es muy reciente. Apenas nos conocemos.

Los ojos de James eran de un castaño intenso, profundo.

—Entonces, si te pidiera que te quedaras aquí y vivieras conmigo, ¿dirías que no?

Nada de quitarle importancia a las cosas. Sus palabras me dejaron sin respiración unos segundos, y volví a llevarme la mano al pecho.

—James, no digas esas cosas —protesté.

—Lo digo totalmente en serio.

—Pero es verdad, apenas nos conocemos. No tienes ni idea de lo que le pasa a una escritora cuando está en el trance de escribir un libro.

—¿Es como el trance de un orgasmo? —preguntó James, muy serio.

—No —contesté—. No tiene nada que ver. Es como vivir con alguien que no existe.

—A Greg le ha ido bien.

—Greg no es... no... bueno, es distinto, James. Pero hay algo fundamental. Yo vivo en Washington. Tengo una casa y una vida propia. Por si fuera poco, soy Barnes y tú Meade. Los Barnes y los Meade no... no cohabitan. Además, está Mia. Si me fuera a vivir contigo, y nos diéramos cuenta de que nos odiamos y yo me marchara, Mia sufriría las consecuencias.

—No creo que eso vaya a pasar.

—¿Qué? ¿Que Mia sufra?

—Que te marches. Creo que nos va bien, Annie. No había sentido lo que siento por ti por ninguna mujer. Jamás.

—¡Pero soy Annie Barnes! —grité, pronunciando el nombre con una rabia de quinceañera.

—Sí, eres Annie Barnes —repitió James, pero no con rabia, sino con respeto.

¿Respeto? ¿En serio? ¿Qué mujer no desea ser respetada por un hombre? ¿Qué mujer no sueña con ese respeto? Pero el sueño no lo hacía realidad.

—¿Y April? —pregunté a la desesperada—. Estuviste con ella seis años antes de darte cuenta de que lo vuestro no iba a salir bien.

James estaba negando con la cabeza incluso antes de que yo hubiera terminado la frase.

—Estuve tanto tiempo con April precisamente porque comprendí que no podía salir bien. Al menos me di cuenta en lo más profundo. Nunca le pedí que se casara conmigo.

Levanté las dos manos.

—No pronuncies esa palabra. Me horroriza. —Antes de bajar las manos, espanté una mosca que estaba zumbándome junto a la cabeza—. De verdad, James —dije muy seria—. Fíjate en lo que te espera. Lo mires como lo mires, acabas de asumir una carga tremenda. Tienes que dirigir toda la empresa, no solo en el desarrollo de productos, sino que tienes que averiguar a quiénes han afectado los vertidos y solucionar lo de las ayudas. No es el momento para que hagas grandes cambios en tu vida.

—No estoy de acuerdo. Es el mejor momento. Me gustaría que al volver a casa me estuviera esperando alguien.

—Tienes a Mia.

Su mirada me dio a entender que no era lo mismo.

—Vale, pero de todos modos los tres argumentos que te he dado siguen siendo válidos. Somos adultos y tenemos que ser sensatos. —La mosca estaba zumbando alrededor de la cabeza de James, y vi cómo la espantaba—. Por cierto, creo que es Grace.

—No tiene ninguna gracia. Es una pesadez.

—Me refiero a Grace Metalious. Adopta diversas formas: un gato ronroneando o una mosca zumbando.

Pareció que a James le hacía gracia.

—Pero si Grace Metalious hace años que murió.

Lo miré a los ojos.

—Mantengo conversaciones con ella.

—Ah, ¿sí? —preguntó, condescendiente.

Asentí con la cabeza, invitándolo a que se riera de mí.

—Empezamos a hablar cuando yo era pequeña.

De repente se puso tan serio como yo.

—Si lo que estás intentando es asustarme, dándome a entender que estás loca, no te va a servir. Eres novelista, y es normal que tengas imaginación. Además, supongo que cuando eras pequeña necesitabas una amiga. No creo que te resultara fácil crecer aquí. Bueno, cuéntame qué te decía.

Había aceptado tan bien la situación que no me quedó más remedio que contestar.

—Me decía que escribía bien y que sería alguien algún día. Era como una hermana mayor.

—Una amiga imaginaria.

—Me daba ánimos.

—¿Y ahora?

Tuve que pensarlo. La respuesta no era tan sencilla.

—Ahora discutimos mucho —dije—. Es como si me estuviera empujando para que haga cosas por razones que no están bien. Quiere que sienta rabia.

—¿Que sientas rabia?

—Por cualquier cosilla que va mal en Middle River. Omie me dijo que Grace me estaba utilizando como medio para cumplir sus deseos, pero si eso significa venganza, yo no estoy dispuesta, porque en todas las ciudades hay cosas malas, a poco que escarbes. Y otra cosa: sentir rabia es agotador, y yo no quiero estar así durante los próximos veinte años. Nada es perfecto. Ningún hombre es perfecto. —Me callé, al darme cuenta de que estaba discutiendo con Grace—. Por cierto, piensa que eres guapísimo. Me lo dijo la primera vez que te vi corriendo.

—Vaya, vaya —dijo James, complacido de una forma muy masculina—. ¿Y qué

más te dijo de mí?

—Me hizo preguntas... dónde vives, si estás casado, esas cosas. No paraba de decirme que acelerase para ponerme a tu ritmo.

—Buen consejo.

—También dijo que eras el archienemigo número uno. Le gustaba lo dramático de la situación. Sigue pensando que voy a escribir un libro sobre lo que ha pasado aquí. Nuestras discusiones son sobre todo por eso.

James guardó silencio. Su frente se arrugó ligeramente. Por último dijo:

—Sería un buen libro.

—¡Te he dicho que no voy a escribirlo! —exclamé, furiosa—. Y también se lo he dicho a ella, y a mis hermanas.

—Pero estás en tu derecho de...

—James, no quiero escribir un libro sobre esto. Lo he vivido. ¿Por qué iba a querer revivirlo?

—¿No es lo que hacen los escritores?

—Algunos sí, pero yo no. Y desde luego, no en este caso. Además, la historia no ha acabado. Queda por ver qué pasa con la fábrica, una vez que se sepa todo.

—Ya lo sé —replicó James, volviendo a adoptar una expresión seria—. Pero volvemos a lo mismo. Pase lo que pase, quiero que estés conmigo.

Desesperada, agité una mano en el aire.

—¿Cómo puedes decirlo con tanta seguridad?

—Porque sí, porque lo sé. Eres diferente de todas las mujeres que he conocido.

—Ya. Diferente, rara, difícil... Ah, sí. ¿Y qué ha dicho antes tu papaíto? ¿Desequilibrada?

—Se equivoca por completo.

—¿Y cómo lo sabes tú? —pregunté, pero de repente algo me distrajo. Se estaba desabrochando la camisa azul claro—. ¿Qué haces?

—Quiero que sientas algo.

—James —repliqué casi en un susurro y mirando alrededor. El día tocaba a su fin, pero aún tenía cuerda para rato—. ¿Aquí?

Me tomó la mano y la metió dentro de su camisa.

—¿Lo sientes?

Que si lo sentía. Dios, Dios. Noté la aspereza del vello en aquella piel tersa y cálida, pero James no quería eso. Quería que sintiera su corazón, que latía con fuerza contra mi mano.

—Eso es lo que me pasa siempre que estoy contigo. Es como si estuviera más vivo que un momento antes.

Me dieron ganas de gritar, de decir: «¡Sí, sí, es así!». Pero estaba asustada. Estaban pasando demasiadas cosas, y con demasiada rapidez. Aparte de los tres

motivos, de lo más lógico, que he citado antes, estaba la cuestión del amor.

Pero ¿qué amor ni qué demonios? Yo no había ido a Middle River en busca de amor. Además, si aquella primera noche hubiera sabido que iba a encontrar el amor precisamente allí, habría dado la vuelta inmediatamente y habría regresado a Washington.

¿Que si yo quería a James? ¿Y cómo iba a saberlo? No lo conocía en las situaciones de la vida que tiene que afrontar una pareja.

Mis padres se querían, y yo quería lo que ellos habían tenido. Y vale, también al Adán perfecto que había buscado Grace. A lo mejor Aidan lo era, pero ¿cómo iba a saberlo en aquel momento, en plena descarga de adrenalina tras haber derrotado a Sandy y a Aidan? ¿Cuántas personas conocen que se han unido en circunstancias fuera de lo normal y piensan que están locamente enamoradas pero cuando se dan de manos a boca con la convivencia cotidiana comprenden que son incompatibles?

Además, James no había pronunciado la palabra «amor». No es una pregunta. Es un hecho.

Dejando una mano sobre su corazón, le acaricié la cara con la que tenía libre y le rogué, con toda mi alma:

—Dame tiempo, James. ¿Puedes?

Me llevó cuatro meses, durante los cuales estuve vacilando entre enamorarme aún más y luchar contra mis sentimientos. Me daba miedo. Me habían gustado otras personas antes. Incluso había amado, pero no era nada en comparación con lo que sentía por James. Era algo que se metía en todos los aspectos de mi vida, desde salir a correr hasta comer, dormir y trabajar, pasando por estar con amigos. Y bueno, el sexo. Eso no lo podía olvidar. Cada vez era mejor. ¿Se lo pueden creer?

Bueno, descubrimos ciertas diferencias entre nosotros. A mí me gusta el café fuerte; a él, suave. Yo lo tomo en una taza de cerámica; él, en un termo. A mí me gusta Starbucks; él prefiere Dunkin' Donuts. Y eso solo en cuanto al café. Existían otras diferencias, como que a él le chiflaran las gominolas en lugar del chocolate, pero eso eran trivialidades en comparación con el gran tema.

En primer lugar, Mia. A principios de otoño empezó a andar, y he de reconocer que no había nada mejor que volver a Middle River tras una o dos semanas en Washington y ver a Mia viniendo derecha hacia mí con los bracitos levantados para que le diera un abrazo. Sospecho que ella y yo teníamos dominado a James, pero no importa; si están pensando en lo bien que le venía a James tener a alguien que se cuidara de Mia cuando volvía tarde de trabajar, o cansado o preocupado, pues se equivocan. A mí me encantaba ocuparme de ella, porque quería a aquella niña, pero James raramente dejaba de estar ni un minuto con su hija. Disfrutaba de verdad dándole de comer, bañándola y jugando con ella, y si había algún pañal asqueroso —

y cuando digo asqueroso, lo digo en serio—, no me pedía a mí que lo cambiara. Lo hacía él, y yo no se lo impedía. Evidentemente, mi masoquismo tiene límites, pero lo importante en esto es que compartíamos todas las tareas. No me sentí utilizada en ninguna ocasión.

En segundo lugar, el trabajo. Aún estoy impresionada por cómo afrontó James el problema del mercurio. Empleó los beneficios de la fábrica —así, sin más ni más—, en el mantenimiento de las personas afectadas, de modo que nadie presentó una demanda. Fue de una generosidad extrema y, naturalmente, ni a Aidan ni a Sandy les hizo ninguna gracia. Lo acusaron de desvalijar la fábrica, pero James se mantuvo en sus trece. Contrató expertos para que se ocuparan de los aspectos económico y jurídico, y lo hicieron bien.

Con respecto a mi trabajo, daba igual dónde viviera. Incluso corregí todas las pruebas de mi libro en el despacho de la casa de James, porque a pesar de que siempre estaban por allí Mia y la niñera, tenía más tranquilidad que en mi casa de la ciudad.

En tercer lugar, la familia. La de James era complicada, una espinita que tenía clavada, porque ni Sandy ni Aidan aceptaron de buena gana la derrota. Cuando cobraron nuevas fuerzas tras el cambio de dirección, no dejaron de pinchar y presionar, con Cyrus y Harry, partidarios de la mano dura, de su parte, e hicieron cuanto pudieron para sabotear lo que había planeado James. En teoría tendrían que haber ganado. Con ocho en el consejo de administración, no había nadie que rompiera el empate. Nunca había hecho falta. Pero James se la jugó a su padre nombrando a un representante de Middle River noveno miembro del consejo, y lo hizo a lo grande, con titulares en la primera página de *The Middle River Times*. Entonces ya fue demasiado tarde. Middle River se habría alzado en armas si Sandy hubiera anulado el nombramiento.

¿Y mi familia? Increíble. Sabina volvió a su trabajo. Y Phoebe se recuperó muy lentamente, aunque el proceso continúa mientras escribo esto. ¿Cómo se tomaron que James fuera mi media naranja? Bien. Como si no las sorprendiera. Como si la nueva luz a la que me veían fuera perfectamente compatible con cómo veían a James y les encantara la idea de incorporar un Meade a la familia.

Esto último a mí me sorprendió enormemente. Suponía que sentían la antipatía entre los Meade y los Barnes con la misma fuerza que yo, que el pueblo entero la sentía. Pero era cosa mía, mi mente, mi rabia. Cuando me libré de esa rabia, comprendí la VERDAD N.º 10: ¿qué significa un nombre? No demasiado. No es el nombre lo que importa, sino la persona.

Y hablando de personas, ¿quieren saber qué hizo mi hermana Sabina? Convenció a James para quedarse con Mia un fin de semana (a mediados de octubre) y que él me diera una sorpresa en Washington. ¡Y vaya si me sorprendió! Estaba muy ocupado



con las negociaciones del mercurio en aquella época y podría haber aprovechado el fin de semana que yo iba a estar fuera para descansar. Pero se presentó en la puerta de mi casa, con monedas de chocolate y los ojos castaños más cálidos del mundo. Quería conocer a Greg, dijo. Quería conocer a Berri, a Jocelyn y Amanda. Quería ver dónde dormía cuando no estaba con él, ver qué era lo que tanto me gustaba de Washington.

Naturalmente, en Washington todo era mejor con James allí.

Quiero contarles eso, pero primero voy a añadir algo más sobre Sabina. Lo que habíamos encontrado la una en la otra durante los pocos días que transcurrieron entre su despido y el golpe de James continuó creciendo. Más aún, Sabina llegó a ser una de mis mejores amigas, con lo que me resultó más fácil decidir el cambio.

Bien. Y ahora Washington.

Me encanta Washington y siempre me gustará, pero incluso en agosto, cuando volví para pasar un fin de semana con Greg y su pierna rota, algo había cambiado. Por mucho que fui de un lado para otro aquellos días y en el tiempo que pasé allí cuando volví en otoño, intentando recordar todo lo que me era tan querido y convencerme de que no había ningún otro lugar en el mundo en el que pudiera vivir, no me sirvió. Sí, tenía amigos en Washington, pero ellos también viajaban con frecuencia. Y New Hampshire acogía bien a los visitantes. Greg vino después de conocer a James (y seguramente comprobar hacia dónde se inclinaba mi corazón). También Berri. Y cada semana que pasaba en Middle River hacía un nuevo amigo.

Así que la buena noticia es que tenía dos casas en lugar de una. ¿Lo consideramos la VERDAD N.º 11?

¿Por qué? Porque también estaba equivocada en este caso. Cuando James me pidió que viviera con él, di por sentado que supondría renunciar a mi vida en Washington. Lo cierto es que entre el teléfono, el fax, las cámaras digitales e Internet, la geografía se ha redefinido. Que los aislacionistas protesten cuanto quieran por los males de la globalización, pero el mundo se ha convertido en un sitio más pequeño. Mi vida en Washington continúa, aunque le he vendido mi parte de la casa a Greg y me he mudado al norte.

Lo que nos lleva a Middle River. Es un pueblo fantástico. Pero no les sorprende que lo diga, ¿verdad? Y voy a ser sincera. Sirve de gran ayuda estar enamorada de uno de sus prohombres y saber que, incluso si no volviera a escribir ni un solo libro, no tendría problemas económicos. Quizá los del otro lado del río no sean tan optimistas como yo, pero coinciden conmigo en una cosa: Middle River es nuestra casa.

Y eso es lo que le dije a Grace. Era un día frío y ventoso de diciembre. Yo estaba en casa para pasar las vacaciones (sí, en casa: la palabra se derrite en la lengua como la miel), y había pensado mucho en ella. No hablábamos desde aquel día de agosto en

que le cerré la boca. Me sentía culpable, pensaba que aún había asuntos que teníamos que solucionar. Como ella no venía a mí, fui yo a ella.

Grace Metalious está enterrada en Gilmanton, el pueblo en el que pasó períodos más largos de su vida adulta que en ningún otro sitio. Se encuentra al sur de la región de los Lagos, un largo trayecto desde Middle River. James sabía que estaba planeando ir. Le había hablado sobre ello, había impreso direcciones de mapas y marcado con una equis la fecha en el calendario. Como el día amaneció revuelto, James se empeñó en llevarme.

El día estaba gris, los árboles desnudos, con las hojas, antes llenas de color, descoloridas y secas en el suelo, cubierto por un manto de nieve fino pero creciente. Tras pasar por el arco de hierro que señala la entrada del cementerio, encontramos su tumba sin dificultad. Se erguía sola en un claro, pero cerca había plantas de hoja perenne y una pequeña loma con árboles que volverían a ser verdes en primavera. Detrás de los árboles, las tranquilas aguas de la laguna, casi heladas.

El marco podría haberlo descrito Grace en un libro que habrían leído diez millones de personas, pero estaba allí ella sola, únicamente con su nombre en la lápida.

James aparcó. Se quedó en el coche mientras yo caminaba por la frágil capa de nieve con la capucha puesta. Llevaba margaritas gerbera; de todas las flores que había visto en la tienda de los McCreedy, me parecieron las mejores para Grace. Eran muy vistosas, una mezcla de rojos, naranja, amarillos y rosa, pero de forma muy sencilla. ¿Una contradicción? No más que la propia Grace.

Las puse sobre la nieve para que se apoyaran contra la base de la gran lápida de granito, que sobresalía. El apellido Metalious estaba inscrito arriba, y más abajo, en letras más pequeñas, el nombre, Grace. Aún más abajo se veía la fecha de su nacimiento y de su muerte. Nada más.

—Lo siento —dije en voz baja—. No fui muy amable contigo la última vez que hablamos. Te corté, y no te lo merecías. Necesitaba una amiga, y tú fuiste muy buena conmigo.

Hice una pausa. Una ardilla correteaba entre los árboles, y aunque la ligera nevada silenciaba los ruidos, la brisa producía un crujido de vez en cuando. Oí un susurro de mi anorak cuando me lo ceñí más al cuerpo. Pero no oí a Grace.

—He aprendido mucho —añadí, sin apenas alzar la voz—. Especialmente sobre mí misma y lo cabezota que he sido para ciertas cosas. Se me da bien escribir libros. A ti también. Pero metemos la pata cuando se trata de asuntos personales.

Hice otra pausa. Grace seguía sin contestar.

—¿Recuerdas nuestra última discusión? Fue después del incendio, después de pasar la noche con James. Tú dijiste que le quería, y yo lo negué, pero tú seguiste dando la lata, incitándome a decirte qué deseaba en la vida, y yo no lo sabía. Ahora sí

lo sé. Gran parte de lo que deseo lo tuviste tú. Quiero libros, hijos y a James. Pero deseo algo más, y quizá sea eso lo que tú no tuviste. Tú escribiste sobre Peyton Place, yo he vivido Peyton Place, y las dos seguimos volviendo a Peyton Place, a pesar de que nos empeñamos en detestarlo. Entonces, ¿por qué nos atrae? Porque es nuestra casa, Grace, nuestra casa.

La brisa me arrojó unos copos de nieve a la cara, y me pregunté si era la forma que tenía Grace de decirme que me marchara de allí con mis brillantes ideas.

—Aquel día empezaste a decirme algo. Sí, la última vez que hablamos, después de la reunión en la fábrica. Yo estaba en mi coche, esperando a que saliera James, y tú repetías: «Solo quiero que sepas... solo quiero que sepas...». ¿Qué querías que supiera?

Esperé, pero Grace no contestó. Así que susurré:

—¿Puedes oírme, Grace?

Tras unos segundos, sonreí con tristeza y emití un suspiro que se llenó de vaho. Grace estaba muerta. Pero me quedé allí, mirando su tumba, aunque el frío me estaba calando hasta los huesos y empecé a tiritar. Miré los árboles, la laguna, después otra vez la tumba. Entonces me fijé en las margaritas que había llevado. Me alegré de haber elegido aquellas flores. Eran tan radiantes que destellaban en la nieve.

Tras otro suspiro lleno de vaho, me di la vuelta y miré. Y allí, al final del rastro de mis botas, como si fueran las migas para recordarme el camino a casa, estaba el cálido todoterreno, y James dentro.

—«Solo quiero que sepas... —susurré por última vez, porque mis pies se negaban a moverse— solo quiero que sepas...». —Guardé silencio. ¿Qué podía decir? ¿Que iba a echarla de menos? ¿Que formaría parte de mí para siempre? ¿Que no sería lo que yo era sin ella, y que la quería por eso?

No dije nada. No hacía falta. Si el espíritu de Grace estaba por allí cerca, tenía que saberlo.

Ya convencida, mis botas se despegaron del suelo y me dirigí hacia el coche. El camino de vuelta me resultó más fácil, porque me había librado de un peso. Necesitaba ir allí, y ahora podía continuar.

Alegre y más impaciente a cada paso que daba, estaba a punto de reunirme con James cuando lo comprendí. *Es él*. Es lo que había querido decirme Grace. Pude oírlo. *Él es el hombre perfecto*.

No sé si será perfecto, con esa manía de tomar café en un termo cuando estás tan tranquilamente en tu cocina. Pero eso se lo podía perdonar.

Sonriendo al pensarlo, eché a correr sobre la nieve. Cuando se abrió la puerta, entré en el coche.

Vi el árbol estrellado de la Eternidad, eché las flores del Tiempo, pensó, y

recordó a Matthew Swain y a tantos amigos que formaban parte de Peyton Place. Exagero con demasiada facilidad, reconoció. Todo se hace demasiado grande, demasiado importante, como si hubiera llegado el fin del mundo. Pero aquí me doy cuenta de la pequeñez de las cosas que pueden afectarme.

GRACE METALIOUS, *Peyton Place*

## Nota del editor estadounidense. Epílogo

Cuando oímos «Peyton Place» se nos vienen a la cabeza ciertas imágenes: el libertinaje en las pequeñas ciudades de Estados Unidos, las represiones ocultas tras cada puerta y los escándalos sensacionalistas. Prohibido en muchos países, denunciado como «porquería moral», codiciado por los adolescentes y oculto bajo la almohada de amas de casa desesperadas, el libro *Peyton Place*, de Grace Metalious, supuso una bomba para la época en la que se publicó, 1956. Su fuerza provocadora impregna desde entonces nuestra cultura, y afecta a todos los aspectos de la vida, desde el arte y la política hasta la relaciones entre los dos sexos y el papel de la mujer en la sociedad. Aún notamos su influencia hoy en día. Tal como dice el director de cine John Water, *Peyton Place* fue «el primer libro verde que leyó la generación del boom de natalidad, el bombazo del que nunca llegaron a recuperarse».

Pero al principio hubo dificultades para lanzar la bomba. Rechazado por cinco editoriales, el libro al fin fue defendido por Kitty Messner, acérrima feminista y una de las pocas mujeres que dirigían una editorial importante. Messner sabía distinguir lo bueno de lo malo.

Con una tirada inicial de un millón de ejemplares, algo sin precedentes, la novela llegó a vender más de diez millones de ejemplares y pasó a ser el mayor éxito de ventas de la época. Por mucho que el departamento policial de lucha contra la obscenidad intentó impedirle el paso, el libro avasalló, para delicia y entusiasmo de sus incontables lectores. Pero *Peyton Place* fue mucho más que un simple libro «verde». Supuso una auténtica revolución.

No me cabe duda de que Sinclair Lewis habría considerado a Grace Metalious compañera de armas en lucha contra las falsedades y las pretensiones burguesas de las comunidades supuestamente respetables.

CARLOS BAKER, The New York Times Book Review

La autora del libro, Grace Metalious, era una mujer de treinta y dos años, de las que se pasan el día en casa y madre de tres hijos. Mujer realmente desesperada, escribió *Peyton Place* con la esperanza de que la librería de «la jaula de pobreza y mediocridad» en la que se sentía atrapada. Vehemente y apasionada, desatendía sus deberes de madre y esposa para escribir diez horas al día, se le amontonaban los platos en el fregadero y el polvo en su destartada casa. Independiente y decidida, no era la típica mujer de su época.

En la famosa foto que le hicieron en 1956, Metalious aparece con vaqueros, camisa de franela de hombre y zapatillas de deporte. Lleva el pelo recogido en una cola de caballo, sin más ni más, hay un cigarrillo en el cenicero, y enfrente está la

máquina de escribir, a la espera de que ella teclee la siguiente escena tórrida que salga de su mente sin prejuicios. El pie de foto, «Pandora con pantalones vaqueros», es muy apropiado. Como su homónimo mitológico, Metalious destapó la caja de la represiva sociedad de los años cincuenta, dejó sueltos los demonios del adulterio, el aborto, el incesto, la violación y los desenfundados deseos de la sexualidad femenina. Personaje controvertido, por decirlo de alguna manera, alcanzó la fama inmediatamente. Unos la aplaudían, otros la vilipendiaban; unos la inundaban de cartas de admiración, mientras otros prácticamente le tiraban piedras y le dirigían todo tipo de obscenidades. Durante cierto tiempo fue la mujer sobre la que más se cotilleó en Estados Unidos. Al poco tiempo, la presión de la fama pudo con ella, y se dio a la bebida, perdió todo su dinero e incluso su vida antes de cumplir los cuarenta.

Hoy en día, si bien ya se ha calmado el escándalo sobre Metalious, se la sigue considerando una de las primeras mujeres liberadas y valientes, predecesora del movimiento feminista. Sea como sea, recordada como heroína del pueblo o como escritora pornográfica, hay algo innegable: que una esposa y madre de los años cincuenta tenía que tener mucho valor para escribir y publicar un libro como *Peyton Place*.

Un relato vibrante y vigoroso sobre una pequeña ciudad y un examen certero de la vida de sus habitantes, de sus deseos y sus vicios, de sus ambiciones y fracasos, de su pasividad y su violencia, de las esperanzas secretas y de las delicadezas, de lo que los unen y lo que los separan, de sus enfrentamientos y del valor del que hacen gala en muchas ocasiones.

*Boston Herald*

El relato comienza en una pintoresca ciudad de Nueva Inglaterra, en el momento en el que el veranillo de San Martín caldea el paisaje otoñal.

«El veranillo de San Martín —dice Metalious en la famosa primera frase del libro— es como una mujer. Madura, apasionada pero veleidosa, va y viene a su gusto de modo que nadie sabe si realmente aparecerá, ni cuánto tiempo se quedará». La autora nos lleva por las calles de un barrio, en apariencia muy tranquilo, y nos va mostrando a los actores de su obra. Por un lado, están el ricachón Leslie Harrington y el mimado de su hijo, Rodney, así como el bondadoso doctor Matthew Swain. Por otro, la joven Selena Cross con su desgraciada familia, que viven en una chabola. La clase media está representada por dos personajes fundamentales, Constance MacKenzie, madre soltera, y su hija quinceañera, Allison.

A primera vista, Peyton Place parece un sitio ideal, pero tal y como lo expresa Metalious, «en cuanto escarbas un poco es como cuando le pegas una patada a una piedra. Salen un montón de cosas raras». Y eso es precisamente lo que hace

Metalious: le pega una patada a esa piedra y deja libres todas las oscuras verdades de la América profunda.

Allison MacKenzie, una chica superprotegida y necesitada de amigos, hace amistad con Selena Cross, tan deseosa como ella de librarse de las garras de su padrastro, Lucas, que es violento y abusa de ella sexualmente. Selena trabaja en la tienda de ropa de Constance MacKenzie, en busca de amor maternal, mientras que Allison rechaza a su propia madre. Rígida y distante, Constance le prohíbe a su hija que vaya con chicos, sobre todo con chicos como Rodney Harrington, que ha dejado preñada a la chica mala del pueblo. A Constance, que había sido mala chica, le aterroriza que Allison acabe como ella: madre soltera y teniendo que esconder el escándalo de no haberse casado. La verdad sobre el nacimiento de su hija es su gran secreto hasta que Constance empieza a derretirse en los brazos del nuevo director del colegio, Tom Makris. En una discusión con Allison, desvela aquel secreto tan bien guardado, con lo que su hija se siente herida y huye del pueblo con la intención de ser escritora en Nueva York.

Al cabo de cuatro años, resentida por una relación desastrosa con su agente literario, Allison vuelve a Peyton Place para asistir al juicio por asesinato de su vieja amiga, Selena Cross. La chica reconoce haber matado a su padrastro en defensa propia y haberlo enterrado en el corral, pero no aclara contra qué se estaba defendiendo, por vergüenza y miedo a perder a su prometido, Ted Carter. El juicio cambia de rumbo cuando el doctor Swain testifica que le ha practicado un aborto ilegal a Selena, a quien su padrastro había violado. Con este testimonio, todo Peyton Place se viene abajo. Incapaces de ocultar sus secretos por más tiempo, la gente del pueblo se ve obligada a salir a la luz de la verdad. Para Constance y Allison, dos mujeres tremendamente independientes que luchan por hacerse un hueco en un mundo de hombres, esto significa la reconciliación y una sensación de paz.

Recoge una sensación real del ritmo, la textura y las tensiones de la anatomía social de un pueblo.

*Time*

Tras su publicación, el éxito de *Peyton Place* continuó imparable; la película basada en el libro fue seleccionada para los Oscar, hubo una continuación de la novela, que también fue un *best seller*, así como una serie de televisión de enorme aceptación popular. Con Ryan O'Neal y Mia Farrow como protagonistas, esta serie fue la primera telenovela de gran audiencia, que abrió camino para futuros éxitos como *Dallas*, *Twin Peaks*, y más recientemente, *Mujeres desesperadas*, donde Wisteria Lane es una continuación de Elm y Maple, las calles que se entrecruzaban en Peyton Place.

Cuando le preguntaron a Grace Metalious en una entrevista en la televisión si pensaba que su obra sería recordada, respondió sin dudarle un momento: «Lo dudo mucho». Por suerte para todos nosotros, Grace se equivocaba. Medio siglo después de su publicación, *Peyton Place* sigue vivo, influyendo en la cultura popular. En 2006, cuando está cercano el quincuagésimo aniversario de su publicación, se ha renovado el interés por el libro y por su autora, pionera en este terreno. La actriz Sandra Bullock tiene en proyecto una película basada en la biografía de Grace Metalious, y algunos escritores, como Barbara Delinski, siguen inspirándose en su obra. Según Delinski, Metalious «era una librepensadora que se adelantó a su tiempo en lo referente a la situación de las mujeres; aún más, en cuanto a los derechos de las mujeres». En *Regreso a Middle River*, Delinski hace un homenaje creativo a esta heroína casi olvidada, la Pandora que contribuyó a liberar los deseos ocultos y las penas domésticas de las mujeres, a librarlos de la oscuridad y sacarlos a la luz, donde no hay lugar para la vergüenza. Para Grace Metalious, era algo que simplemente tenía que hacer. «No sé a qué viene tanto lío —dijo en una entrevista poco después de la publicación del libro—. *Peyton Place* no tiene nada que ver con el sexo. El sexo es algo con lo que todo el mundo vive... ¿Por qué darle tanta importancia?».



BARBARA DELINSKY (Boston, Massachusetts, 1945). Nació y se crio en Newton, un barrio de Boston, Massachusetts; en 1967 se licenció en psicología y dos años después terminó un máster en sociología. Antes de comenzar su carrera de escritora, trabajaba como investigadora para la Sociedad de Prevención de la Crueldad con los Niños, también fue fotógrafa y reportera del *Boston Herald*.

Su carrera de escritora empezó a raíz de que leyera un artículo en un periódico que hablaba sobre las novelas románticas. Barbara investigó el tema, leyó 40 o 50 novelas y se dispuso a crear la suya. Pronto se dio cuenta de que su formación como psicóloga le era muy útil para trazar los enredos emocionales de sus personajes y afirma haber utilizado «prácticamente todo lo que ha estudiado y vivido personalmente» en sus obras.

# Notas

[1] *Willow* significa «sauce». (N. de la T.) <<